

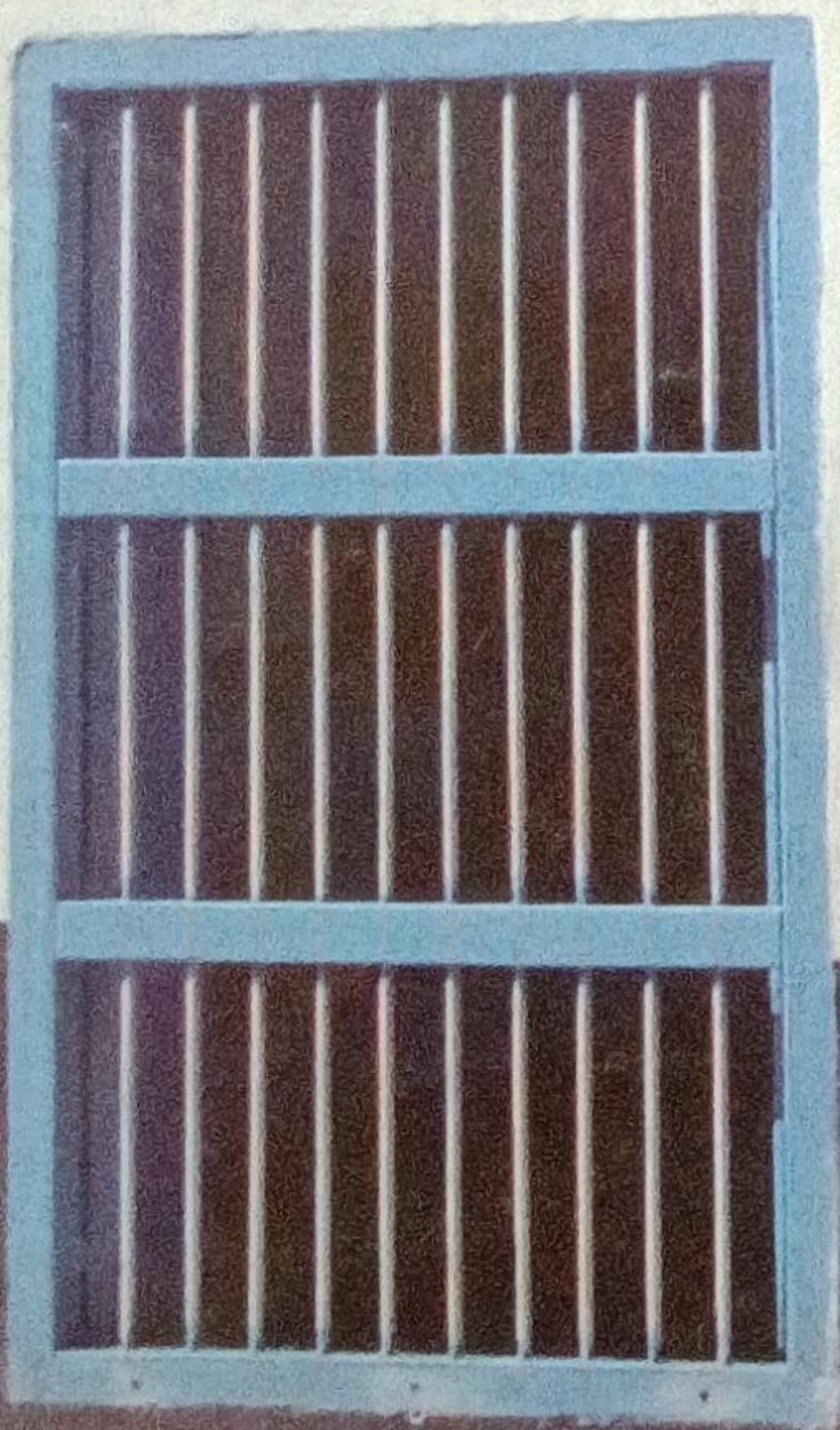
homenaje

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

No. 6 del 2002

ISSN: 1605-7920

JOSE MARTI
NACIO EN ESTA CASA
EL DIA 28 DE ENERO DE 1853.
HOMENAJE
DE LA EMIGRACION DE CAYO HUESO.





Los Zapaticos de Rosa
Yaniel Silva
Grado 4, Escuela Primaria "Tío Ho"
Municipio Playa, Ciudad de La Habana.

honda

Revista de la Sociedad Cultural José Martí
No.6 del 2002 ISSN: 1605-7920

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Edición

MAYRA B. MARTÍNEZ

Director Artístico

ERNESTO JOAN

Realización

EDUARDO A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Mecacopistas

MERCEDES VILLADA VILLADA

DOLORES GARCÍA FERNÁNDEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

JORGE FERNÁNDEZ TORRES

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ROLANDO GONZÁLEZ PATRICIO

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR FERNÁNDEZ PARDO

ROBERTO HERNÁNDEZ BIOSCA

JOEL JAMES FIGAROLA

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

MAYRA B. MARTÍNEZ DÍAZ

ARMANDO PÉREZ VILA

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

RAMÓN SÁNCHEZ PARODI

MERCEDES SANTOS MORAY

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural José Martí:

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑO

REDACCIÓN

Sociedad Cultural José Martí
Calzada 801 entre 2 y 4, El Vedado,
La Habana, Cuba.

Tel.: 55 2298 y 830 4493

Fax: 833 4672

e-mail: jmartí@cubarte.cult.cu

Esta edición ha sido financiada
por el Fondo de Desarrollo
de la Cultura y la Educación

S U M A R I O

EDITORIAL / 2

IDEAS

Cintio Vitier

Lo ético fundador en la cultura cubana / 2

Armando Hart

José Martí: iberoamericano y universal / 7

Ibrahim Hidalgo

Notas sobre la concepción martiana de la historia / 15

Fina García Marruz

Un domingo de mucha luz / 20

Carmen Suárez

Conspiración y poesía. Encargo a los dominicanos / 32

Mayra B. Martínez

Literatura de viaje martiana: el "Universo unificado" / 35

Enrique Ubieta

La utopía y el imposible revolucionario como posibilidad / 41

Sonnia Moro

Pensar y sentir a Martí / 44

Jorge R. Bermúdez

Martí, imagen visual y posmodernidad / 47

Eusebio Leal Spengler

Un hombre del mundo / 50

ACONTECIMIENTOS

25 aniversario del Centro de Estudios Martianos

En la historia, nuestra esperanza / 54

Hacer ciencia del lado de la justicia / 57

Mensaje del Comandante en Jefe Fidel Castro / 58

PRESENCIA

José Martí

El tratado comercial entre los Estados Unidos y México / 59

ALA DE COLIBRÍ

José Lezama Lima

"Quiero a la sombra de un ala..." / 61

Nicolás Guillén

Martí / 61

INTIMANDO

Juan Mari Bras/Zenaida Gómez Taño/Francisco Navarro Lara / 62

PÁGINAS NUEVAS

Caridad Atencio

Testigo de un diálogo sellado / 65

Pedro Pablo Rodríguez

Hombre y tecnología en José Martí:

un nuevo libro de Rafael Almanza / 66

José Antonio Bedia

El padre Las Casas. Notas sobre una cuidada edición crítica / 68

Rafael Polanco

Martí nuestro: emoción e intensidad de un mensaje / 69

Ramiro Valdés Galarraga

Diccionario del pensamiento martiano.

La génesis vista por su propio autor / 70

José Luis de la Tejera

Martí y Marx en el socialismo de Cuba / 71

EN CASA

Un aniversario 80... / 73 / El árbol y la tertulia martiana en Báguanos / 73 / La Sociedad Cultural "José Martí" en su II Asamblea / 76 / Un dibujo desconocido de Martí / 78 Reuniones territoriales / 78

EFEMÉRIDES 2003 / 79

NUESTROS AUTORES / 80

E d i t o r i a l

Hace medio siglo la conmemoración del centenario del natalicio del Apóstol estuvo vinculada a otro acontecimiento histórico: el asalto al cuartel Moncada, que dio inicio a la última etapa de la lucha capaz de conducirnos a la definitiva independencia de la patria. Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, diría Fidel, al tiempo que lo proclamaba como el autor intelectual de aquella acción heroica. Ahora, que estamos muy próximos a celebrar el 150 aniversario de su nacimiento, constatamos cuán vivo y actuante está entre nosotros; y el carácter profético y visionario de su pensamiento constituye una brújula certera para hacer frente a los enormes desafíos que Cuba y el mundo tienen ante sí, en los albores de este nuevo siglo XXI. Este número de *Honda* aspira a ser un homenaje a nuestro Héroe Nacional y una contribución modesta a preservar y transmitir a las generaciones presentes y venideras ese valioso legado.

La herencia martiana tiene una carga esencial de espiritualidad, de contribución al mejoramiento humano y a la justicia y felicidad para todos, que nos compromete a mantener ese acento utópico de nuestra cultura con la conciencia de que los sueños de hoy serán la realidad de mañana. Las acciones que se emprenden, bajo la dirección de Fidel, para hacer de nuestro pueblo no solo instruido sino, también, masivamente culto —procurando, al propio tiempo, una formación que tome en cuenta la integridad de los conocimientos— tienen en las enseñanzas martianas un sólido fundamento. “Ser cultos es el único modo de ser libres” es una sentencia válida para todos los tiempos. La cultura así concebida se ha convertido en un factor clave de la política, y las ideas radicales del Maestro —su antimperialismo— lo colocan, nuevamente, en la avanzada de la batalla de ideas que libramos para salvaguardar nuestra independencia e identidad nacional. Él continúa abriendo la marcha, proclamando, como lo hizo en *Nuestra América* hace ya más de un siglo: “No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados”.

IDEAS

Lo ético fundador en la cultura cubana

CINTIO VITIER

1

La palabra “ética” viene del griego *ethos*, que significa costumbre. Ética es, en principio, la doctrina de las costumbres, o de las buenas costumbres en contraposición a las malas costumbres. Pero ¿cuál es el criterio para esta contraposición?

Aristóteles, primer tratadista de lo ético como disciplina filosófica, distinguió entre virtudes que sirven para la realización del orden de la vida del Estado —la justicia, la amistad, el valor, etcétera— y tienen su origen directo en las costumbres y en el hábito; y virtudes dianoéticas, que son como los principios fundamentales de las éticas, a saber, las virtudes de la inteligencia o de la razón: sabiduría (*sofía*) y prudencia (*frónesis*). Todo ello, desde luego, ajustado a las necesidades, características y fines (ideales) del Estado-ciudad griego.

Si seguimos la trayectoria de la filosofía moral desde los diálogos fundadores de Sócrates —para quien el mal era producto de la ignorancia— hasta nuestros días, un cierto desasosiego puede acometernos. ¿Será la ética tan relativa y cambiante como las escuelas filosóficas y como las épocas sucesivas? Por lo pronto, antes de Cristo se fue configurando una “ética de los bienes”, o jerarquía de bienes concretos hacia los que aspira el hombre y por los cuales se mide la moralidad de sus actos, punto común de partida de los divergentes estoicos y epicúreos en sus respectivas metas: la imposibilidad para los primeros; el placer moderado, para los segundos.

Platón, al incluir la idea del bien en su teoría de las ideas, había subordinado la Ética a la Metafísica, línea que acentuaron los neoplatónicos, si bien Plotino la enlaza con ideas aristotélicas y, sobre todo, estoicas.

Los pensadores cristianos, que tenían en el Decálogo mosaico y en la prédica de Jesús el baluarte más sólido, de entrada absorbieron lo ético en lo religioso, de donde surgió el tipo de ética que se ha llamado heterónoma o, más propiamente, teónoma; es decir, la que fundamenta en Dios los principios de la moral. Pronto y cada vez más, sin embargo, incorporaron muchas ideas de la ética griega, principalmente platónicas y estoicas.

A partir del Renacimiento, las corrientes neo-estoicas, que alcanzaron a filósofos como Descartes y, sobre todo Spinoza, fueron las más influyentes, hasta que en el siglo XVII surgieron reformulaciones de las teorías éticas, fundadas ahora en el egoísmo (Hobbes) y en el realismo político (Maquiavelo). Por su parte Kant rechazó toda ética de los bienes y fundó una ética rigurosamente formal, autónoma, en la que los principios superiores que él llamó “imperativos”, son absolutamente válidos *a priori* y tienen, con respecto a la experiencia moral, la misma función que las categorías con respecto al pensamiento científico.

Sin pretender, ni por asomo, resumir este proceso secular ni traerlo hasta nuestros días, se destacan la inversión de todas las tablas de valores propuesta por Federico Nietzsche, y, ya en el siglo xx, la ética axiológica como conciliación entre el empirismo y el apriorismo moral, sustentada por Max Scheler, impugnador de Nietzsche en un libro memorable: *El resentimiento en la moral*.

La axiología o teoría de los valores ha tenido el mérito de distinguir la especificidad de los entes propios del universo moral y de jerarquizarlos desde lo agradable y desagradable hasta sus manifestaciones superiores. Aunque ha hecho un bien indudable al objeto de su estudio, lo que propone es más un análisis que una *praxis*. Ese análisis, enriquecido por Rickert, Hartman y otros, restringido por su mismo lenguaje a especialistas, no ha podido contrarrestar el influjo, más o menos vulgarizado, de la "inversión" nietzscheana, de la que el hoy llamado "posmodernismo", aunque no lo reconozca, es tal vez la última o penúltima consecuencia.

Los problemas éticos empezaron a preocupar a los pensadores cubanos desde las primeras décadas del siglo xix. No es ello raro si reconocemos las raíces cristianas de nuestra cultura y las tendencias acentuadamente hedonistas de nuestra población, bien por razones de herencia biológica o por razones socio-políticas, o por ambas; y, junto a ellas, según veremos, el hondo, creciente torcedor moral de la esclavitud, que llegó a convertirse en el centro de nuestro espíritu.

Para caracterizar brevemente el contexto de aquellas primeras preocupaciones, un tanto académicas y que algo impacientaron al padre Varela en su destierro ya revolucionario, debemos recordar que la llamada ética de los bienes, rechazada como vimos por Kant, se configuró en el siglo xviii europeo, con Helvecio, Holbach, Bentham y otros, como una moral del interés o de la utilidad, si bien estos dos conceptos no siempre se consideraron equivalentes. Frente a ella se levantaron, como formas de la llamada ley del deber, los imperativos de la conciencia, que tenían en la religión judeocristiana su máxima inspiración.

Las páginas del *Diario de La Habana* y del *Noticioso y Lucero* acogieron de julio a octubre de 1839 una larga e intensa polémica de los hermanos Manuel y José Zacarías González del Valle con el presbítero Francisco Ruiz y otros —en la que medió magistralmente José de la Luz y Caballero—, sobre la conveniencia de aceptar o no el principio de utilidad como fundamento de las acciones y juicios morales.

Los hermanos González del Valle defendieron a capa y espada la moral basada exclusiva y absolutamente en el principio del deber, sin ninguna mezcla de interés ni utilidad en sus motivaciones. Francisco Ruiz, aunque sin confundir interés y utilidad, y extendiendo ésta a los bienes espirituales, defendió el principio de utilidad como el único que le da un contenido real y efectivo al principio del deber.

Abriéndose paso entre ambas argumentaciones, José de la Luz llegó a la formulación más esclarecedora dentro de esta polémica, al sentenciar que: "habiendo una gran diferencia entre lo útil tomado en general y lo justo, no media alguna entre lo más útil y lo justo: útil es un ferrocarril pero más útil es la justicia", a lo que líneas después añade, concluyendo: "Luego la ley del deber lejos de oponerse al principio de la mayor utilidad encuentra en éste su más firme apoyo". Y no pierde la ocasión de reiterar la proposición 143 de su elenco del Colegio de San Cristóbal de Carraguao en 1835, para que no queden dudas de que su mediación no implicaba vacilación en lo que al interés respecta:

La moral del interés nos abre un abismo de males, éstas son las consecuencias forzosas: 1ª el olvido de nuestros derechos; 2ª la pretensión de contentar al hombre sólo con goces físicos; 3ª la degradación del carácter nacional.¹

Como vimos, Francisco Ruiz, en su defensa del principio de utilidad, no lo confundió con el interés ni lo restringió a los goces físicos, antes bien reconoció la superioridad utilidad moral de los goces espirituales, pero sin renegar de los materiales, que en sí mismos consideró deseables y buenos en cuanto propiciados por el Creador. Tampoco Luz dijo nada en contra de estos últimos, aunque es evidente que para su mayor *espiritualidad práctica* de educador, apenas contaban.

Ya el padre Félix Varela —desde antes de radicalizar su pensamiento político gracias a la aleccionadora experiencia de las Cortes de Cádiz— en su habanera Cátedra de Constitución había apelado a "una fuerza moral irresistible" como fundamento de "una sociedad de hombres libres";² en las propias Cortes afirmó que "la voluntad general del pueblo de la Isla de Cuba es que no haya esclavos";³ fustigó siempre el corruptor "mercantilismo" de la oligarquía criollo-española y cifró su ideal de independencia, de raíz declaradamente americana, en el exigente apotegma fundador de que "no hay patria sin virtud".⁴ Esta línea de pensamiento, profundamente asumida como hemos visto por José de la Luz, culmina intacta en la dedicatoria de *Ismaelillo*, cuando Martí le dice a su hijo que tiene "fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti".⁵ Para los cubanos que aspiramos a ser hijos suyos, tal es nuestro credo.

Cuba empezaba con los toques de santo en los barracones de los ingenios y la Fiesta de Reyes en la Plaza de la Catedral, con los gallos y postales campesinas de El Cucalambé y los poetas románticos de Heredia a Zenea, que nos enriquecieron con su destierro y lejanía, pero, simultáneamente, Cuba empezaba con los austeros próceres del Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, detenidos todos ante el horror de la esclavitud. De ese espanto salían alzándose, huyendo o suicidándose los esclavos, pero, también, bailando y cantando cada vez que podían. De ese espanto salió, invencible, la sensualidad de nuestra música. Los otros, los austeros, los fatalmente culpables aunque no responsables, quedaban aferrados al velón del escritorio, al rasgueo nocturno de la pluma, a los libretos de la Enciclopedia, de la Ilustración, de la Ideología, de la Revolución Norteamericana o Francesa, del idealismo alemán, del romanticismo español o francés, de Europa. Martí, sin embargo, los vio de otro modo:

Abajo, en el infierno, trabajaban los esclavos, cadena al pie y horror en el corazón, para el lujo y señorío de los que sobre ellos, como casta superior, vivían felices, en la inocencia pintoresca y odiosa del patriciado; pero siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y *el instinto que, como dote de la tierra, los llevó a quebrantar su propia autoridad, antes que a perpetuarla*.⁶

Con la observación subrayada, que figura en su artículo sobre la muerte de Antonio Bachiller y Morales en 1889, Martí daba un paso decisivo en el señalamiento de una especie de autoctonía ética en los fundadores de nuestra cultura. No se trataba ya, en aquel memorable recuento, de los debates cubanos en torno a corrientes filosóficas eu-

yo me honro a la de Martí

ropcas, sin que le restemos a estos su indudable importancia. En líneas anteriores Martí anunciaba el verdadero blanco de su juicio al evocar aquel periodo excepcional del Seminario de San Carlos,

[...] cuando el sublime Caballero, padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, *más por consejo de su mente que por el ejemplo de los enciclopedistas*, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales; cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría Varela, tundía Saco, y La Luz, arrebatada [...]

Cada verbo, aquí, es una definición. Y aquella línea de pensamiento, que empezó con el rechazo del principio de autoridad en materias filosóficas, científicas y literarias, acabó cuestionando radicalmente —salvo en el caso intermedio de Saco— la autoridad política de España para seguir gobernando a Cuba y la autoridad de la propia clase esclavista a la que aquellos próceres pertenecían.

2

En alguna ocasión Paul Valéry dijo que era inútil buscar lecciones en la historia porque la historia daba incesantemente lecciones mezcladas de todo, de lo bueno y de lo malo, de lo mejor y de lo peor, y de ese caos no era posible sacar lecciones moralmente válidas. Esa tesis negadora de la historia como maestra aleccionadora de los hombres es típicamente europea, quizás porque también en Europa, de Bossuet a Mommsen, de Burkhart a Toynbee, se han realizado ingentes esfuerzos historiográficos por dotar a la historia de sentido. En Iberoamérica, en cambio, y especialmente en Cuba, donde se produjo el hoy olvidado monumento historiográfico que es *La historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, precisamente el tema de esta obra de José Antonio Saco ha sido el tema central y dominante de nuestro sentido de la historia, el cual no se adquiere por aplicaciones bíblicas ni por investigaciones académicas sino por vivencias inmediatas.

Desde luego que esas vivencias han sido y son universales. El propio Saco, en las líneas quizás más elocuentes de sus cinco tomos, inconcluso el último, comienza advirtiéndolo:

Para componer esta obra, he subido a las tradiciones más remotas de algunos pueblos; he consultado las esculturas e inscripciones que aún se conservan en los muros de los monumentos más antiguos de la tierra, y recorrido los anales de más de cincuenta siglos; pero en todos ellos siempre he visto, así en el viejo como en el nuevo continente, al hombre esclavo del hombre. Naciones bárbaras o civilizadas, grandes o pequeñas, poderosas o débiles, pacíficas o guerreras, bajo las más diversas formas de gobierno, profesando las religiones más contrarias, y sin distinción de climas y edades, todas han llevado en su seno el veneno de la esclavitud.⁸

En el ejemplar de este libro que conservo y fue de mi padre, tales son las únicas líneas subrayadas. No sería nada improbable, sugiere Fina, que el recuerdo de estas líneas del más acumulativo de nuestros talentos provocara la sentencia del más sintético de nuestros genios, José Martí, cuando dijo en sus esenciales *Versos sencillos*: “La esclavitud de los hombres / Es la gran pena del mundo.”⁹

Treinta años antes de la publicación de la *Historia* de Saco, en mayo de 1845, José de la Luz, había escrito: “La introducción de negros en Cuba es nuestro verdadero pecado original...”¹⁰ ¿Por qué subraya “original”? Cuidado con la puntuación y los subrayados de

Luz, el más sutil escribiente del alma que hemos tenido. ¿Quizás quiso tocar la frontera entre “original” y “originario”? En todo caso su arte consiste en sugerirnos, aún sin proponérselo, una lectura inesperada. La esclavitud de los negros en Cuba, en efecto, no solo fue original como pecado histórico por analogía con el pecado original del Génesis —que no fue de origen sexual (ya se había dado el mandamiento de “creced y multiplicaos”) sino de soberbia (la tentación diabólica del “seréis como dioses”)— sino, también, originario, originador de una historia, por localizable analogía con la historia de la especie humana. Pero si importantes son los rasgos universales de la historia, no menos significativos son sus rasgos locales, dados por las inspiraciones de la geografía, la superposición y mezcla de razas, teluridades y culturas, la especificidad de los sucesos históricos. Y de los sucesos que conformaron la historia de Cuba, ninguno más influyente, si no determinante, que la introducción sistemática de la esclavitud africana cuando ya, como lo denunciara el Padre Las Casas, la población indígena de las Antillas había sido arrasada en proporción inmensamente mayor que en el resto del hemisferio americano. Don Fernando Ortiz, por cierto, exculpó a Las Casas del pecado de haber sido el causante de la esclavitud africana en América, aunque el propio Las Casas se arrepintió pública y amargamente, no como causante pero sí como inconsciente propiciador. Sin entrar ahora en esta polémica, en la que el “Protector de los indios” tiene de su lado a Saco, a Martí, a Don Fernando, lo que nos interesa destacar es que, a medida que la conciencia de la patria y de la nacionalidad se fue formando, a medida que el trauma histórico causado por “el veneno de la esclavitud”¹¹ —según lo llamó Saco— se fue clarificando, nuestra historia empezó a ser emisora de eticidad.

No obstante el común pasado universalmente esclavista, no es lo mismo haber llegado a ser —como llegaron varios países de Europa a partir del Renacimiento— metrópolis colonizadoras, que haber nacido, en cuanto naciones posibles, como colonias esclavistas. En el primer proceso, el trauma del “veneno de la esclavitud” —metabolizado en Grecia por la filosofía aristotélica con su teoría del “siervo nato” y en Roma por la sublimación de un poder creador imperial— pudo ser dejado, aparentemente, atrás. Europa, con España primero a la cabeza y más tarde a la zaga, se convirtió en la redondadora del planeta, en la generadora de la modernidad y en la dueña de la acumulación del capital. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, sin embargo, las colonias norteamericanas, no en vano de origen inglés, empezaron a emular con éxito en aquella vocación capitalista. Fue así que comenzaron a desarrollarse tecnológicamente y mercantilmente; lograron, ya unidas, independizarse de Inglaterra; fundaron una democracia moderna con millones de esclavos, con el declarado propósito, desde sus inicios, de cumplir un destino geopolíticamente “manifiesto” de inspiración calvinista, y de convertirse, como lo recuerda Martí, dicho por boca de sus voceros más autorizados e influyentes, en la nueva “Roma americana”. A pesar de la nobilísima cruzada de Lincoln, “el veneno de la esclavitud” había entrado profundamente en su sangre; su expulsión no se había identificado con la independencia política; la derrota del Sur fue una calamidad nacional en beneficio de lo peor del Norte y se enraizó un racismo hasta hoy incurable. En aparente y brillante compensación —como había sucedido en la primera fase del proceso moderno europeo, pero con un impulso indudablemente más egocéntrico y vertiginoso— el desarrollo productivo, el adelanto tecnológico y el expansionismo financiero y militar crecientes, harían de Estados

Unidos, desde la aplastante y simbólica derrota de la escuadra española en la bahía de Santiago de Cuba, el país hegemónico de América y, finalmente, del mundo. Entre tanto, los pueblos de América Latina y del Caribe, desde su condición de colonias esclavistas, habían ido cobrando conciencia —en sus mentes y corazones más esclarecidos— de la relación oculta entre las varias esclavitudes que padecían: la física de los africanos, la política de los criollos, la moral de toda la sociedad naciente.

El mejor pensamiento filosófico, ético, pedagógico y político, la mejor poesía, la mejor novela, la mejor crítica social y literaria de nuestro siglo XIX demuestran lo anterior. Indudablemente, también existe una tradición conservadora y constructiva, en los casos diversos de Arango y Parreño y de Saco, cuyo análisis, para ser justo, debe atender a las diversas fases del proceso que les tocó vivir dentro y fuera de la Isla. También está el caso siempre un poco enigmático de Del Monte, respaldado por el juicio de Martí: “el más real y útil de los cubanos *de su tiempo*”.¹² Sembrador de cubanía literaria, de cultura nacional, antianexionista como Saco, *el tiempo* de su oportuna y fecunda gestión, en efecto, tuvo un límite. Pero ¿cuál fue el tiempo de Varela, el tiempo de José de la Luz? Ya con estos próceres fundadores tocamos una distinta dimensión: la del tiempo de la futuridad. Sus voces rebasan su tiempo cronológico, aún si consideramos la proximidad de la muerte de Luz, y sus últimas palabras proféticas, al comienzo de la Guerra de los Diez Años, precisamente porque esa guerra estaba destinada a iniciar una revolución creadora de la nación, no obstante tantas frustraciones intermedias, hasta nuestros días y hacia el futuro. Y, desde luego, existe, también, una tradición reaccionaria, representada finalmente por lo peor del autonomismo y por el entreguismo seudorrepublicano, que es la que hoy intentan rescatar algunos ideólogos del exilio contrarrevolucionario. Esa tradición, siempre intelectualmente inferior y minoritaria, es la que no aprendió la lección del “veneno de la esclavitud” en todas sus formas, la que no quiso expulsarlo de su sangre, la que no pudo o no quiso entender la relación entre la esclavitud racial y la esclavitud política, y entre ambas con la esclavitud espiritual, esta última, por cierto, la que más daña a la clase de los privilegiados.

3

No es posible omitir, al tocar este punto, las raíces cristianas de nuestra cultura, de las que fue precursor poco notado el Padre Las Casas cuando descubrió, siendo todavía encomendero de indios, en las cercanías de la bahía de Jagua, la lectura social de la *Biblia* y la puso en práctica durante el resto de su larga y batalladora vida, hermosamente sintetizada por Martí, para los niños de América, en *La Edad de Oro*. A la respuesta cristiano-cubana frente a “la mayor maldad civil que han cometido los hombres”,¹³ como llamó a la esclavitud el padre José Agustín Caballero en *El Papel Periódico de La Habana* el 8 de mayo de 1791, debimos la primera aplicación de las palabras de Cristo en Mateo 25 a la llaga mayor de nuestra historia. De esas palabras dedujo el padre José Agustín la identificación de Jesús con los esclavos encarcelados en los calabozos de los ingenios, esclavos a los que llamó “entes de nuestros mismos calibres, nuestros hermanos y prójimos”.¹⁴ No sería nada improbable, sugiere Fina, que esa idea resonara en *El presidio político en Cuba*, cuando Martí, que calificó al padre Caballero de “padre de los pobres y de nuestra filosofía”,¹⁵ refiriéndose a los suplicios a que era sometido

do el anciano Nicolás del Castillo (no africano, pero tan esclavo ya como aquellos otros), exclamara: “¡Olvidaban que en aquel hombre iba Dios! Ese, ése es Dios; ése es el Dios que os abraza el corazón, si no se ha hundido ya al fuego de vuestra infamia.”¹⁶

A la radical inspiración cristiana del padre Varela, mucho más que al influjo modernizador del cartesianismo y a la ideología filosófica francesa, se debió el proyecto de abolición que llevó a las Cortes de Cádiz, en el que, estableciendo la continuidad de la esclavización de los indios con la de los africanos, advierte “que el primero que dé el grito de independencia tiene a su favor a casi todos los originarios de África”,¹⁷ y anticipa la sentencia de Martí —“[...] dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos”—¹⁸ cuando declara en dicha memoria que los derechos de los negros y mulatos “no son otros que los de hombre”.¹⁹ Tales ideas no le venían centralmente de la Revolución Francesa, que por cierto en el Caribe intentó restablecer la esclavitud después de supuestamente liberado, sino del mensaje profético y evangélico y de la prédica de los primeros padres de la Iglesia, de los que dice en sus *Cartas a Elpidio*:

Todas las máximas de los pueblos libres, todas las doctrinas de civilización han sido enseñadas por los Padres y se hallan en esos *mamotretos* que condenan sin haber leído. Temblarían los déspotas, mi amado Elpidio, si pudieran ponerse en la mano de los pueblos las páginas en que sin consideración ni rebozo se les acusa y condena por hombres a quienes la Iglesia ha llamado santos.²⁰

A este propósito cita Varela pasajes de San Agustín como pudo citarlos de radicales prédicas contra los ricos, de Basilio el Magno y de Juan Crisóstomo en el siglo IV, lo cual a su vez nos recuerda la siguiente advertencia de Martí en su comentario a la *Historia Universal* de César Cantú, en 1882:

La Edad Media, como seno de madre, dio de sus sombras creadoras a nuestra Edad, que no la rechaza ya como hija impía, sino que anhela conocerla, porque nació de ella.²¹

De hecho, sin embargo, ya en esa fecha estaba rota la que Federico Engels llamó —refutando la consideración de la Edad Media “como una simple interrupción de la historia por un estado milenarismo de barbarie general”— “la gran concatenación histórica”,²² que por su lado más sombrío fue el tema enfrentado, aunque con ánimo más descriptivo que interpretativo, por José Antonio Saco en su —de todos modos sorprendente— *Historia*.

Para finalizar este rápido recuento de las confrontaciones cristiano-cubanas con el veneno y trauma profundo de la esclavitud, a ellas se deben —en el pensamiento fragmentariamente ya citado de José de la Luz— la clara percepción de que “justo es también que los miembros de la sociedad sean solidarios y mancomunados en esa deuda, cuando ninguno de ellos está exento de complicidad.”²³ Ya el padre José Agustín había advertido que los esclavos eran los “brazos que sostienen nuestros trenes, mueblan nuestras casas, cubren nuestras mesas, equipan nuestros roperos, mueven nuestros carruajes y nos hacen gozar los placeres de la abundancia”,²⁴ sencilla observación que comprobaba la complicidad en la explotación esclavista de todos los miembros de su clase y que, desde tan atrás, diríase estarnos preparando para una recepción cubana del marxismo. Por su parte, Martí acentuará el linaje cristiano de esta línea de pensamiento al añadir el sentido compensatorio y redentor del sacrificio voluntario. Así, partiendo de lo dicho por Luz —cuando de

ya mi honor a la de Martí

culpa social mancomunada se trata es justo que paguen "justos por pecadores" — agrega categóricamente: "A muchas generaciones de esclavos tiene que suceder una generación de mártires."²⁵ Y da un paso más Luz en la conquista de nuestra espiritualidad integradora, cuando en La Habana de 1847 escribe: "Unos pueblos más propensos [al suicidio / que otros. Los ingleses por tétricos. Los lucumíes por valientes y amantes de la libertad."²⁶ Asombroso descubrimiento, en medio de la colonia esclavista, de una ética africana cuya espontánea raíz elemental, precisamente por serlo, gana grados a sus ojos frente a los refinamientos de una civilización desmoralizante y corruptora. Asombrosas palabras en la pluma del amigo cubano de Walter Scott desde su viaje a Inglaterra en 1829. Conocedor de los más distinguidos ambientes europeos, como lo sería Carlos Manuel de Céspedes, su reconcentrada vuelta a las soledades resonantes del Colegio del Salvador, prefiguraba sin proponérselo la entrada de Céspedes en el alba independentista y antiesclavista de La Demajagua.

En el entramado de nuestro pensamiento ético, forjador de nuestra concepción de la patria, "el veneno de la esclavitud" fue un factor clave. Y ya que nos viene a los labios esta polisémica palabra, cuánto nos gustaría recibir hoy otra maravillosa lección como la de don Fernando Ortiz sobre *La clave xilofónica de la música cubana*, para explicarnos por qué nosotros sí tenemos una historia emisora de futuridad y de sentido, por qué nosotros sí podemos aprender incesantes lecciones de nuestra historia, por qué la eticidad es la clave de nuestro destino: un destino de perenne liberación a contratiempo del *fatum*, más aéreo que telúrico, o telúricamente aéreo, como la clave original de granadillo a contratiempo del bajo del son, como la cristalina "gota de madera"²⁷ que oyó Federico o la secreta y sencilla cruz de nuestra música que sorprendió Ballagas y Don Fernando reveló como nadie. Sólo él pudiera ayudarnos a entender el misterio que hoy más nos fascina: los enlaces de África, cristianismo y estoicismo en nuestra raza insular; de descreimiento y fe, esperanza y, sobre todo, caridad; de sensualidad y eticidad sin gota de puritanismo; de "música y razón",²⁸ en que, como pueblo y como personas, queremos consistir.

¹ De la Luz y Caballero, José:

² Varela Félix:

³ Varela Félix:

⁴ Varela Félix:

⁵ Martí, José: prólogo a "Ismaelillo", *Obras completas*, t. 16, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1875, p. 17. El destaque es del autor.

⁶ Martí, José: "Antonio Bachiller y Morales", *op. cit.*, t. 5, p. 145. El destaque es del autor.

⁷ *Ibidem*. El destaque es del autor.

⁸ Saco, José Antonio:

⁹ Martí, José: "Versos sencillos", XXXIV, *op. cit.*, t. 16, p. 112.

¹⁰ De la Luz y Caballero, José:

¹¹ Saco, José Antonio:

¹² Martí, José: "Juan J. Peoli", *op. cit.*, t. 5, p. 282. El destaque es del autor.

¹³ Caballero, José Agustín:

¹⁴ Caballero, José Agustín:

¹⁵ Martí, José: "Antonio Bachiller y Morales", *op. cit.*, t. 5, p. 145.

¹⁶ Martí, José: "El presidio político en Cuba", *op. cit.*, t. 1, p. 61.

¹⁷ Varela, Félix:

¹⁸ Martí, José: "Mi raza", *op. cit.*, t. 2, p. 298.

¹⁹ Varela, Félix:

²⁰ Varela, Félix:

²¹ Martí, José: "Italia", *op. cit.*, t. 14, p. 399.

²² Engels, Federico:

²³ Caballero, José de la Luz:

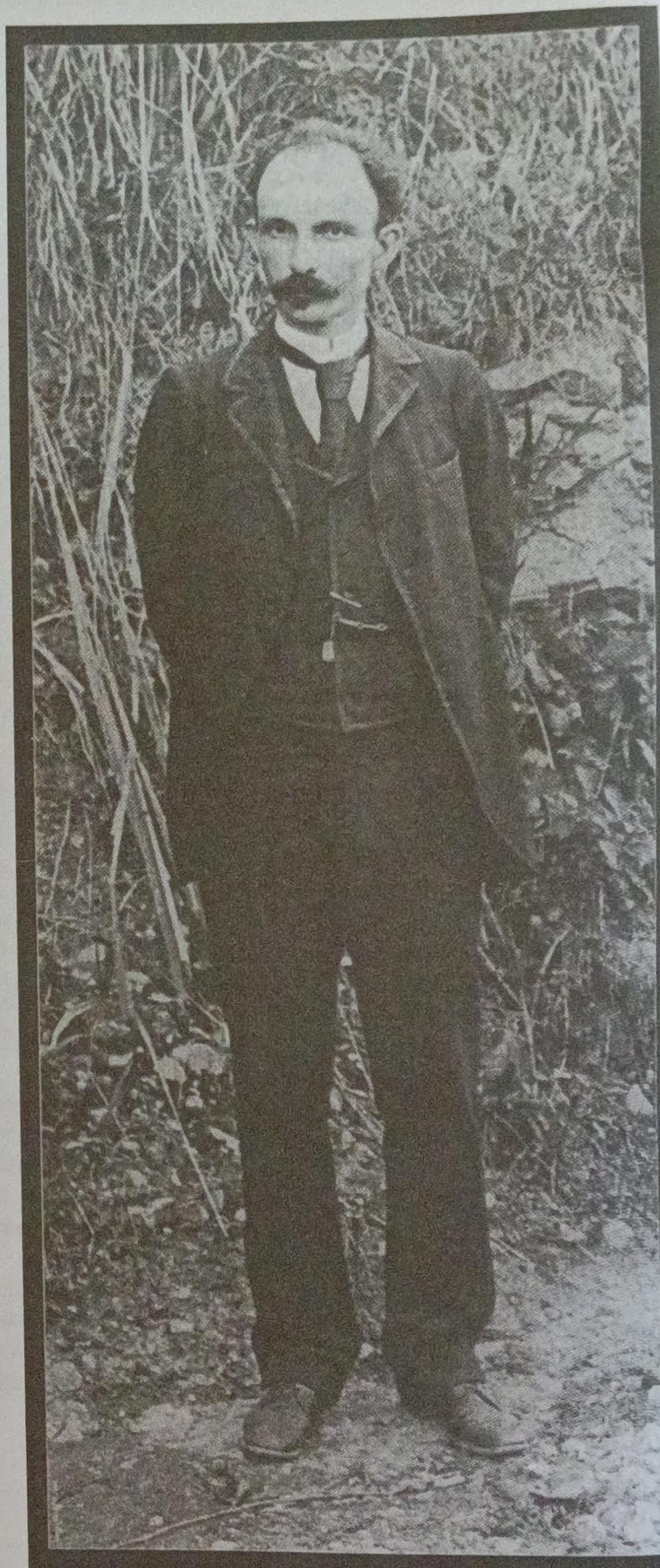
²⁴ Caballero, José Agustín:

²⁵ Martí, José: "Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en Steck Hall, Nueva York. 24 de enero de 1880", *op. cit.*, t. 4, p. 189.

²⁶ De la Luz y Caballero, José:

²⁷ ¿García Lorca, Federico?:

²⁸ Martí, José: "Versos sencillos", I, *op. cit.*, t. 16, p. 65.



José Martí: iberoamericano y universal

ARMANDO HART DÁVALOS

En un mundo en que se pretende matar el derecho humano a soñar, asumimos como compromiso de honor exaltar la figura y el pensamiento de José Martí, en el marco del homenaje que, en Cuba y en diversas partes del mundo, se lleva a cabo para conmemorar el 150 aniversario de su natalicio el 28 de enero del 2003.

Nuestro propósito no se refiere, solamente, a honrar a José Martí, sino a todos los próceres y pensadores de América Latina y el Caribe que han tenido presencia en estos dos últimos siglos. La importancia singular de este propósito está en lo siguiente: para pretender articular un pensamiento que asuma la tradición cultural iberoamericana en el siglo XXI, no hay mejor camino que estudiar la vida y la obra de los grandes próceres y pensadores de nuestras patrias. Si tratara de hacerse, como en el pasado ha ocurrido, debatiendo concepciones políticas, filosóficas y sociales en un plano teórico o abstracto, seguiríamos en el círculo vicioso de un laberinto ideológico que no tiene posibilidad de salida práctica. En cambio, estudiando la historia real y las ideas de nuestros grandes, podremos encontrar caminos de cohesión, articulación y acciones conjuntas. Nada mejor que apoyarnos en estas conmemoraciones para lograr estos propósitos.

Pertenece a Occidente, pero es necesario esclarecer lo siguiente: la cultura occidental se desarrolló en los últimos siglos en tres espacios geográficos diferentes y con caracteres propios. Uno es Europa, donde nació hace cerca de dos mil años; otro es Norteamérica, y, específicamente, Estados Unidos, donde alcanzó una civilización material económica superior, y un tercero que, a partir de la tradición cultural de España y Portugal y de las civilizaciones autóctonas, alcanzó una síntesis en los países desde el Río Grande a la Patagonia, que tienen como su mejor patrimonio que debemos alentar, el acento fundamental de los valores y categorías de carácter espiritual. Es nuestro principal rasgo distintivo, hay que salvarlo, enriquecerlo y ofrecerlo como una contribución esencial para la solución de los gravísimos problemas que enfrenta el mundo. Se trata —como decía el Libertador, Simón Bolívar— de que somos un pequeño género humano.

Esto constituye una necesidad para la civilización occidental, cargada de materialismo vulgar, y allí donde se impuso el pensamiento racional, fue llevado a la exageración de concebir que todo se podía obtener con él.

La vida ha demostrado, de forma dramática, que no basta con la racionalidad. Es imprescindible coronar lo mejor del pensamiento racional con principios éticos y valores espirituales que están en el sustrato de la América de Bolívar, de Martí y de tantos otros próceres.

En la génesis de lo que conocemos como civilización occidental, emergió el cristianismo en medio de las ruinas del imperio romano y de la cultura grecolatina de la cuenca del Mediterráneo. Con inde-

pendencia de cualquier percepción religiosa que estamos en el deber de respetar en tanto se trata de un derecho individual personal de cada cual pensar o sentir sobre lo que llamamos "más allá", existen, como hecho cierto, dos principios exaltados por el cristianismo que constituyen una necesidad práctica e histórica aquí en la tierra y en la historia de la civilización.

Ellos son: primero, la defensa de los pobres y explotados del mundo, y, segundo, el trabajo asociado de los hombres para enfrentar sus responsabilidades morales. Cultura del trabajo social y colectivo, defensa de los intereses materiales y espirituales de todos los hombres y, en especial, de los pobres de la tierra, son valores situados en la cuna de la cultura occidental que el cristianismo exaltó y por el cual ganó su predominio en medio de la decadencia de imperio antiguo. Hoy debemos situar estos dos principios relacionándolos con el pensamiento científico más riguroso. En tales premisas se asienta la inmensa sabiduría de José Martí. Ella se relaciona con la mejor historia cultural, educacional, moral e intelectual, en general, de nuestros pueblos.

Los cubanos contamos con el paradigma que representa la vida y el pensamiento de José Martí. Vale la pena estudiar la vida de este hombre que nació el 28 de enero de 1853 en La Habana, que pasó la mayor parte de su vida como desterrado, que llevó siempre a Cuba en su alma y que convocó a la guerra por la independencia y cayó combatiendo por ella el 19 de mayo de 1895.

"Maestro, ¿qué has hecho?". Fue el lamento de Rubén Darío al conocer la caída de Martí en su primer combate de la guerra que había convocado y organizado y a la que se incorporó a pesar de no ser un guerrero. Ahí está la raíz de la tragedia de Dos Ríos, su ética le llevó al combate en este terreno.

El sentido de esa frase del gran poeta nicaragüense habría que entenderlo desde su ángulo personal, porque él miraba al Apóstol, como la estrella irreplicable de la creación literaria, pero el delegado del Partido Revolucionario Cubano tenía una razón más profunda aún, y superior a todas las demás que pudieran invocarse, para venir a Cuba y poner su propia vida en la balanza del peligro: "El hombre de actos —había dicho él— solo respeta al hombre de actos [...] ¡La razón, si quiere guiar, tiene que entrar en la caballería! y morir, para que la respeten los que saben morir."¹ El más grande pensador americano de su tiempo, que llevaba en su espíritu la más alta ética humanista, fue, también, un hombre de acción. Este genio de la palabra afirmó con profunda convicción: "Hacer es la mejor manera de decir."² Su sentido práctico se hallaba en la idea de que debía enseñar con el ejemplo, la única forma de ejercer una influencia mayor para el presente y futuro.

No se trata de que Martí, como han dicho o sugerido algunos, tuviese una vocación suicida, no es que buscara conscientemente la muerte. El valor de su decisión heroica está en que ella constituía una exigencia de la tarea política y revolucionaria que se había planteado.

En Dos Ríos, pues, el 19 de mayo de 1895, sobrevino una de las adversidades más costosas de cuantas ha sufrido nuestro pueblo en toda su historia. El azar, propio de toda lucha, nos privó del más extraordinario conductor, cuando se decidía el ser o el no ser de una nación independiente.

Cada día se hace más necesario conocer cabalmente quién fue aquel hombre al que Rubén Darío llamó Maestro. ¿Quién fue este

yo me honra el lado de Martí

hombre que proclamó: "Yo soy bueno, y como bueno/Moriré de cara al sol"? ¿Quién fue este amante fino y profundo de las letras y de lo bello, sensible y apasionado por la búsqueda del conocimiento humano, que ha sido considerado como el precursor del modernismo en la literatura latinoamericana de la primera mitad del siglo xx, y que, incluso, en tanto crítico de arte, algunos mexicanos estimaron que en sus comentarios podían encontrarse antecedentes del muralismo en México? ¿Quién fue ese hombre, a quien críticos especializados de España calificaron como uno de los más importantes prosistas de la lengua castellana de su época?

¿Quién fue este maestro, periodista, combatiente político, que, de manera infatigable, estudió, leyó y escribió sobre todo lo humano que ocurría en el mundo de su tiempo, desde las crónicas sobre la invasión colonial francesa a lo que hoy es Vietnam y páginas impresionantes que en estos días releemos con emoción y deslumbramiento acerca del alma rusa, hasta historias y narraciones referidas a todos los rincones de Europa, incluyendo, desde luego, sus maravillosas descripciones de la España que tan entrañablemente conoció?

¿Quién fue este artista y pensador, que hizo exclamar al novelista dominicano, Manuel de Jesús Galván, cuando lo vio en su tierra: "He aquí lo que faltó a América hasta ahora, el pensamiento a caballo"? ¿Quién fue este latinoamericano, cuyas páginas editadas bajo el título "Escenas norteamericanas", ofrecen la más nítida y fascinante descripción de las ideas que se gestaban en las últimas décadas del siglo xix en los Estados Unidos, las cuales pueden servir para el riguroso análisis científico-social de aquel tiempo histórico?

¿Quién fue aquel cubano, capaz de describir y detallar, con las mejores armas del idioma, tanto los sucesos sociales de Chicago como los más importantes descubrimientos científicos del mundo de entonces? ¿Quién fue aquel hombre de los versos sencillos fulgurantes y diáfanos, capaz, a su vez, de escribir páginas inolvidables sobre los principales personajes de la historia, la política, la literatura y la ciencia de su tiempo, entre ellas las que formuló en Nueva York a raíz del homenaje que las más diversas tendencias anarquistas y socialistas le rindieron a Carlos Marx, en ocasión de su fallecimiento, y que debemos examinar integralmente en todos sus matices a la luz de la historia de las ideas socialistas en el siglo xx? Releamos, en especial, las líneas que siguen al párrafo dedicado a Marx, donde habla de los anarquistas rusos. Si lo hacemos con rigor, tendríamos la impresión de que estamos frente a un veedor profundo, de una intuición y capacidad de análisis y de proyección de futuro realmente impresionantes.

¿Quién fue el que escribió a su discípulo Fermín Valdés Domínguez, en 1894, unas páginas que se nos revelan como estampa de las contradicciones que se le presentaron a las ideas socialistas en el siglo xx, y que, para las condiciones de Cuba actual, son de una vigencia sorprendente? ¿Quién fue aquel hijo de Iberoamérica, que en las décadas finales de la pasada centuria afirmó: "[...] se viene encima amasado por trabajadores un universo nuevo?"⁴ ¿Quién fue este poeta de la aurora, que supo escribir con ternura y maestría para los niños y, a un tiempo, preparar la guerra popular que acabaría con los últimos residuos de la España colonial en América y advertir, con excepcional sabiduría, lo que para Cuba, nuestro continente entero y el mundo se incubaba con el surgimiento del imperialismo norteamericano?

¿Quién fue este genio de la política, de la literatura y del pensamiento universal que promovió una guerra y al que el talento sin fronteras y la sensibilidad poética de la chilena Gabriela Mistral, caracterizó como el hombre más puro de la raza? ¿Quién fue este cubano que, habiendo vivido solamente cuarenta y dos años se ganó la admiración y los más grandes elogios como escritor y poeta, organizador político y revolucionario, de los más profundos pensadores y los más grandes héroes y mártires de nuestra América e incluso de los hombres de más honda y universal cultura de España?

¿Quién fue este humilde hijo de un celador valenciano y de una madre canaria, que supo organizar esa guerra y, a la par, amar intensamente a España? ¿Quién fue este personaje que Fidel Castro señaló como el autor intelectual de la revolución cubana?

Este hombre fue José Martí, quien, si no es más conocido e identificado en el mundo, en toda su grandeza, se debe a esas inmensas lagunas que hay en el civilizado siglo xx sobre la gigantesca riqueza cultural y espiritual de los pueblos de nuestra América. Martí se define, en primer lugar, por su inmensa capacidad de entrega a la causa humana: este fue el sentido de su vida. Lo que lo hace excepcional es que unida a una vocación total de sacrificio va su extraordinaria inteligencia, su talento sobresaliente y su vasta cultura; también su capacidad de organizar, reunir hombres y sus asombrosas dotes para la acción. Alcanzó, en un grado superior, virtudes que podemos representar en tres ideas: amor, inteligencia y capacidad de acción. Todo ello forjado por una indoblegable voluntad creadora y humanista.

El insigne poeta católico José Lezama Lima —creador y figura cimera del Grupo Orígenes, cuyas huellas fecundas aún perduran en la cultura cubana— afirmó que Martí es un misterio que nos acompaña. Asimismo, Julio Antonio Mella, el combatiente antimperialista, patricio y adalid de la juventud cubana —el más alto representante del proceso revolucionario en la década del veinte, y que fundara en 1925 el Partido Comunista de Cuba—, subrayó la necesidad de investigar el misterio del programa ultrademocrático de José Martí.

Cada día se hace más necesario conocer cabalmente al precursor del modernismo en la poesía, considerado entre los mejores prosistas de habla castellana de su época, ensayista capaz de abordar, destacar e identificar todo lo nuevo que se revela en la ciencia y la cultura de su tiempo, avanzadísimo crítico de arte y, en primer lugar, organizador del Partido Revolucionario Cubano y de la última guerra de liberación contra el colonialismo español en nuestra América.

Los cubanos tenemos, todavía, un deber con el mundo: mostrar con mayor precisión quién fue José Martí, el más profundo y universal pensador del hemisferio occidental.

Genio de la política, ese talento intelectual al más alto nivel, ese hombre de acción apasionado e imaginativo, a quien Cintio Vitier llama el poeta que asume la historia, el mito de la patria encarnado en un hombre, y a quien considera poeta en el sentido primigenio de la palabra: creador y vaticinador. Creador en el único sentido que puede serlo el hombre: transmutor de la realidad, vaticinador en cuanto visionario. Creador de una revolución inmediata, inaplazable ya para su patria, y vaticinador de una revolución universal.

Para subrayar cómo llegó a una comprensión de tan largo alcance, rememoremos el modo en que se gestó este paradigma de la cultura cubana. Invito a los estudiantes, profesores e investigadores que andan por el mundo buscando los caminos para marchar hacia el futuro, a seguir la pista de su genio a partir de lo expresado por José Lezama Lima cuando señaló que había sido una suerte que quien promovió cambios en el verbo, fuera, también, quien descubrió los secretos del hacer. Cambios en el verbo y los secretos del hacer. He ahí una de las claves. Si esto se articula con lo expuesto por el propio Martí cuando afirmó: "Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud",⁵ encontraremos las vías para un mundo mejor.

¿Qué estatura, en fin, tiene José Martí?

El intelectual cubano Roberto Fernández Retamar subrayó, con razón, que Martí no podía compararse con grandes poetas y escritores, aunque estuviera entre ellos. Tampoco con genios de la política y de la acción revolucionaria, aunque él fuera uno de ellos. No podría compararse con los más destacados pensadores y filósofos, aunque estuviera situado en esa dimensión. A Martí—dice Fernández Retamar— solo se le puede comparar con los profetas, forjadores de cuerpos de ideas que han trascendido por haber estado vivos en la médula de las grandes culturas y en las más altas aspiraciones de redención humana.

En Martí eso que llamamos solidaridad, amor al prójimo, cooperación, que no es otra cosa que la capacidad de asociarse que tienen los hombres, se logró en un altísimo grado, ahí está la esencia más profunda de su grandeza.

Fue el profeta que se propuso alcanzar la gran utopía nacida en los tiempos de Fray Bartolomé de las Casas y representa lo más radical del pensamiento humanista. ¿Cuál fue su profecía? Encontrémosla en la descripción de su vida y su obra.

Recogió lo mejor de la cultura de origen hispánico, lo relaboró, le dio carácter americano y amplió su universalidad. Un aspecto esencial de la cultura de nuestra América es, precisamente, su universalidad.

Su valor extraordinario no fue un producto exclusivo de su naturaleza, excepcionalmente dotada para la belleza, el intelecto y la capacidad de acción. El amor a la justicia y a la dignidad del hombre, y los destellos especiales y multifacéticos de su inteligencia, fueron estimulados, moldeados y enriquecidos por la cultura que asimiló intensamente.

Su maestro Rafael María de Mendive—discípulo, a su vez, de José de la Luz y Caballero— comprendió bien pronto a quién tenía por alumno cuando lo recibió en su hogar y escuela. En Martí fecundó lo mejor y más elevado del espíritu de su maestro. Así, en el ambiente más cubano y culto leyó, escribió y aprendió.

El ideario que heredó de los forjadores, Félix Varela, José de la Luz y Caballero y, en particular, Rafael María de Mendive, unido a la vasta cultura que alcanzó, le llevaron a desarrollar y enriquecer las ideas políticas y culturales más avanzadas de su tiempo. De su periplo por el mundo dejó inigualable testimonio en su obra periodística, su poesía, su narrativa y, sobre todo, en los certeros análisis de su ensayística enjundiosa e iluminadora.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria, se alza en La Demajagua el 10 de Octubre de 1868, tenía Martí escasos quince años, y escribe unos versos memorables nacidos de una altísima sensibilidad cultural y amor a la libertad.

Con su amigo entrañable Fermín Valdés Domínguez firma una carta de censura dirigida a un discípulo desertor de la causa de la independencia de Cuba. La misma es ocupada y ambos apresados. Martí se responsabiliza, es condenado a cadena y grillete, cuyas marcas quedan para toda la vida. Va a las canteras de San Lázaro y de allí a Isla de Pinos, posteriormente es deportado a España. Solo cuenta 17 años, pero ya había aprendido lo suficiente para escribir "El presidio político en Cuba".

En Madrid realizó estudios superiores, los cuales culminó de manera brillante en la Universidad de Zaragoza. En la península fue testigo de un acontecimiento que aportaría luz a su formación revolucionaria: el establecimiento de la primera república española, a la cual dedicó, en 1873, comentarios que publicó en la prensa y en su trabajo "La República española ante la Revolución cubana".

La perspectiva anticolonialista proporcionó a estas páginas un alcance y una capacidad de germinación muy significativos. En ellas evidenció su comprensión de que los ideales propagados por el liberalismo podían estancarse. La negativa de la república española a reconocer la independencia de Cuba le mostró lo que para él fuera, quizás, el signo más ejemplarizante de las limitaciones liberales. La república liberal mostraba con respecto a la liberación de Cuba, una actitud conservadora. Esto llevó a Martí a afirmar que el espíritu podría verse turbado por lo que él llamó "el amor a la mercancía", o sea, por aquellos intereses económicos que limitaban el apoyo que inicialmente pensó que podría tener Cuba de España con el triunfo del liberalismo.

Las ideas liberales del siglo XIX estaban enmarcadas en un estrecho nacionalismo no tenían alas suficientes para marchar hacia lo universal. Martí poseía ya una dimensión universal y, al encontrar que la primera república española no apoyaba la liberación de Cuba, halló la limitación de fondo que implicaba la democracia liberal europea del siglo XIX. Él hablaba de la honra universal y expresaba así el principio de su eticidad. Lo ético en Martí no fue solo un conjunto de principios teóricos, divorciados de la transformación práctica del mundo. Tuvo como divisa y raíz su condición de luchador político atento a su circunstancia, sin estrecheces que mermaran su condición de soldado de la humanidad.

El periplo vital de permanente destierro en que transcurrió la mayor parte de su vida favoreció el desarrollo de su universalidad. A su salida de España, a finales de 1874, le siguió un recorrido que incluyó su paso por París—donde, según se ha dicho, le fue presentado Víctor Hugo—, y por Nueva York, tras lo cual se radicó en México, donde inició el contacto directo por primera vez con la población indígena. Aquel encuentro sobrecogedor lo llevó a decir que hasta que el indio no se incorporara a la lucha por la liberación de América, esta no alcanzaría su plena independencia. Fue allí donde inició el conocimiento directo de los países que llamaría nuestra América, que se intensificó con su estancia, entre 1877 y 1878, en Guatemala, antes de permanecer durante unos meses en La Habana, de donde se le deportó nuevamente a España. De aquí logró salir rumbo a Nueva York y en ese viaje pasó otra vez por París. Tras algunos meses en la gran urbe norteamericana, se trasladó a Venezuela, en cuya capital residió y se familiarizó aún más con el legado de Simón Bolívar, el prócer a quien tanto veneró y cuyas luchas él se propuso continuar y enriquecer. Se sintió hijo y deudor de Simón Bolívar, y

que mi honor a la de Martí

escribió emocionado: "...ide Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies!"⁶

Tanto en México como en Guatemala y Venezuela, entró en estrecha relación con el rico mundo cultural de nuestra América. Si en Cuba había conocido al negro, entonces condenado por la esclavitud, en aquellos países supo directamente del indio, lo que intensificó su antirracismo. México, particularmente, le brindó el panorama de las allí nacies luchas de los trabajadores por sus justas reivindicaciones, participó en la defensa de estos. Dijo "Es hermoso fenómeno el que se observa ahora en las clases obreras. Por su propia fuerza se levantan de la abyección descuidada al trabajo redentor e inteligente: eran antes instrumentos trabajadores: ahora son hombres que se conocen y se estiman."⁷ Y añadió, como un ciudadano de México: "Así nuestros obreros se levantan de masa guiada a clase consciente."⁸

Martí hizo suyas las mejores esperanzas de los cholos, de los negros, de los indios, de los mulatos, de los blancos explotados y de las masas trabajadoras que, por encima de las diversidades de costumbres, habla e idiosincrasia, tenían, a su modo de ver, una misma lucha que librar contra viejos y nuevos enemigos comunes y un mismo porvenir que edificar en provecho de todos y del mundo. "De América soy hijo: a ella me debo",⁹ escribió el Maestro al abandonar Venezuela en 1881, rumbo al coloso del Norte, entonces en pleno ascenso económico e industrial, y donde ardían las corrientes universales más contradictorias del pensamiento de aquella época, y desde esta última ciudad continuó su cruzada en favor de la unidad latinoamericana y su peregrinar en favor de la isla amada. Allí confirma que en Cuba y las Antillas está la clave del destino del Nuevo Mundo.

La década de 1880 a 1890 fue decisiva para los Estados Unidos, y determinante para la formación política de Martí, quien vivió allí desde 1880 hasta 1895. Fue el país donde, después de Cuba, más tiempo vivió, y uno de los que más profundamente conoció. En verdad, en Cuba vivió los primeros 17 años de su vida; un brevísimo tiempo después de la guerra, en 1878 y cuando regresó para iniciar la nueva contienda, en 1895. Propiamente, donde más tiempo vivió fue en Norteamérica. Una colección de sus escritos aparece bajo el título de "Escenas norteamericanas". Es difícil encontrar una presentación más detallada, profunda y hermosamente escrita, de la vida norteamericana. Quien la lea sentirá la fascinación de introducirse en un mundo que estaba en embrión y que hoy se nos presenta en su máximo nivel de desarrollo.

Una de las características de esos artículos está en el rigor de los análisis, que han resistido la prueba del tiempo. No hay en Martí una forma científica clásica de expresar las ideas, él es un hombre de cultura. La fuerza de su genialidad para distinguir lo principal de lo accesorio, y su don de situar las cosas en cada lugar, le permiten brindar una descripción de la vida norteamericana con tal originalidad y belleza, y con tal interés para el científico social, que en ella pueden los hombres de hoy, considerando desde luego las diferencias del tiempo, recoger elementos válidos para conocer a los Estados Unidos e, incluso, para enjuiciar su política.

A propósito del Primer Congreso Panamericano, celebrado en Washington, Martí advirtió previsoramente, en 1889, la atención que merecía Estados Unidos en cuanto a su interés en extender sus domi-

nios en América y apoderarse de Cuba y las Antillas, para de este modo fortalecerse como potencia ante el mundo, y anunció, hace ya un siglo, la urgencia de que los pueblos americanos se prepararan para una segunda independencia contra un imperio universal.

Las dos últimas décadas de aquel siglo resultaron decisivas para el ulterior desarrollo del imperialismo moderno. En los largos años que vivió en ese país, se forjó su conciencia antimperialista y denunció —con meridiana claridad en aquel congreso que mencionamos y el cual aprobó la estrategia de la expansión económica norteamericana hacia nuestra América—, la naturaleza del nuevo imperio que se gestaba. La esencia de su crítica a esa sociedad está en el divorcio que observó entre el desarrollo material y las limitaciones de su vida espiritual.

Quien haya estudiado doctrinas sociales y políticas de origen europeo, y haya hecho un análisis profundo de las "Escenas norteamericanas", de José Martí, comprenderá cómo penetró, antes que ninguno, en el fenómeno del imperialismo, con una originalidad que sitúan su obra entre las cumbres de la literatura política universal. Un paralelo entre lo que describió en esas escenas, de una parte, y las conclusiones teóricas sobre el fenómeno del imperialismo, de la otra, tal como se elaboró más tarde en Europa, permitirían apreciar identificaciones conceptuales y políticas de sumo interés para quienes deseen investigar la historia de las ideas político-sociales en el mundo.

Otras características que se aprecian a lo largo de sus crónicas son su oposición a las clases dirigentes de los Estados Unidos y su amor infinito por los trabajadores. Para el análisis de este problema, vamos a comentar algunos textos de José Martí. Empecemos por estos versos que están en el corazón de los cubanos: "Con los pobres de la tierra/Quiero yo mi suerte echar"¹⁰ y "Los hombres van en dos bandos: los que aman y fundan, los que odian y deshacen."¹¹ ¿Cómo veía esos dos bandos en el seno de la sociedad norteamericana? Repasemos un párrafo de su artículo "Vindicación de Cuba", de 1889, que publicó en un periódico neoyorquino. Decía refiriéndose a los Estados Unidos, que los cubanos de su época: "Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad",¹² y agregaba: "...pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción",¹³ y continuaba diciendo que los cubanos: "Han hecho de los héroes de este país [Estados Unidos] sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norte-Americana, como la gloria mayor de la humanidad."¹⁴ Para inmediatamente señalar: "...pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible [se refiere a la victoria del Norte sobre el Sur en la Guerra de Secesión] estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia";¹⁵ y concluyó el párrafo con esta frase: "Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting."¹⁶ Cutting era un oscuro aventurero de la época, que preconizaba intenciones de anexionar a los Estados Unidos territorios del norte de México.

La caracterización de la sociedad norteamericana de entonces, y del tipo de relaciones que debían existir entre ambas Américas, la podemos apreciar en esta crónica, escrita en 1881, desde Nueva

York. "...este país [Estados Unidos], señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervierten a los demás pueblos".¹⁷ Ya con estos antecedentes, Martí veía que el germen destructor de las libertades democráticas minaba a la sociedad norteamericana. Y así, decía en otra crónica de 1881: "Una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente."¹⁸

En el propio 1881, comentaba una expresión de un senador norteamericano. Decía este senador: "Y cuando hayamos tomado a Canadá y a México, y reinemos sin rivales sobre el continente, ¿qué especie de civilización vendremos a tener en lo futuro?"¹⁹ Y Martí le contestaba: "¡Una, terrible a fe: la de Cartago!"²⁰ Esta es la civilización que nos han impuesto y nos desean seguir imponiendo los sucesores de Cutting.

Si queremos volver por quienes odian y destruyen, para distinguirlos de los que aman y construyen, recordemos que 1885 Martí señaló: "¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondana, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos! —¡Banqueros no: bandidos!"²¹ En 1882 había escrito: "Cierto que no me parece que sea buena raíz de pueblo, este amor exclusivo, vehemente y desasosegado de la fortuna material que malogra aquí [se refiere a los Estados Unidos], o —pule solo de un lado, las gentes, y les da a la par aire de colosos y de niños. Cierto que en un cúmulo de pensadores avariciosos hierven ansias que no son para agrandar, ni tranquilizar, a las tierras más jóvenes y más generosamente inquietas de nuestra América. Cierto que me parecería cosa dolorosísima ver morir una tórtola a manos de un ogro."²²

En 1884 afirmaba: "...en este pueblo revuelto, suntuoso y enorme, la vida no es más que la conquista de la fortuna: esta es la enfermedad de su grandeza. La lleva sobre el hígado: se le ha entrado por todas las entrañas: le está trastornando, afeando y deformando todo".²³

En 1887, también sobre los Estados Unidos, escribía: "Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos."²⁴ Haciendo un análisis de aquel país, expresaba: "...que la república popular se va trocando en una república de clases; que los privilegiados, fuertes con su caudal, desafían, exasperan, estrujan, echan de la plaza libre de la vida a los que vienen a ella sin más fueros que los brazos y la mente; que los ricos se ponen de un lado y los pobres de otro; que los ricos se coligan, y los pobres también".²⁵

Y continuaba Martí: "Se ve que no bastan las instituciones pomposas, los sistemas refinados, las estadísticas deslumbrantes, las leyes benévolas, las escuelas vastas, la parafernalia exterior, para contrastar el empuje de una nación [Estados Unidos] que pasa con desdén por junto a ellas, arrebatada por un concepto premioso y egoísta de la vida."²⁶

En 1889, aseguraba: "...estos republicanos de cartón que niegan el derecho divino al rey inglés, y alegan ahora la fuerza y el tamaño como derecho divino nuevo, y destino manifiesto e imperio natural e irresistible que les autorice a salir de bandidos por el mundo, embolsándose pueblos como se embolsaban castillos los condes feudales."²⁷

Previsora mente señaló: "Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo",²⁸ y prosiguió diciendo: "...después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia".²⁹

En un artículo publicado en 1894 decía: "En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, mero fortín de la Roma americana; — y si libres— y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio— por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo."³⁰

Él previó que los Estados Unidos intentaban apoderarse de Cuba y las Antillas a fin de que les sirvieran de base inicial a sus propósitos imperialistas. Es esa la lección humana y trascendente de Martí, que los cubanos hemos aprendido: el mundo, unido contra ese poder, podrá presentar un frente común para evitar que el descomunal problema denunciado por nuestro Héroe devenga en holocausto.

Una de las fundamentales enseñanzas que ofrecen las "Escenas norteamericanas" y la vida de Martí en ese país, es que descubrió cómo andaban divorciados el desarrollo material y el crecimiento de la vida moral y espiritual. En la denuncia de esta ruptura se halla lo sustancial de las lecciones martianas a propósito de su análisis sobre los Estados Unidos. Reconocía, desde luego, las virtudes de la tradición democrática y liberal de la patria de Lincoln, pero mostraba a su vez los peligros que representaba en Estados Unidos un individualismo feroz y desenfrenado. Es el divorcio entre el desarrollo económico, tecnológico y científico y los sentimientos de solidaridad y de amor al prójimo lo que está en la sustancia misma del crecimiento imperialista lo que denunciaba José Martí. He ahí la raíz más profunda del drama de nuestra época.

Nadie ha escrito con mayor profundidad acerca de la historia de los Estados Unidos, sus costumbres, sus virtudes y sus defectos, con ello llegó a la cumbre de su pensamiento político, y lo importante de este no solo es el alto nivel cultural y teórico que alcanzó, sino, también, la capacidad práctica de llevarlo a cabo.

Todo fue visto por él con la mirada de la ciencia y la conciencia, analizado con amor y con deseos de que los Estados Unidos alcan-

yo me honra a la de Martí

zara por vías nobles su genuina grandeza y, a su vez, con angustia y temor a los gérmenes que lo conducían hacia el crecimiento de la ambición, el afán hegemónico y el egoísmo.

Con su talento y capacidad para entender las contradicciones más sutiles y profundas de la política y la historia, planteaba una inequívoca interdependencia entre la soberanía de las naciones del Caribe y América y lo más legítimo y noble de la tradición democrática norteamericana. De hecho, estaba proclamando el abrazo del pueblo de Lincoln y el de Bolívar, para lo cual era necesario rechazar las aspiraciones expansionistas de la doctrina de "la fruta madura" en virtud de la cual nuestro país debería pasar a formar parte del territorio estadounidense, tesis que estaba contenida, desde el comienzo del siglo, en las aspiraciones del presidente Monroe.

Su idea de la política estaba estrechamente vinculada al sentido de lo humano. Era político porque era profundamente humanista, y era humanista porque era profundamente político. Esta es una de las más hermosas herencias que nos dejó a los cubanos. Por eso, para entender el pensamiento de Martí, hay que tomar en cuenta su humanismo, su latinoamericanismo y su sentido universal.

Afirmó que le aterraba la idea de lanzar a unos hombres contra otros. Sin embargo, como bien dijo Fernández Retamar, concibió este enfrentamiento en la guerra contra el colonialismo hispánico, nacida el 24 de Febrero de 1895. Para que no existieran dudas sobre sus ideas en relación con la violencia la llamó "guerra necesaria, humanitaria y breve". Y es que Martí no era un idealista romántico en el sentido que muchas veces se utiliza esta expresión, sino un hombre de acción que organizó un partido y una guerra, y que como ya he explicado, llegó a comprender el fenómeno económico de la expansión de Estados Unidos sobre nuestra América.

No era exclusivamente un hombre de ideas, sino el fundador del Partido Revolucionario Cubano, el trabajador por la unidad y el promotor y organizador de la contienda bélica.

Al recordar aquella expresión suya: "Patria es humanidad",³¹ cabría decir que hacía política para la humanidad. La hacía, con claridad de su sentido universal, exquisitez en los métodos, firmeza indeclinable en los fines, previsión extraordinariamente realista acerca de los peligros y limitaciones, y pasión resuelta, serena y heroica por superarlos. Esta originalísima combinación de elementos ideológicos en una mentalidad privilegiada, con una vasta cultura, con una personalidad atrayente y sugestiva, lo convierte en el único cubano capaz de agrupar y fundir en un solo movimiento, resumir en un sólo partido, concretar en un sólo ejército, todo el esfuerzo del pueblo cubano por la independencia.

Por ello, el General Máximo Gómez pudo decir, en carta memorable al General Antonio Maceo: "Esta guerra, General, la haremos usted y yo, pero será la guerra de Martí." El pueblo y la historia los han situado a los tres como el núcleo central de la Guerra de Independencia de Cuba. El gran mérito histórico de Martí fue unir a todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable y, partiendo de ello, transmitirle una ideología y una proyección política para fundar la República. Para decirlo con palabras del poeta Lezama Lima, puso al servicio de su causa los recursos más cautivadores del arte y de la inteligencia,

No pocos fueron los obstáculos de orden interno que debió enfrentar el Maestro para lograr la unidad, la cual tenía que conseguir

junto a Gómez y Maceo; y estos dos héroes de la guerra, con méritos insuperables, tenían su propia concepción de cómo organizarla. Recordemos las discusiones de 1884 y el distanciamiento entre Martí, de un lado, y Gómez y Maceo del otro. En verdad, los dos grandes generales no pudieron concretar su idea; luego, la práctica anduvo por otros caminos, es decir, los de Martí. A un siglo de distancia de lo que debieron ser las discusiones de 1884, y con la mente en las conversaciones de La Mejorana, hoy llevamos en el corazón aquel infinito respeto y admiración que Martí sentía por Gómez y Maceo.

Había estudiado y superado, con creces, los reparos civilistas que obstaculizaron en Guáimaro la Guerra del 68. En Gómez y Maceo no había los gérmenes del caudillismo que llevaron la primera guerra al Pacto del Zanjón. Sin embargo, en las discusiones de La Mejorana estaban todavía presentes en esos gigantes de la historia, residuos de aquellas viejas cuestiones.

El pensamiento martiano devino mucho más hondo y de otro carácter al que había prevalecido en 1869 en la Asamblea Constituyente de Guáimaro. Sus crónicas acerca del parlamentarismo y de la práctica política de los partidos en los Estados Unidos lo explican. No fue, ni remotamente, el civilista romántico de los meses iniciales de la Guerra de los Diez Años.

Dirigir la guerra con criterio político era el único modo de ganarla. Había que buscar formas concretas de organizar al ejército y, también, los medios para auxiliarla y extenderla en todo el territorio; para ello se necesitaba unir las voluntades en un apretado haz bajo una dirección unificada. Aquí es donde la audacia de su pensamiento motiva la mayor admiración. Con este fin, fundó y organizó el partido de la independencia, hizo el programa ultrademocrático y antimperialista, y confió en él como la fuerza espiritual del futuro.

Quería que la guerra se dirigiera con criterio político, "...con todos, para el bien de todos",³² y en ello actuaba su pensamiento previsor y su gran sentido práctico. Acusado de ponerle trabas formales a la guerra, en realidad trabajaba para brindarle las formas de hacerla viable y popular, y, sobre todo, intentaba darle a la lucha armada un cuerpo de ideas y organización política capaz de mantener, en la victoria, el principio democrático que la inspiraba.

Guerras de independencia contra los poderes coloniales hubo muchas y muy heroicas en nuestra América. Desde Haití hasta Venezuela, desde México hasta Argentina, en Cuba entre 1868 y 1878, pero en ninguno de estos casos, fueron preparadas y orientadas por un partido revolucionario. El Partido Revolucionario Cubano es el primero creado en nuestra América —y quizás en el mundo— para organizar y conducir una guerra anticolonialista, una guerra de independencia. La novedad de este hecho bastaría, por sí solo, para explicar no pocas de las perplejidades que ello provocó.

La lucha por la independencia de Cuba no solo se libró contra el colonialismo español, sino también, y de manera muy esencial, contra las desmesuras del Norte.

Constituye un hecho importante el papel que, en la fundación del Partido Revolucionario Cubano, tuvieron los obreros tabaqueros cubanos emigrados en Tampa y Cayo Hueso. Los amigos socialistas de Martí le escribían desde Cuba acerca de sus ideas. El Maestro les alentaba a continuar estudiando los problemas sociales y les elogiaba sus inquietudes. Pero, desde luego, la tarea y el papel de Martí eran otros. Tenía que organizar y dirigir la guerra por la independencia de Cuba para "...impedir a tiempo, [...] que se extiendan por

las Antillas los Estados Unidos y caigan, [...] sobre nuestras tierras de América".³³

La enseñanza política y cultural martiana resume el siglo XIX cubano. Martí fue la síntesis más elevada en la que se fusiona el pensamiento político y social con las raíces del movimiento de masas; en la que la unidad de la cubanía y su fuerza alcanzó en la cultura política una capacidad insospechada.

Desde luego llegó a estas concepciones por su enorme sensibilidad y talento, y porque vivió y recibió la experiencia de diversos países que nutrieron su alta conciencia popular, patriótica y latinoamericana.

Nos habló de la necesidad de promover lo que llamó "la ciencia del espíritu". Puedo asegurarles que en su análisis al respecto hay un enorme arsenal de ideas filosóficas, éticas y psicológicas de gran interés para la educación y la política culta.

La clave de su vida como revolucionario y como pensador, la podemos encontrar en que, de hecho, articuló en su carácter y en su mente ciencia, conciencia y hombre de acción. Y lo hizo a partir de su ética, porque Martí era un hombre medularmente ético.

En la cultura de Martí latían el pensamiento y la sensibilidad cristianos en su expresión más pura y original. Dijo: "En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días."³⁴ La dignidad de su conducta se entiende cuando se toma en cuenta que no era un guerrero, pero a su vez, tenía conciencia de que la guerra constituía una necesidad objetiva para la independencia de Cuba, y comprendía que debía enseñar con el ejemplo. En ello está la esencia de su virtud educativa, la prueba definitiva de la consecuencia de su vida y las razones últimas de su tragedia.

Su martirologio marcó para siempre el ideario cubano con la enseñanza de su sacrificio. No se trata de un romántico ajeno a los procesos reales con que transcurre la vida del hombre y la sociedad. El valor de esta entrega se halla en que no hay pueblo capaz de avanzar y de conquistar su independencia y asegurar su libertad, sin el sello ético que supone la unidad entre el ideal de redención humana y el esfuerzo por alcanzarlo. En su cultura latía el drama social de la humanidad.

En el siglo XXI la lección de su vida adquiere para los cubanos una nueva dimensión, se revela con mayor claridad y alcance de su significado universal. La humanidad está necesitada de nuevos paradigmas y Cuba tiene el suyo.

Era un apasionado patriota, este rasgo esencial de su carácter marcó su personalidad y se manifestó en las más diversas y aparentemente contradictorias formas de su hacer concreto, y de su cultura enciclopédica y profundamente humanista. Aunque no lo expusiera al modo de decir de un filósofo europeo —ni tenía porque hacerlo— su pensamiento y acción aparecen como una sola pieza.

Sería un error situar al autor de los "Versos sencillos" y precursor del modernismo latinoamericano, separado del político que tuvo el arte prodigioso de ordenar —en el sentido más alejado de lo impositivo— a todos los generales y oficiales de la Guerra de los Diez Años. Su originalidad superior se halla en la integridad que adquirieron en su persona todos estos componentes. Si se toma en cuenta que no había participado directamente en la Guerra del 68, se comprenderá a qué escala de empeño de trabajo político creador, y de talento e imaginación tuvo que alzarse, y lo logró por la integridad en que se presentaron todos los elementos de su ideario y acción.

Esta capacidad de síntesis entre la idea y la acción no la recibió como un don divino ni, exclusivamente, por su inteligencia excepcional. Esta virtud no constituye un hecho aislado, forma parte sustancial de la cultura que recibió. En el fondo de esta integridad hay una eticidad que es la marca inseparable de su quehacer político. No surgió de manera espontánea, es un producto de su cultura. Sin ella resulta imposible integrar tan diferentes talentos en una sola persona.

Su eticidad, su sensibilidad artística y su valor político van muy unidos a su vocación pedagógica y capacidad de periodista y expositor de hechos e ideas. Quien haya leído "Los zapatos de rosa"³⁵ o los versos inmortales "A mis hermanos muertos el 27 de noviembre"³⁶ y lo relacione con su infatigable curiosidad por las conductas de las personas más sencillas en su recorrido de Playitas a Dos Ríos, podrá percatarse que no hay un Martí poeta, un Martí maestro, un Martí combatiente, solo hay un Martí: Martí hombre. Él enalteció, a una escala distinta y superior, el más alto grado de humanismo que el Renacimiento europeo había levantado como un ideal.

En la historia nacional, cuando el compromiso ético y patriótico se fusiona con el talento y la imaginación artística, se produce el milagro del genio creador. Esto es llamarse Heredia, Lezama, Guillén o Carpentier, y cuando alcanza una dimensión humana y política más alta, estamos en presencia de José Martí.

En la literatura martiana encontramos el compromiso patriótico y la hermosura de su palabra mágica integrando una identidad, que lo hace dialogar con su escritura y decir: "Verso, o nos condenan juntos/O nos salvamos los dos."³⁷ En esta afirmación hay un sello imborrable del diseño de nuestra cultura.

En "Yugo y estrella"³⁸ la imagen poética asume una dimensión filosófica y ética con tal fuerza de universalidad que deja el alma en suspenso y asumimos lo que objetivamente somos, piezas de la larga evolución de la historia natural. Se llega, en medio de nuestra insignificancia individual, a sentir como deber sagrado el de continuar luchando por un paso de avance en la historia social del hombre.

Esta tesis lo lleva a su pensamiento pedagógico, es su mismo sustrato. Lo recibió del ideario educacional del maestro, de su maestro Luz y Caballero, y lo hizo ascender a una escala aún más alta. Los estímulos a la inteligencia creadora y la premisa de los nobles sentimientos fundamentados en principios éticos, retomados y exaltados de su cultura con raíces cristianas, iban, en su pedagogía, unidos a la relación que procuró del estudio con el trabajo. Para él, una sesión debía dedicarse a las lecciones del aula y otra al trabajo.

Su pedagogía era la de la cultura de la inteligencia y la de hacer germinar, partiendo de la vocación social del hombre, los más nobles sentimientos y sobre el fundamento de la práctica y el trabajo. Diferenciaba, y a la vez relacionaba, la instrucción con la educación. Apreciaba aquella no exclusivamente como tal, sino como una vía de educación. Rechazaba la repetición mecánica y la enseñanza memorística.

Amó y siguió el pensamiento pedagógico lucista con un sentido de marcada devoción y fervor insuperables. He ahí cómo su pedagogía procuraba una educación y una cultura abiertas y no encerradas en un sistema. Luz, el silencioso fundador, como lo caracterizó Martí, había proclamado en su pedagogía: Todos los métodos y ningún mé-

Y mi honda es la de David

todo, he ahí el método. En Martí, las ideas filosóficas y pedagógicas podría decirse que estaban caracterizadas por no adscribirse a ninguna escuela determinada, sino, más bien, por el principio de: Todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela.

En esta pedagogía el mundo se abría al infinito panorama de la práctica, y esto no quiere decir que se alejaba de los principios, muy por el contrario; estos últimos se sintetizan en objetivos muy concretos: la independencia de Cuba, su vocación de universalidad, su amor a la justicia como "el sol del mundo moral" y, por tanto, a la dignidad plena del hombre como la ley primera de la República.

Martí pertenece a la línea de pensamiento, de honda raíz popular en nuestra América, que le da una importancia singular la educación y la cultura en la transformación revolucionaria y moral de la sociedad. "Ser culto es el único modo de ser libre",³⁹ no es pensamiento aislado; se halla en el centro del ideario martiano y forma parte de la esencia del pensar latinoamericano.

La grandeza de hombres como nuestro Héroe Nacional, está fundamentada en la historia peculiar, original de Cuba, en sus relaciones con el mundo. Es necesario conocer sus esencias para defenderlas mejor.

Martí nos exhorta a rescatar y exaltar sin dogmas ni prejuicios, a defender los más sagrados intereses de los pobres que son quienes más sufren, todos estos valores espirituales sin excepción alguna. Nos orienta situar a cada cual a lo largo de la historia del hombre en el lugar que resulte más útil para emprender el camino de la redención definitiva. No habrá nadie excluido; nadie rechazado; no habrá ningún valor perdido ni habrá ninguna heroicidad dejada de reconocer; no habrá ninguna tragedia o maldad que se oculte; ni habrá ninguna injusticia a denunciar que se olvide; no habrá impiedad ni siquiera para el impío; no habrá nada justo que se deje de exaltar. Todo está en que con la brújula de su pensamiento, con la guía de su heroicidad y de su ejemplo, sepamos comprender la síntesis de ciencia y amor, que hay en la cultura de esta figura excepcional, a quien Gabriela Mistral, caracterizó como "el eslabón más alto de nuestra América cósmica".

¹ Martí, José: "Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868", Nueva York, 10 de octubre de 1890, en *Obras completas*, t.4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, p. 252.

² Martí, José: "Propósitos", *Revista Venezolana*, Caracas, 1 de julio de 1881, *op. cit.*, t.7, p. 197.

³ Martí, José: "Versos sencillos", XXIII, Nueva York, 1891, *op. cit.*, t. 16, p.98.

⁴ Martí, José: "Carta al Director de *La República*", Nueva York, 8 de julio de 1886, *op. cit.*, t. 8, pp. 22-23.

⁵ Martí, José: "Ismaelillo", Nueva York, 1882, *op. cit.*, t. 16, p. 19.

⁶ Martí, José: "Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar", 28 de octubre de 1893, *op. cit.*, t. 8, p. 241.

⁷ Martí, José: "Nuestra América, México. Función de los meseros.—Transformación de los artesanos.—Población indígena. *Revista Universal*", 10 de julio de 1875, *op. cit.*, t. 6, p. 265.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Martí, José: "Carta a Fausto Teodoro de Aldrey", Caracas, 27 de julio de 1881, *op. cit.*, t. 7, p. 267.

¹⁰ Martí, José: "Versos sencillos", III, Nueva York, 1891, *op. cit.*, t. 16, p. 67.

¹¹ Martí, José: "Albertini y Cervantes", periódico *Patria*, New York, 21 de mayo de 1892, *op. cit.*, t. 4, p. 413.

¹² Martí, José: "Vindicación de Cuba", traducido de la carta que publicó bajo este título *The Evening Post*, Nueva York, 15 de marzo de 1892, *op. cit.*, t. 1, p. 237.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ Martí, José: "Escenas norteamericanas", Carta al director de *La Opinión Nacional*, Nueva York, 12 de noviembre de 1881, *op. cit.*, t. 9, p. 27.

¹⁸ *Ibidem*, t. 9, p.108.

¹⁹ *Ibidem*, t. 9, p. 206.

²⁰ *Ibidem*, t. 9, p. 206.

²¹ Martí, José: "Los secretarios del presidente", Carta al Director de *La Nación*, New York, agosto de 1885, *op. cit.*, t. 13, p. 290.

²² Martí, José: "Carta a Bartolomé Mitre y Vedia", Nueva York, 19 de diciembre de 1882, *op. cit.*, t. 9, p.15.

²³ Martí, José: "Escenas norteamericanas", Carta al Director de *La Nación*, Nueva York, 7 de junio de 1884, *op. cit.*, t. 10, p. 63.

²⁴ Martí, José: "Escenas norteamericanas", Carta al Director de *La Nación*, Nueva York, 13 de noviembre de 1887, *op. cit.*, t. 11, p. 335.

²⁵ Martí, José: "La religión en los Estados Unidos", Carta al Director de *La Nación*, Nueva York, 8 de abril de 1888, *op. cit.*, t. 11, p. 425.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Martí, José: "En los Estados Unidos", Carta al Director de *La Nación*, Nueva York, 31 de enero de 1889, *op. cit.*, t. 12, p. 143.

²⁸ Martí, José: "Congreso Internacional de Washington", Carta al Director de *La Nación*, Nueva York, 2 de noviembre de 1889, *op. cit.*, t. 6, p. 46.

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ Martí, José: "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano", periódico *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, *op. cit.*, t. 3, p. 142.

³¹ Martí, José: "La Revista Literaria Dominicense", periódico *Patria*, 26 de enero de 1895, *op. cit.*, t. 5, p. 468.

³² Martí, José: "Discurso en conmemoración del 10 de Octubre de 1868", Nueva York, 10 de octubre de 1889, *op. cit.*, t. 4, p. 243.

³³ Martí, José: "Cartas a Manuel Mercado", *op. cit.*, t. 20, p. 161.

³⁴ Martí, José: "A Gonzalo de Quesada", Montecristi, 1 de abril de 1895, *op. cit.*, t. 20, p. 478.

³⁵ Martí, José: "Versos en 'La Edad de Oro'", *op. cit.*, t. 17, p. 159.

³⁶ Martí, José: "Versos varios", Madrid, 1872, *op. cit.*, t. 17, p. 34.

³⁷ Martí, José: "Versos sencillos", XLVI, Nueva York, 1891, *op. cit.*, t. 16, p. 126.

³⁸ Martí, José: "Versos libres", 1882, *op. cit.*, t. 16, p. 161.

³⁹ Martí, José: "Maestros ambulantes", *La América*, Nueva York, mayo de 1884, *op. cit.*, t. 8, p. 289.

Notas sobre la concepción martiana de la Historia

IBRAHIM HIDALGO PAZ

¿Cómo hemos de llegar al conocimiento de la humanidad futura y probable sin el conocimiento exacto de la humanidad presente y la pasada?

José Martí¹

El aparato conceptual que posee el individuo para abordar la realidad le posibilita el acercamiento a esta con mayores o menores posibilidades de éxito, determina sus consideraciones sobre la misma, así como sus conclusiones respecto del fenómeno estudiado. José Martí desarrolló un método de conocimiento propio, y constituye un esfuerzo impropio pretender atribuirle supuestas filiaciones ocultas con el marxismo de su época o negarle fundamentos cristianos a su formación ética. De la misma forma, es un ejercicio intelectual ímprobo tratar de adscribirlo a esta o aquella escuela filosófica o credo religioso, pues las características de su ideario y su sano electismo —inscripto dentro de las mejores tradiciones cubanas— permiten considerarlo un pensador absolutamente original.

Su idealismo era *martiano*, término válido a pesar de la aparente simpleza del término, que nos permite afirmar lo inadecuado de las pretensiones de encasillar y etiquetar a un pensador cuyas ideas desbordan todas las limitaciones. A tal punto resulta clasificable, que el sabio francés con apellido de rey jerosolimitano, Noël Salomon, ha dicho: “me atrevería a proponer una fórmula dialéctica, bipolar: el idealismo de José Martí es un ‘idealismo práctico’”,¹ expresión que ha desatado más de una vez la polémica. Con independencia de esta, no cabe duda de que en el revolucionario cubano la visión del mundo tangible e intangible es eminentemente dialéctica, al considerar que “las dos manifestaciones de la vida, la espiritual y la material, aparecen a la vez y se desarrollan paralelamente en los seres vivos”, de modo que entre materia y espíritu hay interrelaciones, interdependencias, coexistencia: “¡Y ése sí es el magnífico fenómeno repetido en todas las obras de la naturaleza: la coexistencia, la interdependencia, la interrelación de la materia y el espíritu!”² No hallamos en Martí conceptos que sitúen en un mundo exterior al hombre ningún tipo de idea absoluta que determine su destino y conducta. Al contrario, considera al ser humano un ente activo capaz de transformarse a sí mismo a la vez que al mundo que lo rodea.

Y en cuanto a su religiosidad, es evidente que se sitúa en una dimensión diferente a la de cualquiera de las denominaciones o hermandades conocidas en su época, muy alejado del catolicismo al servicio del poder colonial que oprimía a su patria, y de un creador armando de un registro de las acciones individuales,

dispuesto a pasarle la cuenta a cada uno en un juicio final. “La Providencia para los hombres no es más que el resultado de sus obras mismas”,³ expresa Martí, con lo que se sitúa en un plano diametralmente opuesto a la creencia en que la historia de los hombres y de cada nación se hallan bajo el gobierno y la dirección de un ser divino.

Se aleja, con esta posición, del punto de vista de la *Historia Universal* de César Cantú (1840-1895), presidida por criterios teocráticos. Del escritor italiano dice:

[...] en cuanto a hombres, no quiere el anciano lombardo creer que corren parejas el adelanto moral y el material [...] ni que el mundo de fenómenos psíquicos, el soberano mundo espiritual, haya nacido como un vástago del orden físico, del bajo mundo corpóreo.⁴

El humanismo del autor de *Nuestra América* concibe al hombre en el centro de sus preocupaciones, como el hacedor de su propia vida. Su humanismo es revolucionario en cuanto se propone crear un mundo de justicia y equidad realizado por los seres humanos y para estos. Critica la formulación de un humanismo extrahistórico que justifique y encubra con terminología filantrópica prácticas económicas y políticas aberrantes.⁵

Para terminar con estas se propuso “transformar al hombre en su circunstancia, al transformar las circunstancias que condicionan al hombre.”⁶ No era posible invertir los términos de la difícil ecuación que como revolucionario tenía ante sí, sino enfrentar la realidad tal como era, pues no se trata de crear un hombre para el sistema social que desee alcanzarse, sino de organizar un sistema que tenga como centro la atención de las personas existentes, con sus virtudes y defectos. Por ello sostiene que “los pueblos no están hechos de los hombres como debieran ser, sino de los hombres como son. Y las revoluciones no triunfan, y los pueblos no se mejoran si aguardan a que la naturaleza humana cambie.”⁷

Papel de las motivaciones espirituales en la actuación de hombres y pueblos

Concede un papel destacado a la subjetividad humana, y considera que la actuación del hombre en la sociedad está motivada por su conciencia, sus conocimientos, sus marcos culturales y éticos. No obstante, observa que la conducta de los hombres se encuentra ligada a sus intereses materiales: “En pueblos como en hombres, la vida se cimenta sobre la satisfacción de las necesidades materiales.” Las manifestaciones del mundo espiritual no dependen de una voluntad divina o de las disposiciones de determinadas instituciones jurídicas o políticas, sino de las transformaciones de las condiciones de existencia: “Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambia la literatura, la filosofía y la religión.”⁸

Son, por tanto, las condiciones materiales de existencia las que, bajo determinadas circunstancias, llevan a diversos grupos humanos a una actuación de coincidencia o enfrentamiento con otros sectores sociales. Hoy decimos que se trata de las contradicciones entre las clases sociales. No existen dudas sobre el conocimiento de Martí acerca de la existencia de estas y de sus pugnas, como puede apreciarse en muchas de sus crónicas, lo que era un conocimiento común en la segunda mitad del siglo XIX. El aporte de Carlos Marx al respecto consiste en precisar que es la lucha entre

que mi honor es la de Martí

ellas la que determinan el desarrollo de la sociedad. Y en esto difiere el pensador cubano, para quien no constituía este fenómeno el decisivo para el avance de la sociedad, como veremos más adelante.

Contra el positivismo

Podemos apreciar, con lo expuesto hasta aquí, que nos encontramos ante un pensador que posee una definida concepción de la historia, basada en lo que llamó "filosofía de relación", la cual le permite establecer los múltiples vínculos entre sujeto y objeto,⁹ mediante los cuales alcanza una visión totalizadora de la realidad, así como nuevos conocimientos acerca de esta.

Dejaba a un lado el modo de hacer propio de la historiografía positivista, dominante en el siglo XIX, no tanto por la aceptación en el ámbito de los pensadores del *Curso de Filosofía Positiva* de Auguste Comte (1789-1857), sino por los fundamentos metodológicos que este brindó a las entonces no bien definidas ciencias sociales, y en especial a la historia, al sentar las bases de la necesaria renovación en cuanto a la crítica de las fuentes. Pero el positivismo histórico concede un espacio prácticamente nulo "a la reflexión y a la teoría, por su preferencia hacia el dato empíricamente verificable", con los cuales se pretende realizar la supuesta "reconstrucción histórica" del pasado, con olvido de los procesos y las interrelaciones de los hechos, teniendo como prueba de científicidad la carga factual.¹⁰

Según Julio Le Riverend, los positivistas pretendían alcanzar el máximo de rigor científico al "abstenerse de todo juicio, lo que equivalía a tener uno, previo e irreprimible, discretamente ocultado".¹¹ Para ellos no existían las leyes del desarrollo social, y el progreso tenía lugar de modo lineal, continuo y apacible.

Estas consideraciones tenían su base en el desarrollo alcanzado por las ciencias durante el siglo XIX, que se caracterizó asimismo por el desarrollo de las técnicas históricas, arqueológica, filológicas, lo que se expresaba en las grandes recopilaciones de fuentes documentales, en los estudios sobre la prehistoria, las fructíferas excavaciones, la egiptología, el desciframiento de las lenguas orientales antiguas... Tales adelantos fueron evaluados por Martí:

Mas ya no hay valla para los modos de saber. La ciencia histórica ha crecido y cambiado, a la par de todas las ciencias. Se han descubierto pueblos ignorados. Se han sacado a la vida naciones sepultadas. El Egipto de Jorge Ebers, no es el Egipto de los sabios de Napoleón.¹²

No podía Martí compartir la visión de la historia de los positivistas. No lo seducía la adoración simple del documento, escrito por alguien en el pasado, con sus intereses y pasiones, por lo que en su obra exalta la crítica y la búsqueda incesante en todas las fuentes y autores posibles, para conformar el juicio mediante el conocimiento de la mayor gama de hechos y procesos, tomando por base la experiencia. Dice al respecto: "Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso."¹³ Lo que constituye un camino válido para diferenciar la apariencia de la esencia, los motivos de las causas de los fenómenos.

Papel de las personalidades y de las masas en la historia

Martí atribuye un papel destacado a la actuación de las personalidades históricas en los destinos de los pueblos, pero no absolutiza esta participación hasta el punto de hacer depender el destino de las naciones de la presencia o no de reyes, generales o caudillos civiles. Los grandes hombres no hacen a los pueblos, no son capaces de actuar a su arbitrio y voluntad, como entes capaces de sobrepasar la época y las circunstancias en las que viven y actúan, lo cual resume el pensador cubano cuando expresa que a veces existe el líder, pero el pueblo no está aún preparado para acometer el cambio social, con lo cual aquel podría fracasar si fuera incapaz de evaluar acertadamente el momento concreto. Son los pueblos, dice Martí, "con su hora de génesis, [los que] suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre."¹⁴

Son las masas populares, por tanto, el factor decisivo en la transformación social. La personalidad histórica se halla limitada frente a la colectividad, de la cual depende en su intento de conducción: "Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo." Esta idea era parte consustancial del ideario martiano desde fecha temprana de su maduración política, pues al hablar por primera vez a la emigración neoyorquina en 1880 expresó: "Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones [...]."¹⁵

En la concepción del Apóstol, es la actuación de las colectividades humanas la que determina el movimiento ascendente de la historia. Si bien tiene puntos de contacto con la idea del progreso desarrollada en el siglo XIX como consecuencia de los avances de la ciencia y la tecnología, así como lo moderno como símbolo de la lucha contra el pasado oscurantista, no concibe el progreso como un fatalismo, como inevitable, y no acepta, por retrógrada, la visión cíclica de la historia, el eterno retorno al punto de partida, como tampoco considera la existencia de "un progreso lineal, continuo, apacible o forzoso".¹⁶ Existe coherencia entre el pasado, el presente y el porvenir, con sus continuidades y rupturas necesarias.

Concibe que la humanidad adelanta, aunque no por una fuerza de progreso indetenible, incuestionable e irreversible, sin momento alguno de estancamiento o retroceso transitorio. Al respecto expresa:

No es que la fuerza de progreso esté en la tierra escondida; no es que la recibamos por una ley fija, lógica y fatal.—Es fatal el progreso,—pero está en nosotros mismos; nosotros somos nuestro criterio; nosotros somos nuestras leyes, todo depende de nosotros:—el hombre es la lógica y la Providencia de la humanidad.¹⁷

Cuando se habla del *sentido de la historia* nos referimos al que el hombre confiere a los hechos, pues es el único ser vivo que tiene conciencia de sus límites temporales, por lo que imprime a cuanto realiza un sentido, un objetivo y un valor simbólico. La preocupación de Martí al respecto la encontramos en la década de los setenta. Hay coincidencia entre las cuatro etapas a que alude en un comentario publicado en la *Revista Universal* en 1876, y la que menciona en unos apuntes correspondientes a uno de sus cuadernos, de 1874. En el periódico mexicano dice: "Y ésa es la ley: en la formación de los pueblos se empieza por la guerra, y

continúa con la tiranía, se siembra con la revolución, se afianza con la paz. Esta nunca es perfecta, pero se va perfeccionando.”¹⁸ En las notas personales y en el texto citado las etapas se corresponden en lo esencial, y lo más interesante y destacable es la consideración del autor de que ya hemos pasado por “aquellas dos primeras eras de la historia”; que desde la Revolución Francesa el mundo ha comenzado a realizar a tercera, es decir, “la libertad por la independencia”, y que “nadie aún puede saber: cuándo la cuarta venturosa época [la de “la justicia por el respeto y por la paz”] iluminará y revivirá!”¹⁹

Observemos que le confiere carácter de ley “a las fuerzas espirituales que imperan en cada una de estas eras”. El tránsito de una a otra no está determinado por la lucha de clases, sino, como señala Estrade, estima que “la historia es un movimiento incesante en el que, en permanencia, de manera dialéctica, unas fuerzas empujan hacia delante para transformar el mundo mientras otras fuerzas intentan resistir”, y la resultante es la tendencia “a un solo y mismo fin, que es a plena libertad del hombre en el futuro.”²⁰

Contra los criterios raciales de interpretación histórica

Martí fue un admirador y divulgador de la obra de Charles Darwin, sobre quien escribió en diversas ocasiones. Consideró positivamente los aportes a la ciencia del investigador inglés, que no constituían “la demostración negativa del sentido religioso o espiritual del universo, sino prueba mayor y terminante de él.”²¹ Pero las acertadas conclusiones darwinianas fueron aplicadas por elementos reaccionarios al ámbito social, confundiendo alevosamente los dominios de la biología y la sociología. De modo que los conceptos de *raza* y *selección natural* fueron transformados en soportes ideológicos del colonialismo y del naciente imperialismo al fundamentar, seudocientíficamente, la existencia de razas y naciones superiores, que, por ser más aptas, son las elegidas para dominar a grupos humanos y países ineptos, condenados a la sumisión.

Martí combatió el racismo antilatinamericano y antimestizo que comenzó a desplegarse desde mediados del siglo XVIII con el mito de la inferioridad de los animales de América y la traslación de la hipótesis sobre la decadencia de estos a los seres humanos. En el XIX, diversos autores estadounidenses pretendían demostrar que el mestizaje provocaba la degeneración de la humanidad. Martí denuncia a quienes exponen que

[...] el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norteamérica y el comparativamente lento y trabajoso de las naciones hispanas tienen por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña.²²

Lo más trágico para nuestro continente fue que determinados sectores intelectuales latinoamericanos aceptaron como válida esta superchería de la inferioridad de las razas que ocupan los países al sur del río Bravo. Los positivistas mexicanos consideraron que la raza latina debía complementarse con la civilización estadounidense. Para Faustino Domingo Sarmiento, aquella carecía de aptitud para la democracia, y calificó de bárbaros a los grupos humanos

que no asimilaban las extranjerizantes soluciones yanquis y europeas. Martí ripostó: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.”²³ No vio en el término *civilización*, así utilizado, más que un pretexto de quienes —europeos o yanquis— pretendían invocándola “apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie”.²⁴ Nuestro hombre mayor supo eludir estas “trampas eruditas” concebidas en los centros del poder expansionista. También enjuició severamente a los que se dejaban seducir por tales posiciones degradantes: “De traidores está América cansada, que solo le hablen de su muerte fatal y de su ineptitud [...]”²⁵

La idea del “destino manifiesto” tiene su sustentación en esta falacia de la superioridad racial, al igual que la “teoría de la frontera”, doctrina geopolítica con la que Estados Unidos pretende justificar sus intentos de apoderarse de América, combatidos por Martí desde sus primeras y peligrosas expresiones mediante la demostración de las razones históricas, no biológicas, de las diferencias de ambas Américas. Y concluye que el problema de nuestro continente: “No es cuestión de razas, sino cuestión de independencia o servidumbre”.²⁶

La concepción martiana de la igualdad esencial humana, y su rechazo a toda idea de superioridad de raza o nación alguna se expresa, también, en su visión del desarrollo paralelo y desigual de las civilizaciones, tomando como base la influencia del medio geográfico donde le correspondió vivir a los diferentes grupos humanos, de modo que unos llegaron a la edad de hierro sin conocer siquiera el bronce, porque no había cobre ni estaño en la tierra donde se asentaban. De igual modo, explica, puede haber a un tiempo comunidades en un estadio inferior a otras, debido a los elementos con que trabajan en la naturaleza que los rodea. “No hay leyes de la vida adscritas a una época especial de la historia humana. Dondequiera que nace un pueblo nuevo, allí renace con él,—nueva, grandiosa y feral,—la vida.”²⁷

Martí, ¿historiador?

Estas consideraciones nos llevan a intentar una respuesta a esta interrogante. Considero que no fue un profesional de la historia ni pretendió dedicarse a esta labor de modo sistemático. Carecía del tiempo necesario para la búsqueda de fuentes y la elaboración de tratados sobre los temas a los que otros, con más holgura en sus ocupaciones, o con una vocación definida en este sentido, prestaban atención.

Es cierto que el Maestro sintió desde sus primeros pasos en la vida política la necesidad de transmitir sus ideas mediante la letra escrita, y eran los diarios y las revistas las que le ofrecieron la posibilidad de hacerlo, a la vez que se ganaba el pan. Pero no hemos de olvidar que se refirió a su método de hacer las crónicas con estas palabras:

Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí.²⁸

Y mi honda es de la paz

Es válido denominar el método de análisis que aplicaba el Maestro como histórico-político, pues considera el devenir de los hechos, el proceso de su formación y desarrollo desde una diversidad de ángulos, con una visión poliédrica, calidoscópica, lo que nos permite actualmente, al leer sus textos, apreciar la hondura y la objetividad de sus observaciones en todos los temas que abordaba, particularmente los de orden social. Sin dudas, uno de los ángulos de su análisis es ético, pues para él la acción humana debe estar orientada hacia el bien del hombre.

Tuvo sobradas condiciones intelectuales para ser historiador (¡para qué labor del intelecto no las tendría!), e, inclusive, anotó entre los libros que deseaba escribir, cuando la vida se lo permitiera, varios de carácter histórico: " 'Vida y costumbres de los indígenas de América' [y] 'Vida de los americanos (en la época) durante la dominación española', a los que califica de libros "oportunos"; también dice: "Otro buen estudio: 'Desenvolvimiento histórico de la idea de independencia en la América del Sur: Fuentes, caudal extraño acumulado, gestación, tentativas'." Otro sería sobre Colón, con propósitos demitificadores, pues, dice, "fue más personaje casual que de mérito propio". Incluiría estudios biográficos y culturales, con expectativas amplísimas: "Libro sobre Plácido", "El alma americana", "Los poetas rebeldes [y] Los poetas nuevos", "La batalla de las almas.//Serie de estudios sobre Cuba", que incluiría capítulos sobre raza, política y educación; "Monografías de hombres ilustres", dedicadas las dos primeras a Bolívar y a Juárez.²⁹ La lista podría ampliarse mucho más.

Si agrupáramos temáticamente sus proyectos no realizados, veríamos surgir un plan coherente de publicaciones destinadas a la emancipación de las mentes americana y cubana, que se fundamenta en la convicción martiana de que la historia "desempeña un papel irremplazable en la formación de la conciencia nacional y continental",³⁰ un instrumento de conocimiento para explicar la realidad que consideraba necesario transformar.

Esta valoración del Maestro acerca de las posibilidades formativas de la historia podemos apreciarla de modo especialmente claro en las páginas del periódico *Patria*, fundado y dirigido por él en el inicio de la nueva etapa de organización de la guerra de independencia de Cuba. Este órgano tuvo, en los 162 números que Martí dirigió, lo que hoy denominamos una "sección fija" dedicada a temas históricos, y en sus páginas hallamos artículos dedicados a divulgar los hechos heroicos de la Guerra de los Diez Años, los aciertos y errores de la contienda, e, inclusive, estudios que por su magnitud ocuparon espacios en varios números del vocero oficial del Partido Revolucionario Cubano. Entre los autores de estos trabajos hallamos destacadas personalidades del movimiento independentista antillano, como Máximo Gómez, Serafín Sánchez, Antonio Vélez Alvarado, Juan Fraga, Federico Hernández y Carvajal, Rafael Serra, José Dolores Poyo y Fernando Figueredo Socarrás, así como otros, bizoños en las letras y las armas, entre quienes destacaremos a Rafael de Castro Palomino, Gonzalo de Quesada y Aróstegui, Juan Bonilla, Luis de la Cruz Muñoz y Enrique Loynaz del Castillo.

También tuvo el periódico lo que podemos llamar un modesto "plan de publicaciones", que Martí denominó Biblioteca de *Patria*, y que atendió personalmente. No ha de extrañarnos, por la importancia que el Maestro daba a la poesía, que el primer libro publicado fuera *Los poetas de la guerra*, en cuyo prólogo el autor de *Versos*

sencillos escribió: "Su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían [...] Hay versos que hacen llorar, y otros que hacen dan montar a caballo."³¹ El segundo volumen fue *Héroes humildes*, que recogía las biografías de varios patriotas, escritas por Serafín Sánchez, y que servirían de ejemplo a las nuevas generaciones y a todo hombre digno. El tercero, *Ignacio Mora*, biografía escrita por Gonzalo de Quesada y publicada por partes en aquel periódico. A fines del año 1894, estaba en proyecto un nuevo volumen de poemas, que agruparía los leídos por los cubanos y sus amigos del Caribe y América con motivo de los festejos por el 10 de Octubre.

PATRIA.

NUM. 1.—NEW YORK, MARZO 14 DE 1892.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Art. 8º.—El Partido Revolucionario Cubano se registró conforme a los Estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

NUESTRAS IDEAS.

NACE este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de New York, para contribuir, sin penuria y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las islas, y su constitución republicana venidera; para mantener la amistad entrañable que une, y debe unir, a las agrupaciones independientes entre sí, y a los hombres buenos y útiles de todas las procedencias, que persistan en el sacrificio de la emancipación, ó se inicien sinceramente en él; para explicar y fijar las fuerzas vivas y reales del país, y sus gérmenes de composición y descomposición, a fin de que el conocimiento de nuestras debilidades y errores, y de nuestros peligros, asegure la obra á que no bastaría la fé romántica y desordenada de nuestro patriotismo; y para fomentar y proclamar la virtud, donde quiera que se la encuentre. Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico. Deja á la guerra, — por qué alzar el propósito más puro: — la ocupación personal por donde el juicio oscurocido rebaja al deseo propio las cosas santas de la humanidad y la justicia, y el fanatismo que aconseja á los hombres un sacrificio cuya utilidad y posibilidad no demuestra la razón.

ga las relaciones más naturales, y perturba y tiende como sin razón la existencia, la precipitación de ese estado de guerra indeseado en la guerra definitiva es un ahorro recomendable de la fuerza pública. Cuando las dos entidades hostiles de un país viven en él con la aspiración, confesa ó callada, al predominio, la convivencia de las dos sólo puede resultar en el abastecimiento irremediable de una. Cuando un pueblo compuesto por la mano izquierda de sus propietarios con elementos de odio y de discordia, salió de la primer prueba de guerra, por sobre las disensiones que la serena, más unida, — cuando entró en ella, — sería tendría á ser, en vez de un retardó de su civilización, un período nuevo de la amalgama indispensable para juntar sus factores diversos en una república segura y útil. Cuando la guerra no se ha de hacer, en un país de espías y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una uella incapaz de gobernar su pueblo que sólo puede ser feliz sin ella, la guerra tiene de aliados naturales á todos los españoles que quisiera ser felices.

LA guerra es un procedimiento político y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba, porque con ella se resuelve definitivamente una situación que mantiene y continuará manteniendo perturbada el temer de ella; porque por la guerra, en el conflicto de los propietarios del país, ya pobres y desamparados entre los suyos, con los hijos del país, amigos naturales de la libertad, trazarán la libertad, indispensable al logro y disfrute del bienestar legítimo; porque la guerra recantera la fidelidad y traza de las comarcas y relaciones desuociales sin cuyo trato cercano y cordial hubiera sido la misma independencia un semillar de graves discordias; porque la guerra da ocasión á los españoles laboriosos de hacer olvidar, con su neutralidad ó con su ayuda, la crueldad y crueldad con que en la lucha

He aquí, unidas en un mismo propósito, la historia y la poesía, ambas como partes inseparables del llamado de la patria en los momentos en que se organizaba la guerra y se deban los pasos para fundar la república. Historia y poesía estremecieron las fibras patrióticas y dieron fundamento espiritual a quienes se alzaron en armas el 24 de febrero de 1895 para "crear [como expresa el *Manifiesto de Montecristi*] una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo", para unirse a aquel "suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo."³²

ya mi hora en la de Martí

- ¹ Salomon, Noël: "En torno al idealismo de José Martí", *Cuatro estudios martianos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, 1980, p. 71.
- ² La primera cita se halla en Martí, José: "Sección Constante", *La Opinión Nacional*, Caracas, 15 de junio de 1882, *Obras completas*, ed. cit., t. 23, p. 316, y la segunda en la p. 317.
- ³ Martí, José: "La Sociedad de Historia Natural", *Revista Universal*, México, 31 de julio de 1875, *Obras completas*, ed. cit., t. 6, p. 286. Ver: Norat Soto, Pedro, et. al.: "La necesidad objetiva en la historia a través del pensamiento político-filosófico de José Martí", ejemplar mecanografiado, s.f.
- ⁴ Martí, José: "Italia", *La Opinión Nacional*, Caracas, 8 de marzo de 1882, *Obras completas*, ed. cit., t. 14, p. 398. Ver t. 6, pp. 398-400.
- ⁵ Giorgis, Liliana: "José Martí y la utopía de un 'humanismo social'", en *Cuadernos Americanos*, año VI, vol. 4, 34, México, Universidad Nacional Autónoma de México, julio-agosto 1992, p. 158.
- ⁶ Guadarrama González, Pablo: "Humanismo práctico y desalienación en José Martí", *Islas*, no. 110, Las Villas, enero-abril 1995, p. 167.
- ⁷ Martí, José: "La guerra", *Patria*, Nueva York, 9 de julio de 1892, *Obras completas*, ed. cit., t. 2, p. 62-63. Ver Rufino Pavón Torres: "El camino hacia la luz (El proyecto social martiano)", ponencia presentada a la Conferencia Internacional "José Martí y los desafíos del siglo XXI", Santiago de Cuba, ejemplar mecanografiado, mayo de 1995, p. 12.
- ⁸ La primera cita se halla en Martí, José: "México, antaño y hogaño", *Revista Universal*, México, septiembre 29 de 1875 *Obras completas*, ed. cit., t. 6, p. 337; y la segunda en "Henry Ward Beecher. Su vida y su oratoria", *Obras completas*, ed. cit., t. 13, p. 33. Ver Norat Soto, P., et. al., *op. cit.*
- ⁹ Le Riverend, Julio: "Martí en la historia. Martí historiador", en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 8, La Habana, 1985, p. 179.
- ¹⁰ Torres Cuevas, Eduardo: "Introducción", en Colectivo de autores franceses y cubanos: *La historia y el oficio de historiador*, La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea y Editorial Ciencias Sociales, 1996, p. XI-XII.
- ¹¹ Le Riverend, J.: *op. cit.*, p. 174.
- ¹² Martí, José: "Italia", *Obras completas*, ed. cit., t. 14, p. 398-399. Georg Moritz Ebers (1837-1898), novelista y egiptólogo alemán, escribió un estudio histórico titulado *Egipto*, entre otras obras importantes. Ver Vilar, Pierre: "I. La Historia", en Colectivo de autores franceses y cubanos: *La historia y el oficio de historiador*, ed. cit., p. 15.
- ¹³ Martí, José: "El tratado comercial entre los Estados Unidos y México", *La América*, Nueva York, marzo de 1883, *Obras completas*, ed. cit., t. 7, p. 22. Ver Le Riverend, J.: *op. cit.*, p. 181.
- ¹⁴ Martí, José: "La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana", *Patria*, Nueva York, 31 de octubre de 1893, *Obras completas*, ed. cit., t. 8, p. 251. Ver Schulman, Ivan A.: "Historia colectiva e individual en la obra de José Martí", *En torno a José Martí*, Bordeaux, Éditions Bière, 1974, p. 113.
- ¹⁵ La primera cita se encuentra en Martí, José: "Henry Ward Beecher", *Obras completas*, ed. cit., t. 13, p. 34; y la segunda en "Lectura en la reunión de emigrados cubanos, en *Steck Hall*, Nueva York, 24 de enero de 1880", *Obras completas*, ed. cit., t. 4, p. 193. Ver Norat Soto, P. et. al., *op. cit.*, p. 4.
- ¹⁶ J. Le Riverend: *op. cit.*, p. 176. Ver Estrade, Paul: "Las exigencias de una nueva historiografía latinoamericana en la óptica de José Martí", *José Martí: historia y literatura ante el fin del siglo XIX (Actas del Coloquio Internacional celebrado en Alicante en marzo de 1995)*, Alicante-La Habana, Publicaciones de la Universidad de Alicante y Casa de las Américas, 1997, p. 205; y Torres-Cuevas, E.: *op. cit.*, p. X.
- ¹⁷ Martí, José: "Cosas de teatro...", *Revista Universal*, 8 junio 1875, *Obras completas*, ed. cit., t. 6, p. 226. Ver Schulman, I.: *op. cit.*, p. 114-115.
- ¹⁸ Martí, José: "'La democracia práctica'. Libro nuevo del publicista americano Luis Varela", *Revista Universal*, México, 7 de marzo de 1876, *Obras completas*, ed. cit., t. 7, p. 348.
- ¹⁹ Martí, José: "Cuadernos de apuntes", no. 2, *Obras completas*, ed. cit., t. 21, p. 76. Ver la observación de Luis Toledo Sande sobre la posible errata en el año (1879 por 1889) en la nota 34 de la p. 270 de su "Pensamiento y combate en la concepción martiana de la historia", *Ideología y práctica en José Martí. Seis aproximaciones*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1982.
- ²⁰ Las palabras de Martí se encuentran en el cuaderno de apuntes indicado en la nota anterior, *Obras completas*, ed. cit., t. 21, p. 76. Ver Estrade, P.: *op. cit.*, pp. 206-207.
- ²¹ Martí, José: "Un congreso antropológico en los Estados Unidos", *La Nación*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1888, *Obras completas*, ed. cit., t. 11, p. 480. Ver Lamore, Jean: "Historia y 'biología' en la 'América mestiza' de José Martí", en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 2, La Habana, 1979, p. 93.
- ²² Martí, José: "La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española", *Patria*, Nueva York, 14 de febrero de 1893, *Obras completas*, ed. cit., t. 7, p. 390.
- ²³ Martí, José: "Nuestra América", *La Revista Ilustrada de Nueva York*, 1º de enero de 1891, *Textos Martianos*, ed. cit., La Habana, Editora Política, 1995, p. 5. Ver Lamore, J.: *op. cit.*, p. 95.
- ²⁴ Martí, José: "Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos", *La América*, Nueva York, junio de 1884, *Obras completas*, ed. cit., t. 8, p. 442.
- ²⁵ Martí, José: "La sociedad hispanoamericana...", *Obras completas*, ed. cit., t. 7, p. 390.
- ²⁶ Martí, José: "La Conferencia de Washington", *La Nación*, Buenos Aires, 31 de mayo de 1890, *Obras completas*, ed. cit., t. 6, p. 91. Ver Lamore, J.: *op. cit.*, pp. 98 y 103.
- ²⁷ Martí, José: "Arte aborígen", *La América*, Nueva York, enero de 1884, *Obras completas*, ed. cit., t. 8, p. 331. Ver: Toledo Sande, L.: *op. cit.*, pp. 264-265.
- ²⁸ Martí, José: Carta a Bartolomé Mitre y Bedia, New York, 19 de diciembre [1882], en su *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 1, p. 257.
- ²⁹ Las obras proyectadas por Martí se hallan en "Libros", *Obras completas*, ed. cit., t. 18, pp. 288, 289, 286, 281, 282, 283-284 y 290, respectivamente. (El doble chelín indica punto y aparte.)
- ³⁰ Estrade, P.: *op. cit.*, p. 206; consultar p. 218. Ver Toledo Sande, L.: *op. cit.*, p. 253.
- ³¹ Martí, José: "Prólogo al libro *Los poetas de la guerra*, publicado por *Patria*", *Obras completas*, ed. cit., t. 5, pp. 230-231.
- ³² Martí, José: *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, ed. facsimilar, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1985, pp. 26 y 28, respectivamente.

yo me honro a la de Martí

Un domingo de mucha luz¹

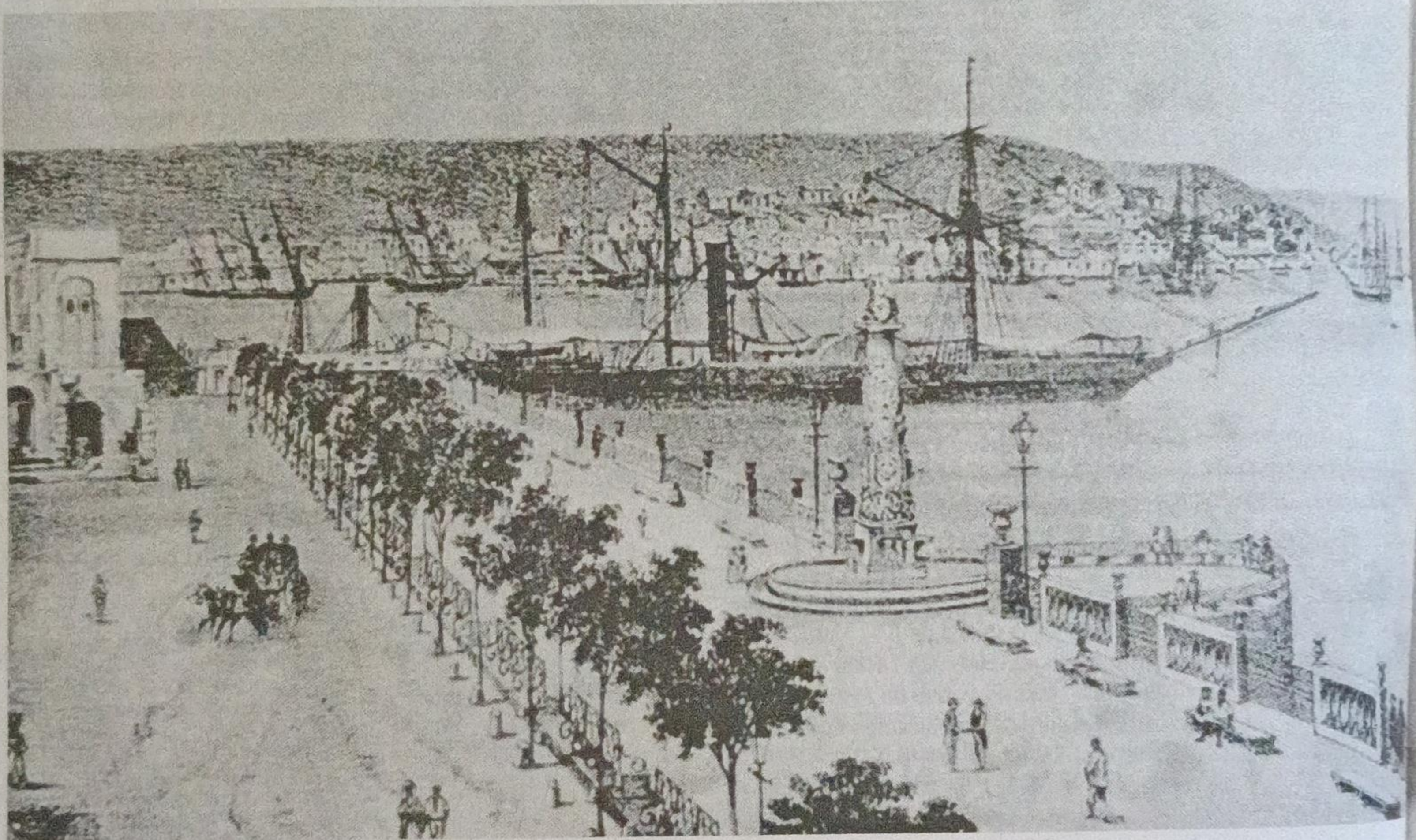
FINA GARCÍA MARRUZ

Un domingo de mucha luz, de mediados del pasado siglo, va un español enjuto con su tierno hijo de la mano. Trabaja mucho el padre toda la semana, y no tiene dinero sobrante para ir a casa de comedias o lugares de más esparcimiento o lujo. Pero su gusto es sacarle a que vea por sí las calles, a esa hora sin prisa ni trajines, y enseñarle, como el que no quiere —que no gusta de hablar mucho—, el nombre de cada fortaleza, las compañías haciendo sus ejercicios militares en la explanada: y se le ve el orgullo de enseñarle algo al hijo, y sin el mal genio que suele mostrar en la casa, cuando llega cansado y como descontento de soportar durezas en el trato con los hombres. En el sopor de la siesta, la luz es dorada y madura, como naranja de Valencia, que da gusto verla. Se ven como grandes espacios vacíos, aún por llenar, entre las todavía escasas y sólidas construcciones coloniales. Sopla, ligera la brisa isleña, entre el ardor y mucha luz de la hora, cariciosa como recado de madre. Solamente el viejo y el niño parecen disfrutar del paseo inocente. En el muelle, atracan, airosas, las fragatas de guerra y lucen finos corno cordajes, los mástiles. Se ve, lejos, el velero azul, mientras los cargadores descargan hondos toneles con mantecas, crudos y harinas. De la Alameda de Paula, bajando por las calles laterales, la luz ya no se expande, sino parece que se condensa, se hace sólida. Pasan dos soldados seguidos de mujeres de mal vivir. Un caballero pobre, con algún remiendo honroso en el saco, pasa con dolido porte. Chistea un obeso tendero a la puerta del bodegón con unos Voluntarios, y a un muchacho pálido le brilla en el fino rostro criollo

la cólera reprimida. En apunte, muy posterior, recuenta el abuelo niño:

Descripción de La Habana
Compañías
Militares
Calles
Prostitutas
Patriotas sombríos
Mérito inútil y olvidado²

Hacen una rara pareja el padre español y el muchacho que todo lo mira, como quien ahonda. Una madre criolla, toda regalo y cintas,³ reclama al hijo que juega con un niño negro en la calle, y lo regaña, entre dulzona y calmuda, sin cuidar de que la oigan. ¿Pues no le ha dicho que no quiere que juegue con negros? Y de pronto el paseo parece que se viniera abajo, porque el niño ya no disfruta de los ejercicios de la compañía, ni de la luz dorada, ni de la fragata de guerra. ¿Acaso el padre olvida el día en que llegó a la casa, con la cara encendida de rubor y de cólera, porque había visto, sí, lo había visto, esto lo recalcó dos veces como si lo clavase, que un hombre había dado en plena calle un bofetón en la mejilla a su sirviente negro? Hace tiempo que trae todo esto pensativo al padre. Una cosa veía bien, y eso que era hombre de pocas luces, y es que su hijo no era como todos. ¿Pues no recuerda cómo oyó lo que le dijo a él, a su padre, el capitán Serrano: “¡Lo que manda la autoridad, no se discute!”⁴ ¿Y no sabía cómo no se paraban en edad para encerrar a un niño en la cárcel? Algo tendría que decirle, que el muchacho viese que no se le escapaba nada de lo que le estaba rondando por los adentros. “Porque yo no extrañaría verte peleando un día por la independencia de su tierra.”⁵ Lo dijo, así, sin que viera al caso, en medio del paseo, como un exabrupto. Hablaba así su padre, con



palabras como peñascales, que parecían salir de un hondo silencio. Y lo que decía entonces era todo verdad, y nadie podía contradecirlo, porque sus palabras no eran como las de los otros, que podían ser sí o no, sino que eran como piezas enteras, y le parecía que su sonido era también su peso, y que caían como onzas de oro, al suelo. ¡Así le gustaría a él decir lo que le quemaba por dentro, si alguien pudiese oírsele, sin palabras de más, así le gustaría a él escribir, como callaba su padre! Pero no era su casa como la casa criolla de Fermín Valdés, su mejor amigo del colegio, en que se dejaba hablar libremente al hijo, y aún se lo regañaba entre mimos, como si se lo regalase, sino hogar mísero de españoles, donde ni la madre ni las hijas, ocupadas en los encargos de costura, levantan la cabeza de la labor casera, cuando el padre, como quien no resiste réplica, las increpa. Pero detrás de la rudeza aparente, cuánta ternura dolorosa hacia los suyos, que se parecía a veces a la cólera, dejaba ver el padre! Así, tras la frase admonitoria del paseo, él le veía bien el celo de aquietarle la precoz rebeldía, y aún de resguardarlo, antes de que viniesen, de seguros padecimientos. Es verdad que el hijo saltaba, como si lo hubiera picado una avispa, al menor asomo de injusticia o vasallaje, pero sabía también que era tierno, incapaz de lastimar a un animalillo, tanta piedad sentía por todo. Y por ahí ve el celador la brecha por la que podía hacer entrar en razón al muchacho. Imponérsele, sería inútil, a la larga: esto lo sentía muy bien. Pero sí... Y entonces fue que rompió a argüirle, como para sí mismo: Pelear, si es por el derecho, es bueno, pero es mejor aún no hacerlo: que pecado es verter sangre. El santo viejo frenaba así el arranque, que le adivinaba incontenible, de erguirse algún día contra la humillación insoportable. En ese instante acaso le entró por primera vez al niño en la conciencia el hondo dilema que lo acompañará toda la vida, y que tardó tantos años en resolver. De la piedad a la cólera de amor, y de la cólera a la piedad, otra vez. Y entonces nada replicó al padre —¿Quién se atrevería?—, aunque en esta contradicción, en este sí-no, con que le replicaba por dentro se le estaba ya jugando el destino, ¿el sino?, el pecho roto a pedazos. ¡Qué recuerdo entrañable este, que el tiempo no lo gasta, y que ahora, que está ya “el pobre artillero”⁶ en su tumba callado, todavía le vuelve! Todo lo que escribió, obró, padeció después, ¿qué fue sino la respuesta a este diálogo trunco, que recuerda entrecortadamente, y como si la mucha luz le llevase algunas palabras? Allí, el nudo en el tronco, el desgarramiento de tener que derramar otra sangre que no fuera la suya, ofrecida, allí el desgarramiento entre el hogar español, que fue el suyo, honrado hasta la médula, y la decisión, el deber ineludible, de echar para siempre de su patria al mal gobierno de España. Por eso, en medio de su mucha y completa escritura, hay un fragmento trunco, de arrasada piedad, que es como su centro más vivo, el corazón que guarda lo más ardiente y desvalido del pecho, y es también como ese blanco que no parece blanco sino luz al rojo vivo que sale de los carbones encendidos, y del borde de algunas nubes de tormenta, antes que el cielo se cubra de lágrimas:

Mi padre era español: iera su gloria
 Los Domingos, vestir sus hijos,
 Pelear, bueno: no tienes que pelear, mejor.
 Aún por el derecho, es un pecado
 Verter sangre, y se ha de
 Hallar al fin el modo de evitarlo. Pero, sino?
 Santo sencillo de la barba blanca.

Ni a sangre inútil llama a tu hijo,
 Ni servirá en su patria al extranjero:
 Mi padre fue español: era su gloria,
 Rendida la semana, irse el Domingo,
 Conmigo de la mano.⁸

El 19 de mayo de 1850 un singular suceso vino a despertar a la pequeña Cárdenas marinera: durante unas breves horas se vio ondear por primera vez, la bandera de las franjas azules y la estrella solitaria en el aire límpido de la Isla. Fue con ocasión del malaventurado desembarco de Narciso López, condenado después a “garrote vil” por pretender liberar a la más bella y preciada de las posesiones de Ultramar. La tripulación estaba formada por seiscientos hombres de nacionalidades varias, en su mayor parte norteamericanos y unos pocos cubanos. El confuso y aún inmaduro intento no dejó de producir huella en el espíritu del país, que si bien no consultado, deseaba ya, desde los cantos de Heredia, ver a la Isla “libre y pura”. El hecho dejó sin embargo dos saldos sin duda promisorios: por primera vez se había visto ondear la bandera cubana: su erguido mástil, como si hendiera en dos el siglo, anunciaría para su segunda mitad el deseo de recobrarla para más noble intento fundador: la guerra de Céspedes. No seguiría mal el medio siglo que así mal comenzaba, sobre todo si tenemos en cuenta que la frustrada intentona inicial motivó la necesidad de reforzar la defensa de la ciudad con la llegada de nuevas tropas que el general Concha, que al decir de los historiadores se había hecho “de la gobernación de la Isla ‘con facultades de jefe de plaza sitiada’ ”⁹ reclamó apoyo a Madrid, y que le fueron enviados “cuatro batallones, cuatro escuadrones y una batería de artillería”, es decir, si tenemos en cuenta que entre estos artilleros estaba un oscuro soldado español, ascendido a cabo cuando las guerras carlistas, que se llamaba Mariano Martí.

Nos preguntamos, con justo sobresalto, qué hubiera sucedido si el entonces militar de esta Armada no hubiera pasado a servir a La Habana con motivos de estas prevenciones del general Concha, o hubiera sido trasladado a otra plaza, o sencillamente se hubiera devuelto al oficio de cordelero que ejercía en su huerta valenciana natal, al igual que el padre o los varios hermanos. Pero nos gustamos de poner a cuenta de tan delgados azares sucesos de tan rara significación. No era don Mariano hombre hecho a estarse toda la vida cargando pacas de cáñamo o trenzando el cordel. Gustaba de andar, de ver, y de formarse juicio propio, sin limitarse a miras de aldea. De modo que no debió ser a disgusto ni ya por obligación que prefirió, a engrosar la bolsa propia o limitarse al solo servicio de la casa, continuar en milicia al servicio del rey, y probar, ya ascendido a cabo, plaza y aires nuevos en la bella isla antillana. Dícese que era en extremo pulcro, con algo del despejo natural del levantino y de esa delgadez recia y algo enjuta que da el mucho ejercicio al aire libre. Destacado en La Cabaña, sería su gusto los días de asueto recorrer calles y plazas habaneras, por la que circulaban criollas de buen ver en airosos quitrines, por lo que presumimos que sería en alguno de estos paseos —pues no nos lo imaginamos, como sugiere Mañach, muy gustador de “los bailes sabrosos del Eucariza y del café de la Bola”¹⁰ al recio militar— en los que pudo conocer a una bella joven canaria, recién venida con sus padres de Santa Cruz de Tenerife a la ciudad, de nombre Leonor. Debieron llamar su atención el contraste de su porte firme y el sensitivo uso del abanico

Y mi honda a la de San

plumoso en la mano fina, o la mirada acariciadora de los ojos ligeramente rasgados.

No era el militar —más hecho a la acción pronta que a las palabras— hombre de ceremonias o de mucho hablar o discurrir —aunque como diría graciosamente después doña Leonor en carta a su hijo, su padre “de novio, aunque no muy expresivo, no le faltaba modo de hacerse entender”— por lo que el noviazgo fue corto, no al uso prolongado de la época, de modo que al comenzar el año de 1853, ya la joven esposa le había dado el primer hijo varón al que pusieron por nombre, no el del sargento que llegó cuando se vio en Cuba ondear la primera bandera, sino el más corto y musical de José Julián.

Isidro Méndez, en su entrañable biografía,¹¹ se pregunta qué podrían saber los habaneros del nacimiento de un niño pobre en una calle secundaria de la ciudad. Aquel viernes 28 de enero, que tal significación habría de tener no solo para Cuba sino para el continente, la ciudad amaneció, nos dice, ignorando “que había nacido su Redentor”: los periódicos solo daban cuentas de noticias como estas: que se había extraviado “una caja de oro para rapé”, o “voló un guacamayo que responde cuando lo llaman”, o que “se subastaban a consecuencia de autos, tres negros, vendidos a tres personas al mismo tiempo”, y si es verdad que anunciaban que estaban al llegar “los aparatos del primer telégrafo magnético”, como para compensar tanto adelanto, se anunciaba la inauguración de una plaza de toros en la calle de Belascoáin. También precisa don Isidro que desde el año anterior La Habana se hallaba azotada por el cólera asiático —tantos peligros se cernían sobre la cuna del recién nacido— y que “tiranizaba, más que mandaba” la Isla don Valentín Cañedo, lo que nos hace recordar que de un humilde soldado español de igual nombre que el del mandatario soberbio, cocinero de Gómez en el campamento, tuvo Martí acaso el último gesto de amistad que recibió en vida: “y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo.”¹²

El que así dejó interrumpido su *Diario de campaña* en otra ocasión escribiría: “Soy cubano, y he padecido mucho por serlo; pero mi padre fue valenciano, y mi madre es canaria, y así como ellos me tuvieron en mi tierra”, dice, como si ya la diera por suya desde siempre, “[...] así tengo en mí un ardentísimo cariño para mis dos patrias, sin el odio y la injusticia que los afearían [...]”.¹³ Creemos sentir el eco ya agrandado a sentido mayor, de “Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche/¿O son una las dos?”¹⁴ Noche del misterio natal, ardor del mediodía cubano. Con “ardentísimo amor” padecerá por Cuba y por esta España que lo asistiera al nacer y que, cercana ya la muerte, se le acerca de nuevo con gesto de rudo y tierno servicio. Anota también Méndez que por aquellos finales de enero había “un frío intensísimo”.

De la niñez de Martí se sabe poco, como de toda niñez. Desde la escuela se nos cuenta que nació “en una humilde casa de la calle de Paula”, y los nombres y procedencia de sus padres. Y en los días en que se cumplen años de su nacimiento, se lleva a los niños a ver la casa, que estaba intramuros, y pertenecía a uno de los dieciséis barrios en que estaba dividida la ciudad, bien guardada por sus murallas y sus cinco fortalezas, rodeada de cañones, que daban al mar. Y se mira con recogimiento la casa, que transpira una limpia pobreza, las paredes encaladas de blanco, las ventanas de rejas, pintadas

de azul. Y hay como una dignidad en esa pobreza, que da valor a la vida, y le parece a uno que en un hogar así tuvo que nacer aquel que prefirió por sobre toda otra palabra, la palabra “decoro”, que es a la vez cuidado interno y compostura, y como un ajuste entre lo que parece y lo que es, de modo que no se desmerezca por lado alguno, y es también como un celo de lo propio que no pudiese tolerar que se lastimase, sin merma propia, el decoro ajeno. Y se nos enseña que el padre, que antes de nacerle el hijo era artillero, fue después celador de policía, y que era de carácter algo áspero, pero tan honrado, que con frecuencia se veía obligado a mudar de empleo, si el superior le exigía que pasase por alto algo mal hecho, o inclinar la justicia del lado de los más poderosos, como una vez que hubo conflicto de calle entre el quitrín de la dama orgullosa y del pobre carrero, que le dio la razón al del carro, y se quedó cesante.¹⁵ Después diría de él el hijo que su padre tenía la honradez “en la médula”.¹⁶ Y hasta en alguna frase incidental una nota que lo recuerda sin nombrarlo, como cuando dice de la naturaleza, de la tierra, que era “ruda, como todo lo verdaderamente amante”.

De doña Leonor se nos cuenta menos, pero basta para saber cómo era, leer sus cartas o ver su retrato: no el de cuando era joven, y se la ve con el cubremano elegante de fino colado, todavía resguardada por la posición desahogada de sus padres, sino el de después, cuando ya perdida la poca fortuna de la familia, se casa en Cuba y sigue valerosamente a su marido, conformándose, sin queja, con hogar modesto, y con las muchas labores y fatigas: la que ve a diario el niño es la del retrato en que se la ve como a robusta matrona, puntal de las muchas hijas y el marido tantas veces sin empleo, los ojos de acariciadora mirada que parece envolver y consolar de todo lo que ya ha aceptado con el silencio de los anchos labios sufridos. Ella será siempre para su hijo modelo de entereza, “la mujer fuerte” de las Escrituras, hecha a padecer y resistir, rodeada de las hijas que habitan “el pobre nido”, estremecidas, al amparo de sus alas, cuando afuera ruge la tormenta. Por ella y por su padre escribirá después en México, a la muerte de su hermana Ana:

¡Oh, sueño de los pobres,
Los ignorados héroes de la vida
Los que han sólo en la ruta sin medida
Cielo negro, sol puesto, aguas salobres!¹⁷

El amor a “los pobres de la tierra” empezó en casa.

Aunque no fueron sus padres, al casarse, tan pobres como se piensa. En el retrato de don Mariano joven se le ve muy vestido a lo señor, y se sabe que no les faltaron algunos terrenos propios, negocios de tierras. Más que pobre, su familia, por los rigores de su carácter y los muchos hijos, se fue empobreciendo. Así, se fueron mudando de la calle de Paula a la de la Merced, de la de Ángeles a la de Industria y luego a la de Refugio, hasta dar finalmente en Cruz Verde, en Guanabacoa. Pero este hombre, según los informes legales de muy “limitada capacidad”, no dejó de procurar tres amistades providenciales al hijo: la de su compadre Antonio Arazosa, que sería su padrino, quien le costeó las matrículas de San Anacleto; la del contratista catalán José María Sardá, a cuya influencia debió Martí no cegar por la cal de las canteras, de haber estado allí seis años, sino el traslado a Isla de Pinos y el cambio de la condena por la del destierro a España, y la de Manuel Mercado, al que debió su primer trabajo de periodista en México y una amistad y sostén que duró hasta el último día de su vida. Su único lujo habanero, ya anciano

era algún "paseito", después de la magra sopa, según sabemos por carta de doña Leonor, pero nada reclama al hijo.

Consuela piensa que al menos al final de su vida pudo llevar primero al padre y luego a doña Leonor a su hospedaje neoyorquino, ahorrando unos dineros que nos dice estaban en su bolsa más escasos que los garbanzos en la olla del Gran Tacaño. Aunque por tenerlo consigo, tuviera que excusarse de no aceptar la invitación a cenar con la encantadora familia Baralt, por creerse sin derecho "por darle fuego al suyo" —como le dice a la "linda Adelaida" en su soneto— dejar "solo y sin lumbre el corazón del viejo". El poema, sin embargo, parece una brazada de flores. Porque uno llega a olvidarse —es tal el encanto, el esplendor de la palabra martiana— de la inmensa pobreza en que vivió siempre, y que lo acompañó desde los primeros días de su niñez sin separársele nunca, como si esa riqueza de su palabra cubriese siempre esas reales penurias de las que, por otra parte, nunca desciende a quejarse. Solo cuando en la sala encendida, más por la expectación de su palabra que por las luces, recogido el gesto, enfundado en su levita negra, elegantísimo en su pulcra pobreza, la frente como si le resplandeciese, se dispone a hablarle a "sus cubanos", con tono persuasivo y penetrante, es que remontándonos a la humildad de su cuna, le preguntaríamos, como él preguntó al precoz Heredia: "Niño ¿tú has sido rey?"¹⁸ o recordamos el incomparable pasaje de la Odissea en que recuerda Helena que Ulises era pequeño de estatura, pero cuando comenzaba a hablar, de puro y solemne el aire, era como si empezase a caer la nieve.

Pero no es de aquella "pluviosa mañana de verano" de su floral epístola, en que se volvió a encontrar con sus padres, en los fríos de Nueva York, de lo que queremos hablar, ni de aquella otra noche en que la colonia cubana festejó a doña Leonor, con una velada "artístico-literaria" en que incluso se estrenó un danzón: La Leonora y se leyeron versos. Pues aún la alegría de esta breve estancia suya en Nueva York para visitar al hijo se vio mermada por aquella como intuición de que sería la última vez que lo vería con vida. Él contaría a Serra de aquella víspera de la partida de su madre, y cómo ella lo iba siguiendo, de un cuarto a otro, como si no quisiera despegársele, y él, haciéndose el desentendido, huyéndole,¹⁹ de la pura pena. ¡Cuántos recuerdos!

A la noche, ennoblecida por la ruda faena del día, rezaba ella con las hermanillas, los bendice para ir a dormir, y lo besa. Después diría, rememorando acaso aquella escena, "El Padrenuestro es la niñez". ¿Qué tiene el beso de nuestras madres, que "de otra boca nunca es igual",²⁰ que parece no solo que acaricia, sino que ampara? Por eso, tantos años después, cuando será él el que deba despedirse de ella para marchar a la guerra, se vuelve a aquella vieja costumbre de pedir a la madre la bendición antes de entregarse al sueño, a un sueño que ahora podría ser el definitivo, y le dice: "Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza"; y repite: "La bendición. Su J. Martí",²¹ en carta que llamaría Unamuno una de las oraciones más bellas de la lengua.

Toda la vida añorará a estos dos tipos de mujer que amó y halló en la casa: la mujer toda entereza, capaz de seguir al esposo en todos sus padeceres, como fue su madre Leonor —y creyó él que sería su mujer, Carmen—, y la muchacha sensible a todo lo bello, que se le murió antes de tiempo, como su hermana Ana. Y también como la Niña guatemalteca.

De todo esto se nos cuenta, pero se quisiera conocer, más allá de estos datos que no nos atreveríamos a llamar exteriores, no solo los sucesos relevantes de su vida, sino los días en medio, el tejido que fue conformando silenciosamente el alma y el carácter, que no son siempre una misma cosa. El carácter de don Mariano, por ejemplo, se ve que era áspero: el alma, recta y limpia, como un rayo de luz. Pero Martí poco revela de su vida, y siempre indirectamente, y como en tercera persona, como cuando al referirse a la niñez de Heredia, dice que sus versos eran "el orgullo de la casa", y cómo le abrían las ventanas para que los hiciese a mejor luz, y el padre —que era "Oidor, y persona de consejo y benevolencia"— "le apuntaba las rimas pobres", para concluir con este arranque adolorido, como de la propia memoria. "¡Otros han tenido que componer sus primeros versos entre azotes y burlas, a la luz del cocuyo inquieto y de la luna cómplice",²² o como cuando dice de Alfredo Torroella que no había tenido para su hijo "esas rudezas de la voz, esos desvíos fingidos, esos atrevimientos de la mano, esos alardes de la fuerza que vician, merman y afean el generoso amor paterno".²³ (Siempre el juicio justo: El amor paterno es, aunque rudo, "generoso", y el desvío, aunque lo lastima, "fingido".) Quizás fue uno de esos "atrevimientos de la mano" el que premió la publicación de su primer poema en *La Patria Libre*, "Abdala", en el que traspone visiblemente la situación de su casa a los reproches maternos al joven héroe, y fue una de esas dolorosas incomprensiones la que lo hará confesar a su maestro Mendive que solo su recuerdo le había impedido privarse de la vida, y que esto no había sido en él aturdimiento de muchacho, sino una decisión meditada y seria. Pero suelen estas decisiones, aunque sinceras, servir tan sólo para paliar el sufrimiento acerbo, al prometerle un fin, así sea forzado, con lo cual, ayudan realmente a soportarlo. Martí era demasiado grave para tomar una decisión que le impidiese el cumplimiento de su deber mayor con su familia y con su patria, y demasiado libre para actuar al mismo nivel de las circunstancias y con una mera reacción pasiva ante ellas. Trasmutarla, creadoramente, y domarse, palabra que siempre prefirió a dominarse, sería su primer aprendizaje. Y esta entereza ¿de dónde le viene, sino de los propios padres?

Pues el que sufre temprana prisión es el niño que ya ha visto por sí todo el horror de la colonia, el que parte a un destierro, tan largo como la vida, es el discípulo de Mendive, pero el que soporta, padece y resiste todas las amarguras es el hijo de este hogar de tan acendradas virtudes, estoicas y cristianas, de sus padres.

De los dos, es Leonor la que más se le queja. "Qué sacrificio tan inútil, hijo de mi vida, el que estás haciendo de tu tranquilidad y de la de todos los que te quieren!" le dice en sus doloridas cartas "te acordarás de lo que desde niño²⁴ te estoy diciendo: que todo el que se mete a redentor sale crucificado". Ella "no puede mirar con sangre fría" esa resolución suya. "Ay las madres, siempre temiendo." Y "mira por tu salud, que yo sé está quebrantada, que sean los tuyos los que te cuiden si te enfermas". Que mire el hijo que nadie le sabrá agradecer ni estimar su martirio, que vuelva a la casa "donde no te faltará un pobre y limpio lecho en que descansen tu dolorida cabeza". Pero no es con el anuncio del abandono, la ingratitud o la muerte con lo que se puede apartar de la misión emprendida a criaturas como estas, no es el sacrificio, que apetecen, ni la entrega de sí, el que puede detener al que escribió en sus umbrales: ¿En pro de quién derramaré mi vida?²⁵ Lo que le duele es el arrastrar a los padres con su propio sufrimiento —que para él, nada quería—, el

yo mi honor a la de Martí

de su nacimiento en que deja a esos espíritus "cansados de sufrir", son esas líneas de su madre en que alude a "la protección y amparo que de ti esperaba", porque tanto la necesitaban sus hermanas y que "ni la situación de tu padre ni su carácter, podrían dársela": ese, ese es el dolor bárbaro, por el que dirá: "Nada me ha hecho verter tanta sangre como las imágenes dolientes de mis padres y mi casa."²⁶ ¿Pues habrá dolor comparable al de ver sufrir, por nuestra causa, a los que amamos, a dejar sin amparo a los seres inocentes que dependían de nosotros, sobre todo cuando ellos mismos así nos lo demandan? Hijo era de padres españoles, pero era aún más hijo del padecimiento de su patria esclava. "Esta palabra de hijo me quemó!"²⁷ Por eso, en esta carta final de despedida a su madre, antes de partir para la guerra de Cuba, la anima con la esperanza de que ya estarán algún día todos a su alrededor contentos de él, y que entonces sí que podrá cuidarla "con mimo y con orgullo". "Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd., con una vida que ama el sacrificio?"²⁸

Pero si dolorosos le fueron estos reproches, esta "cólera de amor", de su madre, no menos lo fue para él la silenciosa demanda del padre. Pues don Mariano, primero el más reacto a aceptar su militancia revolucionaria, una vez que advirtió —al comprobar por sí mismo la impiedad de España— que la causa del hijo era justa, la aceptó sin pronunciar una palabra más, y hasta con cierto secreto y pudoroso orgullo, que Martí agradeció, también en silencio. Por eso dirá alguna vez lastimado: "Mi pobre padre, el menos penetrante de todos, es el que más justicia ha hecho a mi corazón."²⁹ Y, a su muerte, escribirá a su cuñado José García:

¡Jamás, José, una protesta contra esta austera vida mía que privó a la suya de la comodidad de la vejez! De mi virtud, si alguna hay en mí, yo podré tener la serenidad; pero él tenía el orgullo. En mis horas más amargas se le veía el contento de tener un hijo que supiese resistir y padecer.³⁰

Y también: "A nadie le tocó vivir en tiempos más viles ni nadie, a pesar de su sencillez aparente salió más puro en pensamiento y obra de ellos."³¹

Y uno se detiene en esto de su sencillez "aparente", que en Martí no hay palabra sin peso. Sencillez aparente fue también la de sus *Versos sencillos*, que sencillez, sin profundidad y sin misterio, sería más bien simpleza. ¿Y por qué dice esto de su padre? Don Mariano no era un hombre complicado, como no lo es nunca un hombre profundo —"La verdad es sencilla", decía Martí—, pero tampoco era un hombre simple. Un hombre de virtud natural, de virtud verdadera, es tan excepcional, que los pocos hombres naturales que hay parecen a los otros raros. Y un hombre, sí, raro, pero de lo raro natural, era Martí, como lo fue su padre. No con rareza de extravagancia personal —como algunos "raros" de Rubén—, ni mal genio de genio consentido, sino raro, porque así como es natural a la luz alumbrar, él sólo se sentía vivir cuando hacía algo en bien de los otros, aunque le costase pena, y llamaba a esto la dicha. Comprobamos también, por sus fugaces alusiones, hasta qué punto fue raro el padre de Martí. ¿Pues es habitual que un militar, un artillero español, se quite los galones el día que le nace su primer hijo varón para que su hijo "no viera un solo día a su padre esclavo de otro hombre?"³² Esto lo recordará Martí, en *Patria*. Y en uno de esos versos que dejó olvidados, dice que guarda, entre sus primeros recuerdos, al de su padre sollozando al lado de su cuna, como si él hubiese muerto.³³ De este hontanar puro viene el hijo —y de la madre vale-

rosa. De esta mezcla de fiereza —en el sentido de vehemencia— que es siempre en el que lo usa Martí— y de ternura. Hay en la referencia que, en uno de sus versos, da el padre muerto a su hijo imitando de ese gesto con el que dice haber visto a su padre de niño humillar "al gato que peca" la cabeza en el estiércol, como lo hay en el arranque que con que dice en uno de sus discursos:

Pues mi padre, Sres., fue un soldado; pues mi madre, Sres., aunque por su heroica entereza y clarísimo juicio, la tengo por más que princesa y más que reina, es una mujer humilde; pues mi hijo, señores, aunque en mis versos le llamo mi príncipe, será un trabajador, y si no lo es, le quemaré las dos manos!³⁴

Y bien que era Leonor "de clarísimo juicio"; es ella la que redacta las cartas a las autoridades haciendo valer la corta edad de su hijo para evitarle la larga condena en la cárcel,³⁵ pues don Mariano, como le diría ella en una carta muy posterior, nunca dice nada por esta razón insólita: "cree decir más callando." Por eso, aunque nos cuenta Martí en *El presidio político en Cuba* que fue un "día amarguísimo aquel" en que su padre logró al fin visitarlo, y al verle "aquellas aberturas purulentas, aquellos miembros estrujados, aquella mezcla de sangre y polvo, de materia y de fango sobre que me hacían apoyar el cuerpo", estrechando febrilmente con espanto la piedra triturada, rompió a sollozar, —escena cuya sobrecogedora grandeza Martínez Estrada³⁶ equipara a los grandes momentos de la tragedia griega o a aquel en que el rey Lear, arrodillado ante Cordelia, reconoce al fin quién es su hija—, aunque allí nos cuente cómo los sollozos desgarradores le anudaban la voz, mientras él luchaba por secarle el llanto, y un brazo rudo se lo llevó de allí, dejando al padre en la tierra mojada por su sangre, aunque nos reitera: "¡Día amarguísimo aquel! Y yo todavía no sé odiar",³⁷ nosotros sabemos que la amargura de ese instante tuvo que estar en él paliada por la revelación, no menor, que allí tuvo, del amor de su padre, del mismo que le riñó ásperamente tantas veces y por él que se creyó desamado en la niñez y adolescencia. Ni siquiera el detalle conmovedor de las almohadillas hechas por la madre para evitarle el duro roce de los grillos sobre la piel tierna, de que padeció después toda la vida, pudo para él ser más estremecedor que el gesto torpe del viejo intentando primero ajustárselas, sin decirle una palabra, antes de que al fin, abrazado a sus miembros desgarrados, rompiera en incontenibles sollozos. Una rara dulzura debió haberlo invadido, curando aquella llaga invisible que un día lo hizo desear privarse de la vida. Una rara y silenciosa dulzura, del linaje de aquella que confiesa en sus versos haber gozado —y gozado "cual nunca"!— cuando el alcaide de la cárcel —cuánto no lo conmovería su primer discurso ante sus jueces—, al leer la sentencia de su muerte, la leyó "llorando".³⁸ Dicha de sentirse amado, que siempre buscó entre todas, agua rebrotando de la dureza de la piedra. Por eso, muchos años más tarde en *Patria*, de ese modo impersonal con que suele referir sus más personales recuerdos, escribe estas palabras sin duda autobiográficas:

En el hogar, en las horas comunes, el padre exasperado por las faenas de la vida, encuentra en todo falta, regaña a la santa mujer, habla con brusquedad al hijo bueno, echa en quejas y dudas de la casa que no las merece el pesar y la cólera que ponen en él las injusticias del mundo; pero en el instante en que pasa por el hogar la muerte o la vida; en que corre peligro alguno de aquellos seres queridos del pobre hombre áspero, el alma entera se le deshace de amor por el rincón único de

sus entrañas, y besa desolado las manos que acusaba y maldecía tal vez un momento antes.³⁹

Y esto lo dice en un artículo que es toda una arenga de guerra en que también afirma "Atrás el español! Es la hora suprema", sin que le tiemble el juicio piadoso a la hora de defender la libertad. La alusión al recuerdo de la cárcel se hace evidente en las líneas finales, pero las líneas primeras nos remiten a un tiempo anterior a su detención, nos adentra en "las horas comunes" de lo que debió ser el hogar de su niñez. Allí, su hermana mayor, Leonor —su Chata romántica—, es maternal y cuidadosa con las más pequeñas, aunque también, como pasa con los caracteres más abnegados de las familias, la que guarda más hondo cualquier lastimadura, allí su Carmen "digna", su "dolorosa" Amelia, su "sagaz" Antonia, y de todas preferida, Ana. ¡Ana! Aún de niña debió tener el continente serio y puro con que nos la muestra el retrato que quedó de ella, el que después fijaría su novio, el pintor Ocaranza, poco antes de que se les muriese en México. Antonia es más fuerte y morena. Gusta, como Carmen, de dejarse los ricillos oscuros cubriéndole la frente, aunque el hermano les dice que no, que no le gusta el adorno que no deja ver el rostro en su natural hermosura, y que le gusta más como se peina Ana, dejando la frente despejada, como para que le brille mejor en ella la noble calma. ¡Como es ella la que le adivina al hermano cualquier callada pena! ¿Quién sabe como él agradecer —"a mar por río"—, la menor muestra de afecto? Y a ella, que tanto lo ama, ¿cómo no le pagará el hermano piadoso? Ella también gusta de hacer algún versillo, y hasta de pintar, un poco. Y entonces el hermano se le acerca con dulzura, como para no turbarla, y ella esconde la página. Ah, si ella pudiera expresar lo que por él sentía, como la que hizo esos versos en inglés que su hermano le traduce, también podría explicárselo a todos: Cuando él miraba, parecía que hablase, hablase, hablase, pero cuando él hablaba él cantaba, quizás:

When he looked it was as if he spoke, spoke, spoke
and when he spoke
He sang perhaps.⁴⁰

Qué orgullosas están ellas del hermano que se ha llevado la medalla de inglés que no pudieron obtener los otros, de casas más acomodadas, con todo el tiempo libre para los estudios. Es verdad que las horas se las pasa leyendo, y viendo las láminas de ese libro grande de Historia de Roma. Y en qué cosas se fija y enseña a las hermanas! ¿Pues no ven cómo andan desnudos los sajones en el agua, y armados de macanas toscas, cuando ya los romanos llevaban cascos de forma artística? Después utilizaría estos recuerdos para ripostar a los que desdeñaban a los latinos: "¿Superiores los sajones, y tardaron 6 000 años desde su venida de la India sin adquirir civilización propia? ¿Y César halló desnudos a los Bretones, armados de mazas, que nos pinta Goldsmith?"⁴¹ ¡Ese mismo Goldsmith, que en un apunte nos cuenta que leía de niño, y ese mismo romano de la lámina! Pero estas cosas las piensa sólo cuando alguien quiere mermarle a otro el mérito, que si no, le sorprende la alta noche traduciendo la historia de Hamlet, que lo ha conmovido mucho, porque en ella se cuenta de un príncipe bueno que comprobó el deshonor de su madre y el crimen de su padrastro, y le pasó como a él cuando veía una vileza, y es que le hervía la cólera, y se paseaba hablando solo día y noche por los sombríos pasillos del palacio, sin decidirse a derramar la sangre culpable. Y él se ponía en el lugar del príncipe bueno, y le crecía la angustia, mientras leía los

versos admirables, hasta que llegaba al terrible "Remember me!", "Acuérdate de mí" del padre asesinado. Y entonces sentía que no, que verter sangre vil no era pecado. Quieto que se quedaba a veces el hermano, pensando quién sabe qué cosas. Pero otras se levantaba de pronto, como un resorte, urgido de qué, o daba un manotazo impaciente al librote, como quien se apresta a una pelea, dejándolo mal cerrado. ¿Pues no se había puesto el poeta a hablar de ratones en medio de la hermosura del camposanto? Oh, caer de tan alto! No, no seguiría traduciendo más el libro.

En algún retrato de la casa, enlutada ya y huérfana del hijo, se ve en un sillón sentada, para recibir a su nuera y a su nieto, a la madre de Martí, tal como él la describe cuando fue a verlo a Nueva York, "con el alma ya entrada en majestad",⁴² y algo como de la serenidad del que desea, más que teme ya, a la muerte. Rastreamos la vieja foto del cuarto, para que nos cuente algo de lo que debió ser la casa de su niñez. Altas colgaduras tiene el lecho y hay esmero modesto en el arreglo. En las paredes pobres y blancas, hay, colgada muy arriba, una jaula de pájaro. Un canario habría en la jaula que le recordase a la madre su isla lejana. Y el niño pequeño, al que no pueden darle juguetes costosos, se alegra por la mañana al verlo, tan amarillo todo. ¿Por qué tendrá tan negro el ojo el canario? ¿Por qué no será todo como la luz? Y el niño se ensombrece un poco, un poco nada más, porque todavía es sencillo como un escolar, pero siente que algo desconocido acecha en la sombra a lo que tiene alas, algo pequeño, tenaz, en el centro del amarillo alegre, que es oscuro como el ojo, como el ojo oscuro del canario.

Y aquí quisiera hacer un paréntesis, para adelantar algo que nos importa siempre subrayar, y es el valor expresivo, el valor musical de tiempo, que tienen las pausas en su escritura. Algunos estudiantes se han acercado a nosotros para preguntarnos si es cierto que estos popularísimos versos a los que aquí he aludido, que se saben todos los niños en nuestro país: "Yo pienso, cuando me alegro/Como un escolar sencillo,/En el canario amarillo,—/¡Qué tiene el ojo tan negro!",⁴³ si ese amarillo era un símbolo de España —por lo amarillo de la bandera, y de las "onzas" de oro—, ya que estos *Versos sencillos*, como se sabe, tienen todos varios planos de significación. Otros preguntaban que si se trataba, sencillamente, de un recuerdo infantil. Y yo les hacía ver que no podía referirse a España, a la colonia, ya que decía que pensaba en estas cosas cuando se ponía contento, y no podía contentarlo la bandera española. Pero también que se fijasen en esa coma y guión significativos, que separaban los tres primeros versos del último, ya que Martí, que quiso crear más signos de puntuación para precisar diferencias de sentido, pausas cortas o largas, indica casi siempre con ese típico coma y guión largo suyo, un cambio de registros —don Isidro Méndez lo comparaba a las llaves de un órgano—, un tono deliberadamente más grave. De faltar esos dos signos, estaríamos ante una descripción, con ellos, estamos ante un "grave" melódico: "—que tiene el ojo tan negro!" Es así que aunque se trata quizás solo de un recuerdo infantil, o de un apunte pictórico, ese guión es tan intencionado que hay razón para pensar que nos quiere decir algo más y de hecho nos lo dice. La imagen cobra involuntario relieve simbólico. Involuntario, porque la poesía prefiere sugerir a proclamar, así el objeto, desnudamente nombrado, alcanza una pluralidad de sentidos que el poeta deja abiertos: entonces no es que el canario "simbolice" concretamente esto o aquello, pero tampoco que no alcance una plural y concreta significación. No es la voluntad del poeta la que lo

Y me acordaba a la madre Martí

señala: es la pureza de la visión lo que la transparenta. Entre aquella sencilla observación escolar y el silencio que precede al último verso ha mediado un conocimiento doloroso, ha mediado un tiempo que ese guión largo recoge, y que viene a responder a aquella extranjera. Pero todo ello no nos lo dice con palabras sino con esa pausa larga, ese ahondador silencio.

Como su padre, cree decir más callando.

Todavía me quiero detener en otro recuerdo sencillo, que fue quizás de aquellos que, no sabemos por qué, nos vuelven con tanta nitidez a la memoria, conmoviéndonos más que otros, y que acaso forman esas "memorias plácidas"⁴⁴ de nuestra tierra que recordó el joven héroe Abdala cuando la vio amenazada, y nos mueven aún más a defenderla. Hay unos versillos rotos entre sus apuntes, que evocan una escena lejana, quizás fue un viejo cumpleaños familiar. De los encargos de costura de que se sostiene la casa, de algún buen paño sobrante, han cosido las hermanas, para regalárselo, un tapete bordado, o quizás una almohadilla, de esas que servían para volver olorosas las gavetas, y las novias hacían para sus novios. De puntillas se acercan las niñas para sorprenderlo. ¿En qué día de nieve neoyorquina le asalta el sencillo recuerdo?

Y las ofrendas—cuán pobres!

Y la voluntad—cuán rica!

Y al ofrecérmelas—como

*Lloraban mis hermanitas!*⁴⁵

Son tan pocas las emociones alegres de los pobres! Aunque seguramente todas no lloraron: Leonor, la gorda, sí, que de todo se emociona, y hasta quizás la delicada Amelia, y hasta su Carmen digna, pero Antonia no, Antonia debió reírse, con esa risa que se escapa aunque no se quiera, al ir a dar una sorpresa largamente retenida. ¿Y Ana, que no se le ve? Ana se recataría un poco en la sombra, a verlo y gozarlo todo mejor de lejos, con la piedad de su sonrisa:

Tal, con descoco risueño,
Celébrase ella misma, el blanco paño mostrando
Orlado de blonda fina: y cual
como tierna doncella [...]

La escena se pierde en las sombras.

A mi señora madre Doña Leonor Pérez
Hanábana y octubre 23 de 1862

Estimada mamá:

Deseo antes de todo que Ud. esté bien, lo mismo que las niñas Joaquina, Luisa y mamá Joaquina.

La letra es de esmero y delicadeza. El niño, antes que mencionar a sus hermanas, recuerda a las primas, hijas de la hermana mayor de doña Leonor, que por ser viuda pobre, —por cierto de un Lebrón, según consta en el testamento de la abuela doña Rita Cabrera—, debió estar muy unida a la casa, y de este modo cariñoso, "mamá Joaquina" han acostumbrado al hijo a llamarla. Le siguen noticias del padre —poco amigo de letras—, para tranquilizar la casa. Después, es el fijarse en donde se halla, y contar del correo, que no pudo pasar por el río Sabanilla, tan crecido que entorpece el paso a la Nueva Bermeja. Y es sólo después de cumplidos deberes y noticias, que cuenta de sí, y del gallo fino que le regaló don Lucas Sotolongo, aunque al padre se ve que le gusta más que a él y hasta le ha llamado la atención de que vale más de dos onzas. Pero no es el

gallo, caballero de lidias menudas y lances de corral, lo que prefiere el niño, sino el caballo, que parece dispuesto a grandes batallas, y es fiel al que lo cuida.

"Ya todo mi cuidado se pone en cuidar mucho mi caballo, y engordarlo como un puerco cebón, ahora lo estoy enseñando a caminar enfrenado para que marche bonito."⁴⁶ Así hará de mayor con sus pasiones, y hasta con su palabra: enfrenarla para que marche bonito. Ni cercenarle el brío natural, ni dejarlo suelto, a riesgo de que arrastre al jinete: siempre ese equilibrio de libertad y freno que creyó indispensable, también, a la buena marcha de la Revolución. Y qué martiano ya el verbo que emplea para elogiarlo:⁴⁷ "cada día cría más bríos". "Tiene"⁴⁸ más bríos, es más flojo y caedizo como después preferirá en sus versos decir que los "echa" del alma, como echa el gajo una flor, y no que los "saca" de ella, y "me echó el médico al monte", y no el más débil "me envió".⁴⁹

Nueve años tiene Martí cuando escribe esta carta, y es el único testimonio directo que tenemos de aquel niño que muestra ya, en el único retrato que de este tiempo se conserva, la carita angustiada y dolorosa del que ya ha echado sobre sí deberes y no vive con el regalo de otros niños: apena, no se sabe por qué, verle la medalla en el pecho endeble. Pero el testimonio de la carta es anterior. Allí se presenta por primera vez, con el abandono y dicha que todos los niños conocen, aún los más pobres, cuyos juguetes son, como quería Emerson que fuesen, no caballos de cartón o muñecos de madera, sino los vivos regalos de la Naturaleza. Allí goza, por primera vez, del campo cubano, un idílico rincón agreste en Caimito del Hanábana. Ha ido allí el padre de juez pedáneo, que era el que recorría a pie todos aquellos lugares para evitar el desembarco fraudulento de negros con el que burlaban los tratados ingleses los funcionarios coloniales. Don Mariano se toma muy en serio esta prohibición, consentida en el fondo. De ahí lo del hijo, de que nadie vivió en tiempos más viles ni salió más puro de ellos. Y quizás lo llevó para que tuviera en el campo esparcimiento y ganase el flaco cuerpecillo corpulencia a la vez que para servirle, gracias a su buena letra, como sirvió a Mendive, de "tierno amanuense".⁵⁰ Y es curioso que los elementos de su primer paisaje se repiten en el último. Aquí, el Sabanilla crecido entorpece el correo, allá el Contra maestre, crecido, como las pasiones de los hombres. Aquí es el caballo de su primer paseo, allá el que le regalaron los mambises, de José Maceo, que lo conducirá a la muerte. Lo único que nos queda de su voz infantil es la despedida de la carta: "y a Pilar, déle un besito", que "besito" y no beso es como dicen los niños. Y uno recuerda otra similitud con su etapa final, cuando prepara en el frío de Nueva York, "la guerra inevitable"; a alguna familia cubana de la emigración ha ido a ver ese día, y al menor de la casa no ha habido que rogarle que salude, que bese, al visitante amigo, porque el niño —tanto lo amaron siempre los pequeños!— se abalanza a hacerlo, antes de que se lo manden. Y quizás fue la única cosa alegre y totalmente pura que recibió ese día, de los anteriores a su partida a los campos de Cuba, porque escribe estos cuatro versos, del tamaño de su amigo:

Un niño, de su cariño,
me dio un beso tan sincero
que al morir, si acaso muero,
*sentiré el beso del niño.*⁵¹

Y esta Pilar, a la que ahora, manda, también "de su cariño", el recado, era una hermanita de Martí que murió muy pequeña, dicen que a causa de haberle hecho el maestro estar de penitencia muchas horas de pie en el patio, y que el día se puso de agua, y el

maestro se olvidó de la niña, de lo que ella sacó una pulmonía que se la llevó para siempre. Y quizás fue en recuerdo de ella que llamó Pilar a la niña de "Los zapaticos de rosa", y la vistió como nunca pudo verla a ella vestida, con un sombrero primoroso, y un vestido de organdí con lazo grande a la espalda, y unos botines finos, aunque en realidad la suya se parecía más a la otra, a la anegadita, a la que su madre lleva a la playa "a ver el sol, y a que duerma".⁵² ¡Si él hubiera estado ahí nada le hubiera pasado a Pilar!

Oh, cuántas cosas había que cambian en la escuela, toda "memoria y azotes".⁵³ Así no enseñarían en el colegio de José de la Luz, que el día de su entierro, iba detrás de todo el pueblo reunido, como no lo había él visto nunca antes y todos lloraban, y lo llamaban el padre bueno, el sabio cubano! ¿Por qué no quieren los Voluntarios que se toquen las campanas en duelo, por qué no querían los españoles a José de la Luz?

Algo lo ha hecho pensar mucho, y de ello hace una fugaz referencia en *Patria*, y es que cuando era "chiquitín" veía pasar a caballo a un señor muy apuesto, Antonio González Mendoza, del que se decía que estaba tan enfermo que moriría pronto. Pero don Antonio no quería morir, era hombre de mucha voluntad, y el niño lo veía pasar "pálido de la convalecencia",⁵⁴ camino a su gimnasio y a su esgrima, en un caballo negro moro, a eso de las seis de la mañana, y nos cuenta que, a pura voluntad, no llegó a morir, como se esperaba y decían en la casa, no llegó a morir don Antonio. En todo esto pensaba el niño, tan de mañanita, allí asomado, aunque no pudiera explicarlo con palabras, en los misterios de la voluntad, que podía vencer hasta a la misma muerte, y en cómo marchaba de brioso el caballo moro con don Antonio, pálido.

Y en otro fragmento, otro recuerdo de niñez: "Niño medroso, miedo a los barcos que llevan a donde no se sabe, miedo a una gran mano de madera, signo de guantero, que apuntaba a lo que no se veía." ¿Cita de algún libro ajeno, que le trae lejanas memorias? Pues se sabe que hizo un viaje de los cuatro a los seis años con sus padres, a Valencia, donde don Mariano pensaba recuperar su quebrantada salud, y quizás fue esta impresión de pasar de la tierra a otro medio más inestable, el del barco, una de las más fuertes que recibió.⁵⁵ ¿Qué tiene la tierra propia que cuando se sale de ella parece que todo se tambalea y uno mismo se viene abajo? Porque miedo a la tempestad, y pasó algunas bravas, no tuvo nunca: lo asusta no tanto irse como no saber a dónde lo lleva el barco, como lo que amedrenta en el anuncio del guantero, no es la mano aislada, en medio de la calle, sino que apuntaba a un lugar que no se veía, apuntaba nada más. ¿Quién sabe cómo fueron las noches y los días del niño absorto? En otro apunte revela: "El niño por ejemplo, ama el rojo, y todos los colores vivos. Yo, de niño, adoré el morado, que aborrezco hoy, Candita, ayer, se ceñía al talle una cinta amarilla resplandeciente. Solo los niños de prematura gravedad y tristeza, y de anormal aunque ventajoso desenvolvimiento, desaman los colores intensos."⁵⁶ ¿Cuál sería la razón de esta rara preferencia? Acaso los colores puros, aunque más alegres, tienen algo de fijo, en tanto el morado tiene algo de cambiante, de color en tránsito, como el del "alivio del luto" de las viudas o los paños de altares antes del día de gloria, y también en el color de algunos cielos muy puros de crepúsculo. Vemos en este otro apunte: "Octubre. El viento orea. El aire es puro, y hay en todo la diáfana limpieza del alma [que] no ha amado." Y entre paréntesis: "(En verso, aquella tormenta; de cuando niño.)"⁵⁷

¿Sería ese cielo rosa, casi lila, esas nubes cárdenas de antes de la tormenta? A qué edad tan remota nos lleva este apunte, a esa perdida, sensación de espacio anterior, de limpieza del alma "que

no ha amado todavía". Pues el amor es suma claridad, pero hay la limpieza distinta del niño, que aún sin pasión propia, puede espejearla entera, y en cuyos labios, como dijera el poeta, se ve todavía algo como de la tersura, leche y miel paradisíacas. Años primeros, intocados aún, siquiera por la memoria que los resguarda, avariciosa, como la tierra a la semilla. Algo, en los muy sensibles, puede quedar de estas primeras impresiones del alma, antes de que la agitate pasión alguna. Porque enseguida, el cielo se empaña "We are only pencils God paints with" (Eso pensé y escribí en horrendos versos, cuando muy niño).⁵⁸ No son tan horrendos: los niños solo escriben mal cuando imitan a los mayores que hacen cosas para niños. La imagen del lápiz es infantil, y bien propia de un niño estudioso. Pero que Dios escribiese a través de él, como él con sus lápices, ya es analogía curiosa para pequeño. Y por este "only", por este "solamente", ya como que se cuele un prematuro aire de destino. Verdad que no debió haber sido un niño nada común,⁵⁹ "pas commun", como observa la negra haitiana que lo ve descender, años después, del jamego, rumbo a su destino, con sus modales de hidalgo y su vestimenta pobre. ¿Por qué se siente el niño —que ya ha pensado viendo a don Antonio pasar con su caballo moro, que la voluntad de un hombre puede lograrlo todo—, tan impotente para modificar lo que una voluntad mayor que la suya decide? Quiere el padre que el hijo deje ya el colegio y empiece a ayudar a su atribulada casa. Sus penas, —que le vienen de ver mejor y más lejos que sus padres—, no serían tantas si ellos pudiesen entender que podría ayudarlos mejor que de escribiente de comercio, siguiendo estudios más reales y serios. ¡Ahogar, ahogar estas águilas que a veces le parece que le nacen del pecho, y este sentir que de un soplo suyo podría llegar un día a sacar al extranjero de su tierra, por contarles los Debe y los Haber a un tendero! ¡Cómo se bastaría él sólo si lo dejaran, y entonces sí que podría ser escudo, almohada, de sus cansados padres! De estas penas, de que no hablaba nunca, vino a sacarle un suceso milagroso —que en vidas como estas van juntas penas y maravillas. Una mañana en que ya se aprestaba a salir al humildísimo trabajo, se ha encontrado en la puerta misma de su casa, a Mendive. ¿Qué viene a hacer, qué viene a hacer allí el maestro bueno? A hablar con sus padres viene, a explicarles por qué no se había hecho una inteligencia así para ganar centavos al fondo de una tienda, y que le permitiesen hacerse cargo él mismo de sus estudios. ¡Y don Mariano parece comprenderlo, su padre que hasta ayer le exigía, es el que accede! ¡Oh, qué gratitud sin medida hacia el maestro bueno, que lo viene a sacar para siempre de la oscuridad y la impotencia! Ya no se siente como un objeto inerte al que mueve una voluntad superior a la suya, sino capaz de todo, y brioso, como el caballo moro de don Antonio! ¿Cómo no va a llamarse, a partir de aquí, en sus cartas a Mendive, "su hijo", si es por él que siente que ha vuelto a nacer de nuevo?

¡Y qué contraste entre su casa española y el colegio y hogar cubanos de Mendive, recién casado con su hermosa Micaela Nin, en donde se esconde a los patriotas perseguidos de la vigilancia española, y no es crimen burlar a la censura, y sigue el maestro, "de codos en el piano", la marcha de Céspedes con su mapa de Cuba, y se leen versos subversivos, sobre la guerra encendida allá en Oriente, a la sombra del patio de plátanos! Pero no es de cuando cayó preso en el Príncipe de lo que él quiere hablar en la semblanza que para el periódico le pide Trujillo, a la muerte del maestro, tantos años después, ni de su destierro en Nueva York, ni de su vuelta a Cuba, perdida ya la esperanza de la guerra, sino del modo como lo

y mi honda es la de David

de niño, del recuerdo entrañable: "Prefiero recordarlo, a solas, en los largos paseos del colgadero, cuando, callada la casa, de la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso; o cuando, hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba."⁶⁰

Y aun otra escena nos rescata, y es cuando el maestro le dio a empeñar su reloj "para prestarle seis onzas a un poeta necesitado". Y luego "yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, y se lo di, llorando". ¿Cómo podría hacerle olvidar nunca su mucho trabajo en el consulado, en el periódico, en la oficina en que organiza la Revolución, aquella mañana cubana en que tocó el maestro a la puerta de su casa, para hablar con sus padres? En la libreta en que apunta lo que de buen grado quisiera escribir, y que no es siempre aquello a que lo obliga su labor diaria leernos:

Una mañana—
Octubre. Mendive.⁶¹

La mano, cansada de escribir, deja la pluma a veces, y evoca estas escenas. ¡Cómo procuraba, en pequeños servicios, pagarle el grande que le ha hecho llevándose al colegio!

"Todo el colegio está limpio. He hecho que Salvador le quitara el polvo a todo y le pasara una vez la esponja; pero están sucios todos los bancos, las carpetas y pizarras que se necesita lavarlos otra vez, como le he dicho a Salvador que haga."⁶² Cómo le duele dejarlo en algo —así sea insignificante—, descontento, y cómo no puede esperar a verlo al día siguiente para dejarle escrito: "Yo no sé que un padre generoso tenga que le adora, sus deberes. Por eso me asombró tanto su recado, cuando a cada instante daría por Vd. mi vida que es de Vd. y solo de Vd. y otras mil si tuviera."⁶³

La figura de Mendive cubre un período que va de su niñez a su temprana adolescencia y entrada en el presidio.

El está en el centro, sereno y viabilizador, de dos órdenes de recuerdos que desgarraron su niñez: la situación de su casa y la de su patria. "¿Qué vi yo en los albores de mi vida? [...]//—El boca abajo en el campo, en la Hanábana."⁶⁴ Y ahora vamos a detenemos en este nombre: Pues fue allí, precisamente en el Hanábana, en una de aquellas caminatas agrestes con el padre, donde a sus nueve años conocerá todo el horror de la colonia, la experiencia que lo marcará al rojo vivo toda la vida. Muchos años después, en sus *Versos sencillos*, donde sólo recoge los momentos culminantes de su vida, es que viene a contarnos la otra cara de aquel viaje suyo al Hanábana de que nos dio un primer testimonio en su carta infantil.

Por la costa, río abajo, se veía la laguna de la Ciénaga, la bahía abierta de Cochinos. El padre debe vigilar los desembarcos negreros, pero hasta ahora, nada han visto. De pronto, ¿qué pasa que la naturaleza se ha puesto sombría, el cielo ha empezado a oscurecerse, y los animales parece que ventean la tormenta? Una ráfaga de viento quiebra, fiera, los almácigos, antes copudos. Una madre negra cruza con su crío en los brazos, dando alaridos. ¡Y de pronto el niño espantado alcanza a ver cómo salen del portón del barco atracado, por cientos, hileras de esclavos desnudos! ¿Qué ha pasado que el mundo pareciera vaciarse? Estamos ante el suceso capital de su vida:

Rojo, como en el desierto,
Salió el sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.
Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:

Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen.⁶⁵

Juramento infantil, solemne pacto, iniciación revolucionaria, brusca ruptura del idilio agreste del Hanábana, esta visión se llevó para siempre, como un caballo espantado huyendo por la arboleda el último resto de su infancia. Perdida la inocencia para siempre, ya ha visto, y abiertos los ojos, ya no podrá sino velar toda la vida. Crimen le pareció el tiempo robado para su personal dicha. Se siente "arrastrando la cadena de su patria" toda la vida. Por ella, perderá la paz de su casa, lo abandonará la mujer con el hijo adorado, no aceptará bufete ni cátedra segura, irá de peregrinaje americano a conocerle a los pueblos, que hermanó la dominación española o la codicia yanqui, los peligros internos y externos que los rondan. En México, en Guatemala, en Tampa, en Nueva York, ¿qué hará sino trabajar toda la vida "por los que gimen"? Y ya no podrá más: cuando sabe del proyecto norteamericano de comprar a Cuba, dirá que se siente con "el alma entera en náusea" y "como una cierva, despedazada por las mordidas de los perros",⁶⁶ lo que recuerda al cimarrón perseguido por los perros en el monte. Son siempre imágenes de la esclavitud las que le vienen:

[...] *Los lóbregos espacios*
Rasgué desde mi infancia con los tristes
Penetradores ojos [...] ⁶⁷

Allá en la ciudad grande, qué versos escribe, que parecen fragmentos de lava, cómo todavía lo estremecen estos recuerdos que "quemán la memoria"⁶⁸ Sólo volverá a cobrar la calma, a sentirse "entero", cuando después del largo destierro, vuelve a la isla amadísima, donde la guerra ya está encendida. "En estos campos suyos" —escribe a Tomás Estrada Palma— únicos en que al fin me he sentido entero [...] ⁶⁹ Pues allá se sintió roto, cogiendo del suelo los propios pedazos, para retornar cada día a la labor diaria de conjunto y previsión con la que unió de nuevo a la familia cubana. ¿Cómo no se veía que si por la división de los nativos se había entrado España en la América, por la unión de todos habría de salir de ella? ¿Quién no veía que si las divisiones de raza, región, clase o casta militar habían frustrado la liberación americana, y hecho fracasar nuestra primera guerra, por la unión de todos "los factores reales del país" habría de vencer la última? ¡Por el odio se había esclavizado al negro, fusilado a los estudiantes, masacrado al pueblo a la salida del teatro donde se habían dado vivas a Cuba, y encarcelado a los mismos españoles que amaban, como el criollo, la justicia! ¡Su guerra los uniría a todos! ¿Por qué había que odiar al español y no al mal gobierno de España?

¡De pasión, no de miedo, tembló el niño ante el crimen brutal! Más que el grillete de presidio, lo marcó para siempre este hierro. "¿Quién que ha visto azotar a un negro no se considera para siempre su deudor? Yo lo vi, lo vi cuando era niño, y todavía no se me ha apagado en las mejillas la vergüenza."⁷⁰ Esta dolorosa reiteración ("lo vi, lo vi") da la medida de la hondura de la impresión recibida, no es algo que mira simplemente sino que "ve" hasta el fondo, como si dijera: lo vi, y no lo olvidé nunca, lo vi, y no descansaré hasta repararlo. Pero no es solo dolor y propósito de reparación lo que allí siente, sino un sentimiento más refinado: vergüenza. Vergüenza por el hombre, como si en cada hombre que pecase, pecase él también, pecásemos todos. No se avergüenzan sólo de que un hombre blanco golpee a otro de color —no puede establecer diferencias reales de color—, sino de que el ser humano pudiese así caer de su natural

altura. Su solidaridad no es simple: actúa a dos niveles, abarca la situación toda. Siente en la mejilla propia la bofetada dada a otro hombre, pero se enciende de rubor porque el otro, es decir, él mismo, la humanidad misma en él, haya a tal grado descendido, y cree que nadie podrá descansar hasta redimirlos a todos: de ser esclavo a uno, y al otro, de ser esclavizador. Por eso en el mejor de sus discursos revolucionarios, pondrá en esta, "su guerra nueva", que sólo estaba empezando, la "fórmula del amor triunfante: Con todos, y para el bien de todos".⁷¹

Es este juramento infantil, hecho ante el esclavo colgado de un seibo del monte, el que se dispone a cumplir con su arribada a Cuba, con un puñado de valientes, también en medio de una noche en que los vientos hacen perder al bote el timón, hasta salir la luna roja, de una nube, y serenas las aguas, desembarcan al fin en una playa de piedras de las costas de Oriente. Allí, la guerrilla baracoana de Félix Ruenes que le sale al encuentro con el saludo hermoso: "¡Ah hermanos!"⁷² Y es como si el campesino de su patria que vio sufrir en presidio, y el negro de su niñez azotado en el Hanábana, se hubiesen alzado de pronto, la luz sobre el machete vindicador. En su final *Diario de campaña*, es así como aparecen hermanados a los mambises blancos, poderosas figuras de combatientes negros, ya no humillados, sino majestuosos en la hermosura de la naturaleza. Así había él imaginado, por pura piedad, en su drama juvenil, a su héroe Abdala, no bajo modelo de griego o de romano, sino como un príncipe africano. ¡Siempre, en su obra, estas justicieras compensaciones! Así su hermana Ana, que se le murió sin alcanzar a verla, reaparece en su única novela detenida un poco antes de morir, sonreída y afable. Y el sol y la luna rojas, de su campo primero y último como teñidos de sangre, se van mudando en la pura luz de la campiña, en los rincones de "bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa", y los caballos van como por sobre alfombras, por lo mucho del césped.

"Arriba el curujeyal da al cielo azul, o la palma nueva, o el dagame que da la flor más fina, amada de la abeja [...]" Qué paisaje recordado, qué noche bella que "no deja dormir", qué susurro como de mil violines de los sonidos vegetales, sacando "son, y alma" a las hojas, "¿qué danza de almas de hojas?"⁷³ Es aquel seibo descuajado por el rayo, y aquel hombre inerte, los que ahora ve multiplicarse y crecer, erguirse en toda su hermosura. Es el niño aquel, cuya paz se vio rota para siempre, rota la armonía de la naturaleza, el que asoma en esta línea ya dichoso el pecho leve en una de sus cartas de campaña: "Solo la luz es comparable a mi felicidad."⁷⁴

Pero hemos hecho como los adultos que gustan mucho de una historia, que la cuentan a destiempo, y de delante para atrás, o como los niños que aman lo dulce, sin nutrirse primero de los alimentos más fuertes, y es que hemos saltado de lo que estaba al principio a lo que está al final. Pero todo el que observa una llama, así sea de una pequeña vela, ve que todo fuego oscila, y ya avanza, ya retrocede, como también avanza y se repliega la ola, y que no se acierta, cuando se ama mucho, a contar las cosas con parsimonia, una primero y la otra después, como le pasó a Martí cuando quiso contarlos del amor a su niña guatemalteca, que se le iba el alma, ya para cuando la vio muerta, y toda de blanco, entre flores de reseda y de jazmín, ya para cuando estaba viva, y salió a verlo pasar con su mujer, ocultando las lágrimas desde lo alto del mirador. Así, no podemos contar la vida de Martí sin que nos asalten recuerdos de muy distintos tiempos, de modo que tenemos que avanzar y retroceder otra vez para retornar el hilo en que lo dejamos al principio, aquel do-

mingo de paseo, cuando el padre le hizo aquella severa admonición, que se le entró por el pecho, desgarrado entre las imágenes que veía en torno, sobre todo los negros, que vio sufrir más, en su niñez, y los españoles buenos, como su padre.

Asistimos así, los que repasamos sus apuntes, a dos órdenes principales de recuerdos, que él agrupa, como para recordatorio personal, en dos listas que nos llaman la atención entre todas las otras: a una llama "Españoles"⁷⁵ y a la otra "Mis negros"⁷⁶ A veces apunta sólo la circunstancia de hora o paisaje que acompañó a estas imágenes. Los simples nombres tienen algo de fila de soldados que se aprestasen a una batalla, que solo se libraba dentro de su pecho:

Españoles:
El presidiario:
Las mañanitas:
los árboles
El presidiario ciego:
mi padre:
el presidiario era yo:
y el padre era español.—

Y al otro lado, la otra fila de nombres: "Mis negros": el primero, un niño pobre de la calle, amigo suyo. ¿El mismo que prendieron a los once años, que luego vio en el Presidio? Asistimos de nuevo a una de esas trasmutaciones a que siempre lo lleva su arrasada piedad: las palabras abreviadas se contraen, como el miembro bajo el dolor, que vuelve.

Tomás era pa. mí el Señor Tomás, el Sor. T., el Excemo. Sr. D. T., su Majestad Tomás, lo era todo para mí, era mi amigo. Era bueno, y tenía espíritu nuevo y artístico. Me deleitaba, cantando y silbando. Travieso con todos los demás, quieto a mi lado. ¿Por qué te juntas con Tomás?

Le sigue una relación escueta, hecha para sí, mero recordatorio de hechos terribles: El del boca-abajo en el Hanábana, "el negrito de Claudio Pozo" —al que imaginamos menudo y chispeante por el diminutivo, en medio de la arrogancia soberbia—, "Isidoro, el de Batabanó", del que ya cuenta algo más: "(Esperando mis versos, sentado a mis pies. El regalo de compadre a Dorotea.) Yo, escribiendo sobre mis rodillas, yo en mis rodillas, y él tendido por tierra, sobre los codos, me cubría con sus mimos sencillos."

¿Sería él, nada menos, el que después metamorfosea en el fragmento "Yo tenía un compañero: amor [...]", versión libre suya de la fábula del niño-amor de Anacreonte, que también lo miraba "de codos en la almohada" y soplabá travieso sobre sus ojos haciéndole embellecer la fealdad en tomo?⁷⁷ ¿También Mendive no seguía "de codos en el piano" la marcha de Céspedes en el mapa de Cuba? De algunos de ellos sólo apunta el rasgo más saliente: "José (fidelidad)." De otros, la ajena lascivia, o el gesto materno: "Dorotea: (Todos a ella)", y en la enumeración no falta ni el pobre idiota Juan de Dios, que reía en el presidio cuando lo azotaban, o le contaba, confundiendo los tiempos por la mucha edad, fábulas de sus antepasados africanos, ni Simón, el negro cubano de la defensa de Zaragoza, el de "Niño, hay un frío que se hielan las palabras", al que vio improvisar, subido a un cajón de limpiabotas, el discurso que dice que más lo impresionó en su vida, ya que cuando no le acudían las palabras, por la instrucción escasa, inventaba otras, para no perder el ritmo del período, enseñándole así la importancia del ritmo en la oración, de la música, para implicar al público, conocimiento tan

que mi historia

al orador revolucionario. Por eso en el apunte aparece Simón acompañado de esta sola palabra "elocuencia". De otros sólo nos da, como en el negativo de una foto, rasgos oscuros que no lo fueron suyos, sino de la realidad, vuelta al revés, que no deja verlos a su mejor luz. El prostituido por una situación que no le da acceso a su vía normal de hombre: "Isabel Diago: (Homosexual)", o el que acaso robó en la casa rica del amo, "el negro hermoso de casa de Manuel" del que sólo se fija en el castigo horrendo: "la mano cortada". O el que hablaba con la novia cerca del potrero, y vio salir huyendo al llegar la comitiva blanca, oh cuánta pena. Y el cochero Diago, que debió ser presuntuoso y figurín, como calesero, muy orondo en su traje patético de entorchados, porque anota: "Era de verle el papel." Imágenes tiernas, traviesas, terribles, entrañables, que resume en la última anotación de su lista: "Cadenas."⁷⁸

Son "sus negros", como también "sus españoles". ¿Por qué se mezclan, entre las reflexiones, fragmentos de artículos y discursos revolucionarios, de sus apuntes, estas figuras de su niñez y adolescencia cubanas? ¿A quiénes quiere convencer con la defensa que hará siempre de ellos? Hay que recordar que los enemigos de la Revolución agitaban dos supuestos peligros para frenarla: el supuesto "peligro negro", es decir, el de una rebelión contra los blancos, semejante a la de Haití, que los pondría en riesgo a todos, y el peligro de que los cubanos, al triunfo de la guerra, se vengasen indiscriminadamente atentando contra la vida y hacienda de los españoles. Contra esas dos insidias se volverá Martí en múltiples escritos, sobre todo, en uno de sus más importantes discursos revolucionarios, cuando pregunta:

¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? [...]// ¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¿Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida!⁷⁹

En *Patria*, de ese modo indirecto con que nos cuenta siempre sus recuerdos más entrañables, nos dice:

Patria misma recuerda ahora a un valenciano de barbas blancas que poco antes de morir le decía a su hijo cubano: "¡Anda, anda! ¿qué crees tú que yo emprendí tu educación con otra idea que la de que fueras un hombre libre?" *Patria* misma recuerda a un oficial de la artillería española que se quitó los galones cuando le nació el primer hijo varón, "para que su hijo no viera un solo día a su padre esclavo de otro hombre". Recuerda *Patria* a un empleado español que, en un domingo de mucha luz, cuando se iban acercando los días creadores del sesenta y ocho, se volvió al hijo de repente, y le dijo así: "Porque yo no extrañaría verte peleando un día por la independencia de tu tierra": ¡y el que quiere hoy más a aquel empleado español, el que lo tiene a todas horas, en la sombra de hoy es, de compañía y de consejero, es un corazón cubano!⁸⁰

Ahora el que habla es el hijo al padre callado para siempre, es el quien recuerda el diálogo trunco, o más bien lo que habló uno y calló el otro, angustiado. Y el diálogo imposible se funde a la mucha luz de la hora, la ternura oculta y pudorosa del viejo, al que le ve la "gloria" de ese único lujo de los pobres de sacar al niño de paseo, y toda la esclavitud sufrida por su pueblo. Y en el reencuentro, a qué distancia de aquel día, qué sentir como si se hubiesen librado los dos de un doble peso! Las dos filas de nombres, que, como soldados en reposo, aparecen en sus apuntes, los recuerdos dolorosos que desgarran su niñez, se le unen como formando un solo ejército: puro pueblo los dos. En frente sólo el enemigo común, el poder colonial soberbio, que lo dividía todo como una sola y enorme sombra. "Somos un ejército de luz."⁸¹ Por la sangre inocente no era pecado, no, "verter sangre" culpable, ni era odio sino amor dolorísimo y deber ineludible detener el crimen y deshacer las sombras.

¿Cuándo curó de aquella vieja llaga, qué día de trabajo, también de mucha luz, fundió a su pecho en paz la quietud de aquel domingo? No sabemos la fecha ni la hora en que, dejando la labor sobre la mesa para descansar de la fatiga —"Un pueblo— ¡pesa mucho! —",⁸² se ha levantado para sonreír, con no sé qué hermosa tristeza, y dejarnos en algún apunte perdido: "Me gusta ver desde mi ventana el lugar donde se encuentran dos caminos."⁸³

¹ Por su importancia y en el marco de nuestra conmemoración del 150 aniversario del nacimiento del niño Pepe Martí, reproducimos este texto, inicialmente publicado en las páginas del *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, número 11, de 1988.

² Martí, José: "Fragmentos", *Obras Completas*, t. 22, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 49.

³ Usamos, deliberadamente, estos giros habituales en la prosa martiana, para ayudar a revivir el proceso mental interno que pudo acompañar a estas vivencias de su niñez, a que tan escasamente alude en versos y apuntes.

⁴ Martí, José: "Fragmentos", *op. cit.*, t. 22, p. 273.

⁵ Martí, José: "Carta de un español", *op. cit.*, t. 4, p. 411.

⁶ Martí, José: Poema XLI ("Cuando me vino el honor..."), "Versos sencillos", *Poesía completa. Edición crítica*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985, t. 1, p. 278.

⁷ En el manuscrito parece leerse "Pero lo juro", y es así como lo transcribimos después en la edición crítica en dos tomos de su *Poesía completa* y en la que el poema aparece en el t. 1, p. 205. Mantenemos, sin embargo, la transcripción de Quesada, que entonces utilizamos no solo porque pudo responder a otro original en su poder, sino porque en el mismo borrador manuscrito —el único que hallamos— aparecen variantes suyas del pasaje ("por eso/para! [a]"), según hacemos constar en la nota 3 del poema "[Mi padre era español...]", que aparece en la citada edición, t. 1, p. 220.

⁸ Martí, José: "Yo callaré...", *Obras Completas*, ed. cit., t. 17, p. 263.

⁹ Recojo estos datos, relativos a la vida de don Mariano y a la situación de la Isla por los años del nacimiento de Martí, del primer capítulo de la conocida biografía de Jorge Mañach: *Martí, el Apóstol*, Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1933, p. 12.

¹⁰ *Ibidem*, p. 13.

¹¹ Méndez, Isidro: *Martí*, La Habana, Imp. P. Fernández, 1944.

¹² Martí, José: *Diario de campaña*, edición facsimilar, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 107.

¹³ Martí, José: *Fragmentos, Obras completas*, ed. cit., t. 22 p. 12.

- ¹⁴ Martí, José: "Dos patrias" de *Versos libres*, *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 127.
- ¹⁵ La dama era la criolla Adelaida Villalonga, y el incidente no ocurrió ya en los tiempos de Concha sino en los del general Serrano, que por estar casado con criolla, inició "una política de halagos a la sensitiva aristocracia del país", según refiere Mañach (*op. cit.*, p. 17), quien da cuenta del informe legal en el cual se hacía constar que esas y otras faltas del celador "no parecen intencionadas, sino efecto de su limitada capacidad". Por lo demás, gozaba "concepto de honrado, y por tal lo tiene el que suscribe". El incidente, desde luego, le costó la cesantía a don Mariano.
- ¹⁶ Martí, José, *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 308.
- ¹⁷ Martí, José: "Mis padres duermen", *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. II, p. 52.
- ¹⁸ El pasaje dice exactamente: "Niño, ¿has sido rey, has sido Ossian." Se lee en Martí, José: "Heredia", *Obras completas*, ed. cit., t. 5, p. 166.
- ¹⁹ Martí, José: Carta a Rafael Serra de 1890, *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 370.
- ²⁰ Martí, José: "A mi madre", *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., II, p. 7.
- ²¹ Martí, José: Carta a la madre de 25 de marzo de 1895, *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 475.
- ²² Martí, José: "Heredia", *Obras completas*, ed. cit., t. 5, p. 167.
- ²³ Martí, José: "Alfredo Torroella", *Obras completas*, ed. cit., t. 5, p. 83.
- ²⁴ Aparecieron estas cartas en Martí, José: *Antología familiar*, recopilación y prólogo de Félix Lizaso, La Habana, Imprenta Escuela del Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua, 1941.
- ²⁵ Martí, José: "Isla famosa", de *Versos libres*, *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 85.
- ²⁶ Martí, José: Carta a su hermana Amelia, de febrero 28 [de 1883], *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 308.
- ²⁷ Martí, José: Carta a la madre, de [1892], *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 404.
- ²⁸ Martí, José: Carta a la madre, de 25 de marzo de 1895, *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 475.
- ²⁹ Martí, José: Carta a Manuel Mercado, de 30 de marzo [de 1878], *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 45.
- ³⁰ Martí, José: Carta a José García, de febrero de 1887, *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 319.
- ³¹ *Ibidem*.
- ³² Martí, José: "Carta de un español", *Obras completas*, ed. cit., t. 4, p. 411.
- ³³ Los versos dicen: "De un padre que tuve/Tan sólo recuerdo/Que de mi cuna al borde sollozaba/Cuando nací, como si hubiera muerto." Martí, José: "[La pena como un guardián]", *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. II, p. 201.
- ³⁴ Martí, José: *Fragments*, *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 17.
- ³⁵ Un borrador de la solicitud de indulto en favor de su hijo, escrita por doña Leonor a las autoridades, se publicó, en la *Revista Martiniana*, La Habana, octubre de 1922, t. 3, p. 31.
- ³⁶ Martínez Estrada, Ezequiel: *Martí revolucionario*, La Habana, Casa de las Américas, 1967.
- ³⁷ Martí, José: *El presidio político en Cuba*, *Obras completas*, ed. cit., t. 1, p. 58.
- ³⁸ Martí, José: Poema 1 ("Yo soy un hombre sincero..."), "Versos sencillos", *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 236.
- ³⁹ Martí, José: "Hora suprema", *Obras completas*, ed. cit., t. 2, p. 250.
- ⁴⁰ Martí, José: "Cuadernos de apuntes", *Obras completas*, ed. cit., t. 21, p. 434. Los versos aparecen en el Cuaderno 8 (ya de los años noventa), entre apuntes personales (que algunas veces escribía directamente en inglés) y una anotación sobre los poemas de Elizabeth Barrett Browning. Los situamos, imaginativamente antes, porque nos permiten relacionarlos con las traducciones de poesía inglesa, que ya se sabe hacía desde sus nueve años (y que pudo compartir con la única hermana que gustaba de versos) y con la misma callada admiración que ella debió sentir por él y que tan bien expresan los versos mismos.
- ⁴¹ Martí, José: "Fragmentos", *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 98.
- ⁴² Martí, José: Carta a Manuel Mercado [de 1887], *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 119.
- ⁴³ Martí, José: Poema XXV ("Yo pienso cuando me alegro..."), "Versos sencillos", *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 262.
- ⁴⁴ Martí, José: "Abdala", *Obras completas*, ed. cit., t. 18, p. 19.
- ⁴⁵ Martí, José: "Fragmentos", *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 316. La sustitución en los versos que siguen, de "como tierna", por "con", sin duda es errata.
- ⁴⁶ Martí, José: Carta a la madre, de octubre 23 de 1862, *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 243.
- ⁴⁷ Don Isidro Méndez subraya el uso acertado del adverbio de lugar: "Tanto el río que cruza por la 'finca' de Dn. Jaime como el de la Sabanilla, por el cual tiene que pasar el correo, estaban el sábado sumamente crecidos, llegó el de acá a la cerca de Dn. Domingo [...]", lo que demuestra conocimiento de sintaxis en esta primera carta de 1862, y una correcta composición que no debió haber adquirido en la precaria escuela del barrio de Santa Clara, donde se abusaba de las palmetas, y según parece haber contado a Fermín, le desfiguraron las orejas de tanto halárselas, sino más bien en la del educador Rafael Sixto Casado, donde cree que ya cursaba estudios por este año. Recientemente la nieta del educador donó al Centro de Estudios Martianos la medalla "por aplicación y buena conducta" que solía darse en el colegio, idéntica a la que aparece en su retrato de niño.
- ⁴⁸ Martí, José: *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 243.
- ⁴⁹ Martí, José: "Prólogo a "Versos sencillos" y Poema I ("Yo soy un hombre sincero..."), *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 233 y 235, respectivamente.
- ⁵⁰ Martí, José: "Rafael María de Mendive", *Obras completas*, ed. cit., t. 5, p. 251.
- ⁵¹ Martí, José, *Obras completas*, ed. cit., t. 17, p. 230.
- ⁵² Martí, José: "Los zapaticos de rosa", "La Edad de Oro", *Obras completas*, ed. cit., t. 18, p. 453.
- ⁵³ Martí, José: Discurso pronunciado en la velada artística literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, el 19 de diciembre de 1889, *Obras completas*, ed. cit., t. 6, p. 135.
- ⁵⁴ Martí, José: "En casa", agosto 13 de 1892, *Obras completas*, ed. cit., t. 5, p. 393.
- ⁵⁵ Martí, José: "Rafael María de Mendive", *Obras completas*, ed. cit., t. 5, p. 252. Cree Don Isidro que en este viaje se llegarían, también, a la patria de su madre, las Islas Canarias, pues ni el Guipúzcoa, en que embarcó en 1871, ni el Alfonso XII en el que salió deportado por segunda vez a España, pasaban por ellas, y Martí hace referencia a "su paso por las Islas" en su artículo de Patria "Los isleños en Cuba", publicado en agosto 27 de 1892. En cuanto al otro viaje que hizo a Belice (Honduras Británica), cuando "no había transcurrido aún mi infancia" y al que volvió, ya adulto, en 1877 (de regreso de Progreso a Isla de Mujeres, y de allí, "en rapidísimo cayuco" a Belice), apenas hay más referencia que la que da en su artículo publicado en *The Hour*: "Impresiones de América (Por un español muy fresco), I" (*Obras completas*, ed. cit., t. 19, p. 108), donde tuvo ocasión de admirar a "una rica familia sureña", que, en plena selva, había construido una próspera hacienda azucarera. La descripción que hace del padre, "antiguo gobernador de un poderoso Estado", y de la "madre encantadora", que les ofreció tortas calientes y pasteles hechos de su mano, es bien viva, y ya revela sus dones de precoz observador.
- ⁵⁶ Martí, José: "Cuadernos de apuntes", *Obras completas*, ed. cit., t. 21, p. 431.
- ⁵⁷ *Ibidem*, p. 159.
- ⁵⁸ *Ibidem*, p. 351.

yo soy un hombre sincero

- ⁵⁹ El mismo cuenta a Mercado que, de pequeño, escribió un drama sobre un recién nacido, cuya alma se disputaban el Bien y el Mal, y, al conocer después que este había sido en cierto modo el pensamiento generador del Fausto, se echó a llorar. En sus Cuadernos de apuntes, copia significativamente estos versos del San Juan Bautista de Milton: "When I was yet a child-no childish play/To me was pleasing, all my mind was set/Serious to learn and know, and thence to do,/What might be public good, myself I thought/Born to that end born to promote all truth,/All righteous thing". Y subraya: "Righteous things", ya sin comillas, como recordando Martí, José: "Cuadernos de apuntes", *Obras completas*, ed. cit., t. 21, p. 136.
- ⁶⁰ Martí, José: "Rafael María de Mendive", *Obras completas*, ed. cit., t. 5, p. 252.
- ⁶¹ Martí, José: "Fragmentos", *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 82.
- ⁶² Martí, José: Carta a Rafael María de Mendive [de 1868], *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 244.
- ⁶³ *Ibidem*, p. 245.
- ⁶⁴ Martí, José: "Fragmentos", *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 250.
- ⁶⁵ Martí, José: Poema XXX ("El rayo surca sangriento..."), "Versos sencillos", *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 267.
- ⁶⁶ Martí, José: Carta a Manuel Mercado [1886], *Obras completas*, ed. cit., t. 20, pp. 87 y 88, respectivamente.
- ⁶⁷ Martí, José: "Canto de otoño", "Versos libres", *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 71.
- ⁶⁸ Martí, José: "Pollice verso" (Memoria de presidio), *Poesía completa. Edición crítica*, ed. cit., t. 1, p. 62.
- ⁶⁹ Martí, José: Carta a Tomás Estrada Palma, de 15 de abril [de 1895], *Obras completas*, ed. cit., t. 4, p. 130.
- ⁷⁰ Martí, José: "Fragmentos", *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 189.
- ⁷¹ Martí, José: "Discurso en el Liceo Cubano", Tampa, 26 de noviembre de 1891, *Obras completas*, ed. cit., t. 4, p. 279.
- ⁷² Martí, José: *Diario de campaña*, ed. cit., p. 7.
- ⁷³ *Ibidem*, pp. 75, 77 y 13, respectivamente.
- ⁷⁴ Martí, José: Carta a Carmen Miyares de Mantilla y sus hijos, *Obras completas*, ed. cit., t. 20, p. 224.
- ⁷⁵ Martí, José: "Fragmentos", *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 18.
- ⁷⁶ Martí, José: "Libros", *Obras completas*, ed. cit., t. 18, p. 285.
- ⁷⁷ Martí, José: "Fragmentos", *Obras completas*, ed. cit., t. 22, p. 243. Ampliamos esta suposición en nuestro trabajo publicado en el no. 10 de *Anuario del Centro de Estudios Martianos*: "Anacreonte en Martí", que forma parte de otro amplio sobre la génesis formal del *Ismaelillo*.
- ⁷⁸ Martí, José: "Libros", *Obras completas*, ed. cit., t. 18, p. 285.
- ⁷⁹ Martí, José: "Discurso en el Liceo Cubano", Tampa, 26 de noviembre de 1891, *Obras completas*, ed. cit., t. 4, pp. 276 y 277, respectivamente.
- ⁸⁰ Martí, José: "Carta de un español", *Obras completas*, ed. cit., t. 4, pp. 411-412.
- ⁸¹ Martí, José: "A los presidentes de los Clubs", *Obras completas*, ed. cit., t. 2, p. 362.
- ⁸² Martí, José: "Cuadernos de apuntes", *Obras completas*, ed. cit., t. 21, p. 129.
- ⁸³ *Ibidem*, p. 425.

Conspiración y poesía. Encargo a los dominicanos

CARMEN SUÁREZ LEÓN

I

José Lezama Lima escribe en su majestuoso ensayo "Paralelos. La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)", escrito en abril de 1966:

En esos momentos es cuando Martí empieza a fijar la escritura dibujada de su *Diario*, que es para mí el más grande poema escrito por un cubano, donde las vivencias de su sabiduría se vuelcan en una dimensión colosal. Este poema únicamente puede ser comparado con las *Soledades* del viejo Góngora o con las *Iluminaciones* o *Una temporada en el infierno*, del hechicero niño de la tribu, del arúspice furioso, del mejor lector del hígado etrusco, Rimbaud.¹

Se refiere al diario de viaje, también llamado diario de campaña —aunque toda clasificación es conflictiva al referirse a este texto— *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*,² nombrando los puntos geográficos extremos del último tramo jubiloso e intenso de su existencia, a través de la manigua cubana y como parte del ejército libertador de Cuba, hasta caer en combate el 19 de mayo de 1895.



Es sorprendente y luminoso que Lezama otorgue una categoría semejante a este texto, digamos que "ancilar" de la escritura martiana, en comparación con sus poemarios *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, *Versos libres*, considerados como núcleos irradiadores de la escritura de la modernidad en lengua española, junto a las crónicas magníficas de sus "Escenas norteamericanas". Las poderosas razones de Lezama no dejan lugar a dudas y con lúcida amabilidad relativizan la rigidez aparente del canon.

Sucede, sin embargo, que este diario está antecedido por otro más pequeño dedicado a la dramática etapa anterior a la partida para la guerra. Estos apuntes de viaje se han llamado *De Montecristi a Cabo Haitiano*³ y son notas tomadas al vuelo, y dedicada a dos niñas amadas, en su estremecedor periplo final por tierras domini-

canas en busca de ayuda para poder articular una pequeña expedición junto con el mayor general Máximo Gómez y poder alcanzar la tierra cubana, ya declarada la guerra. En las semanas anteriores había sido traicionado y las expediciones, cuidadosas y secretamente preparadas, puestas al descubierto.

El diario *De Montecristi a Cabo Haitiano* es, pues, el preámbulo legítimo de este gran poema, y en su lectura reconocemos lo que Lezama llama "escritura dibujada" para significar esa plasticidad, digamos, quintaesenciada con la que José Martí describe lo que va viendo y, al mismo tiempo, lo somete a una reflexión profunda produciendo un tejido que armoniza instancias locales y universales. Esta escritura de la modernidad inscribe valores de lo que podríamos llamar "dominicanidad" y desde esa especificidad isleña construye el universo de lo antillano y lo nuestro americano. Si reconocemos en José Martí a un fundador de la escritura moderna en lengua española, a un clásico universal de la literatura hispanoamericana, este texto en su singularidad podría ser un texto canónico de la serie literaria dominicana.

Escribe José Martí en la dedicatoria y la justificación de estos apuntes de viaje:

Mis niñas: Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para Vds., con los que mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y por mar, en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en Vds. Su M. [artí].

Son pues breves y ceñidas anotaciones escritas para dos jóvenes muchachas que pudieran ser sus hijas y a las que ofrece una prueba de amor y, al mismo tiempo, un texto que exalta la naturaleza y la cultura antillana en sus hombres, sus costumbres, su paisaje y su historia, sin dejar de aprovechar la ocasión crítica que ofrezca algún ejemplo ético.

Palabras claves de este texto son "caballo", "mar", "angustia" y las fuentes mismas de la poesía de estos apuntes. Martí se mueve incesantemente por mar y tierra con una celeridad increíble, impulsado por la urgencia tremenda de la conspiración patriótica en la que el mismo azar teje y desteje posibilidades. Para sentir y calibrar esa angustiada urgencia que impulsa a José Martí debieran reunirse, en un libro de "textos cruzados", los apuntes del *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* con la numerosísima correspondencia que envía desde todos los puntos donde toca y acompañarlos con la cronología objetiva de su tránsito. Leeríamos, entonces, una apasionante novela poética e histórica. Pensemos que sobre los pasos de Martí anda toda la policía secreta española y que todos sus actos y movimientos deben a un tiempo anudar y preparar acciones decisivas para la guerra necesaria y ser maniobras de desinformación destinadas a los espías. Tampoco puede comprometer al gobierno dominicano.

Asistiríamos a un diálogo intertextual en el cual se complementan cartas con instrucciones objetivas, textos cifrados, apasionadas misivas a seres queridísimos, chorros de poesía, grandes reflexiones políticas, éticas, estéticas, existenciales, dramáticas iluminaciones proféticas...

II

Pero, volvamos a los apuntes del diario, sobre cuya escritura quiero hacer algunos comentarios. No es de extrañar que sea el lenguaje la

primera instancia cultural sobre la que José Martí reflexiona para dar testimonio del habla dominicana a sus muchachas. Conoce muy bien el valor del idioma. De lo que escribe es de la lengua viva y copia, como lo hará en los apuntes de la manigua cubana, parlamentos enteros que escucha en la boca de los hombres que se cruzan en su camino: "La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera." Entre esas frases cogidas al vuelo y estudiadas en sus filos sabios o en sus arrojados ingenuos anota y enjuicia:

Si me traen (regalos de amigos y parientes a la casa de los novios) me deprimen, porque yo soy el obsequiado
¡Qué buena está esa pailita para mis chicharrones!
Lo que te dije y tú no me quisiste oír: cada peje en su agua.⁴

Y se destacan, también, de tramo en tramo del texto, los retratos martianos de hombres y mujeres encontrados al paso, pero, especialmente, me parecen notables los retratos de mujeres dominicanas, y tal vez esta preferencia esté en relación con las destinatarias femeninas de sus apuntes. Veamos algunos:

Por la sabana de aromas y tunas, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. "Ustedes me dispensen", dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con rom y café, el arroz blanco y los huevos fritos: "pero toíto ei día e stao en ei conuco jalando ei machete." El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta.

Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén, y boniato y auyama: al pan prefiero el casabe, y el café pilado tiene, por dulce, miel de abeja.

[...] y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez, padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor:— y otra hija rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los dieciséis años del busto saliéndosele del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo, una rosa.

De Ceferina Chávez habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera [...] Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa [...]

Todos estos ejemplos muestran esa presencia femenina en sus apuntes y la conjunción entre lenguaje, paisaje y costumbres.⁵ Es un estilo conciso, donde la sensación y la impresión se cargan de conceptos, de modo que descripción y reflexión articulan una escritura en que las marcas locales van continuamente a integrarse en esa visión universalista martiana de lo uno en lo diverso por la que los valores culturales antillanos pasan a formar parte de una escritura de la modernidad, que Martí construye, conscientemente, como fundamentación textual de nuestra cultura.

Y mi honda a la de David

Todo este texto es el reconocimiento de un espacio material habitado por antillanos, de la cultura que han generado, de su historia y su psicología. Al colocarse frente a la naturaleza americana de las Antillas, Martí reconoce el valor y la belleza intrínseca de lo que observa y su unidad esencial con el resto de universo. Tal vez por ello uno experimenta la enorme altura espiritual y ética que alcanza la escritura en la contemplación de la naturaleza, como si se tratara de una especie de comunión con el espacio americano y antillano que le otorga la legitimación última de sus actos:

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente, corsada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman caimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho.

Junto con esta visión de la naturaleza hay referencias frecuentes al batey, naturaleza hecha paisaje y significación humana, espacio identitario de las Antillas por excelencia, relacionado con la plantación y lo más íntimo de su cultura. Y hay unos instantes mágicos la noche del 15 de febrero de 1895, en que José Martí queda como hechizado por la noche antillana en el batey. Escribe:

Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre.⁶

Muchos aspectos quedan fuera de estas pocas páginas: las reflexiones culturales de Martí en los momentos de reposo referidas a los más variados temas y libros que encuentra a su paso, los retratos masculinos, sus idas y venidas por pueblos dominicanos; sin embargo, quiero terminar con la referencia a su tránsito por Haití, deliciosamente narrado en estos apuntes sustanciosos de los días 2 y 3 de marzo, donde no queda fuera de su ojo avisado el tráfico fronterizo ni la belleza de las jóvenes haitianas. Y queda, como uno de los más poéticos homenajes, el texto escrito el 4 de marzo, mientras regresa durante la noche desde Cabo Haitiano a Montecristi en una lancha:

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel, deja el timón a medio oír: "Bonito eso": "Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo": "Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito". Y luego se echa a reír: que los vaudous, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día de baile vaudou, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán ahora

los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora —más de una hora.—La lancha piafa y se hunde, rumbo a Montecristi.

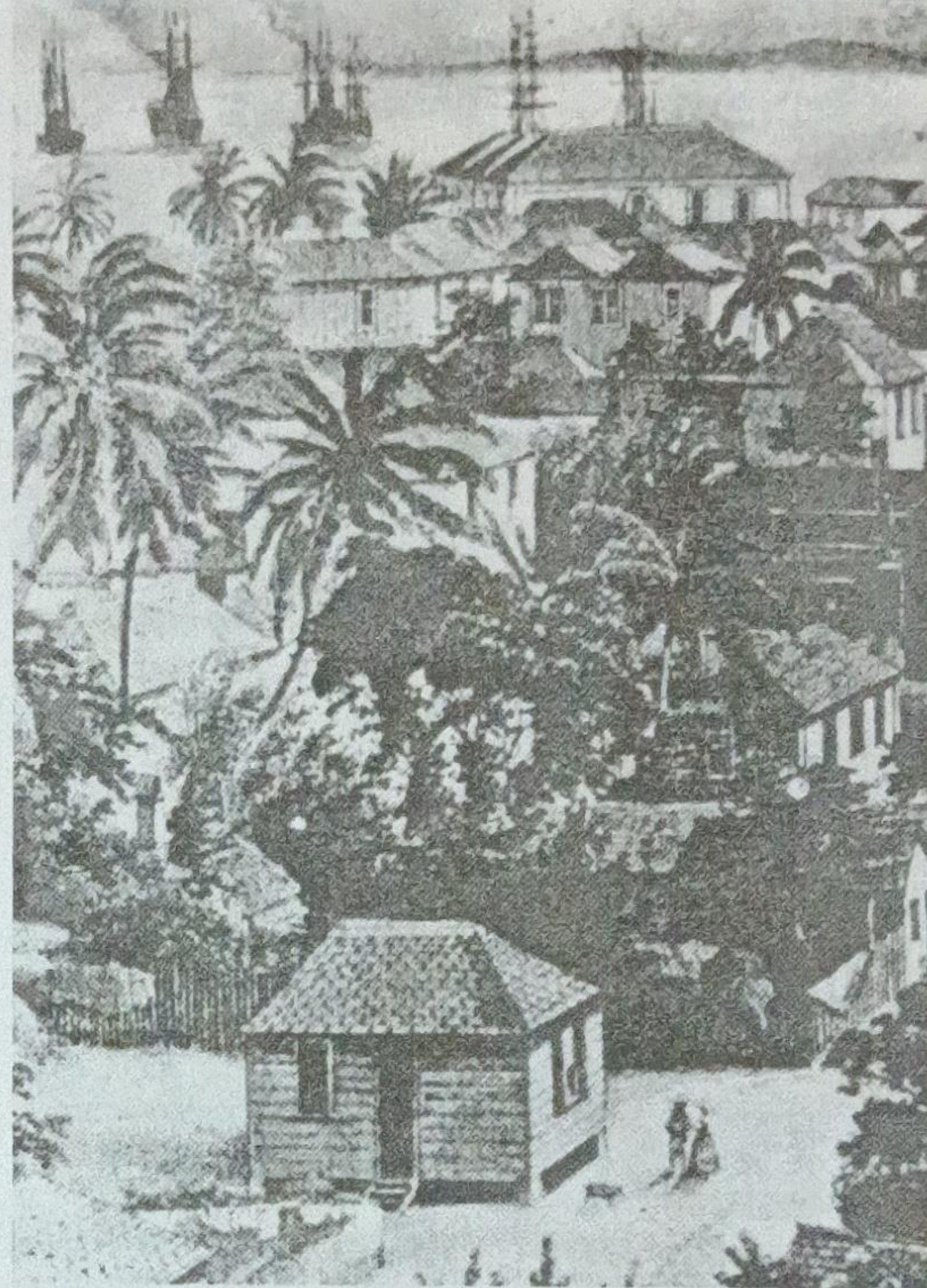
- ¹ Lezama Lima, José: "Paralelos. La pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)", *La cantidad hechizada*, UNEAC, Contemporáneos, La Habana, 1970, p. 184. El destaque es de la autora.
- ² Martí, José: "De Cabo Haitiano a Dos Ríos", *Obras completas*, t. 19, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 213-243.
- ³ *Ibidem*, pp. 183-212.
- ⁴ Desde el vapor Athos, que lo conduce a Cabo Haitiano, ya establece esa atención sobre el lenguaje para motivar a su estudio a las niñas queridas. En carta a Carmen Mantilla escribe: "Atlas, por ejemplo, es el nombre de la compañía de estos vapores: busca Atlas, y escribe lo que encuentres.—Athos, es el nombre del vapor: busca Athos.—Cap Haitien es el lugar a donde vamos ahora.—búscalo, en el Larousse y en las geografías. Y así harás un libro curioso, e irías pensando en mí". En: *José Martí. Epistolario*, t. V, comp., ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique Moreno Plá, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1993, p. 56.
- ⁵ Desde Santiago de los Caballeros, el día 19 de febrero le escribe a Carmen Mantilla: "Le hablé de ti a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años:—ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre". En: *José Martí. Epistolario*, ed. cit., t. V, p. 66. En esta carta le pide, también, que busque para el diario que ella debe escribir las palabras *batey* y *Santiago*. Con esa misma fecha y desde ese mismo lugar graves asuntos son tratados en cartas a Gonzalo de Quesada, Benjamín Guerra, José Dolores Poyo y otras personalidades. Y además de las cartas en español escribe otras cartas cifradas donde va lo más oculto de la conspiración.
- ⁶ En la carta citada del 19 de febrero le ha escrito a María: "Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el batey, como aquí llaman al patio de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti." Y en su diario *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*, escribirá el 18 de abril, ya en los campos de Cuba: "La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiea y su coro le responde; aún se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de paguá, la palma corta y espinada; vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva siempre sutil y mínima —es la miríada del son fluido: ¿qué alas roza las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas? En: *Obras completas*, t. 19, ed. cit., p. 218.

Literatura de viaje martiana: “El Universo unificado”

MAYRA BEATRIZ MARTÍNEZ

Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enbebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color.

José Martí, “Nuestra América”, 1891¹



A notaciones de viaje dentro de una larga tradición continental, que arranca con los cronistas de la Conquista, y concebidos en un siglo desbordante de literatura romántica confidencial —de narraciones de todo tipo de periplos, desde expediciones científicas hasta campañas guerreras— lo que podríamos denominar literatura de viaje martiana puede inscribirse, no obstante, de un modo bien distinto y comprometido en la historia de la cultura continental. Son crónicas, artículos y diarios concebidos a partir de sus recorridos por América, que, entre otras trascendencias, consiguen marcar los albores de un género narrativo francamente moderno y que fuera el último en definirse dentro de los discursos artísticos: el testimonio. Estos textos —en muchos casos, inconclusos o apenas fragmentos escritos al calor de los acontecimientos— van más allá del simple encadenamiento de hechos y experiencias fortuitas de connotación personal, para convertirse en refrendadores de procesos que decidieron, en gran medida, los destinos latinoamericanos de hoy. Resultan, por esencia, tributarios de su periodismo, del cual heredan de modo natural el carácter de discurso representativo —su sentido de responsabilidad social— y una aparente simplicidad estilística, cara a los editores de la época, a pesar de no ser concebidos, necesariamente, para ser publicados y de hacer, en cambio, espacio considerable a lo subjetivo.

El testimonio martiano del paisaje humano y geográfico hispanoamericano, dado a través de estos sucesivos apuntes —el primero de 1876, el último dejado inconcluso antes de morir—, se va distinguiendo gradualmente del de sus antecesores y contemporáneos por su creciente voluntad de comunicar determinados mensajes identitarios y su progresiva construcción de espacios arquetípicos: como voz de un cuerpo cultural en ciernes —y en pos, precisamente,

de su definición última—, nacen de un afán legitimador de lo americano en el discurso literario —es decir su urgencia por inscribirlo, documentarlo, testificarlo y reputarlo—, no solo en lo referido a su peculiar naturaleza sino, en especial, respecto al plano sociocultural. Se servirá de variadas estrategias y se nutrirá de los más diversos ángulos de la realidad del continente pero tributará siempre a una peculiar recepción de la vinculación hombre-naturaleza —“[...] la compenetración profética y suavísima del hombre rebelde e ignorador y la naturaleza fatal y reveladora”—,² que llegará a superar el registro emotivo o estético. El autor dirigirá cada vez más su interés hacia el resultado cultural de esa relación, lo que se corresponderá, progresivamente, con la definición del discurso identitario, aún no plenamente concientizado por las diferentes comunidades del continente, y que se pretende esbozar como patrón de conducta: discurso capaz de reafirmar, en cada caso, el sentido de pertenencia en circunstancias en las que la América Hispana se encontraba en momentos cruciales para su real emancipación. De ese modo lo entiende, contemporáneamente, el brasileño Milton Santos: “[...] cultura es la forma de comunicación del individuo y del grupo social con el universo, viéndola como una herencia y como un reaprendizaje de las profundas relaciones entre el hombre y su medio”.³

A la postre, en el discurso martiano, la correspondencia entre el hombre y la naturaleza deviene, justo e inevitablemente, el registro cultural en cada región específica. Tal matiz caracteriza los recuentos de algunos de los viajes martianos: a México en 1875 —las escasísimas anotaciones del recorrido entre Veracruz y Ciudad México escritas en 1876 y dadas a conocer como “De pronto, como artesa de siglos...”— y en 1877 —los llamados “Apuntes de viaje de La Haba-

yo mi honda a la de David

na a Progreso... a Guatemala en 1877 —las anotaciones de su paso breve por la costa Caribe que titula "Jolbós", "Isla de Mujeres" y "Livingston" y el denominado "Diario de Izabal a Zacapa"— y en 1878 —sus posteriores recuentos "L'Amérique Centrale" y "Les Troubles des Républiques de L'Amérique Centrale...", redactados, originalmente en francés, y que parecen datar de 1882—; a Venezuela, vía Antillas Holandesas, en 1881 —la crónica "Curazao" y "Un Voyage a Venezuela", este último también en francés y probablemente de 1882— y, finalmente, tras su partida desde Nueva York, narrando el periplo República Dominicana, Haití, Gran Inagua y Cuba, culminan sus sobrecogedores *Diarios de Campaña* de 1895.

Es reconocible, además, en el Martí que se acerca con fruición a los escenarios latinoamericanos, un enfoque de la dicotomía naturaleza-cultura similar al atribuido por Donald Worster⁴ a los estudios de historia ambiental posteriores, en tanto ellos incluyen en sus análisis la valoración del entorno de las "cosas": aquellas que constituyen una "suerte de segunda naturaleza en torno a nosotros", o, lo que sería lo mismo, la cultura material inherente a cada pueblo, siendo una muestra clara de cómo estas dos esferas, "la natural y la cultural, se confrontan o interactúan"⁵. Sin embargo, no nos referiremos mayormente aquí a este particular, por otra parte omnipresente en todas sus crónicas de viaje, para centrarnos, sobre todo, en las referencias al orden ecológico, donde el hombre queda incluido.

Sería conveniente recordar que, ya a la altura de 1882, el Apóstol anotaría en sus "Cuadernos de apuntes": "Para mí, la palabra Universo explica el Universo: *Versus uni*: lo vario en lo uno"⁶, significando un modo característico de relación del hombre con su medio natural: la naturaleza no es vista como su subordinada, el hombre deja de ser su centro y fin absoluto. Tal sentido de unicidad armónica que le asistiera entonces, puede ser visto como resultado de una maduración de aquellas ideas contemporáneas que influyeron en su formación, certeramente señaladas por varios autores —me refiero, por ejemplo, al trascendentalismo romántico de Emerson y la armonía natural invocada por Whitman, quienes en sus obras evidenciaron la necesidad de conservación de la naturaleza para la supervivencia de la civilización. O la huella impresa al siglo por personalidades de primer orden en el desarrollo de las ciencias naturales modernas, como Humboldt y Darwin, convertidos, desde luego, en ejemplos paradigmáticos de la forma adecuada de acercamiento al universo natural.

Decisivo fue, en tanto esencial y primigenio, el sedimento que en la educación juvenil martiana aportó la cultura filosófica del XIX cubano, en especial el sistema desarrollado por Félix Varela a partir de las ideas de la *Filosofía electiva* de José Agustín Caballero —quien era de estirpe ilustrada y antiescolástica. Tras ellos, el pensamiento cubano comenzó a abandonar la metafísica y a asentarse sobre bases de razón y experiencia como fuentes fidedignas de conocimiento del mundo. Luz y Caballero aportarían, además, su teoría gnoseológica sensualista-racionalista, que permearía, indudablemente, la manera particular con que el Apóstol asumió las relaciones entre hombre, moral y religión —elementos por cierto en extremo vinculados justamente con su visión de la naturaleza, con la peculiar perspectiva unitiva, totalizadora, que caracterizaría la reflexión martiana. Los tres, en resumen, se manifestaban contra la escolástica tradicional —a favor de la independencia de los estudios filosófi-

cos de los teológicos, por segregar la razón de la fe—, lo que los coloca, de hecho, fuera del patrón ortodoxo católico que aún en la época de Luz y Caballero iniciaba la enseñanza de la Filosofía por el estudio de la Lógica y la Metafísica.⁷ Eran, en resumen, católicos de posición conflictiva. Para los tres, además, la ruptura con la tradición escolástica implicaba la ejercitación de un método que contribuyera a formar las nuevas generaciones en la práctica social, y las dispusiera para la lucha por la independencia.

Martí bebe directamente de este pensamiento fundacional, como también del krausismo y su racionalismo armónico —su impulso de renovación social—, y del trascendentalismo kantiano —vía Emerson, especialmente: así, la razón podía servir para evaluar y comprender la experiencia, sin detrimento del conocimiento de Dios, capaz de superar el ámbito de la experiencia humana.

No obstante, resultaba evidente que Martí rechazaba de plano la subordinación de la verdad del conocimiento a la verdad revelada. Para él la asunción del empirismo y el sensualismo implicaba la misma reacción contra el pensamiento metafísico, predeterminado, característico de los patrones teológicos —católicos— operantes durante la Colonia, y de rechazo a la escolástica represiva metropolitana. Según Raúl Fornet,

[...] considera Martí el catolicismo reinante en la América de su tiempo como una forma concreta de teología política cuya interpretación de la fe está regida por supuestos humanos claramente ideológicos, como puede ser, a título de ejemplo, el autoritarismo, la dogmatización intolerante y la subsiguiente domesticación de la libertad humana.⁸

Martí llegaría a proponer explícitamente en 1883: "[...] en vez de metafísica, artes físicas [...] Que se trueque de escolástico en científico el espíritu de la educación."⁹ Incluso, mucho antes, desde 1875, había afirmado:

La experiencia es la base más firme del conocimiento ¿cómo me he de negar el derecho de conocer de una experiencia que siento en mí ser propio? [...] la razón buena no conoce la cobardía filosófica: analiza todo lo que siente: estudia todo lo que ve.¹⁰

Todo este reenquiciamiento del pensamiento en busca de una voz propia, reaccionaría en los casos de mayor lucidez, asimismo, ante el pragmatismo a ultranza que regía la sociedad burguesa —más impostada que real entre nosotros—, invocada como "nueva" alternativa, y a la desespiritualización de las generaciones educadas en el positivismo económico, capaz de llevar a extremos depredadores el control de los recursos naturales en función de un supuesto mejoramiento humano: la respuesta que se articula en lo literario crea un espacio cultural romántico de resistencia que —como rasgo peculiar del discurso modernista martiano— será una presencia constante a lo largo de su obra.¹¹

A estas características responderá, a grandes rasgos, el Martí que describe sus primeros viajes por tierras americanas —que comienza a recepcionar toda esa experiencia enriquecedora en pos del conocimiento—, aunque sus textos todavía manifiesten una evidente influencia del típico costumbrismo hispanoamericano, ligado al nacionalismo, cuya necesidad de reafirmar lo propio frente a la cultura europea se concretaba en los entonces muy populares "cuadros de costumbres" —hartamente difundidos por la prensa de la

época. Como se sabe, fue esa una tendencia ligada al romanticismo y a su pasión por la belleza natural y el color local. Carmen Suárez en su *José Martí y Víctor Hugo en el fiel de las modernidades*¹² se refiere, justamente, a que José Agustín Caballero, Varela y Luz y Caballero reclamaron para Cuba una literatura semejante, de reconocimiento de las costumbres, de análisis histórico y social de la realidad, que Martí luego haría extensiva a los países que visitaba. Este costumbrismo martiano es parte de su formación y del sustrato romántico que posee su obra como espacio de resistencia a la fría modernidad del progreso capitalista.¹³

Así, pues, el cuadro de costumbres, que funcionaba como crítica a la vida social para la corrección de hábitos perjudiciales, se respira en esas primeras anotaciones de viaje. Es un tipo de mirada colorista, detallística —aunque muy frecuentemente epidérmica—, que se atempera, posteriormente, ante el discurso del sujeto moderno que la ejecuta —Martí—, porque ya no será suficiente observar y describir, sino que resultará necesario participar, transformar, favorablemente la circunstancia. El hombre dejará de ser solo un producto fatal de su medio —a la manera romántica: él va a intentar cambiarlo con un proyecto que poco a poco irá estructurando. No se describirá, entonces, la circunstancia que permanece, sino también la que cambia —y hasta la que se desea: el “deber ser”—, con un lenguaje de igual modo cambiante, contradictorio y hasta ambivalente, fiel reflejo del proceso de definición cultural entonces en marcha.

El Martí de los setenta percibe casi intuitivamente el peligro que constituye el desarrollo vertiginoso de una civilización capitalista dominante que se torna cada vez más devastadora.¹⁴ Se lamenta de la pérdida de las connotaciones emocionales que había tenido la tierra para las civilizaciones antiguas, para “las razas puras”. Con la evocación de sus descendientes invoca un reservorio de la naturaleza original dentro el paisaje geográfico y humano, una forma de vida modélica, que había conseguido integrarse espiritual y prácticamente a su medio ambiente.

De pronto, como artesa de los siglos, de edades, la tierra se abre a los pies, honda, verdeada, serpeada [...] La india, de rebozo azul, ofrece por la ventanilla un cesto de granados.¹⁵

¿Y los dueños de esta tierra, la dejarán morir, decaer, (caer en mano extraña)? La hermosura de un pueblo ¿no es el deber de utilizarla?¹⁶

[...] el negro de la raza pura alegra los ojos. No el negro corrompido, bronceado, mezclado de Belice, sino ese otro luciente, claro, limpio, que no tiene nunca canas, redondo en las mujeres como Venus, en los hombres desnudo como Hércules.¹⁷

Desde luego, se trataba de sociedades cuya organización no estaba dirigida prioritariamente al intercambio mercantil, sino a la subsistencia austera, matrimoniada con su entorno. Tácitamente, Martí critica las sociedades hispanoamericanas contemporáneas, donde la medida de la riqueza la daba su realización en el mercado, incluso a costa del despojo.

Aquí se pescan caguamas y tortugas, que no se venden mal en la costa de Belice. Consiste la riqueza en un cayuco danzarín, que coge y vierte sal, que lleva carey y trae maíz.¹⁸

El estudioso panameño Guillermo Castro Herrera se ha detenido a reflexionar con notable acierto en torno a estos asuntos: a cómo los agrosistemas implantados tras la Conquista, reformularon el sistema natural original en pos del mercado —abandono de determinado ganado o cultivos nativos para implantar a gran escala solo aquellos de gran demanda o hasta la imposición de foráneos, alterando necesariamente el ecosistema. Las familias ecológicas —entendidas como el entorno de especies domesticadas, animales y vegetales— mediante las cuales el grupo humano se vinculaba con el medio natural, por tanto, cambiaron. Algunos de sus elementos fueron menguando, mientras otros se incorporaron nuevos.

Martí percibió en su época cómo el cultivo diversificado, apoyado en especies endémicas, había cedido terreno al monocultivo. Donald Worster denomina justamente agrosistema al “ecosistema reorganizado para fines agrícolas —un ecosistema domesticado”.¹⁹ De hecho, el Apóstol avizoraba este gran problema: el de los patrones cambiantes de nuestro entorno natural —productos de economías puestas en función del desarrollo capitalista del primer mundo— que, al alterar la relación hombre-naturaleza —es decir, la armonía natural— influían negativamente en el devenir de las culturas de nuestros países, pues todo agrosistema destruye el sistema natural original. Martí lo indica, tangencialmente, al referirse en Livingston a la escasez de maíz y a la abundancia, en cambio, de la caña.

De esto viven; del coco, de la yuca, del plátano. [agricultura de subsistencia muy limitada] El maíz [americano] es escaso, y la caña [introducida en función de la agricultura comercial] abunda[...] ²⁰

En los casos en que se ha respetado la cultura natural y, por ende, el entorno ecológico, de espaldas a las exigencias del mercado capitalista, el cronista se extiende con evidente placer:

En Zacapa viven principalmente del tabaco y de los sombreros de petate: este es el *patrimonio*, como dice la gente del pueblo. El comercio, casi imperceptible al extranjero; por sus escasas formas exteriores, es sin embargo, activo. Aquí se vienen de todos los valles cercanos, a surtirse de toda clase de menesteres.—De manera que son casi todas las casas del pueblo depósito de azúcar, de licores, de telas, de hierro, de loza, de los artículos primitivos indispensables para la vida de los campos.²¹

Esta reorganización de la naturaleza de que hablábamos trajo aparejada, necesariamente, una nueva posición del hombre ante su entorno natural alterado, que el Apóstol no deja de registrar.

Es tierra, sin embargo, miserable; sus hijos no han sabido aprovechar tan raras ventajas, tan productivo suelo, tan amable clima, y, sin comercio, sin tráfico siquiera, sin estímulo, sin necesidades, sin empleo, la raquílica población amengua, y los naturales del país, que en él han llegado a avanzada edad, *emigran*.—La Isla de Mujeres, dotada de mejor bahía, está al menos segura de que no faltará un viajero sediento que contemple gustoso cómo trepa por el tronco resbaladizo el indio armado de cuchillo que va a arrancar al cocotero su pesado y abastecido racimo verde.—²²

Incluso desde estos momentos se produce una reacción de rechazo a la supuesta oposición civilización-barbarie —naturaleza artificial, domesticada *versus* naturaleza bravia original, que en algunos

Y mi honda es la de David

casos se concreta en la equivalente oposición ciudad-campo—, aupada por el pensamiento positivista de aquellos empeñados en imponer una civilización moderna que nos era ajena, a imagen e interés de países europeos y de los Estados Unidos. Ante tal preeminencia extendida, Martí contraponé y hasta casi ironiza:

Aquí no es posible la muerte, entre tanta mujer amable, onda transparente, rumor de cocotero y cielo puro. Mientras la muerte es más natural, es más bella. La muerte solitaria es imponente; la muerte urbana, es ridícula.²³

En un bohío cercano el ama de casa, en cuyo hipil resalta la labrada tira roja sobre el lienzo aseado, señala un trozo de madera, donde grabado en letras doradas, se lee un nombre inglés, que suspendido sobre la puerta del único cuarto de la casa, es en ella la prenda más valiosa.²⁴

Martí, desde *La América* —en la década siguiente a estas experiencias y ya teniendo una idea más definida del fenómeno—, opinaría con evidente preocupación: “Se ve que la intervención humana en la naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de esta”. Los estudios ecológicos actuales coinciden con esa denuncia avanzada que implicaban sus observaciones en torno a cómo se producían rupturas lamentables de determinadas cadenas alimentarias, por destrucción o fragmentación de hábitats, y, como consecuencia, de las culturas humanas asociadas —que se asentaban en y estaban condicionadas por tales hábitats, no solo en lo referido a alimentación y abrigo, sino, incluso, en lo referido a su cultura material, el “entorno de cosas”, y los tradicionales comportamientos ligados a ella.

Sin embargo, a mediados de los setenta, el acercamiento martiano a la realidad natural de nuestros pueblos aún era contemplativo: describe pero su aprehensión del entorno se mueve en un nivel más sentimental que sensorial o, incluso, lógico. Las relaciones que se establecen reflejan la sintonía naturaleza-hombre solo en un plano donde se entremezclan lo ético y lo estético, en busca de un resultado emotivo.

La buena voluntad es un reflejo que pone en el rostro la suave luz de la luna, que ha dado el cielo a cada espíritu de hombre: ¡qué noche tan amarga, cuando allá en el fondo de nuestra conciencia, la luz serena y permanente descubre alguna sinuosidad!²⁵

La selva abre el apetito, y se siente uno un poco tigre cuando llega la noche.²⁶

En *La América Central* y *Los desórdenes de la Repúblicas de la América Central* —textos referidos a un viaje de 1878 y que fueron, al parecer, redactados en 1882—,²⁷ Martí denota ya un acercamiento más científicista al tema de la relación hombre-naturaleza, a partir de los elementos que puede brindar el creciente desarrollo de las ciencias naturales y la tecnología modernas.

[...] a fuerza de sudor, el país revive. La naturaleza, cansada de su pereza, trabaja de prisa. Estos pueblos se despiertan, cayendo, levantándose penosamente, como los que han dormido demasiado;—pero una vez despiertos, quieren, poniendo manos a la obra, vengar esa vergüenza de haber dormido mientras todo el mundo estaba laborando. Y como que es una tierra en la que no hay más que romper con el arado para ver brotar los frutos—es hermoso ver cómo este país vuelve a la

vida,—y sus caminos antes solitarios, están llenos de gentes que van y vienen; y sus montañas oyen restallar el foete del mulero, y sus puertos ven salir y entrar numerosos frutos.²⁸

Estas Repúblicas que acabarán por no ser más que una sola, como las leyes de la Naturaleza, de la política y de la utilidad lo ordenan.²⁹

A nosotros nos interesan en grado sumo los movimientos y el desarrollo de esas regiones benditas, donde nuestras crecientes fuerzas industriales hallarán algún día el empleo y los mercados que necesitamos.³⁰

Asimismo, ha ahondado su reflexión en *Un viaje a Venezuela*, de 1881.

Llegamos de Venezuela, aún maravillada la vista ante tantas obras maestras de la Naturaleza, esperanzados de nuevo al ver los generosos esfuerzos que hace el país para repoblar sus bosques, renovar sus ciudades, acreditar sus puertos y abrir sus ríos al mundo;—

Venezuela es un país rico más allá de los límites naturales. Las montañas tienen vetas de oro, y de plata, y de hierro. La tierra, cual si fuera una doncella, despierta a la menor mirada de amor. La Sociedad Agrícola de Francia acaba de publicar un libro en el que se demuestra que no hay en la tierra un país tan bien dotado para establecer en él toda clase de cultivos. Se pueden allí sembrar patatas y tabaco:—té, cacao, y café; la encina crece junto a la palmera. Hasta se ve en la misma pucha el jazmín del Malabar y la rosa Malmaison, y en la misma cesta la pera y el banano.³¹

Justo en este período —entre 1881 y 1884— deja establecidas sus ideas básicas sobre el tema, en sus memorables textos para *La Opinión Nacional* y *La América*, tal y como ha advertido Guillermo Castro Herrera:

Su atención se concentra en las relaciones entre el desarrollo de la ciencia y la tecnología, la economía y la naturaleza, siempre en busca de alternativas para una inserción más eficiente de América Latina en el mercado mundial.³²

En efecto, al Martí maduro le urge proponer un proyecto de desarrollo que atenúe las gravísimas consecuencias ecológicas y culturales que implican los modelos liberales de crecimiento hacia fuera, e incluya la producción diversificada correspondiente al potencial natural, específico, de cada país. Resulta entonces lógico que en los textos de viaje concebidos hacia el final de su vida, a la concepción totalizadora de la naturaleza como entidad abarcadora y armónica que hemos señalado, se una ese interés marcado que viene desde esos decisivos años ochenta, por el acercamiento detenido y riguroso —iluminado con los más recientes adelantos científicos— en torno a componentes parciales del paisaje natural y humano.

En los noventa el tema ambiental puede advertirse cada vez más explícitamente relacionado con su discurso de la nación. Es este el Martí de sus diarios finales, los de campaña —de Montecristi a Cabo Haitiano y de Cabo Haitiano a Dos Ríos. Construye espacios arquetípicos para los cuerpos culturales que pretende definir, en particular República Dominicana, Haití y, finalmente, Cuba.

Le resulta imposible de separar la actuación de los hombres insertos en la defensa nacionalista y en la guerra necesaria, que reflejan estos textos últimos, de la naturaleza que los condiciona. El

sentido de pertenencia que ellos puedan haber desarrollado respecto a su país pasará, sin lugar a dudas, por el conocimiento de los valores que deben defender como propios, por la conciencia de su propia identidad. Resulta significativa, a los efectos de percibir en sus textos la vinculación naturaleza-nación, su declaración respecto a que "[...] toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana [...]"³³ Es así que, al marcado afán de historiar, a su imperiosa necesidad de registrar "lo nuestro" en su narración del recorrido Montecristi-Cabo Haitiano de 1895 y, luego, en los rápidos apuntes tomados tras su llegada a Playitas,³⁴ suma su visión del contexto ecológico de la campaña mambisa como signo identitario nacional.

Martí, protagonista él mismo del proceso histórico que refleja, no solo pretende captar el entorno —ecológico y cultural en sus dos sentidos, material y espiritual— sino, de igual forma, aprender de él para poder lograr su propia identificación efectiva. Por eso, ese último diario, en especial, termina siendo no solo un resultado artístico o una suerte de programa ideológico, sino, de igual modo, la evidencia de un proceso cognoscitivo vivido por el propio Martí y vinculado a su proyecto de construcción del discurso de identidad, en este caso caribeña.

Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente [...] De autoridad y fe se va llenando el pecho.³⁵

El almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén, y boniato y auyama: al pan, prefiero el casabe, y el café pilado tiene, por dulce, miel de abeja.³⁶

A una cultura nueva habrá de corresponder una naturaleza específica que la acune: siendo la naturaleza espejo del hombre, este debe ser de igual modo reflejo de su naturaleza. En el caso de la cubana, especialmente, habrá de inscribirla con lujo en el discurso de la nación pues se trata de la primera vez que, con conciencia real, se hace.

Desde luego, como muchos han señalado, la concepción de su último diario no estuvo solo condicionada por un proceder volutivo, sino, sobre todo, por la peculiar exaltación espiritual que experimenta.³⁷ Acerca de esta excitación febril, colocado como se halla —protagonista— al centro mismo de su entorno natural e histórico, comenta en carta a Carmen Miyares, desde Baracoa, el 16 de abril:

Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí mismo, ni alegría egoísta y pueril, puedo decirte que *llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho*, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Solo la luz es comparable a mi felicidad [...]³⁸

No obstante, encauza su vehemencia de la contemplación deleitosa a la participación visceral: su registro del contexto lo involucra en espíritu y acción. Podría recordarse, al respecto, el testimonio que Froilán Escobar en *Martí a flor de labios*, recogiera de la casi centenaria Mariana Pérez Moreira,³⁹ quien, de niña, había presen-

ciado el paso de Martí por las provincias orientales. Mariana rememoraba la curiosidad infinita del viajero:

A Martí no le daba pena preguntar cómo nosotros decíamos los nombres. Apuntaba en una libretica. Lo agarraba un entusiasmo cuando descubría algún saber. Quién iba a decirlo, siendo él el que era, aquilatado, supiente. ¡Habrás visto! Le encantaban las palabras con que mentábamos el monte nosotros los brutos. ¿Se da cuenta? ¿Se da cuenta de quién era Martí? Lo que a otros podría causar risa a él le causaba saber [...]⁴⁰

Y en esa "libretica" a que se refería Mariana —que era nada menos que el manuscrito de su alucinante diario de campaña de Cuba— anotó, entre otros muchísimos "saberes" que nunca habían sido llevados a página impresa, 82 variedades de plantas, de las cuales 14 eran indígenas, especies endémicas. Y a su caracterización unió, en la mayoría de los casos, la exposición de la utilidad práctica atribuida, o, lo que es igual, el valor que han tenido a lo largo de muchos años para esos hombres que han nacido y muerto a su sombra, como si no tuviera sentido apuntar lo uno sin referir lo otro. Porque a él le pusieron "grasa de puerco sin sal sobre una hoja de tomate"⁴¹ para cubrirle la boca de un nacido; él mismo durmió agradecido sobre lecho preparado con hojas secas; a él le recomendaron llevar culantro de Castilla para cuando tuviera "dolor al estómago por esos caminos".⁴²

Veamos, en otro sentido, un ejemplo de identificación estrecha hombre-entorno que el diario evidencia: el pasaje correspondiente a su encuentro con el Cauto y el paraje que lo orilla. Este río resulta, evidentemente, destacado en tanto elemento que comenzaba a inscribirse en el código cultural de "lo cubano" naciente. A partir de su vinculación previa al acontecer histórico de las pasadas guerras, Martí lo presentó con toda la carga correspondiente al símbolo nacional en que habría, a la larga, de convertirse. Recordemos el diario:

[...] luego de un recodo, la súbita bajada:—"¡Ah, Cauto —dice Gómez.— ¡cuánto tiempo hacía que no te veía! [...] De suave reverencia se hincha el pecho, y el cariño poderoso, ante el vasto paisaje del río amado. Lo cruzamos, por cerca de una seiba, y luego del saludo a una familia mambí, muy gozosa de vernos, entramos al bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa. Como por sobre alfombras van los caballos, de lo mucho del césped. Arriba el curujeyal da al cielo azul, o la palma nueva, o el dagame, que da la flor más fina, amada de la abeja, o la guásima, o la jatía. Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes; el cajueiran [caguairán] "el palo más fuerte de Cuba", el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, "vuelven raso al tabaco", la caoba de corteza brusca, la quiebrahacha de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de las raíces; (el caimitillo y el cupey y la picapica) y la yamagua, que estanca la sangre [...]"⁴³

Y vemos aquí el dibujo de esta naturaleza ya no solo estructurado desde la mirada del poeta recién llegado, sino incorporando evidentemente la del hombre común que la vive. En tal sentido, en otras ocasiones hemos apuntado que estos textos finales no pueden

y mi honda es de David

explicarse en su totalidad como obra individual, sino en la medida en que son portadores del tejido cultural de donde provienen. Se alimentan justo de la confluencia de los múltiples relatos particulares de esos campesinos que él interrogara y de su capacidad de informar acerca de su realidad.⁴⁴

El haber recorrido los caminos por los que anduvo, bajo la lluvia o el sol, le permite a uno darse cuenta cuán vivos están esos textos en el cubano actual, por encima de su condición literaria: el habitante del monte los reescribe una y otra vez. Uno encuentra a su paso esas mismas gentes, esos mismos giros idiomáticos, esas mismas cosas, esos mismos paisajes: la misma "naturaleza", en el sentido amplio martiano, a la que todos pertenecemos, de la que todos somos parte. Así, uno se sorprende con que el hombre de aquellos entornos aún disfrute cotidianamente del frangollo y el casabe, cocine carne de puerco con aceite de coco, fabrique cataures de yagua y sus hijos cacen pichones con la liria del lechugo, como relacionó el Apóstol.

Por eso, más allá de ser prácticamente un catálogo acucioso de especies de la flora y la fauna típicas cubanas concebido en aquella época marcada por la escasez de una literatura científica sistematizada —que desde luego, creo que lo es, y hay que destacarlo—, el diario último termina representando una reflexión intemporal y permanente del campesino cubano acerca del lugar que ocupa en su entorno natural y cultural preciso. Supone la inscripción primigenia y madura de una imagen que empezaba a ser reconocida como propia. "Demostrar, descubrir, fundar, crear, aumentar la gigantesca vida de nuestro Universo",⁴⁵ como había adelantado desde 1881, fue esa cumplida tarea final.

La literatura de viaje martiana, definitivamente, desempeña un papel determinante no solo en la fundamentación y desarrollo de su ideario, sino en la historia de la cultura continental —universo unificado al cual se propone responder— y en la comprensión de sus procesos posteriores. Aquella narración del "trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana",⁴⁶ aquel "reaprendizaje de las profundas relaciones entre el hombre y su medio",⁴⁷ implicó en su momento la fijación de una herencia de relación, de la cual cada uno de nuestros pueblos contemporáneos deberían hacerse, al cabo, conscientemente responsables.

¹ Martí, José: "Nuestra América", *Obras completas*, t. 6, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 22.

² Martí, José: "Prólogo a *El poema del Niágara*", de Juan Antonio Pérez Bonalde, *op. cit.*, t. 7, p. 223.

³ Santos, Milton: *A natureza do espaço, Técnica e tempo. Razão e emoção*, Sao Paulo, Hucitec, 1996, p. 211. Cit. por Mateo, José M.: "La cultura de la naturaleza como base de la educación ambiental", *Ilé*, no. 1, 2001, p. 10.

⁴ Worster, Donald: "Transformations of the Earth: Toward and Agroecological Perspective in History", *Journal of American History*, March, 1990, p. 3. Citado por Castro Herrera, Guillermo: *Naturaleza y sociedad en la historia de América Latina*, CELA, 1996

⁵ Worster, Donald, *ibídem*, p. 4.

⁶ Martí, José: "Cuadernos de apuntes", no. 9, *op. cit.*, t. 21, p. 255.

⁷ En estos temas abunda Rita M. Buch en su valioso texto: "El proyecto de la Ilustración en la pedagogía filosófica cubana", compilado en Torres Cuevas, Eduardo et al.: *Utopía y experiencia de la idea americana*, La Habana, Imagen Contemporánea, 1999.

⁸ Fornet, Raúl: "José Martí y la crítica a la razón teológica", *Cuadernos Americanos*, no. 52, La Habana, 1995, p. 98.

⁹ Martí, José: "Educación científica", *op. cit.*, t. 8, p. 277.

¹⁰ Martí, José: "Boletín de la *Revista Universal*", *op. cit.*, t. 7, pp. 333-334.

¹¹ Como se conoce, uno de los grandes temas del romanticismo fue la naturaleza. Predominó en este movimiento un gusto por los paisajes vírgenes, en los cuales se destacaba la pureza de sus habitantes: se construía una visión idílica de la vida rural, que se presentaba amenazada por fuerzas que pretendían alterar su inocencia. No así en manifestaciones literarias que le sucedieron y que reaccionaron contra él, como el decadentismo europeo, originado en Francia, que recurría a espacios preferentemente citadinos, e incluso, en buena parte del propio modernismo hispanoamericano. Cuando nos referimos a que Martí conservó un espacio cultural romántico que, desde luego, imprime peculiaridad a su abordaje del tema que nos ocupa, no queremos decir que conserve la característica melancolía ni el sentimiento trágico de sus antecesores: las fuerzas que amenazan el entorno ecológico en sus textos no serían nunca sobrenaturales e inevitables, sino bien concretas, como veremos.

¹² La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello-Editorial José Martí, 1997

¹³ Al tema se ha referido Rafael Rojas en su *José Martí: La invención de Cuba* (Ed. Colibrí, Madrid, 2000). Ha anotado con justeza que: "El imaginario modernista hereda de la simbología romántica una tensión entre fuerzas polares que alienta la creencia en un envilecimiento de la modernidad. Esta estructura antitética no parece inspirarse tanto en la metafísica post-cartesiana, que partía del deslinde entre espíritu y extensión o entre sustancia y atributo, como en las dicotomías teológicas de cielo y tierra, ciudad divina y ciudad humana, alma y cuerpo, razón y fe, muerte y vida" (*op. cit.*, p. 14).

¹⁴ Retomo algunas ideas generales apuntadas por Guillermo Castro —en su ya citado *Naturaleza y sociedad en la historia de América Latina*—, responsables de incitar, en buena medida, nuestro presente acercamiento concreto a la literatura de viaje martiana.

¹⁵ Martí, José: "De pronto, como artesa de siglos...", *op. cit.*, t. 19, p. 21.

¹⁶ *Ibídem*, p. 22.

¹⁷ Martí, José: "Livingston", *op. cit.*, t. 19, p. 37.

¹⁸ Martí, José: "Isla de Mujeres", *op. cit.*, t. 19, p. 31.

¹⁹ Worster, Donald, *op. cit.*, pp. 8-9. Citado por Castro Herrera, Guillermo, *op. cit.*

²⁰ Martí, José: "Livingston", *op. cit.*, t. 19, p. 38.

²¹ Martí, José: "Diario de Izabal a Zacapa", *op. cit.*, t. 19, p. 44.

²² Martí, José: "Isla de Mujeres", *op. cit.*, t. 19, p. 32.

²³ *Ibídem*, p. 30.

²⁴ *Ibídem*, p. 33.

²⁵ Martí, José: "Apuntes de viaje de La Habana a Progreso", *op. cit.*, t. 19, p. 15.

²⁶ Martí, José: "Diario de Izabal a Zacapa", *op. cit.*, t. 19, p. 47.

²⁷ Originalmente, como se sabe: "L'Amérique Centrale" y "Les Troubles des Républiques de L'Amérique Centrale...".

²⁸ Martí, José: "La América Central" (traducción inédita), "Obras completas. Edición crítica", t. 11 (en proceso editorial), La Habana, Centro de Estudios Martianos.

²⁹ Martí, José: "Los desórdenes de las Repúblicas de la América Central..." (traducción inédita), "Obras completas. Edición crítica", t. 11, ed. cit.

³⁰ *Ibídem*.

³¹ Martí, José: "Un viaje a Venezuela" (traducción inédita), "Obras completas. Edición crítica", t. 11, ed. cit.

³² Castro Herrera, Guillermo, *op. cit.*, p. 253.

³³ Martí, José: "Notas para artículos", *Obras completas*, t. 23, ed. cit, p. 44.

³⁴ Aunque en la *Cronología* martiana de Ibrahim Hidalgo, de 1992, queda fijada la denominación "Playita de Cajobabo", muchos pobladores con-

tinúan llamando al sitio con el toponímico "Playitas", que yo prefiero: en realidad no existe solo una, sino varias playitas a lo largo de la costa próxima a Cajobabo. También así aparece en gran parte de la literatura anterior referida al tema —por ejemplo, en los textos de Hortensia Pichardo o Mañach—, y, también, posterior —muy cercanamente lo hace Gabriel Ángel Cartaya en *El lugar de Martí en 1895*, publicado en el 2001. Pero, sobre todo, empleo el toponímico siguiendo al Generalísimo Gómez quien, conocedor del territorio y cuidadoso anotador de esos detalles, menciona en su diario "un lugar llamado las Playitas".

³⁵ Martí, José: "De Monte Cristi a Cabo Haitiano", *Diarios de campaña*, ed. crítica Mayra Beatriz Martínez y Froilán Escobar, La Habana, Casa Editora Abril, 1996, p. 78.

³⁶ *Ibidem*, p. 42.

³⁷ Cintio Vitier, por ejemplo, destaca con su acostumbrada lucidez: "En cuanto a las centelleantes páginas escritas en su último viaje por Haití, rumbo a Cuba, lo que allí tiene lugar es uno de los sucesos espirituales más conmovedores de nuestra historia. [...] ¿Qué estaba sucediendo? [continúa] Otra mirada lo envuelve, lo transparenta todo. Son ellos, es él, somos nosotros. Aquí hay una hermandad honda y levisima. Se está luchando por algo [...]". Vitier, Cintio: "Cuba: su identidad latinoamericana y caribeña", texto leído en la Cátedra Latinoamericana y del Caribe, en el Centro de Estudios Martianos, el 25 de marzo de 1992.

³⁸ Martí, José: "Selección de cartas, circulares y manifiestos de Martí entre el 19 de febrero y el 19 de mayo de 1895", *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 368. El destaque es nuestro.

³⁹ Mariana Pérez Moreira era la sobrina de Caridad Pérez y Piñó, cuya casa Martí visitara el 19 de abril de 1995, de paso por Los Calderos. Allí Martí, Gómez, el resto de los expedicionarios y los miembros de la tropa guantanamera de Félix Ruenes, almorzaron. A esta estancia breve y a la historia de "la mambisa" Caridad, Martí le dedica un buen espacio en sus anotaciones. V. Martí, José: *Diarios de campaña*, ed. cit., pp. 252-253.

⁴⁰ Escobar, Froilán: *Martí a flor de labios*, La Habana, Editora Política, 1991, p. 98.

⁴¹ Martí, José: "De Cabo Haitiano a Dos Ríos", *Diarios de campaña*, ed. cit., p. 344.

⁴² *Ibidem*, p. 252.

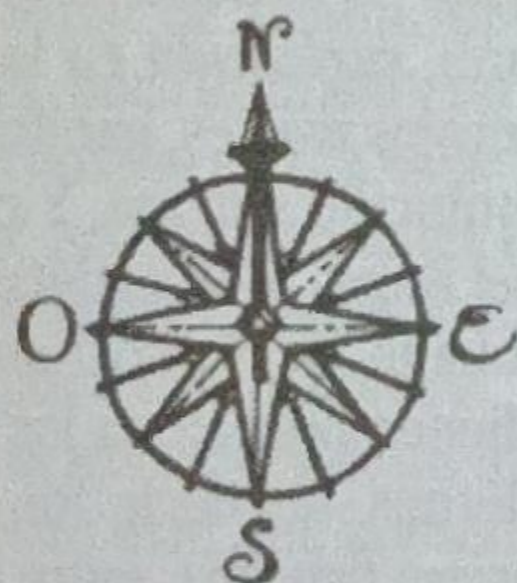
⁴³ *Ibidem*, pp. 314-316.

⁴⁴ Ver al respecto Martínez, Mayra Beatriz: "Conciencia y revelación: glosas a la campaña", *Diarios de campaña*, ed. cit., pp. 9-18.

⁴⁵ Martí, José: "Escenas norteamericanas" (1^o de octubre de 1881), *Obras completas*, t. 14, ed. cit., p. 128.

⁴⁶ Martí, José: "Notas para artículos", *Obras completas*, t. 23, ed. cit., p. 44

⁴⁷ Santos, Milton: *op. cit.*



La utopía y el imposible revolucionario como posibilidad¹

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

¿Qué se espera que diga un filósofo sobre el derecho de los pueblos a la utopía? ¿Qué se espera que diga un cubano, específicamente un filósofo cubano? No, no hablaré de una sociedad ideal, "perfecta", diseñada según la fantasía o los buenos deseos de hombres y mujeres que son —aunque no se percaten— seres históricos, limitados en sus sueños por la época que quieren trascender. Hablaré de la utopía práctica que sirve de horizonte, que es sentido de inconformidad con el presente, atalaya histórica de la razón, impulso y medida móvil de la esperanza. Y quisiera abordarla desde dos planos: el *poder ser* martiano y la concepción guevariana del hombre nuevo. Ambas nos conducirán a la relación de lo posible y lo imposible en la historia.

Usualmente se ha mal interpretado el concepto de hombre nuevo. Es cierto que en ocasiones el futuro fue diseñado caprichosamente desde el *deber ser* de un funcionario, que se guiaba como todos los humanos por esquemas, prejuicios y limitaciones, personales y de época. El Che Guevara nunca concibió un futuro de hombres y mujeres estandarizados, como el de la globalización neoliberal, de seres regidos por una conducta preestablecida; insistía, por el contrario, en la necesidad de crear un nuevo tipo de vínculo entre los intereses individuales y los colectivos, en el que no quedaran rezagados unos u otros, o mejor dicho, en el que la plena realización de unos contribuyera, directa o indirectamente, a la realización de los otros. En momentos de máxima epicidad, esa identidad pudo alcanzarse incluso en la muerte. No creo que José Martí o que el Che Guevara sean hombres frustrados por la muerte; sin que expresamente la buscaran, la inmolación fue el instante supremo que consagró sus vidas. La utopía humana no se asocia, por supuesto, a la muerte, aunque sí, probablemente, a su superación. Darle sentido a la muerte es vencerla. Pero hablo de instantes épicos y no parece que vivamos ahora en uno de ellos.

Si un país pobre como Cuba erradica el analfabetismo y conduce a sus ciudadanos hasta un nivel escolar mínimo de noveno grado y gradúa a decenas de miles de universitarios y estimula la lectura —dígase una vez más que el primer libro editado masivamente por el gobierno revolucionario fue el *Quijote* de Cervantes—, ¿no eleva también las expectativas espirituales y materiales de sus individuos? ¿Cómo satisfacerlas plenamente, sin que los intereses individuales contradigan o frenen los colectivos? Porque una revolución se hace, en primera instancia, para solucionar graves problemas colectivos que impiden la solución de los problemas individuales.

Soy consciente de que hablo de uno de los temas capitales de la llamada "modernidad" —surgimiento, desarrollo y fin (sí, fin) del capitalismo—, esa época histórica que le abre paso y vuelo al individuo, al ser humano que se individualiza desde su profesión, al traba-

y mi honor a la de Martí

jador propietario que es célula básica del sistema, pero que en su desmedido crecimiento acaba elevándose —si es más apto, decían los positivistas— y condenando a los demás, transformándose en una superindividualidad, que impide el desarrollo de las restantes individualidades. Resulta entonces que el capitalismo acaba negándose a sí mismo o, lo que es igual, el neoliberalismo transnacional acaba desarticulando, asfixiando, al liberalismo primigenio, que es el que aporta sus fundamentos éticos. Los liberales son anti liberales.

El socialismo, que empieza por rescatar de conjunto a la gran masa de individuos —a las masas—, tiene necesariamente que reformular las relaciones históricas del todo con las partes. Ha fracasado cuando ha olvidado al hombre concreto y ha fracasado cuando ha estimulado, en absurda competencia con la sociedad que desea trascender, la individualidad libérrima y desentendida. Toda revolución auténtica establece de inicio una relación nueva: los hombres que la hacen por voluntad y conciencia propias son individuos que encuentran en ese camino su realización personal:

[...] el hombre [recuerda el Che] era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.²

Vivir la experiencia de una revolución triunfante es un suceso irrepetible, inenarrable, un instante de comunión de la historia y el ideal. A modo de ejemplo citaré las palabras del poeta y ensayista Cintio Vitier, en las que expone su vivencia:

Enero de 1959 fue el éxtasis de la historia, sin ánimo religioso, éxtasis en el sentido de suspensión del tiempo: pareció que se producía una visión, ya no una metáfora o una imagen, sino una visión de algo que se realiza y que parecía imposible [...] Pero lo cierto es que el imposible aquel de pronto se hace posible, cuando entra en La Habana un ejército de campesinos. Si eso no es poesía, yo no sé lo que es. Ahí sí que la poesía y la historia se fundieron absolutamente. Y el que vio eso —algo muy difícil de transmitir a los más jóvenes— nunca lo olvida [...] Después viene la sucesión y con ella los problemas del tiempo, de la época, los problemas ideológicos, los aciertos y los errores. Ese es el discurso, donde el poeta a veces falla y a veces acierta. El poeta en este caso para mí es el proceso revolucionario.³

La poesía —y no la literatura, que es ficción—, es el instante en que lo imposible se hace posible. Y en la tradición martiana el político debe crear, rebasar, transgredir, fundar. En política, decía Martí, lo real es lo que no se ve. Su proyecto de república no se sustentaba en la realidad visible; él sabía que es igualmente real la posibilidad latente, y actuaba conscientemente en pos de ella. Pero nunca se nos presenta una única posibilidad. Y la voluntad humana intercede, entonces, por la posibilidad mejor. Poesía y política coinciden, vistos así, como actos de creación. Por eso —y no es mera retórica— Cintio Vitier acepta mi afirmación de que no son los antropólogos sino los políticos los que definen nuestra identidad cultural, pero enseguida escribe: “[...] a lo que añadiríamos, con su seguro asentimiento: y los poetas”.⁴

Mucho se ha escrito sobre la diferencia que establece el marxismo clásico entre el socialismo científico y el utópico. Diferenciación que debe contextualizarse en el debate teórico que da nacimiento al marxismo, hijo, al fin y al cabo, de aquellas utopías. Marx y Engels

montaron la esperanza y los sueños históricos de justicia social sobre los rieles metodológicos de sus hallazgos científicos. Podría decirse que con su obra le abrieron la puerta a la más ambiciosa de las utopías humanas: la identidad posible de la verdad, la belleza y la justicia. Pero la utopía, como el horizonte, guarda siempre su distancia de la más audaz embarcación. Todo grito entusiasta de llegada a tierra firme es ilusorio, aunque no irreal, porque abre nuevos horizontes.

Algunos marxistas manualescos creyeron que su doctrina descartaba todo el pensamiento anterior. Hubo en América Latina quien declaró obsoleto a Bolívar o a Martí. Lo cierto es que quienes fundaron en 1925 el partido comunista cubano se declararon martianos, y Fidel Castro lo halló “culpable” de su propio asalto al Cuartel Moncada... Los marxistas que ignoren sus precursoras advertencias sobre el ahora llamado eurocentrismo, o sobre el aldeanismo vanidoso, que desconozcan sus penetrantes juicios sobre la sociedad norteamericana y su temprana y aguda denuncia del imperialismo, o no tengan suficiente aliento para el vuelo de cóndor sobre el abismo de lo desconocido o queden atrapados en las redes de lo contingente, de lo estadísticamente cierto o de lo posible (visible), aquellos que subordinen lo ético a lo supuestamente verdadero, no son revolucionarios.

No fue habitual en el pasado siglo XX leer o escuchar declaraciones que reconocieran abiertamente a la derecha como espacio político de una autodefinición. Algún que otro intelectual importante, es cierto, se apropiaba del lugar maldito. Borges, por ejemplo, se refugió en un cinismo inteligente que reforzaba su imagen de genio despistado. No pretendo decir que no existieran intelectuales de derecha; algunos incluso fueron fascistas. Ni siquiera pretendo insinuar que han sido pocos o de menor valía. Pero, en un mundo salvajemente injusto, han vivido, digamos, con un “vicio” de conciencia. No obstante ser José Martí un hombre de izquierda, han sentido la obligación de entresacar con pinzas sus frases para declararse martianos. Durante años emplearon los viejos términos de la burguesía revolucionaria para enmascarar sus proyectos conservadores o francamente reaccionarios. ¿Podría alguien imaginarse a un político latinoamericano que no expresara su intención de revertir el empobrecimiento de las mayorías, que no hablara de la justicia como trasfondo de su gestión de gobierno?

Pero después que “terminó” el siglo y la historia en 1991, cesó momentáneamente la vergüenza de los hombres de derecha. Recuerdo que leí en 1994 un artículo de Enrico Mario Santí, en la revista mexicana *Vuelta*, que desbancaba a la “vieja guardia” de los ideólogos de derecha, a esos señores atormentados por la mala conciencia, cansados de gritar en el desierto que José Martí estaría, de vivir hoy, en Miami. Santí, *surfeando* en la gran ola de la derecha finisecular, decía sin sonrojos visibles, parafraseando a Fidel: sí, Martí es el culpable de la revolución cubana. Y concluía: eliminémoslo. Otro investigador, Rafael Rojas, hizo maletas y viajó más lejos: dividió el pensamiento cubano en dos bandos, el de los utópicos y antimodernos —entendiendo por tales a los anticapitalistas— y el de los pragmáticos y modernos —es decir, los que aceptan el imperio del mercado. En el primero figuraba, entre otros muy ilustres compatriotas decimonónicos, José Martí. Y la lista llegaba hasta Fidel. Un ilustre escritor peruano, Mario Vargas Llosa, anhelando quizás ocupar el lugar de Borges, decía en 1998:

Después de haber soñado también, de joven, con la sociedad perfecta, hace treinta años que me convencí de que es preferible, para la supervivencia de la civilización humana, confor-

marse con los lentos y aburridos progresos de la democracia, en vez de buscar la inalcanzable utopía, que genera hecatombes.⁵

Tres audaces mercaderes llegaron a publicar incluso un denominado *Manual del perfecto idiota latinoamericano*: los idiotas, desde luego, éramos nosotros, los que anhelamos un mundo más justo.

Hay un aspecto que me parece clave en la descalificación posmoderna del concepto de utopía: su promocionado vínculo con lo ético y la oposición, más aparente que real, de lo ético y lo necesario —lo pragmático, o lo útil—, aunque suela atribuírsele a la racionalidad instrumental una cierta dosis peculiar de eticidad. Lo ético, sin embargo, es pensado como un *deber ser* que se interpone artificialmente en la buena marcha del ser. Y la realidad no es como —supuestamente— debe ser, sino como es. Pero podríamos ver las cosas de otra manera: lo ético expresa una necesidad histórica, en última instancia de carácter material. Si afirmamos que la humanidad debe construir un nuevo orden económico internacional, no es solo porque el actual sea profundamente injusto, es porque la permanencia de ese orden injusto provocaría su autodestrucción. Identidad de la verdad y la justicia. Hay otra dimensión del asunto: el *poder ser* martiano. Lo posible como parte no visible de la realidad, como aparente imposibilidad. Siempre recuerdo una frase de Martí tajante y lúcida como suya, cuando un escéptico le argumentaba que en la atmósfera de Cuba no se apreciaba el ímpetu necesario de rebelión para el inicio de la gesta emancipadora: “yo no hablo de la atmósfera [respondió]. Yo hablo del subsuelo”. Por último, un comentario histórico: los autonomistas decimonónicos cubanos le oponían al independentismo su supuesta cordura, su apego a lo posible, su concepción de lo útil. Pero resultó que el esfuerzo autonomista fue inútil e imposible; lo único posible, cuerdo y útil, fue, paradójicamente, el salto sobre el imposible.

Somos seres impresionables y la llegada del tercer milenio de la era cristiana nos ha hecho reflexionar sobre las carencias morales y la miseria material de un mundo signado por indudables éxitos tecnológicos y por la desvergonzada opulencia de un pequeño grupo de países o personas. Permítaseme citar dos elementos estadísticos: 378 ricos poseen tanto dinero como el que ganan en un año 2 600 millones de personas y, aunque nos parezca descabellado en la era de Internet, casi dos terceras partes de la humanidad nunca ha llamado por teléfono. Se niega el derecho a la utopía y, sin embargo, la industria de los pronósticos nos vende una amplia gama de productos sofisticados. Los pronósticos para el próximo día, año, siglo o milenio, satisfacen todas las expectativas. Walter Mercado, un astrólogo fabricado por un canal de Miami, desde su set y vestuario televisivo posmoderno —un poco futurista y un poco medieval, *unisex*, y, por supuesto, *kitch*—, complace cada tarde a las amas de casas y a los funcionarios de a pie hispanohablantes en sus pequeñas esperanzas cotidianas, tan antiguas como la humanidad: el amor posible, la amistad, el éxito laboral y financiero.

Otros pronósticos son más atrevidos y, aunque no lo parezcan, más manipuladores, como éste que comentara Fidel el 26 de junio de 1998, en una reunión de ministros de Salud de los Países No Alineados:

Cuando escuchaba al Presidente de Estados Unidos hablar allá en la OMC, de una idílica sociedad, que es como nos quieren pintar la que prometen con el neoliberalismo, de miles de millones de personas de clase media, es decir, sociedades de un mundo extraño que al parecer conocería una sola clase —

prácticamente igual que la concebida por Carlos Marx, pero en este caso no de todos los trabajadores, sino de clase media—, trataba de imaginarme al África, por ejemplo, convertida toda en la clase media con que deliraba Clinton, allí donde el número de teléfonos en todo el continente es menor que el que tiene Tokio, o menor que el que tiene Manhattan; trataba de verlos a todos ya con escuelas, altos niveles de educación, sin un analfabeto, con electricidad, comunicaciones, y cada familia no solo con su auto, su televisor a color y su teléfono, sino también con su equipo de computación conectado a Internet. Realmente por dentro me sonreía, era como para empezar a reírse ruidosamente, como cuando alguien hace un chiste especialmente cómico, pero por respeto, por la solemnidad de la reunión y, además, porque es algo que realmente más bien debe irritar, me limitaba a reír por dentro y a preguntarme: ¿Creen realmente eso? ¿A quién están engañando?⁶

De alguna manera, millones de hombres y mujeres de todo el mundo ansían escuchar en cada discurso del presidente de la nación más poderosa de la tierra, en cada encuentro del Grupo de los Siete países —de los ahora Ocho, sin contar a Rusia— más industrializados, el mismo mensaje optimista que les trasmite Walter Mercado en torno a las *grandes pequeñeces* cotidianas de sus vidas. La manipulación de la conciencia de los súbditos es una necesidad vital para un imperio en decadencia. Sin embargo, la humanidad reclama responsabilidad ante su futuro. Hay otros millones de personas, muchos más, que no cuentan, que no esperan siquiera ser engañados, que no aparecen en las estadísticas imperiales.

¿Qué sentido tiene ir al África con su modelo de sociedad de consumo y despilfarro [había dicho Fidel unos días antes, el 20 de junio de 1998] a lugares donde la gente no tiene ni un bohío, ni un maestro para recibir clases, donde hay millones de personas que mueren todos los años porque falta atención médica?⁷

Hay también utopías conservadoras, que funcionan como aseguradoras del *status quo*, utopías que llegan empaquetadas al supermercado, que entran al hogar por la televisión unipolar, que intentan construir pequeños horizontes individuales e individualistas, que son, diría Marx, el opio de los pueblos.

Durante once meses, entre abril de 1999 y marzo del 2000, recorrí los más intrincados parajes de la geografía centroamericana, acompañando a los médicos cubanos. Viví junto a los misquitos nicaragüenses y hondureños en la ribera de los ríos Coco y Patuca; jugamos fútbol, cubanos e ixiles, en la cumbre de una montaña que se empinaba, entre ancestrales tumbas mayas y otras más recientes que abrió la guerra, sobre la selva guatemalteca. Lugares a donde únicamente llegaban los brigadistas cubanos... y la Coca Cola. Allí tropecé con la utopía desvestida, sin ropajes académicos. Podía hallarse en individualidades excepcionales como el padre Josep Aguilá, un catalán que desde hacía doce años compartía su vida con los misquitos hondureños y que había construido, ladrillo a ladrillo, en plena selva, un “palacio del saber” con una espléndida biblioteca en la que habían, paradójicamente, libros de Borges, de Octavio Paz y de Vargas Llosa, entre otros.

El mismo Che Guevara quiso alguna vez servir gratuitamente en El Petén guatemalteco como médico, pero no resultó posible. Entonces escribió:

yo me horda a la de...

[...] me di cuenta de una cosa fundamental, para ser médico revolucionario lo primero que hay que tener es revolución. De nada sirve el esfuerzo aislado, el esfuerzo individual, la pureza de ideales, el afán de sacrificar toda una vida al más noble de los ideales, si ese esfuerzo se hace solo, solitario en algún rincón de América, luchando contra los gobiernos adversos y las condiciones sociales que no permiten avanzar [...]⁸

Los médicos cubanos no se asumen como héroes. Puedo imaginar la sonrisa irónica de Luis Ernesto en Guatemala, de Miguelito en Honduras, de Iván en Nicaragua, al escuchar estas palabras. Pero hay observadores que no aceptan esa desconcertante normalidad. Algo esconden —dicen—, algún interés individualista los mueve, alguna obligación los encadena. No son hombres nuevos en un sentido abstracto, pero fueron formados en un sistema diferente de valores, en una extraña, para la época, normalidad. Los revolucionarios, para seguir siéndolo, tienen que nacer muchas veces en sus vidas. El internacionalismo revolucionario ha hecho que la revolución cubana vuelva a nacer en cada internacionalista. En 1998, 28 000 médicos cubanos habían cumplido misiones en más de cincuenta países.

Después de una efímera euforia, la derecha ha vuelto a sentirse insegura. Y clama con mucha cordura que nos ajustemos a lo posible. Ahora juega otra vez, en el salón de los espejos, a la gallinita ciega: ¿dónde está la izquierda?, ¿dónde la derecha? Republicanos y demócratas, socialdemócratas, liberales y socialcristianos se parecen tanto que no es razonable hacer distinciones. La nueva izquierda, dicen, debe aceptar los límites del imposible. Pero en realidad lo único que resulta imposible, tanto en política como en poesía, es lo posible a secas. La revolución cubana no ha llegado a ninguna parte, pero le movió el horizonte a todos los latinoamericanos. Y navega, como una Isla Desconocida, la embarcación del cuento homónimo de Saramago, en pos de la (su) Isla Desconocida. La utopía en pos de la utopía.

¹ Intervención en la Mesa Plenaria "El derecho a nuestra utopía", del IX Congreso Nacional de Filosofía de México, Aula Magna, Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, 19 de agosto de 2001.

² Guevara, Ernesto: "El socialismo y el hombre en Cuba", *Revolución, Letras, Arte*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1980, p.34.

³ Vitier, Cintio: "La historia como esperanza" (entrevista con Enrique Ubieta Gómez), *Contracorriente*, La Habana, no. 11-14, 1998, pp.135-142.

⁴ Vitier, Cintio: "Utopía y posibilidad" (prólogo), en Enrique Ubieta Gómez: *De la historia, los mitos y los hombres*, La Habana, Editora Política, 1999, p. XIII.

⁵ Vargas Llosa, Mario: "Carta abierta a Kenzaburo Oe", *La Prensa Literaria*, Managua, 23 de enero de 1999.

⁶ Castro Ruz, Fidel: "Discurso de clausura de la Reunión de Ministros de Salud de los Países No Alineados" (26 de junio de 1998), *Globalización neoliberal y crisis económica global*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1999, p.50.

⁷ Castro Ruz, Fidel: "Discurso de Clausura del Encuentro Mundial sobre Educación Especial" (20 de junio de 1998), *Globalización neoliberal y crisis económica global*, ed. cit., p.20.

⁸ Citado por Adys Cupull y Froilán González en su *Un hombre bravo*, La Habana, Editorial Capitán San Luis, 1994, pp.176-177.

Pensar y sentir a Martí

SONNIA MORO

Cuando se habla de la recepción de la obra martiana, nos encontramos con materiales que podríamos agrupar en grandes temáticas: su presencia en los intelectuales —cubanos o no— que fueron influenciados por su pensamiento y/o por su ejemplo, cuándo y cuánto circularon las ediciones de las obras martianas, su presencia en expresiones artísticas, su nombre dado a parques y escuelas, etc.

Pero, a mi juicio, apenas se ha seguido la línea de investigación referida a esta recepción en el imaginario popular y la construcción de cada Martí, personal e íntimo en los diferentes individuos, con las correspondientes variables de edad, escolaridad y género, entre otros aspectos a tener en cuenta.

Las presentes reflexiones no tienen grandes pretensiones. Es un pensar en voz alta, con una dosis generosa de impresiones personales, un intento de encontrar vías para la comprensión de este imaginario popular en edades tempranas, cuando es posible y, tal vez, menos complejo modificar percepciones estereotipadas y repetidas injustificadamente, algunas, incluso, creadas por los enemigos del propio Martí y de su causa, que fue y es la del pueblo cubano. Todo ello a partir del contexto en que vivieron los adolescentes que conmemoraron el centenario del Apóstol.

Mi generación, que transitó por la infancia y la adolescencia en los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo, heredó esa imagen martiana que se había venido conformando durante las cuatro primeras décadas de vida republicana.

Sin restar importancia al imprescindible entorno del hogar en la formación de valores y paradigmas, quisiera destacar que nacimos y nos hicimos adultos y adultas en un clima cultural, social y político de fuerte perfil martiano —no es necesario citar las grandes figuras, las publicaciones y los eventos martianos de aquellos años. Pero, al mismo tiempo, soportando el abuso —por la intencionalidad demagógica y oportunista de los políticos— en torno al culto del Maestro.¹ Esa práctica politiquera, sin proponérselo, terminó siendo, también, parte del sedimento sustancial para la conformación, en las ingenuas mentes infantiles o en las idealistas de los adolescentes, de una filiación martiana de alto contenido ético y que, en su momento, se volvería contra los espurios intereses que pretendieron manipular al pueblo a través de Martí.

Dos ejemplos de lo anterior lo tenemos, precisamente, en dos de los actores principales del cuartelazo del 10 de marzo de 1952: Carlos Prío y Fulgencio Batista.

Este último, en la celebración del 28 de enero de 1938, ya en el camino hacia la presidencia de la república, pronunció un discurso como jefe del ejército, que fuera transmitido por la NBC a todo el continente; entre su auditorio se encontraba el embajador estadounidense y sus ayudantes. Así se expresaba Batista —tras dejar con la palabra en la boca a Carlos Saladrigas, otro futuro candidato presidencial y que en esos instantes hablaba de Martí, para así cumplir el horario establecido por la NBC:

En todas las escuelas, el culto a Martí se expresaba, formalmente, en su presencia mediante bustos, fotos, en la confección de laminarios, en dramatizaciones de sus obras, en la labor de dibujarlo, en el conocimiento de su biografía. Reconocemos el lugar que ocupa en tal sentido *Martí el Apóstol*, de Jorge Mañach —para mis contemporáneos, el primer acercamiento integral imprescindible. Y todo ello con dos hitos anuales de recordación y tributo: Las paradas de los 28 de enero, en el caso habanero frente a la estatua del Parque Central, y el sentimiento de pérdida irreparable los 19 de mayo, con esa transición de la tristeza a la alegría, tan fácil y armónica de lograr durante la infancia y la adolescencia,² que permitía disfrutar y festejar, 24 horas después y por todo lo alto, el aniversario de la República que nos permitió llevarle al Apóstol, además del ramo de flores, la bandera.

Pero había más: la memorización de los *Versos sencillos*. Mi profesor de Español del bachillerato hizo que mi aula se los aprendiera de memoria TODOS. Estábamos muy orgullosos de haberlo logrado y seguimos, entonces, con sus frases más célebres —de todas las temáticas—, fragmentos de los discursos que en aquellos tiempos nos sonaban más contestatarios —y que sentíamos hechos “para nosotros”, sin olvidar *La Edad de Oro*.

Mi mamá y mi papá, nacidos casi con la República,³ vinieron a conocer a profundidad *La Edad de Oro* cuando la leyeron en los años cuarenta a la par que sus hijas. La primera vez que llegó mí fue de las manos de mi maestra de Música, la pedagoga Margot Díaz Dorticós, quien instituyó en su conser-

vatorio, desde 1947, el Premio Homenaje a Martí para los alumnos que más se destacaran en el mes de enero cada año, y que consistía justamente en un ejemplar de *La Edad de Oro*.

Me fascinaban las anécdotas y los relatos que conocí, a veces de los labios de veteranos de la Guerra de Independencia; en particular todo lo que después supe que eran componentes del mito martiano: imaginarlo con sus zapatos gastados y teñidos, caminando por las frías calles de Nueva York, con la cartera llena del dinero de “la causa” y no tomar ni siquiera unas monedas para tomar un coche —reverso de la medalla de la corrupción de los gobiernos auténticos de la llamada “cubanidad”, el robo del brillante del Capitolio y la Causa 82 por el latrocinio multimillonario del gobierno

De igual modo, se cantaban en todas las escuelas tanto los versos de Martí musicalizados como las canciones e himnos en homenaje al héroe cubano, en particular, la *Clave a Martí*, interpretada por el dúo de hermanas de su mismo apellido —que es hoy utilizada como tema de la radio enemiga y, por ello, injustificadamente reti-

De nuestra devoción por Martí debemos dejar constancia... en hechos concretos y evidentes... [Y añadía] ¡Bendito sea mil veces el hombre de quien, con su práctica permite a los hombres de armas, en vez de movilización y muerte, dar amor y ayuda al necesitado, en vez de inquinas y rencores, de poderío y ostentación!

Por su parte, el 28 de enero del 46, Carlos Prío, como primer ministro del gobierno de Grau —y perfilándose como candidato presidencial de los auténticos— asimismo hablaba en sesión solemne del senado. Calificaría a Martí de héroe de la cotidianidad, encarnación del alma cubana y, finalmente, en aparente íntima confesión a Martí le diría que lo había visto “velando mis sueños y acariciando lo poco de bueno que hay en mí”. (Sin comentario.)

La escuela cubana de esa época —y no me circunscribo solamente a la escuela pública— jugó un papel importantísimo en la construcción de Martí en la subjetividad de esa generación, huella que perduraría, para toda la vida, en una gran parte de ellos y ellas.

y mi honor a la de Martí

rada del tesoro de nuestras tradiciones y del cancionero de nuestros niños, niñas y jóvenes.

Tal impacto tenía esta canción, que en la época de la tiranía batistiana circuló entre mis coetáneos con el siguiente texto:

Ha surgido señores ¡Ay! otra voz.
Y ha sido allá, en Vuelta Arriba.
Hacia él todos miran
Como la salvación, ¡Ay! salvación.
Eres tú, nueva luz de mi Cuba.
Ya tenemos tu voz, que se encumbró.
Fidel es el nuevo mambí, ¡Ay! el mambí,
Allá en su baluarte oriental.
Y su lucha no descansa,
Porque él es nuestra esperanza
Que al fin Cuba sea feliz.

Punto sobresaliente de la formación martiana y patriótica de mi generación, lo constituyó la conmemoración del centenario del nacimiento de Martí, que, a su vez, había sido precedida por la del cincuentenario de nuestra República. Dramáticamente, ambas conmemoraciones sufrieron un cambio de contexto: con la muerte de Chivás, primero, y con el golpe de Estado del 10 de marzo del 52, después.

Recuerdo nítidamente como los equipos de estudio de cuatro o cinco alumnos/as que se habían constituido en mi escuela⁴ para la temática del cincuentenario —mientras cursábamos el séptimo grado— nos vimos de repente inmersos en una encrucijada. Este estudio adicional tuvo una repercusión muy positiva en nosotros quienes, por primera vez, íbamos a conocer lo que había sucedido en Cuba después de 1902, fecha en que concluían, habitualmente, los planes de estudio de Historia. Pero, ocurrió que, al producirse el golpe de estado de Batista —figura que, por demás, se nos representaba como un personaje funesto para el país por su trayectoria en la década del 30—, nuestro grupo tuvo, por así decirlo, que cambiar su estrategia de preparación para el concurso, que había sido concebido, básicamente, como un recorrido por los cincuenta años de la República y cuyo colofón era el propio Batista.

La Constitución del 40 se había derogado, regían los tristemente célebres Estatutos y nuestras maestras nos suplicaron —más que sugirieron— que no adjetiváramos el golpe de Estado y que, sencillamente, le mencionáramos al final de los cincuenta años de vida republicana. No sorprendería a nadie si se les dijera que este pedido logró, exactamente, lo contrario, incluyendo una de nosotras que terminó su trabajo con Prío y decidió no hablar de Batista en señal de desaprobación —por supuesto, fue descalificada por esa omisión.

En cuanto al centenario del natalicio de Martí, las unidades que debían impartirse en todas las escuelas del país habían sido diseñadas por la Comisión Nacional de los Actos y las Ediciones por el Centenario.⁵ Lógicamente, con los nuevos acontecimientos el contexto había cambiado de modo radical, con un gobierno en el poder inconstitucional y dictatorial.

Cursaba yo, entonces, el octavo grado —que era el último del ciclo de la primaria superior, que daba acceso al bachillerato sin necesidad de realizar examen de ingreso y era requisito para otros estudios, como, por ejemplo, la escuela de enfermeras. La unidad

de ese grado presentaba, entre otros requerimientos pedagógicos, los siguientes objetivos:

- Dar a conocer a los alumnos/as el ideal de la libertad.
- Fomentar una actitud de crítica inteligente para poder juzgar los problemas con serenidad.
- Encauzar los ideales y la conducta del alumnado hacia la consecución de un mundo mejor.⁶

Los asuntos esenciales a desarrollar eran: la vida de Martí, su amor a la patria, los hombres de América homenajeados por él, los ideales democráticos, el *Manifiesto de Montecristi*, y los llamados testamentos: el literario y el político.⁷

Entre los pensamientos que debían ser analizados estaban:

“Los hombres van en dos bandos; los que aman y funda; los que odian y deshacen.”

“Ser bueno es el único modo de ser dichoso.”

Se impartirían conocimientos acerca del Partido Revolucionario Cubano y del periódico *Patria*, y las dos unidades finales se dedicarían al americanismo martiano y la prosa y el verso al servicio de los ideales.

También esta vez se confeccionaron equipos de estudio y, finalmente, el tema que me correspondió desarrollar en el concurso que se celebró en mi escuela se titulaba: “¿Cómo era la Cuba que soñó Martí?”

Pienso que ni las autoridades de educación ni los que tenían que ver con la dirección de mi escuela valoraron en su justa medida el impacto que en los adolescentes tenían, por un lado, estas temáticas y, por otro, la realidad del país en que se vivía y que dado el nuevo contexto los convertía en material subversivo. De la misma forma, ningún consejero político de Batista, al parecer, lo alertó de que mantener la asignatura de Cívica en el plan de estudios de bachillerato —donde había que estudiar, entre otros aspectos, todo el articulado de la Constitución del 40—, además de volverse una cruel ironía, daba pie a la muchachada estudiantil para ir aclarando sus ideas, ganando conciencia: con ello se estimulaba a los más avanzados a incorporarse a la lucha contra la tiranía que —provecho para subrayarlo— tuvo en el estudiantado de la enseñanza media su destacamento más joven, pero no por eso menos audaz, aguerrido e incondicional.

Entre la conmemoración del centenario de Martí, con la inolvidable marcha de las antorchas, y el triunfo de enero del 59 se resumen meses y años de intensa lucha revolucionaria. A muchos de aquellos niños, niñas y adolescentes que iban en camino de convertirse en verdaderos patriotas, los acompañó un Martí afectivo quien, con todos los hechos ocurridos en la época, fue enriqueciendo su proyección, pero siempre a partir de la imagen entregada por la tradición precedente, que ya venía incorporando rasgos de un imaginario popular encargado de humanizarlo.

Hasta aquí he esbozado apenas ideas iniciales para una reflexión más profunda. Quisiera, finalmente, dejar a la consideración de los lectores la delimitación de algunos factores que, a mi juicio, debieron incidir en el proceso abordado:

- La relativa cercanía de la presencia física de Martí: la permanencia en la memoria de sus contemporáneos, veteranos de la guerra y emigrados que aún vivían en esos años.

- El crecimiento acelerado, en los años treinta, de su figura a nivel continental, al calor del desarrollo de los movimientos populares y nacional-reformistas, que usaron en sus banderas de lucha su pensamiento y su nombre.
- La difusión de la vida y la obra martianas en ediciones que alcanzaron nuevos grupos poblacionales, y la labor de la escuela cubana en tal sentido.
- La crítica situación política y social del país —la corrupción, el gansterismo, el monocultivo, la dependencia del exterior, etc.—, contrapuesta a los ideales de la república moral con que soñara Martí y que, con el golpe final del 10 de marzo, no dejara más alternativa que activar la carga para acabar la obra de las revoluciones —reclamada por Rubén— el 26 de julio de ese propio año del centenario.

¹ Cfr. "Martí según Batista", *El Crisol*, V, no. 25, enero 29 de 1938; y Prío Socarrás, Carlos: *Martí, arquetipo de lo cubano*, Discurso pronunciado en acto en el Senado de la República, como primer ministro, el 28 de enero de 1946.

² Capacidad de la que disfrutaban muchos cubanos y cubanas en su adultez como rasgo de nuestra idiosincrasia.

³ *La Edad de Oro* se publicó por primera vez en Cuba como libro en 1905 y en el extranjero, en Costa Rica, en 1914. Con ediciones de pocos ejemplares, no comienza a ser realmente conocida entre la población hasta avanzada la década el 30, con las tiradas de Editorial Cultural S.A. en 1935, de Trópico en 1940, Imprenta de Ceiba del Agua, 1941, y mediante las *Obras completas* de la Editorial Lex, en 1945.

⁴ Mi escuela —donde se estudiaba hasta el octavo grado, y que era mixta en el nivel de primaria superior— era la de la Asociación de Dependientes del Comercio de La Habana, institución de origen español que ofrecía a sus asociados por el pago del recibo de la Quinta —dos pesos con setenta y cinco centavos— educación para los muchachos y servicios de salud. Ubicada en la barriada del Cerro, su alumnado estaba compuesto por gente humilde y de la modesta pequeña burguesía habanera.

⁵ *Comisión Organizadora de los Actos y Ediciones por el Centenario*, Unidades de Trabajo, La Habana, 1953.

⁶ *Ibidem*, pp. 57-58.

⁷ Por supuesto, estaban contempladas actividades artísticas, confección de mapas, caligrafía con textos martianos, etc. Cfr. *Ibidem*, pp. 58 y ss.

Martí, imagen visual y posmodernidad

JORGE R. BERMÚDEZ

La imagen visual se hace cada vez más la forma preferente de la comunicación global. Aunque siempre han existido formas de comunicación por la imagen, su determinante presencia en el modelo comunicativo de una época, solo ocurre a partir de la modernidad, cuando los medios de comunicación empiezan a caracterizarse por su capacidad para masificar los mensajes e intercomunicar a grandes grupos sociales en las más disímiles regiones del planeta. Con esta primera gran revolución de la información se relaciona una clase: la burguesía industrial; un nuevo tipo de estado: la nación; un hecho socioeconómico: la planetarización del capitalismo, y uno de carácter comunicativo: los primeros medios de comunicación de masas: el periódico y el libro impresos.

A este nuevo mundo en gestación, preámbulo del que en la actualidad vivimos, respondió la obra de José Martí. Al escribir "Patria es humanidad", no sólo concibió el pensamiento más acendradamente humanista que ejemplifica el proceso histórico antes aludido, sino, también, el que mejor anticipa las aspiraciones de emancipación humana de la inconclusa modernidad de hoy. Su personal lectura de la cultura, a la que respondió como artista y revolucionario, lo hizo interpretar, como ningún otro intelectual de ambas Américas, las posibilidades expresivas y comunicativas de los medios de comunicación de masas a su alcance, y, con ello, la de la ascendente forma de comunicación por la imagen visual. Es ejemplar su tratamiento de las imágenes litográficas que ilustran *La Edad de Oro*, en particular las del artículo "La exposición de París"; su conocimiento de la imagen fotográfica —incluso la experimental a color— su comprensión de la plástica impresionista —cuando casi nadie, para no ser absoluto, la entendía—; y, por último, su oratoria y literatura, en prosa o en verso, que hace de todos estos lenguajes imagen. Si el hombre es un ser esencialmente visual, tanto más lo será aquel que es, esencialmente, creador. Este es el caso de nuestro Martí.

No resulta casual que el icono revolucionario de mayor trayectoria en la cultura visual cubana sea José Martí. No solo por lo que su vida y obra transmiten como legado imperecedero a su patria y a la humanidad sino, también, por lo que su pensar, hacer y decir fue capaz de expresar como identidad visual afín con las contingencias y esperanzas de su pueblo en todos los tiempos. La imagen de Martí ha sido núcleo visual dinamizador de la iconografía revolucionaria cubana, la cual se ha ido acrecentando con nuevos iconos (Mella, Villena, Camilo, Che, Fidel) en la misma medida que, de igual modo, lo ha hecho el protagonismo histórico de nuestro pueblo. Esta consistencia y presencia del tópico, ha contribuido, además, a regular los cambios de la sensibilidad estética de cada época de nuestra historia. Cada época significativa de la cultura cubana ha tenido su José Martí. La República, con la Academia (Valderrama, Díaz Salinero, Hernández Giró) y la llamada Vanguardia del 27

ya mi hora a la de Martí

(Enríquez, Arche, Abela); la Revolución, con su ingente gráfica de comunicación, la política y la de promoción cultural, notablemente el cartel y la valla. Sin obviar una producción pictórica que, si bien no tuvo la sostenida calidad que sí alcanzó la gráfica en el tratamiento del tópico durante los decenios sesenta y setenta, logró momentos significativos en las producciones de algunos artistas notables, como Raúl Martínez, Adigio Benítez, Rafael Mendive y Nelson Domínguez, entre otros.

Los ochenta será un período de tránsito entre el imaginario martiano generado durante las dos primeras décadas de Revolución y el que será gestado en el último decenio del siglo. Dos serán las producciones de interés en este período: la que se corresponde con la obra de algunos de los plásticos más representativos de la primera promoción de artistas formados con la Revolución, y la que busca actualizar el tópico al influjo de los nuevos códigos visuales dominantes en el ámbito artístico nacional. Con la primera producción se relaciona la obra plástica de Pedro Pablo Oliva y Roberto Fabelo. Ambos pintores, ya en plena madurez creativa e influidos, quizás, por la libertad ganada para el arte en el decenio, alcanzan entonces su expresión más personal y universal, en la que tiene un lugar destacado la figura de José Martí. Oliva lo inserta en su poética visual a partir de una cosmovisión que intima con el ser propio del Maestro, en un ámbito doméstico de irrefrenable lirismo, ternura y humanidad. En tanto, Fabelo, más ilustrador que pintor, lo personaliza desde el prodigio de una fantasía dibujada, que exagera todos los accidentes posibles por los que la cubanía puede aflorar en el tópico. Con estos pintores, y a partir de ellos, Martí deja de ser presencia, para hacerse esencia de nuestra plástica.

Con la segunda producción, se asume el tema martiano desde una identidad visual inédita, al otorgarles valor estético a objetos y hechos hasta entonces pertenecientes a otras esferas del quehacer social. Todo prurito o recato de incidencia oficialista se echa a un lado, para implicar al icono, con toda su carga simbólica, en la irreverente expedientación de sus propuestas visuales más novedosas. Sin embargo, no de igual forma ocurre cuando se trata de implicarlo en el desmontaje de la continuidad del arte cubano, pretensión de algunos, al menos en teoría. En su tratamiento plástico toda legítima ruptura, es continuidad. El referente está a la vista: los cien años de lucha que median desde la revolución de Yara hasta la del Moncada. Así lo evidenciaron, en la segunda mitad de los ochenta, dos de las obras más representativas de este ámbito plástico: *En el mar de América* y *Playitas y Granma*, ambas del escultor Alejandro Aguilera. La primera presenta a Martí entre el padre Bartolomé de Las Casas, Cristo, Don Quijote, Simón Bolívar y Ernesto Che Guevara. La individualidad implícita en la tridimensionalidad de las figuras, así como la unidad visual del conjunto —dada a partir de una misma materia y técnica de construcción: desechos de madera y latón ensamblados—, propone, ante todo, una reflexión en torno a las posibles relaciones a establecer entre estas figuras y el megarrelato, que las asume desde un contexto americano. En cambio, la segunda apela a lo martiano desde relatos analógicos —desembarcos de Playitas y Las Coloradas— que oscilan entre el sentimiento patrio y el religioso, desde lo que Cuba fue, es y puede llegar a ser.

Esta inicial renovación visual del tópico, tendrá un nuevo momento expresivo a partir de los noventa, cuando la coyuntura socioeconómica propia del período especial y el cambio de sensibilidad que opera en el ámbito artístico nacional activan una percepción traumática de la contemporaneidad, no ajena al derrumbe del socialismo europeo. Lo expresado por José Lezama Lima años antes: "[...] sus palabras, hasta las más socorridas, tomarán nueva carne en los días de desesperación y justa pobreza",¹ parece encabezar esta nueva coyuntura visual del icono. De igual forma, las palabras que, un 28 de enero de 1960, en un acto de homenaje al Apóstol, les dijo a los jóvenes el Che: "Acérquense a Martí sin pena, sin pensar que se acercan a un dios".²

El 1995, centenario de la caída en combate de Martí en Dos Ríos, será el año clave. En casi todas las obras se preferenciará la visualidad de aquellas facetas del ser, el decir y el obrar martianos, que mejor evocan al hombre; esto es, al poeta, al enamorado, al solitario, al místico. De lo que se trata, es de representar un Martí más humano, con sus debilidades y grandezas, generalmente poco tratado por la plástica y la gráfica precedentes. Para ello no se escatimará imaginación. Tampoco referentes, mixturas, códigos visuales de diferentes momentos de la historia del arte. Incluso, algunos tan distantes y opuestos entre sí, como el neoclásico (*Sin título*, Aimée García) y el expresionismo (*José Absolut*, Sandra Ceballos; *El Maestro*, Rubén Rodríguez). Otras dos obras: *Me duele Cuba* (Reinerio Tamayo) y *Martí enamorado* (Elsa Mora). En esta última predominan los tonos fríos: violetas, lilas, destellos de amarillos... En ellos el Apóstol sueña y ama, a la manera de su siglo, en el rincón de un espacio sutil, olvidado de todo y por todos, "exiliado de sí mismo".

De lo agónico —en el sentido martiano del término— a lo lírico, irán estas obras. Y al encuentro, también, de nuevos pasajes visuales, como el que devela Estereo Segura en su obra *Martí y el dragón* (pintura sobre tabla), de 1992, extrapolación de la famosa leyenda medieval a "la guerra necesaria", y precedente obligado del asunto martiano en una de las tendencias de la pintura cubana finisecular: la posmedieval. De esta tendencia pictórica es emblemática *La izada*, de Ernesto Rancáño. Fechada en 1997, año del 30 aniversario de la caída en combate del Guerrillero Heroico, en ella se retorna la fusión en la ficción, tal y como, en la pintura relativa a los héroes y mártires de la patria, lo hiciera Raúl Martínez años atrás. Solo que ahora no es el *pop* el código de Rancáño, sino una figuración que recaba de la pintura renacentista flamenca, si no todo de su paisaje, sí mucho de esa asociación que por entonces concertara el género entre los hombres como individuos y el ser múltiple del mundo. Así, este joven pintor propone una nueva trinidad no católica, por cierto, pero sí mística y patriótica, propia de esa religión laica que nos legara Martí, donde él y Che levitan, al influjo de una falta de gravedad no exenta de ternura, mientras descansan sus cabezas amorosamente sobre la amanecida primavera de una Patria tangible, hecha mujer.

Al año siguiente, la definitiva trinidad vendría dada por la realidad política, social y espiritual del país, con la visita del papa Juan Pablo II. Su misa en la Plaza de la Revolución de La Habana, la mañana del 25 de enero de 1998 tuvo tres imágenes: el Sagrado

Corazón de Jesús (supergráfica con soporte en la Biblioteca Nacional "José Martí"), Ernesto Che Guevara (estructura metálica con soporte en la fachada sur del Ministerio del Interior) y José Martí (escultura en la base del monumento de igual nombre). Así, sensibilidad personal y social se conjugaron por obra y gracia de un momento único de nuestra historia, para dar testimonio y resumir, por la imagen visual, el sentir más profundo de la sociedad cubana.

En tanto, la gráfica de asunto martiano, que tan ingente protagonismo había tenido en las dos primeras décadas de Revolución, por entonces no mostraba igual renovación. La crisis no era del medio, sino de las fuentes. Los mensajes martianos, en vallas y carteles, cabeceaban, ante una modorra gráfica que ni la viva luz del trópico lograba desperezar, identificándose, también, con la crisis que aquejaba al organismo social. Lo que estaba en juego era la capacidad de renovación y permanencia del tópico en este medio, en razón del distanciamiento generacional que se verificaba en los mensajes visuales y audiovisuales de asunto martiano, preferenciados por los medios de comunicación de masas del país. La Cátedra de Gráfica "Conrado W. Massaguer", adscrita a la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, en comprensión de esta realidad convocó a los jóvenes cartelistas a participar en la exposición Nuevo Cartel Martiano. El 19 de mayo de 1999, efemérides del 104 aniversario de la caída de José Martí en Dos Ríos, en el vestíbulo central de la Biblioteca Nacional, se inauguraba la exposición con más de treinta carteles, de los cuales más de la mitad daban fe de la existencia de un nuevo cartel martiano. Así lo corroboraron, entre otros, *Martirio* (Daniel Cruz), *Creo en el hombre* (Juan M. Suárez), *Un verso* (Edubal Cortina), *Actualidad de un pensamiento* (grupo Spam: Jerónimo Pérez y Armando Patterson) y *El mundo es la esperanza de los niños*, perteneciente a la serie de cinco carteles relacionados con *La Edad de Oro* (Laura Llópiz, Carlos Zamora y Teresita Hernández). Para estos diseñadores retomar a Martí, no fue llevar la imagen por lo ya sabido, sino la posibilidad de resemantizar un tópico con posibilidades ilimitadas para hacer obra válida desde las nuevas problemáticas sociales, económicas y espirituales de la Cuba del período especial. Tampoco faltaron carteles concebidos a partir de la apropiación de las imágenes y códigos utilizados en la computación, y su recontextualización en una dimensión martiana, hasta el presente inédita. Sirva de ejemplo el cartel de Dennis Pérez, *Yo vengo de todas partes/y hacia todas partes voy*, en el que los conocidos versos de Martí aparecen en una ventana, en la que se lee: "Aceptar". Como hecho curioso, es de destacar, que la imagen de Martí más utilizada por los jóvenes cartelistas cubanos fue su autorretrato a plumilla, de 1891. Esta preferencia parece venir del grado mayor de subjetividad e individualidad que dicho dibujo-caricatura expresa, y que lo hace más auténtico en términos visuales que cualquier otra versión icónica de segunda mano, como bien lo corroboran los carteles *Genio y Figura*, de Rafael Mateu, y *Yo soy José Martí*, de Roberto Berroa.

En la pintura se destacarán dos exposiciones íntegramente dedicadas al Apóstol: "Arte soy entre las artes", de Mercy Rivadulla, y "Pinta mi amigo el pintor", de Vicente Bonachea, ambas en el 2000.

Mercy Rivadulla, con esmerada complacencia *naif*, insertará al Maestro en la cotidianidad de la capital, donde se le verá regir las rutinas de sus habitantes y la opulencia de su más representativa arquitectura, como cuando lo ubica en lo más alto del campanario de la basílica menor de San Francisco de Asís o entre los riscos del Malecón habanero. Vicente Bonachea, por su parte, apela a un lirismo de resonancia bucólica y fuerte impronta esteticista, que hace del color partícipe de las aspiraciones y sueños del Maestro. Cierra el siglo (ya que este termina la mañana del 11 de septiembre del 2001), *La semilla*, de Roberto González, obra adscripta a la tendencia posmedieval y que formara parte de su exposición "Intramuros", inaugurada a fines de septiembre de dicho año. En ella González se apropia de la conocida obra *El caballero de la mano en el pecho*, de El Greco, para plasmar un Martí que germina de las semillas de una fruta bomba, cuya escala, sobredimensionada, parece convertirla en madre de todas las frutas, siembra primera de todo dibujo, de todo paisaje, en el cual se ubica entre palmas reales. Aquí, la referencia en la referencia, concita un doble juego visual, al relacionarse, por una parte, con la citada obra del renacimiento español y, por otra, con la primera de las apropiaciones de este tipo, que hiciera el pintor cubano Jorge Arche, con su José Martí.

Acaso era este el arte al cual apelaba el Maestro, cuando en sus apuntes para los debates sobre "El realismo y el idealismo en el arte", ocurridos en el Liceo de Guanabacoa, en 1879, escribía:

El arte no puede, lo afirmo en término absoluto, ser realista. Pierde lo bello: lo personal. Queda obligado a lo imitativo: lo reflejo. De aquí dos clases de arte, que sin ninguna estética separe, y que no deben de estar unidos, porque aunque suelen reunirse en el medio, no provienen del mismo origen, ni tienen el mismo objeto: Artes Plásticas: que reproducen. Artes Personalísimas: que crean.

Pensamos que sí. Y también que, con una visión como esta, el fin no existe, ni para él, ni para las manifestaciones inteligentes y bellas —"personalísimas"— que lo han asumido como tema por espacio de un siglo.

¹ Lezama Lima, José: "Pan diamantino para muchos otros amaneceres", *Bohemia*, año 92, noviembre del 2000.

² Bermúdez, Jorge R.: "Nuevo Cartel Martiano", *La Gaceta de Cuba*, enero-febrero del 2001.

Un hombre del mundo

Honda desea dar a conocer a sus lectores una versión amplia de las palabras pronunciadas por el doctor Eusebio Leal Spengler, director de la Oficina del Historiador de la Ciudad, en el marco de la Segunda Asamblea de la Sociedad Cultural José Martí, efectuada entre los días 25 y 27 de marzo del 2002. Se trata de un homenaje sentido y conmovedor a la figura del Apóstol. Nunca es tarde si se trata de una reflexión tan certera y útil para nuestro trabajo.

Queridos compañeros:

A lo largo del siglo, los historiadores y los maestros de Cuba —entre ellos personalidades muy destacadas— cultivaron con intensidad eso que, sin vergüenza o sonrojo, podemos llamar “el culto a Martí”. No se trataba, como tantas otras cosas de los que hemos nacido en las islas, de la urgencia de llamar la atención hacia lo nuestro como algo de excepción. Los cubanos vivimos siempre en la frontera, en la orilla del mar; no tenemos pendenias con nadie —hay solo una frontera dudosa y punible—; todo lo demás ha sido hacia los pueblos y naciones del continente amor y solidaridad. Hemos recibido a esa orilla de la mar a los libertadores y a los invasores. A cada cual como le corresponde.

Pero, era cierto que nuestro Martí tenía cualidades de excepción dentro de ese cuadro de hombres de pensamiento del continente americano. Si mirábamos al sur hallábamos las virtudes y los renunciamientos de José de San Martín. Si no existiese un hombre como él, escogido por el Maestro en las semblanzas de *La Edad de Oro*, tendríamos que crearlo. El apuesto hombre del sur termina su carrera política en lo que se ha llamado el abrazo de Guayaquil, cuando allí, en la mitad del mundo, se percata de que Bolívar había llegado primero, no solo con el hecho militar y político de su presencia en aquel punto neurálgico del continente en pleno proceso de emancipación, sino de que las ideas de Bolívar —de acuerdo con esa conversación secreta de la cual, como la de La Mejorana, todo el mundo puede suponer la esencia de lo tratado pero nada más—, lo persuadirían del pensamiento de que debía de partir, con una obra concluida. El Ejército del Sur había terminado su hazaña y ahora el hombre que San Martín tenía ante sí —el mismo que había asombrado en París a Alexander Von Humboldt, el europeo que más entendió y más comprendió la realidad de Nuestra América— le expresaría, sugerente, que las condiciones estaban creadas para un cambio trascendental profundo, mas que faltaba solo *el hombre*: el que estaba delante de él; y si San Martín lo supo o no, sería tarea para una bella novela por escribir.

Bolívar debía completar la gran obra redentora. Pero, a diferencia del Gran Libertador del Sur, poseía, más allá del pensamiento militar, una concepción política integral, un proyecto de más largo alcance que se habla pronunciado —como ha escrito

brillantemente el desaparecido profesor Francisco Pividal Padrón— sobre todos los temas de interés del continente, a cuyo renacimiento y modernidad asistía en aquellos momentos. Habló de la necesidad de la transformación agraria, de la suerte y destino de los indígenas y esclavos africanos, de la radicalización necesaria de la guerra. Los biógrafos hablan, a partir de tales contrastes, de dos Bolívares: el hombre del ímpetu inicial y el que regresa luego del revés y el exilio. Había muerto el mantuano y ha nacido el Libertador.

Y, por esas semblanzas de los grandes hombres evocadoras de las vidas paralelas magistralmente relatadas por Plutarco, llegamos a México.

De Juárez, que fue un gran ser humano y un hombre de Estado, cuya carrera política es un prodigio de asombros, dirigiendo el proceso de la Reforma desde el célebre carruaje, inmortalizado por infinidad de testimonios. Recordamos de él un pensamiento, uno solo de tantos: “entre los hombres, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”. Así se nos aparece al indio sabio, al fundador del nuevo Estado que nació de su inflexibilidad contra la intervención extranjera, Benemérito de Las Américas, como se le llama con justicia; cada uno de los próceres reconocidos tiene su título propio: el Libertador, el Benemérito de las Américas, el Protector de los Pueblos Libres...

Si no existiese Artigas, habría que inventarlo. El éxodo del pueblo oriental es solo comparable al de Moisés, guiando al pueblo hebreo. Él es el enigma de su expatriación perpetua, uno de los padres de nuestra libertad. Y así, hasta llegar a nuestro Martí.

Cuando estamos ante él hablando en propiedad de un hombre, siempre le veré como un hombre. Gran error sería empezar a reunir oro y a tallar cornucopias para, una vez más, colocarle con una aureola de santo en el altar. Sus virtudes serían entonces inimitables. Estamos hablando de un hombre, de un hombre de pasiones, de un hombre de carácter, pero, sobre todo, de un hombre del cual Enrique Collazo —que durante un tiempo no le quiso mucho— escribiría: “era grande y vario su talento”. Asombraba. Había alcanzado en la primera juventud un dominio de la realidad del mundo sorprendente. Ingresaba en la antigüedad, viajaba por los clásicos del pensamiento, desde Grecia y Roma, hasta hurgar en los pueblos más antiguos y en los cultos más ancestrales de los países del Oriente. Tenía el don de expresarse, como pocos, en la lengua propia y en otras. Quiere decir, habló y se preparó para interpretar los idiomas determinantes en el mundo de su tiempo. De la lengua alemana que le permitiría tener diálogo con el capitán del Nordstrand y tocar el corazón de aquel duro germano, de aquel marino. Una cita en el *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos* lo revela. Es la noche del 10 de abril de 1895 ante las costas orientales de Cuba: “bote al agua, capitán conmovido”. Está todo ahí. En su idioma pudo hablar con el hombre que consideró él y los cubanos de su tiempo, el genio supremo de los derechos civiles: Víctor Hugo. Le impresiona sobremanera su genio de genio, poderoso cronista de los acontecimientos acaecidos en la Francia posterior a la gran revolución de 1789 y su eco de 1848.

Martí no andaba solo. En sí reuniría el espíritu y la obra de cubanos: del venerable padre Varela, cuyos restos reposan en el cenotafio de mármol en el Aula Magna, del presbítero José Agustín Caballero, de Saco, de Del Monte. Cuba fue pródiga en mujeres y hombres de talento, dotados del don de la elocuencia. Un país donde la palabra viva ha tenido un significado preponderante, yo diría esencial e insustituible. Podemos editar, hacer millones de libros y periódicos. Pero es necesario la palabra para llegar al corazón del pueblo cubano. Y él fue, además de lector insaciable, un estudioso de la vida real; amó Nuestra América y rindió culto a los pueblos y las tradiciones. Él reverencia a los grandes hombres en *La Edad de Oro*, sitúa unidos a Bolívar y a San Martín, pero va más atrás en el tiempo. Escoge al padre Bartolomé de Las Casas y lo exalta como símbolo de la clemencia y la compasión por los indios. Pero destaca en él al letrado y polemista, defensor de la identidad y de los derechos conculcados, lívido, transfigurado, le recuerda; proponiéndole como ejemplo para su tiempo y para siempre.

No fue desconocedor de la obra de Juan de Zumárraga —que llega desasiendo códices para ser, más tarde, defensor de la cultura y de la nación que está surgiendo entre las cenizas de la Conquista— toma el verbo elocuente y la denuncia viril de Montesinos, pero, a *La Edad de Oro* llevará la figura genial de otro sacerdote el padre Miguel Hidalgo: filósofo, pensador, rector de seminario, no solamente el Cura de Dolores, el hombre de ideas que ahora reconoce más nuestro pueblo en la sencilla y bella narración que nos ofreció la televisión en *La Antorcha Encendida* —la novela que nos asoma a la realidad y riqueza del virreinato mostrándonos el perfil de Miguel Hidalgo y de José María Morelos y Pavón.

Y, en pos de estas meditaciones en alta voz, aparece ante nosotros el hombre, síntesis que no ha dejado —como ha afirmado el doctor Cintio Vitier— un solo cabo suelto en la historia de Cuba. Él trató de dar solución a grandes enigmas y complejidades de su tiempo y del futuro. Quiso dejar su sitio a Gertrudis Gómez de Avellaneda: porque como no estaba en Cuba y la había sorprendido la gran vorágine del nacimiento de la nación lejos de su tierra, reconociendo su mérito al poema de la camagüeyana en el instante doloroso de su partida, nos conmueve. Han de recitarlo niñas y niños en las escuelas: “hermosa Cuba, tu brillante cielo la noche cubre con opaco velo, como cubre el dolor mi triste frente”.

Y, también, Heredia. De él dice, ante la incompreensión de muchos de sus contemporáneos, que supo sembrar en nuestra alma la pasión patria y el amor infinito a la solitaria y peregrina estrella de Cuba. José María, de vida breve, a quien México —el México del alma, el México nuestro— conmemora por estos días el bicentenario de su natalicio, se le recuerda no solo como hombre de letra e insigne poeta: como legislador del Estado, como juez de la Corte, como fundador del Colegio Superior Universitario.

Tampoco deja Martí sin explicación el drama fundamental del proceso revolucionario, la disputa pueril que amenaza la enfrenta con franqueza, grandeza moral y humildad de espíritu. No entra con un dedo levantado en la historia, que es pecado mor-

tal. Para los que no han vivido un determinado y terrible proceso, pone en su lugar a Céspedes y a Agramonte y los abraza para siempre. Pero no vacila en elogiar la Asamblea Constituyente de Guáimaro como el nacimiento de la utopía democrática del pueblo cubano —y cuando digo utopía digo cosa grande, y ipobre del que no la tenga! Pero, a la vez, exalta de la revolución al padre fundador, la clave del arco, aquel que afirmó en un momento que el drama tenía que resolverse, no con discursos y apasionados decretos sino con la victoria. La revolución era la fuente del derecho: ni un millón de hombres sobre las armas devolverían los días de gloria si esta no lograba pasar a Occidente.

En sus amargas y tristes palabras vertidas en el *Diario de campaña* —cuando Máximo Gómez refiere con aspereza los rasgos y el carácter del Padre de la Patria— reconoce con claridad meridiana que fue aquel el autor de la idea de llevar la lucha a Occidente: a ello obligaba la dilatada insularidad de Cuba. Y, como contaría, años después, el bardo mambí, ella alcanzaría solo su redención incendiada de un mar a otro mar para ser finalmente liberada. Es este espíritu más que letra fiel del himno invasor.

Sobrecoge escuchar del propio general Gómez la orden de la destrucción de las haciendas y cañaverales. Explicar al pueblo, al ejército, era inexorable. Lo que tenían delante de sus ojos era pavoroso, un ejército batallador, tenaz y aguerrido: el español, al que faltó solo la razón. Los patriotas decidieron optar entre una Cuba próspera, rica en apariencias, o una empobrecida que alcanzase para sí el privilegio extraordinario de la libertad. Y Martí creyó que el pueblo cubano estaba preparado para alcanzarla y sostenerla. La vida lo ha demostrado.

Hay una escuela de pequeños corifeos de la anti-Cuba, quienes dicen que esta nación —con ilusiones y sueños superiores a sus posibilidades— es inviable. Son unos miserables. Han sido privados de la virilidad, de nacimiento.

Han perdido lo más importante para vivir en las circunstancias difíciles en que la naturaleza, el destino o la Providencia Divina situaron a este pueblo en el centro del mediterráneo americano.

No podemos entender a Martí sin Luz y Caballero. No podremos entender la polémica filosófica de su tiempo sin las doctrinas y enseñanzas del ilustre presbítero José Agustín Caballero. No estaríamos capacitados para entender el proceso de la cultura cubana en el siglo XIX si no entramos en la batalla por la libertad de pensamiento, la selección del elenco de asignaturas en los centros de nivel superior, entre ellos la filosofía —con alteza de miras, todas las corrientes filosóficas— en la búsqueda sensata de crear para los alumnos un diseño de educación y cultura que los preparase para ser superiores en el seno de la sociedad colonial. No nos asombra, entonces, que nuestro hombre, apenas habiendo vivido en su patria unos pocos años, afrontando incompreensiones, llega a quejarse desolado de que a Heredia sus padres lo alentaron en la vocación de la poesía y a otros, aludiéndose a él mismo, los colmaron de reconveniones y regañones. ¡Cuántas veces le habrán halado la oreja en el patio de la casa! ¡En cuántas ocasiones le habrán dolido en el corazón aquellas palabras de la madre admirable, tantas veces repetidas, de

yo me honro a la de Martí

que hasta que no deje a un lado tanto periodismo y tanta política no tendría dónde apoyar su cabeza! Pero tales cosas debió soportarlas desde el amor que siempre profesó a sus padres buenos y generosos, que le amaban infinitamente. A Doña Leonor estuvo dirigida el 25 de marzo de 1895 la carta mayor que ha inspirado el amor filiar: "hoy, 25 de marzo y en vísperas de un largo viaje..."

¡Que él sabía lo que significarla ese viaje! Hay que creer en ciertas intuiciones que percibimos en sus cartas y documentos, sus infinitas preocupaciones sobre lo que debían encontrar aquí, luego del comienzo de la lucha porque el país estaba en gestación. Tenía un tiempo limitado para hacer su aporte fundamental. Si salía bien, se coronaría toda una vida —él no era una mansa paloma, no vivía por las esquinas oliendo flores ni desvanecido. Era de ideas fijas, obsesivo en lo que debía buscar, persistente. Subía y bajaba escaleras como si no tuviera pulmones, dice el mismo testigo. Sufría decepciones, porque quería conquistar espíritus y todo el mundo no es conquistable. Amando la belleza —que no es un error amarla— renunció a ella. Queriendo los libros hermosos a los que todo el mundo aspira, y no los más baratos, que se deshojan cuando dejan en el corazón y en la memoria el conocimiento, solamente pudo tener aquellos que, apresuradamente, anotó en el borde de las páginas. Amando a las mujeres, como las mujeres deben amar a los hombres, con pasión, y siendo un gran amador, debió renunciar lenta y dolorosamente, y casarse con la novia etérea y distante. Por eso el anillo de hierro, con el nombre de Cuba, es el símbolo de su extraño y excepcional matrimonio.

Que se equivocan los que tratan de irrumpir en su vida privada. Para mí, después de haberlo leído casi todo, la mujer que le arrancó el alma fue aquella junto a la cual no pudo permanecer definitivamente. Sin embargo, es a ella a la que escribió entre otras cartas y versos:

El infeliz que la manera ignore
De alzarse bien y caminar con brío,
De una virgen celeste se enamore
Y arda en su pecho el esplendor del mío.

Beso, trabajo, entre sus brazos sueño
Su hogar alzado por mi mano; envidia
Su fuerza a Dios, y vivo en él, desdeño
El torpe amor de Tibulo y de Ovidio.

Es tan bella mi Carmen, es tan bella,
Que si el cielo la atmósfera vacía
Dejase de su luz, dice una estrella
Que en el alma de Carmen la hallaría.

Años después, la viuda enviaría al hijo, que no fue ni un miserable ni un cobarde. Los que lo han acusado de tal, han ofendido gravemente a Martí, han ultrajado la memoria de Ismaelillo y se han introducido en una vida que no les pertenece. Ella lo pondría al cuidado del general en jefe, y siente el orgullo por el nombre que lleva, bastaría leer, para comprender la intensidad de esta tragedia, el cuaderno de bodas recién editado.

Del padre don Mariano, ¡qué decir! Cuántas veces en las barriadas de La Habana Vieja los amigos le habrán dicho: ¿por qué no estás con nosotros, tú que tienes experiencia militar, tú que has sido sargento y artillero, tú que has estado en las fortalezas de La Habana, te has desempeñado como celador? ¿Por qué no eres voluntario? ¿Por qué en los batallones de don Julián de Zulueta o de don Ramón Herrera? Pero no fue un voluntario. Prefirió la pobreza, la humildad de la existencia precaria y difícil. Martí piensa en él, inmemorando la conversación sostenida en sitio solitario del hogar, al padre no le extrañaría verle luchar por su patria.

Y quiso a ese padre con locura, como quiso a sus hermanas con ternura, que para ser un buen patricio hay que saber ser amigo, hombre o mujer; debería comportarse como compañero y a pesar de quebrantos o incompresiones, buen hijo o buen padre, todo debió dejarlo en el camino para consagrarse a lo más hermoso. Dos libros recientes, el de Ramiro Valdés Galarraga, un volumen esencial para el conocimiento de la obra martiana; las cartas reunidas con paciencia por Luis García Pascual, bajo el título *Destinatario José Martí*; la biografía de Cintio Vitier o la brillante investigación historiográfica del doctor Rolando Rodríguez. Aparece ante nosotros el Martí hombre, el mismo que perfiló en su obra anónima Gonzalo de Quesada.

La magnitud del legado yace en su copiosa correspondencia, en su oratoria, en su obra periodística, en su labor como conspirador revolucionario —esta última, a mi juicio, hasta hoy insuficientemente materializada—, revela todo ello su capacidad para convencer, para persuadir, para unir sobreviviendo a las flechas envenenadas de los envidiosos y mediocres. Hay quienes admiran, sí, pero con rabia. Él logró hacer de una multitud de periódicos, un periódico; de facciones y bandeiros, un partido; de incontables voces, una, convirtiéndose en el líder indiscutible de la nación cubana; con todo lo que ello tenía de significado: con sus vivos y con sus muertos. Un obrero, un maestro de los pobres, le llaman Apóstol. Se lo decían con la misma humildad y reconocimiento con que otros años atrás habían identificado al Libertador.

Cuba tiene tantos héroes como centavos hay en el peso. Y nos faltarían centavos para tantos más. Cinco están presos en Estados Unidos, y su austeridad, elocuencia y el rigor de sus alegatos, se constituye el documento político con que se nutre el acervo de este siglo que comienza para los revolucionarios cubanos. Pero tiene Cuba un solo Apóstol: aquí no hay doce, ni cuatro, ni seis; hay uno. Porque no vivió, él, en francachelas ni en disipaciones, sino con la sobriedad de los apóstoles. Porque tenía el carisma que, según los griegos, era capaz de encender en los corazones y en la conciencia de los demás, un fuego inextinguible. Si hubo regreso en el 95 fue por él; porque él logró pasar por encima de las diferencias, de las pequeñeces, y aun, entre las irreconciliables barreras que se habrían levantado entre los más grandes y entrañables compañeros, luego de la dispersión sin alcanzar la victoria.

Al llegar a Cuba, encontró la amarga realidad que en el diario aparece retratada en la conversación nocturna en el campamen-

to intramontano cuando aún no se han enraizado y acatado del todo las necesarias jerarquías en el ejército que debían fundar. Aquella noche se percató de ello, con amargura, y trata de apaciguar y de poner las cosas en su lugar.

A su muerte, a la que asistió como a nupcias indispensables, acude con el dolor y el sentimiento de que los compañeros pudiesen considerar que ese no era su lugar. El destino lo colocó en el camino, ante un barranco, el cañón del río. Cuando llegamos allí, a la orilla, ante el tropel de las aguas crecidas de mayo, imaginamos el vado y contemplamos la llanura en que se consumió su calvario. "Mi verso crecerá bajo la hierba, y yo también creceré". Dijo una vez. Creció el verso. La poesía no era solamente la rima mecánica. Era el soplo vital que la anima y la inspiración que la promueve. Es por eso que, al pensar en las cuartillas y cuadernos que había dejado en manos de Gonzalo de Quesada, pidiéndole que depurase lo que pudiese ser hojarasca, de lo que tenía mérito real, me esté yo refiriendo a la que alienta y sostiene, la que levanta y da coraje, la que hace mirar al futuro, la que nos hace dejar a un lado todo lo que nos aparta y nos coloca allí donde el deber nos llama.

Yo creo que esto inspiró a Julio Antonio Mella, a inquirir ávidamente, al general y doctor Eusebio Hernández y a los libertadores que, como los héroes de la antigua Grecia caminaban por las calles, ¿cómo fue aquel hombre? ¿Cómo se expresaba? ¿Cómo era el timbre o el metal de su voz? No se habían dado a la imprenta, todavía, la totalidad de sus obras; muchos de sus discursos y alocuciones se trasmitían entre los discípulos.

No había una exégesis profunda como las que magistralmente elaborarían Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, Rafael Esténger, Jorge Mañach, Roig de Leuchsenring, Hortensia Pichardo, Fina García Marruz, Roberto Fernández Retamar, don Rafael Cepeda o Juan Marinello, por solo citar algunos nombres. Se conocía menos. Se tenía, apenas, la visión deslumbrante del astro que fugazmente había pasado por el cielo de Cuba y que se había apagado a los cuarenta y dos años. Mella no fue únicamente un dirigente estudiantil: Mella fue un dirigente político. Estaba por encima de todo lo que había en su entorno. Fue el que más lejos vio. Fue un creador, y por su condición de creador sufrió mucho, por su condición de discóbolo de la juventud cubana —como lo llamó Pablo Neruda— estuvo llamado a padecer, incluso, la incompreensión de muchos compañeros y hermanos. Y cuando, en 1929, en una calle de México, muere baleado, sus últimas palabras lo explican todo: "muero por la revolución". Es un concepto mayor, más abarcador, y que nos llama a todos.

Una vez, le comenté al compañero Fidel, nuestro Fidel: "lo que quedará de nosotros más allá será el pensamiento de Martí y el de usted". Si nosotros estamos es porque él, Fidel, con su generosidad y con su sentido abarcador se dio cuenta, hechizado por el hombre Martí, que él era el sentido intelectual. Y el valor ético sustancial de la cultura y la nación. Porque, profundamente cespadiano, intuyó que sólo desde el pasado podía construir el futuro, y que había que llamar a todos los cubanos a edificar y a hacer una patria nueva

Concluiré esta intervención diciendo que la Sociedad Cultural está llamada a dar a conocer en América y el mundo el pensamiento de José Martí. Veo a Marx y a Engels como a Platón o a Sócrates, como a Justiciano o Terencio. Es un acto de indignancia moral desconocerlo.

La América necesita que nuestro discurso sea el de la esperanza, el que inspire a la juventud y dé a las nuevas generaciones que han de estudiar el pensamiento universal, las grandes corrientes filosóficas, la historia y el proceso de forja de las doctrinas universales. El marxismo es una clave para la interpretación; en este sentido es lícito imitar a su mentor, magno erudito, defensor a ultranza de la libertad del pensamiento.

Cuando los padres fundadores de las patrias americanas se tornaron en estatuas de piedras y metales —cuando los pueblos están decepcionados y se percibe una crisis en la institución republicana y aun en sus elites intelectuales—, la pervivencia de Cuba original y distinta, capaz de hacer una reinención del socialismo sin calco ni copia, que se aparta resueltamente de los errores que otros cometieron, valiente en la explicación y análisis de los suyos propios, alcanza un valor paradigmático e inestimable.

Los pueblos que por error, desidia o corrupción de sus clases dirigentes, han sido dejados a su suerte en el que se llamó una vez el campo socialista —espacio virtual del llamado socialismo real—, mirarán tarde o temprano con admiración el lejano país en el que floreció el jardín que plantaron sus propios fundadores.

Unos toman su camino, otros escogerán el suyo propio. El nuestro transita por un páramo helado; pero, más allá, amanece.

Nos preparamos para aprender e interpretar, que es el mayor desafío para los más jóvenes. Cuando un agnóstico me pregunta: ¿es que Martí habló o profetizó de todo? Les digo que desconocen la integridad e inmensidad de su obra moral. Cuando hacemos de lo histórico una reducción mecánica, omitimos el logro principal, el mayor, el más relevante de la revolución cubana, su obra moral. Nos ha llevado a perseguir, como ideal, la unidad continental, de la cual estamos tan distantes aún. Hay momentos en que he llegado a pensar que somos un puñado, los únicos que creemos en ello. El Caribe es una realidad geográfica pero descansa en las Antillas, una singularidad que nos ha hecho profundamente diferentes.

Hostos, Duarte, Martí, diseñaron un discurso de las Antillas, salpicado por el grito precursor de Toussaint Louverture, que cabalga sobre las montañas de Haití con su sombrero emplumado.

Nuestro mayor y más noble propósito es dar a conocer íntegro, limpio y puro, el pensamiento político, cultural, antimperialista, intensamente humano del Apóstol. Esa es la fuerza salvadora, la profecía, las ideas de un hombre, que no solo fue de su tiempo sino de todos los tiempos, no solo de Cuba: un hombre del mundo.

Muchas gracias

Yemi Novoa a la memoria de Martí

ACONTECIMIENTOS

En la historia, nuestra esperanza



El 19 de julio de 2002, el Centro de Estudios Martianos festejó en su sede de Calzada y 4, el Vedado, el vigésimo quinto aniversario de su fundación. Destacadas personalidades de la cultura y la política de nuestro país asistieron a la celebración.

En ocasión de este acontecimiento, fue reconocida la destacada trayectoria de intelectuales cuya labor se ha desarrollado estrechamente vinculada al Centro con la Distinción "Por la Cultura Nacional" y la Medalla "Alejo Carpentier". La Distinción "Por la Cultura Nacional", que otorga el Consejo de Estado de la República de Cuba, fue concedida al Centro como institución, y a Pedro Pablo Rodríguez e Ibrahim Hidalgo Paz. La Medalla "Alejo Carpentier", otorgada por el Ministerio de Cultura de la República de Cuba, fue entregada a Renio Díaz Triana, Caridad Atencio, Enrique Ubieta, Ela López Ugarte y al estudioso panameño Guillermo Castro.

Usaron de la palabra los doctores Cintio Vitier, fundador de la institución y su presidente de honor; Armando Hart, Director de la Oficina del Programa Martiano y presidente de la Sociedad Cultural "José Martí"; Ricardo Alarcón de Quesada, presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular; y Rolando González Patrio, director del Centro de Estudios Martianos.

Cintio Vitier comenzó su intervención recordando que la idea original de crear un núcleo de estudio martiano surgió en enero de 1967, cuando, durante el congreso internacional celebrado por el centenario de Rubén Darío y realizado por Casa de las Américas, Manuel Pedro González, Ángel Rama y Carlos Pellicer propusieron la creación de una sala dedicada al estudio de José Martí con sede en la Biblioteca Nacional. Explicó cómo, ya en enero del 1968, se inauguró la Sala Martí de la que fue director —como, también, del *Anuario Martiano*, que empezó a publicarse en enero de 1969. En la Sala Martiana se reunieron todos los libros de y sobre el Apóstol, más todos los manuscritos y fotos que habían sido donados en aquel momento. Vitier señaló, en especial, la indispensable colaboración en ese empeño de Fina García Marruz, de Aracely García-Carranza y su hermana Josefina, de Francisco Chavarry, Celestino Blanch, Teresita Batista, Teresa Proenza y de Roberto Friol. Señaló que la Sala Martí, rápidamente, se convirtió en un centro de investigación martiana en el ámbito nacional y también en el internacional.

"Considero —afirmó Vitier— que la Sala Martí fue sin duda antecedente y precursora del Centro de Estudios Martianos, creado por el Decreto del 19 de mayo de 1977, a tal extremo que, estableciéndose una visible continuidad con su primera etapa, hasta el 3 de febrero de 1982 estuvo funcionando en la propia Biblioteca Nacional, de la que, finalmente, se trasladó a la residencia donde vivió y murió el hijo de Martí con su esposa Teté Bances."

Vitier se refirió al trabajo concretamente desarrollado por él y Fina García Marruz en el entonces recién creado el Centro: la dirección, durante diez años, de la edición crítica de las *Obras completas*, con la colaboración de Emilio de Armas y María Talavera, de la cual vieron la luz cuatro tomos.

Manifestó su convicción de que, actualmente, la institución martiana posee un sólido equipo de investigadores y un excelente anuario, y destacó la calidad de sus eventos y ediciones, por todo lo cual considera que constituye una institución imprescindible y esencial para la cultura cubana y la defensa de la Revolución: "Que se me considere presidente de honor del Centro de Estudios Martianos es el mayor honor de mi vida", aseguró.

Finalmente, apuntó las que, a su juicio, son las trascendencias fundamentales del legado martiano en medio de la creciente batalla ideológica, educacional y cultural de la revolución cubana. Destacó la vigencia de su capacidad de integración de todas las necesidades y aspiraciones del hombre.

"A tal punto era este un objetivo de su genio intelectual y poético, que si examinamos en profundidad los retratos que hizo de hombres ejemplares, lo que más subraya en ellos son los caracteres anunciadores de un ser humano total". Y explicó, que aunque entre ellos podemos encontrar grandes héroes, poetas, pensadores, luchadores sociales, también aparecen parias, como el humilde David, de las Islas Turcas, "cuya estampa en el *Diario de Campaña* —afirma Vitier— lo hace emblema vivo de 'los pobres de la tierra', con los que quiso echar su suerte."

Vitier reconoció en Martí la presencia de un padre y de un guía de las mejores tendencias del alma: "Lo llamamos Apóstol porque toda su prédica fue un mensaje de salvación espiritual. Lo llamamos Maestro porque lo es de todos los niños, adolescentes y adultos, de todos los hombres y mujeres atraídos por él. Esa atracción no tiene fecha".

Seguidamente, Armando Hart rememoró con sus palabras el lema que presidía la labor del Ministerio de Educación, cuando él asumiera su dirección, en 1959: *Ser culto es el único modo de ser libre*, frase del Apóstol extraída de su texto "Maestros ambulantes", publicado en *La América*, en 1884:

"Estábamos —reconoció— fuertemente influidos por las ideas del Maestro que, como he señalado en otras ocasiones, aprendimos en la escuela cubana. Esa misma tradición, renovada y fortalecida, estuvo presente una vez más en todo el proceso que condujo a la creación, hace veinticinco años, del Centro de Estudios Martianos."

Hart comentó lo entrañable que esa institución le resulta, en tanto fue fruto de una de las primeras iniciativas que, con el concurso de otros compañeros, emprendió como Ministro de Cultura.

"Resultaba ya inaplazable crear una institución científica y de promoción que canalizara y estimulara los estudios sobre el Héroe Nacional cubano —enfaticó—. Debíamos hacerlo a partir de las indagaciones que, en las más difíciles condiciones, lo habían realizado antes diversos estudiosos [...]. Es justo destacar que desde 1968 ya Cintio Vitier había organizado la Sala Martí en la Biblioteca Nacional. Los mayores recordamos que esta generosa gestión encontró incomprendiones y obstáculos que, a medida que pasa el tiempo, nos parecen inconcebibles; solo los explica la mediocridad que es, precisamente, una de las dificultades que debe enfrentar toda obra creadora."

Y mi honor a la de Martí

Hart precisó que la fundación del Centro se trató de una idea concebida junto con Haydeé Santamaría y Roberto Fernández Retamar, que recibió el apoyo apasionado de Celia Sánchez. Entonces pensaron, como director, en Juan Marinello, "uno de nuestros más sobresalientes martianos y uno de los más destacados marxistas".

"Juan mantenía en alto la tradición que nos venía de Mella, Villena y Baliño de que en Cuba para ser marxista consecuente había que ser martiano. Exaltar esta identidad está en el corazón de la revolución de Fidel de manera que no se puede ser fidelista, en su forma más alta, sin entender el significado de esta relación entre el pensamiento de Marx y de Martí."

Se refirió a que la muerte de Marinello impidió, lamentablemente, que pudiera asumir esa responsabilidad, y fue nombrado director Roberto Fernández Retamar, quien era, de igual modo, un renombrado martiano.

Hart manifestó su satisfacción por la historia vivida por el Centro desde su creación, pero apuntó que es necesario, a partir de ella, plantear las nuevas metas de trabajo, sustentadas en las enseñanzas válidas y los logros obtenidos hasta ahora. Inquirió respecto al deber que existe, con las generaciones que vivirán bien entrado el siglo XXI, de preservación y transmisión del legado martiano:

"¿Cómo debemos insertarnos de manera creativa y eficaz en el esfuerzo que involucra a todo el país, y al que nos convoca con urgencia e insistencia el compañero Fidel, para alcanzar una cultura integral y masiva? ¿Qué debemos hacer hoy para que el legado sagrado de José Martí sea investigado con profundidad a la luz de las experiencias, de avances y retrocesos del siglo XX?"

A su juicio, ha llegado la hora de superar todos los esquemas y dogmatismo que nos llegaron de fuera, como "única forma política y científica para hallar un camino que nos libere de los sistemas opresivos y nos permita arribar a una genuina humanidad como la que soñaron los grandes utópicos."

Aseveró que ese empeño sobrepasa los límites de una sola institución aunque precisó que el Centro de Estudios Martianos debe ocupar las filas más avanzadas, a la vanguardia del proyecto. Comunicó que la Sociedad Cultural "José Martí" y la Escuela Nacional del Partido "Nico López" invitan al resto de las instituciones cubanas, interesadas en esta investigación sobre el pensamiento cubano a la luz de Martí, a un encuentro que les permita asumir de conjunto el desafío planteado por Julio Antonio Mella de descubrir el misterio del programa ultrademocrático martiano.

Por su parte, Ricardo Alarcón comenzó su intervención felicitando a todos los distinguidos, por la labor que han venido realizando en la divulgación del pensamiento martiano y al estudio de la vida y la obra del Maestro, como parte de un proceso de mayor amplitud vinculado a la batalla de ideas. Recordó, asimismo, la lucha que, históricamente, ha realizado el pueblo cubano por rescatar a Martí y devolverlo al sitio donde debió haber esta-

do siempre, a la cabeza de su pueblo, en el centro y el corazón de sus aspiraciones y esperanzas. Y afirmó:

"Los cubanos primero tratamos de no creer en la muerte de Martí, lo esperamos a que regresase con su verbo, con su espíritu movilizador [...] y a lo largo de aquellas décadas de República dominada por lo más opuesto al ideal martiano. Hasta aquella generación que en el centenario quiso impedir definitivamente que el Apóstol muriese"

Alarcón narró a los presentes que sus primeras andanzas en el estudio del pensamiento martiano no le aportaron gran cosa en términos intelectuales aunque sí recordaría para siempre "unos cuantos empellones y un par de puntapiés con que los esbirros batistianos asaltaron de la decimocuarta estación de la policía acabaron con los libros y destruyeron el local de la Asociación de Estudiantes del Instituto de la Víbora". Evocó aquel grupo de muchachos que trató de organizar lo que, en aquella época, poco después del 10 de marzo, se llamaban círculos de estudios martianos, empeñados en recordar el centenario del Apóstol. Se refirió a su convicción posterior de que seguía vivo cuando la Generación del Centenario logró, finalmente, conducir su movimiento a la victoria. Afirmó, que eso pudo suceder "gracias a un puñado de pensadores, de intelectuales y de trabajadores que se mantuvieron leales a su pensamiento y a sus enseñanzas a lo largo de aquellas décadas":

"La figura, el genio y el mensaje de Martí hoy desborda lo que es el estudio académico, el esfuerzo del investigador literario o del historiador para estar donde siempre debió haber estado y donde estará cada vez más."

Alarcón mencionó, particularmente, el aporte de Cintio Vitier en la concepción de los *Cuadernos Martianos*, que son un instrumento de extensión, de multiplicación del insuperable ejemplo de la vida del Apóstol, y, así, se regocijó de que Cuba cada vez más se esté convirtiendo en un inmenso centro de estudios martianos, donde no solo las nuevas generaciones se instruyen sino que, también, se forman, animadas por la ética que el Maestro nos legara.

"Ese hombre —declaró— pudo encontrar discípulos, seguidores, compañeros que lo han acompañado más allá de Dos Ríos; que impidieron que muriese; que lo han mantenido vivo y que hoy pueden ver con legítima satisfacción cómo sus huestes se multiplican hasta abarcar a todo el pueblo."

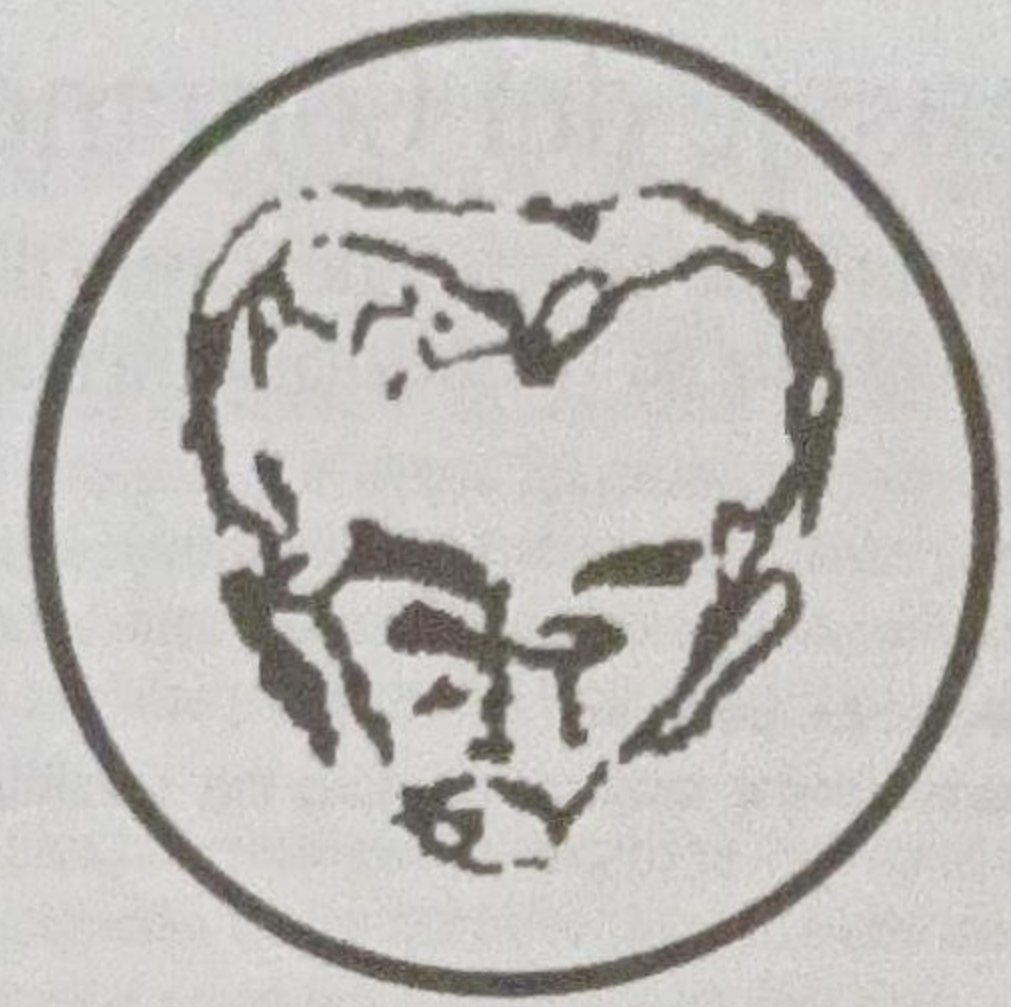
Alarcón, para concluir, expresó a nombre de todo el pueblo cubano su gratitud al Centro por su labor de defender, salvar y extender el ejemplo y el pensamiento de José Martí.

Con la intervención del doctor Rolando González Patricio, director del Centro de Estudios Martianos —que reproducimos a continuación— culminó la emotiva actividad.

M.B.M.

Hacer ciencia del lado de la justicia

Palabras pronunciadas por Rolando González Patricio, director del Centro de Estudios Martianos, durante el acto de celebración por el vigésimo quinto aniversario de esa institución.



En esta casona del Vedado vivió casi la mitad de sus años José Francisco Martí Zayas-Bazán; estas columnas vigilaron sus pasos; estos techos cobijaron sus noches; estos muros libraron de los ruidos sus alegrías y desencantos. José Martí tuvo fe en él cuando era todavía “un príncipe enano”, como de igual modo tuvo fe “en el mejoramiento humano, en la vida futura”, y “en la utilidad de la virtud”. De él también espero verlo erguirse como trabajador. Herederos de ese espíritu hemos sido quienes, entregados al Centro de Estudios Martianos, hemos aportado a esta obra colectiva nuestras mejores energías, unos en los años fundacionales y otros en los tiempos de madurar.

En vísperas de este primer cuarto de siglo, el Centro de Estudios Martianos propuso reconocer el esfuerzo y el aporte que durante años han brindado a nuestro quehacer compañeras y compañeros como Ela, Cary, Renio, Guillermo, Ubieta, Biosca, Pedro Pablo e Ibrahim. La semilla de justicia presente en nuestra proposición, germinó pronto en la fértil sensibilidad del Ministerio de Cultura y del Consejo de Estado. La satisfacción de cada uno de los condecorados es grande, pero mayor aún es la de todos los que sabemos reconocer en ellos la virtud.

Recibir a iniciativa del Ministerio de Cultura la Medalla “Alejo Carpentier”, es para el Centro de Estudios Martianos motivo de alegría oportuna y reflexión impostergable. La institución que hoy recibe esta medalla es la casa en que laboran mujeres y hombres cuya entrega y sentido de pertenencia se traduce no solo en un servicio, en una obra crecida y creciente, sino, además, en actitudes. Si a alguien que no conociera la razón de ser de este centro se le dice que en difícil verano de 1993, cuando las estrecheces económicas no permitían el consumo de energía en detrimento de la que era posible ofrecer a la población, no cerramos el portón de Calzada 807 y, encabezados entonces por Ismael González (Manelo), no renunciamos a los proyectos de investigación ni nos fuimos a extender las vacaciones, sino que continuamos avanzando, para evitar que se postergaran empeños como la edición crítica de las obras

completas de José Martí. Si eso se le explica al desconocedor hipotético, no dudo que le será suficiente para conocer el alma de esta institución y de sus colaboradores. En nombre de todos ellos, de los que la vida no les alcanzó hasta hoy pero siguen aquí, y de los que ya no entran cada mañana a esta casa porque otras tareas se lo impiden, es que recibimos esta medalla.

Aceptar este reconocimiento es para el Centro de Estudios Martianos una nueva razón para no perder el paso, para saltar por encima de las dificultades y vencer las amenazas, para multiplicar las fortalezas y dominar las oportunidades. En esta, nuestra colmena, tendremos una reina, la inteligencia útil que nace de la vocación de servicio, y tanto ella como nosotros, no queremos zánganos.

Este centro, hijo de lo más certero de la política cultural de la Revolución, supo alzar, desde la cuna, el machete de las ideas. Lo aprendimos de varias generaciones de estudiosos martianos y de la convicción que condujo a la apertura de la Sala Martí de la Biblioteca Nacional. La batalla de ideas a que hoy nos convoca Fidel es la edición contemporánea de la guerra de pensamiento cuya victoria nos exige José Martí. Tomar parte en ella, de forma activa y eficaz, pero humilde, es una de las más trascendentes misiones de este centro; un camino para ejercer nuestra oportunidad de ser mujeres y hombres de estos tiempos en que la humanidad corre el riesgo de ser despojada de las conquistas y las esperanzas por las cuales supo batallar el Apóstol.

Hacer ciencia del lado de la justicia y generar cultura, para “el bien mayor del hombre”, será el camino del Centro de Estudios Martianos, al menos durante los próximos veinticinco años. La autoexigencia y el rigor en el cumplimiento de nuestra misión, la capacidad para multiplicar y redimensionar los estudios martianos, la habilidad para evidenciar en otras latitudes el aporte martiano a la edificación de un orbe nuevo, el mundo posible de José Martí, nos permitirá siempre, a la sombra de la Revolución, hacer nuestra modesta contribución, que es, también, por qué no, obra universal.

yo mi honor a la de Martí

Mensaje del Comandante en Jefe

El Comandante en Jefe Fidel Castro dirigió al colectivo de trabajadores del Centro de Estudios Martianos, con motivo de su veinticinco aniversario, el siguiente mensaje de felicitación:

REPÚBLICA DE CUBA
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE ESTADO Y DEL GOBIERNO

La Habana, 19 de julio del 2002

A LOS TRABAJADORES DEL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

Queridos compañeros:

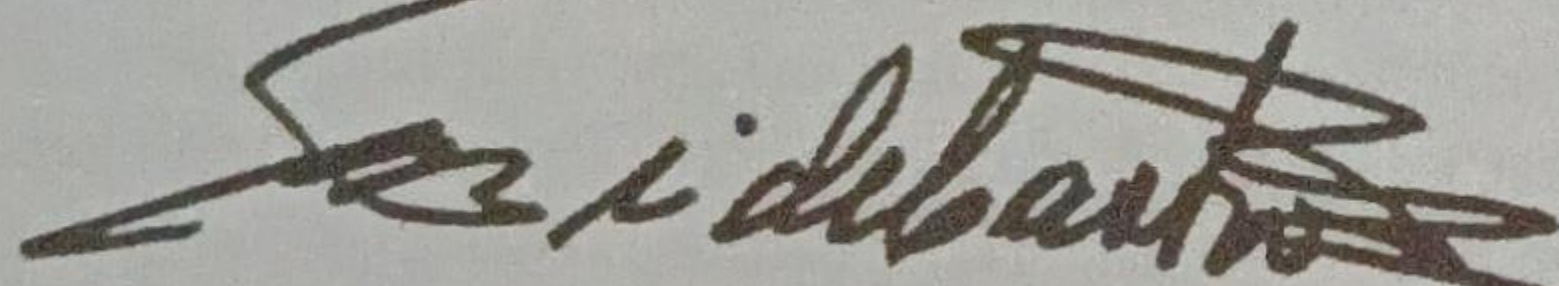
Me uno efusivamente al cálido homenaje y al sentido reconocimiento que se brinda al Centro de Estudios Martianos en su vigésimo quinto aniversario.

No es posible minimizar el papel que está llamada a desempeñar esta institución dentro de la colosal batalla de ideas que libra hoy el pueblo cubano, en la misma medida en que el pensamiento y la acción revolucionarios de José Martí, objeto del afanoso trabajo cotidiano del Centro, están en el corazón mismo de esa batalla. Ustedes han sabido convertir el legado martiano, más que en materia de rica creación intelectual, en apostolado de elevada ética social y humana y de apasionado patriotismo.

Nuestro pueblo, agudamente sensible a todo lo que se relacione con sus más preciadas esencias, sabe muy bien que en el Centro de Estudios Martianos cuenta con un poderoso ariete y una formidable trinchera de ideas.

Los felicito en este significativo aniversario y los exhorto a seguir manteniendo en alto, como hasta hoy, los valores que han hecho merecedor a este Centro de Estudios Martianos de la gran confianza que tienen depositada en él nuestro Partido, nuestro Gobierno y todo nuestro pueblo de arraigada entraña martiana.

Fraternalmente,



Fidel Castro Ruz

PRESENCIA

Quizás una de las pruebas más fehacientes de la vigencia del pensamiento martiano es este texto, cuya agudeza de análisis en torno a una situación de su época, adelanta, asimismo, una reflexión que parece absolutamente contemporánea y aplicable ante la presencia amenazante que constituye hoy el ALCA para los países de esta América nuestra.

El tratado comercial entre los Estados Unidos y México

JOSÉ MARTÍ

No ha habido en estos últimos años —si se descuenta de ellos el problema reciente que trae a debate la apertura del istmo de Panamá— acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América Latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne solo a México, cuyos adelantos, de fuerza propia y empuje indígena, despiertan simpatía vehemente en cuantos, por ser de pueblos de América, ven con orgullo fraternal la inteligencia exuberante, investigadora e impaciente de sus hijos, y la prisa con que —acallados ya los naturales hervores de pueblo primerizo, criado a pechos duros de madre preocupada— se dan los naturales de la tierra a utilizar y multiplicar las excelencias pasmosas de su suelo. El tratado concierne a todos los pueblos de la América Latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablemos aquí de riesgos de orden político; a veces, el patriotismo es la locura; otras veces, como en México ahora, es más que la prudencia: es la cautela. Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que a nuestros intereses afecta: hablamos de riesgos económicos. Apuntarlos será bastante, puesto que el tratado comercial con México no está más que apuntado todavía. Acaba de ser revelado al público, cuya curiosidad atizaban principalmente, por medio de diarios poderosos, los productores de azúcares, que se creen directamente amenazados por el proyecto. El Senado ha decidido la publicación del documento, que está en camino de ser ley, luego que lo aprueben, después de escrupulosa discusión, ambas naciones.

Los artículos 1º, 2º, 6º, 7º y 8º, son los más notables del proyecto. En el primero se establecen todos los artículos de producción mexicana que habrán de admitirse libres de derechos en los Estados Unidos, en tanto que el tratado dure. En el segundo, todos los artículos de los Estados Unidos que México se obliga a admitir libres de derechos. En el sexto se estipula que ni una ni otra nación gravará con derechos, a su

paso por ella, ninguno de los productos declarados de entrada libre en el país, cuando hayan de consumirse en la misma nación; aunque por el séptimo artículo se autorizan nuevamente ambos pueblos contratantes a gravar estos productos, a su paso por su territorio, siempre que asen por él, no para quedarse en alguna comarca de él, sino para ser consumidos en otro país. Y el octavo fija en doce meses el tiempo en que, después de la aprobación del tratado por ambos países con arreglo a sus constituciones y cambio consiguiente de ratificaciones, han de tomarse las medidas y dictarse las leyes necesarias para que el tratado entre en vigor.

Nada dará una idea tan efectiva de la magnitud del suceso en proyecto como la enumeración de los artículos que cada uno de ambos países se obliga a aceptar en su territorio libres de derechos.

Los Estados Unidos libertan de toda contribución de entrada por sus puertos o fronteras a cuanto México exporta, puesto que apenas hay producto del suelo mexicano que no quede exento de derechos en este proyecto. Y es de notar que ha puesto mano en el tratado, de parte de México, hombre previsor, puesto que en la exención se incluyen ramos que no existen aún en México sino en porción insignificante, pero que, por la obra del tratado mismo, han de cobrar pronto desarrollo e importancia. Quedan exentos de derechos los animales vivos, la cebada, si no es de la que llaman perla; carne de vaca, café y huevos, esparto y otras gramíneas, que en los Estados Unidos usan, entre otras cosas, como materia prima del papel; toda clase de flores, toda clase de frutas, las cuales son comercios llamados al desenvolvimiento notable e inmediato, no bien haya ferrocarriles que enlacen, sobre todo del lado del Atlántico, ambos pueblos; pieles de cabra sin curtir; todas las variedades del henequén y cuantos puedan sustituir al lino; cuerdas de cuero; cuero sin curtir; pieles de cabra de Angora, sin curtir y sin lana, y pieles de asno; goma de la India; el índigo tan bueno en México; el ixtle, o fibra de Tampico, susceptible de aplicaciones tan varias; jalapa, maderas de tinte y todo grano o insecto de teñir; mieles, aceite de palma y de coco; mercurio, zarzaparrilla cruda y substancias similares; paja no trabajada, azúcar que no exceda del número 16, holandés en color, tabaco en rama, no elaborado; cuantas legumbres produce el país y cuantas maderas de fábricas —aunque no han de estar trabajadas— pueblan sus bosques; exención, esta última, de marcada valía, si se tiene en cuenta cuánto abundan las costas de México en muy buenas maderas empleables en la construcción de los buques, y la posibilidad de que, cediendo al fin al clamor nacional, se deroguen pronto en los Estados Unidos las leyes que hacen ahora punto menos que imposible, por lo excesivamente cara, la construcción de buques en astilleros de la nación.

En cambio de estas ventajas, México abre sus puertas a todos los productos de hierro que por la mala obra y falaz beneficio del sistema proteccionista sobrecarga hoy a los mercados americanos, enfermos de plétora; a cuanto se necesita para levantar pueblos, como por obra de magia; para desmontar selvas, para quebrar montes y echar, por donde andaban sierpes y fieras, ferrocarriles. Sin más que pocos productos del suelo, para dar de comer a los nuevos habitantes, con lo que este artículo permite libre de entrada en México, puede construirse, como por obra de soplo fantástico, toda una nación. La lista es tan numerosa, que absorbería todo nuestro espacio; ¿qué necesitamos decir, si a lo que va dicho añadimos que el artículo permite la entrada en México de cuanto un pueblo necesita para arar toda su tierra, y sembrarla toda, y alimentar a los agricultores mientras produce, y remover y exprimir las aguas de los ríos, y penetrar y hacer saltar las ricas minas de todos sus montes?

yes mi honda a la de Martí

Resulta, pues, de la primera ojeada, que el beneficio de México, inmediato en algunos casos, como el del henequén para Yucatán, es más un beneficio de porvenir que de presente, y nominal que real, puesto que, hoy y por tiempo no breve, México no puede aumentar sensiblemente la producción de los frutos naturales que hoy exporta y que coloca con ventaja y sin esfuerzo, ya en los Estados Unidos, ya en los mercados europeos. El azúcar que México produce, ni mejoraría de clase ni aumentaría en cantidad sin la ayuda de maquinarias poderosas, cuyo efecto vendría a coincidir probablemente con los últimos años de duración del tratado que se proyecta. El café mexicano, sobre que tiene asegurado su consumo, aun en años de depreciación del fruto, como éste, merced a su perfume y vigor, no recibe con el tratado ventaja alguna, puesto que todo café entra en los Estados Unidos libre de derechos. Y en general todos los productos mexicanos necesitan, para el súbito crecimiento a que están llamados, más vías por donde ser conducidos —las cuales están haciendo— y más brazos que los produzcan, los cuales no son tan fáciles de hacer.

En cambio, los Estados Unidos ponen a inmediatamente en circulación, con un interés subido, por lo pingüe de los frutos de la tierra y la mayor baratura de la colocación de su caudal, el exceso de riqueza que hoy dedican a operaciones agitadas y antipáticas de bolsa, por las que comienza a haber visible desgano público; se crean un cuantiosísimo mercado para muchos productos que les sobran y se ayudan a mantener, con este canal ancho del exceso de producción, el sistema prohibitivo, del que creen que necesitan aún sus industrias para llegar más tarde a competir con las más perfectas europeas. Descargan sus mercados; emplean a mayor interés su riqueza sobrada; se ayudan a esquivar, por unos cuantos años, con el nuevo mercado de los frutos sobrantes, el problema gravísimo que viene de la desocupación de los obreros por el exceso de producción de artículos no colocables —fatal consecuencia del sistema de la protección— e introducen sin derechos pueblos enteros, ciudades enteras, en un pueblo limítrofe.

Tal es la inmediata consecuencia y las ventajas que acarrea el tratado a ambos países. A México, los medios de producir mañana con exuberancia frutos de que los Estados Unidos son un considerable consumidor; a los Estados Unidos, la colocación, desde el primer instante, en condiciones ventajosas, de un exceso de riqueza que coloca hoy desventajosamente, el descargo en un mercado forzoso de sus industrias embarazadas por la sobra de productos no colocables y la posibilidad de alzar ciudades, sin mas autorización ni traba que las que les otorga el tratado, en un pueblo vecino.

En cuanto a los demás países de la América, que, por su penosa condición los unos —los más interesados acaso!— y los otros por ese desvío fatal, falta de intercomunicación y baltasárica pereza en que viven, no parecen haberse dado aún cuenta de este importante proyecto, y no hay uno acaso que no hubiera a la larga de sentir en sí sus resultados. Cuba vive exclusivamente —dejando por un momento a un lado su tabaco, el que no cuida como debe— de los azúcares que envía, por mar y con derechos graves de exportación e importación, a los Estados Unidos. Bien se sabe cómo crea maravillas, con su soplo de fuego, la vida moderna; tabaco, no parece que pueda producirlo México tan bueno como Cuba; pero azúcar sí puede producirlo tan bueno. Con ferrocarriles, ya en construcción, que vayan, sin demora ni estorbo en la frontera, del centro de los territorios azucareros al centro de los mercados americanos; con la creación subsiguiente e inevitable de ingenios poderosos, estimulados por la baratura de la maquinaria, la fertilidad de la tierra y la facilidad de la colocación del fruto, producirá

México dentro de algunos años cantidad extraordinaria de azúcar, a cuya entrada en los Estados Unidos se opondrán en vano los cultivadores de Louisiana y Estados análogos, porque la mayor suma de varios intereses que aprovecharán grandemente, por cierto tiempo, del comercio libre con México, ahogarán los clamores de la suma menor de interesados en el mantenimiento de una sola producción. ¿Cómo podrán entonces, en época que todos los datos ya hoy visibles y producidos de ellos, hacen parecer no lejana, competir los azúcares de Cuba, que irán por mar y con derechos a su salida y llegada a los Estados Unidos, con azúcar de igual clase de México, que irá por ferrocarril, sin derechos probables de salida y sin derechos de entrada? Ni ¿cómo competirían, aun con igualdad de derechos? Comete suicidio un pueblo el día en que fia su subsistencia a un solo fruto. México se salvará siempre, porque los cultiva todos. Y en las comarcas donde se dan de preferencia al cultivo de uno, de la caña o del café, se sufre siempre más, y más frecuentemente, que en comarcas donde con la variedad de frutos hay un provecho, menor en ocasiones, pero derivado de varias fuentes, equilibrado y constante.

Como México produce todo lo que los demás Estados de Centro América y de la América del Sud, y tiene aún territorio inmenso donde extender sus múltiples productos, y va a recibir ahora superabundancia de medios de producir de que continuarán careciendo los demás países americanos que le son análogos en producciones, aun sin contar con la rebaja especial de derechos que conceden los Estados Unidos a México, y por más que se tuviera en cuenta la posibilidad, que no llega a ser probabilidad, de que celebrasen los Estados Unidos con los demás países de la América tratados semejantes al de México, resultaría siempre que en la competencia de frutos iguales por llegar a un mercado común llevaría la ventaja, por precios de flete, frescura del fruto y oportunidad del arribo, el país más cercano.

Tales apuntes nos sugieren hoy la lectura el proyecto. Con la costumbre, no descaminada a veces, de buscar causas ruines a los propósitos de apariencia y objeto más loable —han dicho periódicos de los Estados Unidos de tanta valía como el *Sun*, de New York, y otros de no menor influencia en Washington, que como el tratado dejaría sin rentas al gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de aduanas,— se vería el Gobierno en la necesidad de suspender el pago a poco de las subvenciones con que auxilia la construcción de determinadas líneas férreas de empresarios norteamericanos; éstas, privadas de la subvención, quedarían forzadas a interrumpir y a abandonar, acaso, sus trabajos; y entonces, sobre sus ruinas, continuaría construyendo los ferrocarriles mexicanos la poderosa compañía no subvencionada, nutrida por los magnates ferrocarriles de los Estados Unidos, con cuyos intereses está íntimamente ligado el general Grant coautor, si no en la letra, en el espíritu del proyecto. Pero a este rumor, a pesar de su apariencia racional, no ha de adscribirse este proyecto de tratado, de tal alcance, de tan profunda trascendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso.

Invitamos a reflexionar sobre el tratado.

(Publicado en *La América*. Nueva York, marzo de 1883.)

ALA DE COLIBRÍ

“Quiero a la sombra
de un ala” ...

“Quiero a la sombra de un ala”... “Como en andas de flores se levanta, colgada de granadillas e hipomeas”... “los pueblos de indios nuevos que tejían y teñían”... Oigamos la textura del aliento de sus palabras para celebrarle el nacimiento, pues el nacer de José Martí, comprendía el nacer de una forma del idioma y del sacrificio, la configuración de un esplendor nuestro para las palabras y sus sobresaltos al oírlas. Su verbo solía arracimarse, como la crepitación del sarmiento, poniendo madera e hinchando fuego por el centro, sintiendo en su proliferación, no la seguridad de la escala interpretada, tejida sobre un punto inmóvil, sino un tumulto o ventolera que volvía sobre el viejo caserón idiomático, llevando la disposición proporcionada a un puño que apretaba con nuevas sacudidas. Varón memorable, en quien el aliento cobraba el conocimiento de todo el cuerpo que lo lanza, su recorrerse en aventuras por vísceras y fragmentos, por sus espacios irreconocibles y oscuros. Aliento que formula el inmovible verbal y un tejerse que se empotraba en las palabras, lascas claras de algunas de nuestras maderas injertadas en otras de más noche y veneración.

Así como su aliento y su mano podían arracimar las palabras, su destino lo ocupaba y comprendía con la sencillez resuelta del árbol que se sitúa en su paisaje. Cuando muere lo hace en una batalla para despedirse con misterio y hoy que le celebramos la aparición, rindiéndole las gracias, seguimos tocándolo y reconociéndolo despacio para justificar el surgimiento de su germen, como si lo igualáramos a la semilla que necesita de su tierra. Pues poder justificar que su nacimiento tenía que ser entre nosotros, podría justificar de una vez la avivadora posibilidad de una historia y la solución de la forma de nuestros estilos posibles. La opulencia de su destino y de su idioma lo cierran como un continuo viviente de permanente respiración. El aliento que se procura sus nacimientos, parecía asirse a él, como para trabajar una materia de salvación y gracia, fuego volante que traspasa las mil interpretaciones. Perder el aliento, rocío, sustancia sutil, invisible resistencia, como en los comienzos, era su muerte. Celebrar la aparición de su aliento, de su soplo sobre el mundo exterior, manera de dejar la huella para su reconocimiento y resurrección.

José Lezama Lima
Tratados en La Habana, 1958

Martí

¡Ah, no penséis que su voz
es un suspiro! Que tiene
manos de sombra, y que es
su mirada lenta gota
lunar temblando de frío
sobre una rosa.

Su voz
abre la piedra, y sus manos
parten el hierro. Sus ojos
llegan ardiendo a los bosques
nocturnos; los negros bosques

Tocadle: veréis que os quema
Dadle la mano: veréis
su mano abierta en que cabe
Cuba como un encendido
tomeguín de alas seguras
en la tormenta. Miradlo
veréis que su voz os ciega.
Pero seguidlo en la noche:
¡oh, por qué claros caminos
su luz en la noche os lleva!

Nicolás Guillén
Tengo, 1964

INTIMANDO

A CARGO DE RAFAEL POLANCO

El patriota puertorriqueño Juan Mari Bras, destacada personalidad del independentismo puertorriqueño, durante su visita a Cuba, en septiembre del pasado año, accedió a dedicar unas palabras a nuestra publicación.

¿Qué representa para usted Martí?

Pienso que representa la maduración histórica de la idea antillanista que originaron Betances —porque nació mucho antes que Martí— y otros dominicanos, cubanos y puertorriqueños, pero que tiene su culminación en el pensamiento luminoso de Martí, como continuidad de la idea bolivariana de “Para nosotros, la Patria es América”. Martí precisa “nuestra América”. De ahí, claro, su concepto de la guerra preventiva para evitar que los Estados Unidos se vuelquen con toda su fuerza contra la América nuestra, y la idea de las Antillas como fuerza de equilibrio de esas dos Américas. Dos Américas que están emblemáticas, diríamos, por el pensamiento pre-imperialista de Thomas Jefferson, el tercer presidente de Estados Unidos, que visualizaba al hemisferio entero bajo la hegemonía unilateral de la nueva república de Estados Unidos: y el pensamiento de Bolívar, que se materializa, en parte, en el congreso anfictiónico de Panamá. Martí recoge todo ese legado bolivariano y al precisar “nuestra América” ubica en el archipiélago de las Antillas Mayores la responsabilidad de equilibrar al mundo americano en general.

Dentro de esa concepción, Martí es la fuerza primaria, diríamos, del vínculo ya irreversible entre la lucha revolucionaria de Cuba y de Puerto Rico. Nosotros, por tanto, en el movimiento independentista puertorriqueño lo consideramos como uno de nuestros grandes próceres. Apóstol de Cuba, Héroe Nacional de Cuba, lo es también de Puerto Rico. Eso lo demostró en sus escritos, en la redacción de los estatutos del Partido Revolucionario Cubano cuando indica que se organiza para hacer la independencia de Cuba y promover y fomentar la independencia de Puerto Rico, su colaboración con un grupo de puertorriqueños, entre los que se destaca Sotero Figueroa, allá en Nueva York, para la producción del periódico

Patria, y en su correspondencia, no muy abundante pero muy significativa, con el padre de nuestra patria, Ramón Emeterio Betances. Desde mucho antes de la fundación del Partido Revolucionario Cubano él entra en contacto con Betances y le reconoce el papel que había tenido ya como “el antillano”, que así se le conocía: el fundador de la idea antillanista. Luego, cuando ya fundado el partido en Nueva York, Martí le escribe a Betances a París, pidiéndole que asuma la representación de Cuba en Europa, se integra el vínculo ya indisoluble entre la lucha revolucionaria de ambas islas antillanas. Por eso, para nosotros siempre ha sido Martí una figura de primera magnitud en la historia de nuestra propia patria, de las Antillas y de América.

Cuando se celebró el centenario de su natalicio, en 1953, hubo una sesión solemne de la Asamblea Legislativa de Puerto Rico en su homenaje y el doctor Gilberto Concepción de Gracia —que a la sazón presidía el Partido Independentista Puertorriqueño y era senador en la Asamblea Legislativa— pronunció uno de los discursos más elocuentes de toda su vida política, que dejó avergonzados a los dirigentes de las facciones colonialistas allí presentes y que hablaban pura retórica, sin entrar en la sustancia del pensamiento martiano. Porque Concepción de Gracia —me consta, pues yo fui, se podría decir, en una época, su discípulo— era un martiano desde sus tiempos de juventud; como lo fue Albizu Campos, quien también tuve el honor de escuchar en la intimidad de una conversación con estudiantes universitarios de la época —y yo era uno de ellos— cuando regresó del destierro y de la prisión en 1947. Y pocas veces vi yo a don Pedro emocionarse con tanta vehemencia que cuando se refería a José Martí.

Albizu estuvo en Cuba en 1927, cuando inició un recorrido por América Latina para promover la solidaridad con la independencia de Puerto Rico. Entonces él era vicepresidente del Partido Nacionalista. Llegó a La Habana, y aquí lo recibieron, entre otros, Juan Marinello y muchísimos jóvenes de la época. Lo llevaron al Parque Central a depositar una ofrenda floral ante la estatua de Martí, y Albizu comenzó su discurso... acuérdense que estoy hablando del tiempo en que Cuba estaba bajo el régimen de Machado... y Albizu empieza su discurso allí ante la estatua de Martí: “¿Está la Cuba con-

temporánea a la altura de los pies de esta estatua? Aquí viene un puertorriqueño a decirnos que no!”. Y por ahí... descarga contra el régimen vigente... y lo botaron de Cuba. Ya lo habían botado de Haití, antes, a donde había ido primero.

Pero ése era el vínculo afectivo, intelectual, patriótico que siempre tuvo el liderazgo independentista puertorriqueño de ambas vertientes. Le he mencionado a Concepción de Gracia, que era el líder del grupo electoral independentista, y a Albizu Campos, que era el líder del grupo insurreccional, si se quiere, nacionalista. Y, así, todo el independentismo puertorriqueño a lo largo del siglo XX —en lo que me ha tocado vivir— considera a José Martí una figura esencial de nuestra propia historia.

¿Cree usted que Martí conserva vigencia hoy, pasados más de cien años de su muerte, para encarar los problemas de América en los albores de este nuevo milenio?

Claro. Sí. Yo creo que ese carácter profético del pensamiento martiano es esencial, sobre todo, ahora en los albores del siglo XXI, cuando nos enfrentamos a una universalidad presuntamente unipolar. América, “nuestra América”, tiene que armarse de ideas fundamentales como las que proyectó José Martí sobre el equilibrio del continente y del mundo, que le sirvan de asidero para poder enfrentarse a esa pretensión hegemónica del imperio de Estados Unidos. En ese sentido me parece muy pertinente el centro temático de la convocatoria para la celebración del sesquicentenario de José Martí aquí en Cuba ■

Muy próximos a conmemorar el 150 aniversario del natalicio del Apóstol, la relevancia de la pequeña casita de la calle Paula número 314 —antiguo 41— se acrecienta: se trata del lugar más íntimamente vinculado al momento de su nacimiento y a los primeros meses de su vida. Por esa razón, hemos querido dialogar con la directora del Museo Casa Natal, la compañera Zenaida Gómez Taño, para conocer del trabajo de esta institución y, también, recordar algunos aspectos interesantes de la historia de este inmueble, que forma parte indisoluble del patrimonio sagrado de la nación cubana.



Sabemos con cuánta pasión y entrega diriges este museo y conocemos de la labor investigativa realizada en torno a la casa. Háblanos, para comenzar, sobre este último aspecto.

En realidad no fue hasta 1925 que la casa se convirtió en museo, gracias a la abnegada labor del eminente periodista Arturo Carricarte, al frente de un grupo integrado por otras personas interesadas en ese propósito. Mediante acuerdo firmado ante notario se logró que la vivienda, una vez que falleciera Leonor, pasara a patrimonio del pueblo. Fue así como pudo crearse aquí el museo teniendo como única persona nombrada al director, que era el propio Carricarte, pero que todos los viernes se abría al público gracias a que los estudiantes de la Federación de Estudiantes Universitarios y a los obreros, quienes venían a trabajar como veladores. De este modo el pueblo, el viernes —precisamente el día de la semana en que nació Martí— podía ver las reliquias martianas.

Hay que mencionar, como antecedente, la acción inicial de los amigos y compañeros de José Martí, quienes, desde mucho antes, empezaron a tratar de identificar la casa, a luchar para rescatarla: en 1899 los emigrados hacen una colecta y logran comprar el inmueble después de obtener el consentimiento del convento de las monjas dominicas al que pertenecía en propiedad y que lo vendieron por la misma cantidad de dinero que ellas habían pagado: 3 000 pesos duros españoles. En 1900 la Asociación de Señoras y Caballeros por Martí logra poner la estrella con sus puntas de mármol en la

fachada y hacer entrega de la propiedad a doña Leonor. Posteriormente, la edificación llegó a convertirse en una casa de inquilinato y, por eso, la lucha del grupo de cubanos encabezado por Carricarte incluía solicitar al gobierno que desalojara la casa.

Durante todo el período neocolonial que siguió a su apertura como museo, este se mantuvo funcionando salvo algunos períodos de excepción, porque, desgraciadamente, los gobiernos no le dieron la atención que merecía. Se deterioró desde el punto de vista estructural y hasta se le hicieron transformaciones, por lo que cuando triunfa la Revolución ya no estaba en buenas condiciones.

Una de las primeras cosas conseguidas tras el triunfo del 59 fue, precisamente, que se nombrara una comisión —a través de la comisión de monumentos que existía—, que se realizara un dictamen y se procediera a su inmediata reconstrucción. El 28 de enero de 1963, Juan Marinello reabre la Casa Natal, que quedó en ese momento restaurada desde el punto de vista arquitectónico, y ya en 1964 aparece con todas sus salas y piezas. Al reabrirse, el museo contaba con dos salas de exposición, una biblioteca y una sala iconográfica, donde se pusieron todas las reliquias de Martí. Aquí estaba toda la documentación, la papelería que tenía Carricarte, que Gonzalo de Quesada había entregado, y aquí se mantuvo durante muchos años.

Por supuesto, en estos momentos esa documentación —lo que es la papelería martiana— está donde debe: en los archivos de la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, porque es el sitio en que existen todas las condiciones para la conservación de lo que constituye el primer patrimonio de la nación cubana. Manteniéndolo acá, en vitrinas, corría peligro de deteriorarse, a causa de nuestro clima y la posición de la edificación —tan cerca del mar.

Tampoco ya en ningún lugar del mundo se exponen los objetos originales. Sin embargo, nosotros todavía tenemos esa posibilidad a causa de la resistencia de los materiales de están hechos la mayoría de los objetos que exhibimos; pero pensamos que, en un futuro, hay que hacer réplicas, para poder preservar lo que él tocó y lo que le perteneció, porque esto no es un patrimonio de hoy: fue de ayer, es de hoy y debemos garantizar que lo sea, también, de mañana.

Si te vieras obligada a escoger entre todos los objetos que posee el museo, cuál tu considerarías más valioso.

Sería muy difícil seleccionar porque todos tienen una gran significación, todos forman parte de nuestro patrimonio... pero pienso que la trenza del pelo de Martí cuando era niño, que se expone en nuestro Museo, tiene una trascendencia muy especial porque es lo único que se conserva hoy —aparte de sus restos— de lo que formó parte de su cuerpo. Asimismo, la escribanía y la pluma con la que firmó conjuntamente con Máximo Gómez el *Manifiesto de Montecristi* tienen un gran valor histórico.

Sabemos de la importante labor del museo en el ámbito cultural y comunitario. Sería útil aprovechar la ocasión para conocer más de ella.

La Casa Natal está enfrascada en un gran proyecto cultural que tiene como objetivo la difusión de la vida y obra de José Martí desde todos los puntos de vista: científico, de la actividad propiamente recreativa, y desde la perspectiva del trabajo comunitario. Todos los meses organizamos conciertos, todos los meses se inaugura una exposición transitoria relativa a José Martí ya que, precisamente, por el pequeño espacio con que contamos no podemos exponerlo todo, a un tiempo. Por esa razón, mensualmente damos a conocer a la población, a nuestros visitantes, diferentes facetas de la vida del Apóstol: el mundo en que Martí se movió, la intelectualidad que conoció, la cosmovisión martiana. Así, presentamos exposiciones de fotografía, de artes plásticas, de grabado, desarrollamos cursos de superación para los maestros e, internamente, desarrollamos investigaciones de carácter museológico, encaminadas a estudiar y a profundizar en la historia de documentos y de objetos que poseemos, porque la fundamentación de un museo es, precisamente, la investigación histórica. Ese trabajo permite mantener las exposiciones, tanto permanentes como transitorias, y, además, poder conocer a fondo esas colecciones, de modo que estemos seguros de que lo que estamos diciendo se corresponde exactamente con la realidad histórica. Este aspecto de nuestra labor resulta fundamental.

En estos momentos nuestro campo de trabajo se ha ampliado, por cuanto hemos tenido que incluir la investigación de la his-

toria de la Cárcel, que es un monumento que también atendemos, y profundizar muchísimo más en la vida y obra de Juan Gualberto Gómez y su relación con José Martí, a partir de la inauguración de la casa dedicada a su figura y que es una extensión de nuestro museo.

Respecto al trabajo comunitario tenemos experiencias muy interesantes. Hemos logrado que los vecinos de nuestro entorno no vean la Casa Natal como algo ajeno y esto lo alcanzamos trabajando: primero con los niños, para poder interesar luego a toda la colectividad que nos rodea. Tenemos funcionando, de manera permanente, un aula-museo y desarrollamos numerosas iniciativas, especialmente recorridos por La Habana Vieja: por los sitios vinculados a la vida de Martí en esta, la ciudad que le vio nacer ■



Bajo la firma del destacado director de orquesta y compositor español Francisco Navarro Lara ha aparecido el CD Versos sencillos, donde orquesta doce poemas de la obra homónima martiana. El estreno de esta magna obra se había producido el pasado año, en el marco del IX Curso Nacional de Música de Quintanar de la Orden, provincia de Toledo, organizado, en esa ocasión, a partir de un hermanamiento cultural entre los pueblos cubano y español. El CD fue grabado por la rapsoda Matilde López Barraión Massó, el tenor Francisco Romero Ramírez y la orquesta sinfónica integrada por los profesores y alumnos participantes en este curso, bajo la dirección del propio autor. El maestro Navarro Lara accedió a conversar brevemente con Honda y abordar detalles de este interesante trabajo.

¿Cómo transcurrió el proceso de creación de esta obra?

La obra, concretamente, surge un poco por la propia incitación de Martí. Por motivo de mis estudios —ahora en el Instituto Superior de Arte— he tenido la oportunidad de conocer más a profundidad la figura de José Martí. Conforme profundizaba en su obra, y, sobre todo, en su poesía, iba descubriendo un mundo que de alguna forma me iba provocando como músico y compositor; pues lógicamente...

Yo me limité de alguna forma a transcribir musicalmente la melodía que salía de los propios versos. No he tenido la conciencia de escribir una música para los versos, sino escribir la música de los versos. Desde esa perspectiva, quizás lo que he pretendido es a escribir la música que el propio Martí dejó impresa entre verso y verso. De alguna forma he intentado buscar los sonidos que salían de ellos, y a partir de ahí, simplemente, he permanecido receptivo ante la propia música creada por Martí. De ahí surge la obra y aún sigo bajo el influjo de su fascinación.

Estoy oyendo la obra musical de una forma totalmente al margen de mi persona. La estoy oyendo, simplemente, como admirador y todavía bajo la influencia que recibo aún en mí como persona que lleva un conocimiento de Martí reciente, pues no había tenido antes la suerte de tener esa posibilidad. Quiero disfrutar ese conocimiento y tengo un montón de ansias de profundizar todo lo posible.

Está claro que uno se relaciona con Martí en dos planos: uno, por la obra, por lo que leemos de él, por lo que escribió, y otra, por la vida es decir, cómo este hombre se enfrentó a muchísimas dificultades, tuvo que vencer desalientos, conspirar, reunir generales de mucho prestigio que habían participado en la guerra anterior, y, con todo eso, forjar una nueva unidad y un nuevo instrumento para llevar a cabo la lucha por la independencia. A ti, ¿qué te sugiere ese Martí hombre?

Para mí la poesía de Martí ha sido, también, una forma de acercarme al hombre, porque, lógicamente, no se puede separar una cosa de la otra. Dentro de uno de los trabajos que estoy preparando en el Instituto Superior de Arte —Martí vs. Lorca— he puesto un poco de relieve no solamente ya esos aspectos desde el punto de vista de su

labor artística, sino desde el punto de vista humano en general. José Martí es una figura que a mí también me ha sugerido que los planteamientos que formulara a través de su vida son planteamientos inherentes a la propia humanidad. Es decir, son planteamientos donde él realmente va defendiendo todas aquellas causas y todas aquellas normas de conducta que creo que son inherentes al ser humano. Entonces, él ha despertado en mí lo mismo que otros grandes maestros de la vida, cada uno en su faceta. Por ejemplo, Jesucristo ha sido un hombre que ha puesto de relieve una serie de aspectos, de principios a seguir en la propia vida. Y Martí, yo creo que como profeta, de alguna forma, igualmente ha marcado una pauta de conducta a seguir. Así, en ese sentido, me he visto muy reflejado en muchos de sus planteamientos, y, sobre todo, en mi condición de español, me he sentido... no culpable —culpable no es la palabra—, pero sí he percibido cómo los planteamientos martianos no eran realmente comprendidos por España, porque, a la larga, son los mismos planteamientos que España estuvo defendiendo en otros momentos. Sin embargo, ella no fue, digamos... "noble" ante las ideas martianas, y no llegó en verdad a entender que lo que él iba enseñando, más que política eran, simplemente, normas de conducta, planteamientos humanos.

Entonces, desde ese punto de vista humano esencial, yo creo que de Martí tenemos mucho que aprender. Para mí ha sido un gran descubrimiento, porque me ha reafirmado en mi conducta personal, y me ha marcado, también, una pauta, al menos como reflexión. En este sentido lo considero muy importante.

PÁGINAS NUEVAS

Testigo de un diálogo sellado

Unas hondas palabras de Martí, referidas a Manuel Gutiérrez Nájera, han de presidir este ejercicio, esta valoración, con las “dos aristocracias” como fundamento: “la de la indulgencia y la de la admiración”: “Quien no sabe excusar ni admirar es ínfimo”.¹ El objeto es un hermoso cuaderno encarnado, ribeteado en beige con letras azules,² de cuidada edición, que examina, que somete a exégesis, los presupuestos de los escritores modernistas a partir de los textos publicados en la *Revista Azul* y, por extensión,



los de su creador: el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, escritor muy tenido en cuenta en la estima martiana. En tal sentido, su autora devela las bases del instinto renovador en Nájera, las que suele conectar con los hallazgos de nuestro mayor escritor. Con tino va abordando sus presupuestos estéticos en lógica extensión: los del poeta mexicano, los de la revista, los del modernismo, y se refiere críticamente al tópico del “afrancesamiento” en la *Revista Azul*, concluyendo que:

En sus páginas se sigue un debate sobre la autenticidad o no del espíritu decadente importado a Hispanoamérica. Estos mismos creadores que dan en llamarse decadentes y espíritus que habitan en Francia, no pueden

escapar a las especificidades del conflicto nacional y continental, que no logran definir con claridad. Hoy sabemos que formaban parte de los aplastantes procesos de internacionalización de la modernidad y que vivían su incertidumbre desde la periferia, formando parte legítima y conflictiva de un proceso que rebasaba los marcos nacionales, pero desde los cuales se experimentaba una paradójica modernidad.³

La investigadora se detiene, entonces, en las peculiaridades estilísticas de las colaboraciones líricas cubanas en la *Revista Azul*, tratando de apresar sus rasgos temático-expresivos en el ámbito finisecular, y el gesto pendular entre rezagos románticos y brotes modernistas.

No se debe perder de vista el impacto que el cuaderno pretende ejercer en sus diversos lectores: los mexicanos, con toda esa carga informativa que, quizás, desconocían; los cubanos, para quienes profundiza en una línea sabida o referida, pero no develada a fondo, como en este ensayo, que es fruto de una estancia mexicana de la investigadora, donde pudo consultar los diversos números de esta importante revista y dar fe de ese diálogo entre escritores cubanos y mexicanos. Más adelante, hay un énfasis en uno de los poetas cubanos que más publicó en el magazine modernista: Julián del Casal: Se le dedica un capítulo donde se expresan juicios personales, que problematizan el acercamiento a la temática, que problematizan el asomo de la estudiosa a estas amarillas páginas de la que su cuaderno es fiel testigo. Ilustremos con dos de ellos:

Dice José Lezama Lima de Casal que “a su alrededor se forma un verdadero estado de poesía, con Esteban Borrero y su familia, donde se destaca el caso sorprendente de Juana Borrero, hasta figuras surgidas poco después, como Carlos Pío y Federico Uhrbach, muestran por Casal una comprensión no muy frecuente ante un poeta innovador y sus contemporáneos”. Yo pienso que ese estado que también llamó

Lezama “de concurrencia poética” lo logra el modernismo en el plano continental: en las páginas de la *Revista Azul* y alrededor de Casal vemos construirse en la escritura esa efervescencia poética en su torno.⁴

En una soberbia prosa muy conocida, Darío afirma la excelsitud de su amigo el poeta habanero, y lo compara con Villiers de L'Isle-Adam, en lo que pienso que no anduvo tan cierto, porque no encuentro yo en Casal el cinismo de Villiers, ni su tematización obsesiva de la crueldad y de la ciencia.⁵

Dedica, por supuesto, un capítulo a la impronta martiana en la revista, profundizando en nexos coyunturales y de poética entre el cubano y Nájera, cuyos vínculos culturales fueron verdaderamente sólidos, como demuestra la investigadora, quien concluye que más “que colaboraciones de Martí, hay que hablar de selecciones que hacen sus amigos —Nájera primero, Duffo, después, seguramente— de textos que ya ha publicado Martí en otro lugar.”

El estilo de la ensayista es límpido, medurado y certero, con clara conciencia de las inserciones de los poetas y obras en su momento histórico. Luego de transitar estas inviolables funciones de la reseña: la descriptiva, la postulativa y la valorativa, puede afirmarse que la autora ubica las coordenadas temporales y espaciales de su viaje, de su ejercicio: la polifonía del modernismo hacia nuevas zonas en un momento especialmente rico, regido por tres figuras tutelares. Dos cubanos: Martí y Casal, y un nicaragüense: Darío.

CARIDAD ATENCIO

¹ Estas ideas forman parte de uno de los varios exergos a los capítulos del libro que se reseña.

² Suárez León, Carmen: *Gravitación Cubana en la Revista Azul*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2000.

³ *Op. cit.*, p. 16.

⁴ *Op. cit.*, pp. 37-38.

⁵ *Op. cit.*, p. 40.

Hombre y tecnología en José Martí: un nuevo libro de Rafael Almanza

Hace ya unos cuantos años, en 1990, Rafael Almanza Alonso nos entregó un libro notable, a mi juicio uno de los más notables de la bibliografía cubana en torno a José Martí. Me refiero a *En torno al pensamiento económico de José Martí*, obra en la cual el autor sabía reunir, con armonía perfecta, tres aportes:

Primero: una revisión cuidadosa, minuciosa y puntualizada del tema económico, en sus múltiples aspectos, a lo largo de la extensa y variada escritura martiana, obra ya de por sí de heroísmo enciclopédico.

Segundo: relacionar, organizar y ofrecer como un conjunto coherente de ideas, que permiten hablar cabalmente de un pensamiento económico, los asuntos de materia económica referidos por Martí.

Tercero: interrelacionar, con inteligencia y sagaz análisis lógico e histórico, los aspectos y temas de ese pensamiento económico martiano, para hacernos comprender tanto el sentido y el lugar dentro de su cosmovisión de ese segmento que fue su pensamiento económico, como de su relevancia para la expresión y formulación de esa cosmovisión a *Wellstanchaung* martiana, de indudables propósitos humanistas y tercermundistas o del Sur, como se diría después.

Se trata, pues, que Almanza demostró, práctica y fehacientemente, que era necesario y posible organizar el examen del pensamiento martiano por sectores disciplinarios, y que tal tipo de estudio sólo era posible desde un apresamiento totalizador de su concepción del mundo, la cual, al mismo tiempo, se hacía comprensible en su extensión y riqueza de perspectiva, según se comprendían los diversos asuntos y temas tratados por él.

En torno al pensamiento económico de José Martí abrió época y caminos, y aún los sigue abriendo.

Ahora nos encontramos ante otro libro de Almanza, escrito, igualmente, por la misma época que el mencionado. Gracias al esfuerzo de la editorial Oriente, disponemos hoy de *Hombre y tecnología en José Martí*, concebido por Almanza entre 1985 y 1986:

cuando era joven, como él mismo nos dice en el "Post scriptum" datado en el verano de 2001. Escrito, pues, entre los veintiocho y los veintinueve años de edad, el libro repite los aciertos metodológicos del anterior volumen dedicado al pensamiento económico del Maestro, pues es, asimismo, un rastreo minucioso del tratamiento de los avances tecnológicos dentro de su vasta obra, con el propósito de explicar por qué y para qué trató el periodista cubano esos asuntos.

En este nuevo —y a la vez antiguo— libro, Almanza nos demuestra otra vez su acierto metodológico al interrelacionar la materia estudiada con la totalidad del pensamiento martiano. El autor logra demostrar a plenitud —y para mí ese es el mayor valor del texto— que Martí no se movió, exclusivamente, por el interés periodístico de informar, sino que este es absorbido e integrado por su intención de liberación social y humana, que él mismo sintetizó en esa frase maravillosa: "Desatar a América y desuncir al Hombre", citada también, por supuesto, en un pasaje de este libro.

Así Almanza planteó en el último párrafo, antes de añadir el "Post escriptum", con esta explicación.

Nunca participó del culto de lo técnico en sí mismo, en desmedro de lo humano total; como tampoco del desprecio por parte del humanismo insuficiente hacia las conquistas de la ciencia y la técnica. Venció, también, el último y más importante de los desafíos que la revolución técnica de su tiempo lanzaba al mundo. El empleo de la superioridad tecnológica para consolidar el dominio de unos pueblos sobre otros, de unos hombres sobre otros hombres. Porque no olvidemos que toda esta labor de divulgación y de iluminación estaba destinada a poner en pie el pensamiento y la creación tecnológicos de América Latina, y a través de esta, de todos los pueblos pobres del mundo; a libertar, y no a sojuzgar.¹

Y, por eso, concluía originalmente: "José Martí, que nos abrió al horizonte de la tecnología, la concibió siempre como un instrumento para la conquista de la liberación

integral del hombre planetario —como una tecnología del horizonte".²

Culmina este análisis con un reto, que evidencia la indudable y explícita filiación martiana del autor: "Ahora que estamos de pie y en camino ¿dejaremos de andar?".³

Llamo la atención, justamente, acerca de esa filiación martiana del autor, lo cual no es, en su caso, pasión cegadora ni admiración ingenuamente desmedida, sino acercamiento ahondador al Maestro y a su obra desde sus mismas raíces, desde su misma certidumbre: la ética de servicio, en bien del hombre y a favor de las emancipaciones contra las dominaciones y hegemonías. Así, además, el entonces "más joven" Rafael Almanza que escribiera este libro entre 1985 y 1986, realizó una lectura martiana desde y para su tiempo, que es aún el nuestro, aunque al cronologizar la historia hayamos vivido un cambio de siglo.

Vista la perspectiva de la obra, procedo a hablarles de su estructura y contenidos. Almanza ha organizado su libro en tres partes. La primera, titulada "Historia, humanismo y tecnología en José Martí", ubica al lector en la pupila con que se examina el tema, y, desde las primeras líneas, afirma el eje central con estas palabras que leo:

[...] además de la función del completamiento del saber en torno a nuestro héroe que pudiera cumplir este trabajo, nos proponemos subrayar el amor martiano por la tecnología como instrumento para la liberación integral del ser humano, mensaje decisivo que Martí entrega hoy a América y al mundo.⁴

La labor científico-técnica como núcleo de la nueva época histórica que explica su entusiasmo ante ese que entiende como progreso, son los fundamentos —según Almanza— de las apreciaciones particulares de Martí acerca de diferentes avances tecnológicos.

Por eso, a juicio del autor —aunque este considera que hay ciertos ajustes de la perspectiva martiana entre el inicio y el final de la década de los ochenta del siglo XIX— Martí no hace jamás de la técnica un fetiche o demiurgo, actitud y criterio, como todos sabemos, sin embargo, tan extendida en el mundo de hoy.

Al mismo tiempo, Almanza asegura que al describir portentos tecnológicos de su época, Martí quería establecer un cierto balan-

ce entre los logros de Estados Unidos y de Europa, para contrarrestar la antipropaganda estadounidense contra el Viejo Mundo y la admiración desmedida y colonizada desde los pueblos del sur hacia el norte del continente.

Y, finalmente, demuestra Almanza que la visión martiana de una sociedad de dignidad para todos, garantizada por el progreso técnico y social, estaba para él más allá y en contra del entonces naciente orden imperalista.

La segunda parte del libro se denomina "Alta tecnología en José Martí: la electrotecnia", con cuyo nombre el autor ya ofrece una perspectiva atractiva y novedosa, pues no se limita a comentar las expresiones del Maestro acerca de la electricidad, sino sus múltiples y revolucionarias aplicaciones en la vida moderna. Luego no solo se refiere Almanza a los bastantes divulgados juicios martianos acerca de la iluminación eléctrica, sino, asimismo, al uso de la electricidad para la telegrafía, la telefonía, los vehículos automotores, y aplicaciones tan diversas como un timbre de alarma, un timón de buque, una alarma contra incendios, un freno para herrar caballos, y hasta curiosidades como un "portero eléctrico", un alfiler luminoso de corbata y un anillo sostenido en el aire.

La otra parte del libro se titula "Tecnologías de la construcción, el diseño industrial y otras". Obviamente son las primeras —las tecnologías de la construcción— las que vienen

de inmediato a la mente entre quienes hemos leído a Martí. El puente de Brooklyn y la torre Eiffel merecieron, sabemos, su comentario apasionado e informado, a contrapelo de muchas incomprendiones manifestadas en la época. Almanza sabe discernir entre las opiniones martianas acerca del arte arquitectónico y sus criterios acerca de la tecnología constructiva, lo cual diferencia su análisis del publicado por la arquitectura Eliana Cárdenas, en el cual se apoya, en parte, el autor.

La tecnología en la construcción y en otras obras ingenieras, de hierro y acero, es lo que se trata en este libro, al igual que la presencia del asunto de los edificios altos o rascacielos, tema menor en Martí, en opinión de Almanza, porque la emergencia constructiva de tales edificios fue en Chicago y no en Nueva York. El arte industrial y la industria artística no pudieran quedar fuera de la atención de un enamorado y crítico certero de la creación artística como lo fue Martí. Almanza demuestra que el cubano se refirió al emergente diseño industrial de la época y a su comprensión del significado de este para la "estetización total" de la vida humana.

El ferrocarril y su tecnología también fue abordado por Martí, quien se mantuvo atento al respecto especialmente en cuanto a la evolución en el manejo de la energía del vapor. La química para la obtención de pinturas movió también su pluma.

Y Almanza se pregunta por qué no concedió espacio notable en sus escritos a las tecnologías agrícolas, dada la importancia que concedía el Maestro a la agricultura en sus proyectos de progreso económico y social para América Latina. El propio Almanza nos responde: Martí priorizó el combate contra la monoproducción y privilegió la pequeña propiedad campesina, por lo que se interesó por difundir para el agricultor latinoamericano los progresos que podían dar resultados prácticos inmediatos, sin grandes exigencias de habilidad y conocimientos tecnológicos.

Un "Post scriptum MMF" finaliza el libro: es la mirada del propio autor quince años después de escrita la obra. Aquí, como ya dije, Almanza ratifica sus puntos de vista y, sobre todo, insiste en la presencia actual de las ideas martianas.

Como estas palabras son ya largas, refiero, simplemente, cuatro asuntos más, que aumentan el valor de este libro.

1. El acertado empleo de los textos martianos en el mensuario neoyorquino *La América*, algo olvidados al abordarse el conjunto de su obra, y que el propio autor trabaja con inteligencia y frecuencia en su libro anterior acerca del pensamiento económico martiano.
2. La autorizada opinión acerca de la autoría martiana de escritos sin firma, expresada más de una vez por Almanza con talento e inteligentes reflexiones. En unos casos propone reconocer esa autoría y en otros la rechaza. Creo que en todos los casos son opiniones bien atendibles.
3. El autor ha sabido informarse —y a la vez informar a sus lectores— acerca de las tecnologías referidas.
4. El estilo del "joven" Almanza en este libro no queda, por cierto, por debajo del maduro Almanza autor del libro de cuentos *El octavo día*, publicado también por la editorial Oriente en 1998, libro que leí con tanta fruición como este. Amenidad y rigor se complementan en esta obra, que despierta interés intenso, que no decae ante las necesarias citas relativamente numerosas.

Por último, un comentario sobre el libro como objeto cultural y mercantil producido por la industria artística. Debo decir que su empaque y madurez merecen la felicitación para la editorial y su diseñador, Orlando Hechavarría Ayllón. Y ha de destacarse la cubierta que reproduce una obra titulada *El puente de Brooklyn*, de Joseph Stella, bien aprovechada por el realizador Sergio Daquín. Este trabajo editorial demuestra que se puede lograrse un libro atractivo, aunque el papel no sea de la más alta calidad.

Y nada de lamentaciones por la demora. Hay que alegrarse porque, al fin, dieciséis años después de escrito este libro, la cultura cubana ya puede asimilar y enriquecerse con *Hombre y tecnología en José Martí*, de Rafael Almanza Alonso.

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

¹ Almanza Alonso, Rafael: *Hombre y tecnología en José Martí*, Santiago de Cuba, ed. Oriente, 2002, p. 157.

² *Ibidem*, p. 158.

³ *Ibidem*, p. 158.

⁴ *Ibidem*, p. 8.



Y mi honor a la memoria de Martí

El padre Las Casas. Notas sobre una cuidada edición crítica

Singular creación literaria es el ensayo sobre aquel legendario defensor de los autóctonos pobladores de nuestro continente, redactado por José Martí y que lleva por título "El padre Las Casas". Fue publicado en el tercer número de su revista "para los niños de América", *La Edad de Oro*, folleto mensual, que circuló entre julio y octubre de 1889, e intentó llevar el mejor legado de patriotismo, educación, ciencia y técnica, historia, en fin, cultura, a los que en el mañana en sus manos tendrían la responsabilidad de facturar el destino futuro de América; de ahí lo cuidada de la empresa.

El trabajo al que hacemos referencia nos muestra la importancia que Martí atribuyó a este apóstol redentor, de tenacidad probada. Cargado de lenguaje reflexivo, el texto nos muestra al Las Casas imaginado como preclaro denunciante de los desmanes cometidos por los conquistadores desde sus primeros pasos por nuestras tierras. El ensayo, suerte de biografía y ficción entrelazadas, aportan al lector una cabal valoración espiritual del fabuloso "Protector de los indios":

Pero quién fue aquel hombre pródigo que Martí admira tanto en su alma y obra. ¿Cuál es el secreto que ha mantenido vigente tal personalidad, discutida con vehemencia desde sus días hasta el presente? Realmente, pocos son los hombres que, rebasado su marco histórico, conservan la resonancia de su existencia en las mentes de otros. Las Casas fue, sin duda, el principal protagonista de la gigantesca lucha entre los intereses de la monarquía española y la nueva sociedad que se gestaba en América; pero, ya extirpado el dominio colonial de las tierras continentales, ¿qué reivindica ante los ojos del patriota cubano?

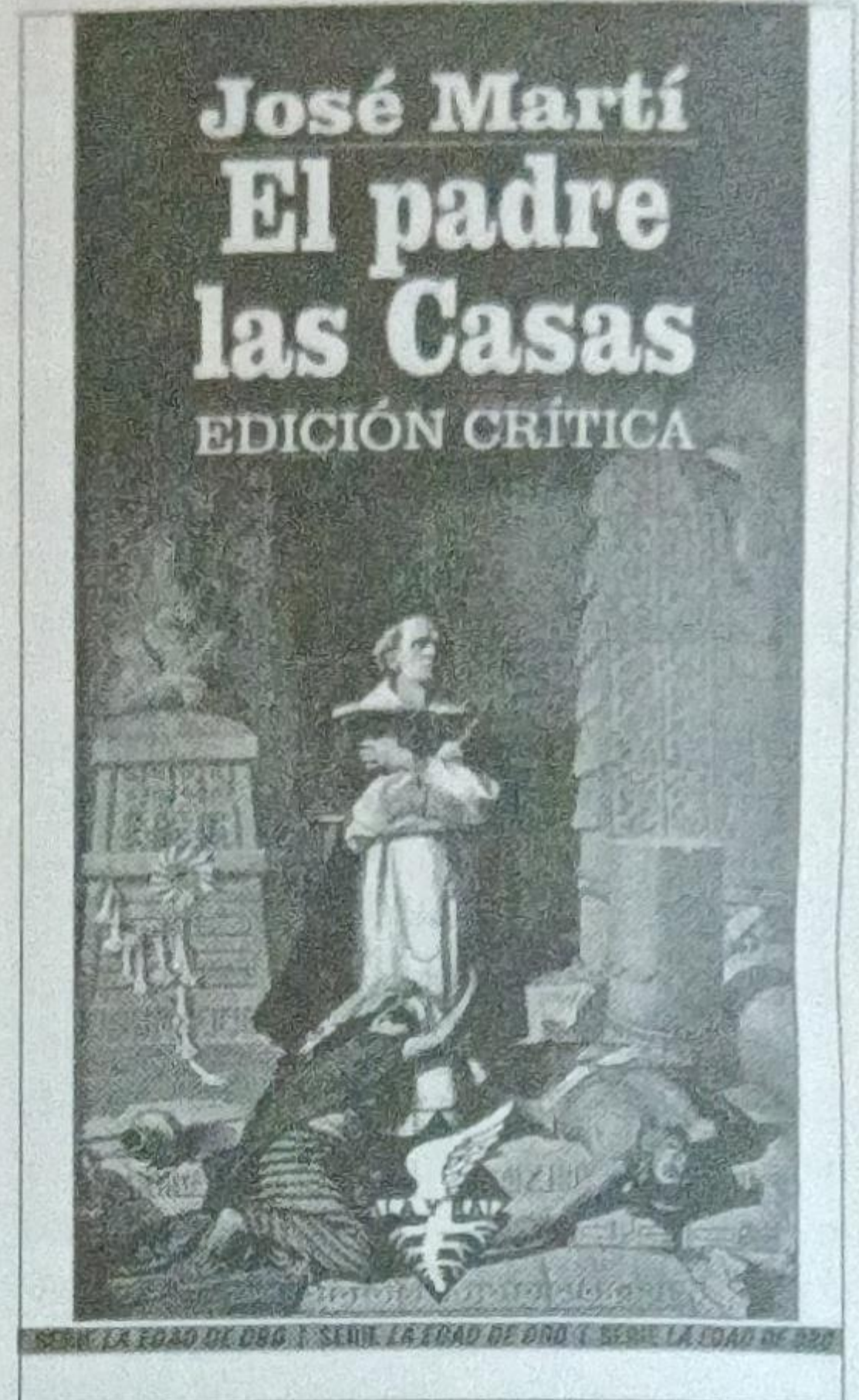
Cuatro siglos es mucho, son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el Padre las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fue bueno. [...] dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón, como si quemase: [...] andaba a pasos grandes [...] y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo,

en su libro famoso de la *Destrución de las indias*, los horrores que vio en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, con los codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Las Casas fue un hombre típico de aquella España de plena expansión; el período comprendido entre los reinados de Fernando e Isabel, Carlos I, y Felipe II, cuando avanza hasta el cenit de su grandeza y se convierte en la medida del mundo. En dicha época, a los extensos territorios que se habían añadido al control hispano se sumaba una profusa actividad intelectual en la cual religión, política, derecho, filosofía, matemáticas y ciencias eran discutidas por los hombres de mayor renombre; se iniciaba el período de los llamados "siglos de oro". El orbe comenzaba a transitar hacia la modernidad; empezaban a sentarse los principios fundamentales de autodeterminación de las naciones. Es una época de "nacimiento" de dos mundos; el conocido, imponiendo sus valores y patrones sobre el "nuevo", por "descubrir" y conquistar.

A contrapelo de la dinámica conquistadora-colonizadora, Las Casas hizo, durante décadas, la más valerosa y tenaz defensa de los "indios", ante la Corte Real y el Consejo de Indias, poniendo en ello todo su arrojo y en riesgo: hasta su propia vida. Él mostró a la España de entonces —y legó esa denuncia a la posteridad— la realidad de la injusta conquista, la usurpación de los territorios por la corona europea, así como el robo de los llamados "tesoros de las Indias". Todo lo anterior le llevó a una revelación trascendental: el derecho justo a la guerra de defensa que en muchos de los territorios ocupados sufrieron los españoles. Su amor a los "indios" le permitió sortear toda suerte de peligros e incomprendiones. También le ganó el recibir, por parte Francisco Ximenes de Cisneros, regente interino de la Corona, ese quimérico nombramiento de "procurador o protector universal de todos los indios de las Indias" con el cual, ulteriormente, trasciende.

Las Casas fue mucho más que un cronista de los orígenes de la conquista americana. Si bien su perpetua obsesión por la defensa



de los americanos le llevó a ciertas exageraciones en cuanto a cifras y algunos acontecimientos generales —que inducen al crítico moderno a controlar cualquier información brindada por él en sus documentos— es innegable que su noble propósito le justifica. Él incurre en estos errores a fin de impresionar el ánimo de la corte y los mecanismos de poder en la Península a favorecer a los menos fuertes; los que Martí llama "pobres de la tierra"; uno y otro, quisieron su suerte echar; y la echaron, junto a ellos.

Estemos o no de acuerdo con muchos de sus escritos, no podemos caer en la mezquindad e ingratitud de restarle trascendencia a su vocación práctica en el ejercicio moral e intelectual de defensa a los indoamericanos. Ejerció con heroísmo un supremo esfuerzo: la defensa de sus "protegidos"; sufrió la derrota, pero su propio empeño le ganó el mérito de la recompensa histórica. Impresiona su persistencia leal a su pensamiento que le hizo permanecer indomable hasta sus últimos días. No es, simplemente, un historiador imprescindible; es el campeón de la justicia y, tal vez, por qué no, el más lejano precursor de la independencia americana.

Las Casas va demostrando en sus escritos que la empresa de la conquista no fue más que una cruzada de robo y violencia contra los autóctonos pobladores de nuestras tierras. Su mentalidad, opuesta total-

mente a la de aquel espíritu medieval que imperaba entre sus contemporáneos hispanos, nos pinta al indígena en su "mundo de inocencia" y entra en enconada disputa con Juan Ginés de Sepúlveda, de quien hoy pudiéramos decir que fue el principal ideólogo de la conquista española. De esta, su trascendental controversia, parte en la América Latina del siglo XIX las dos corrientes que bifurcan el pensamiento socio-político liberal continental: una, defensora de nuestra identidad amerindia y del legado español; la otra, que pretende trascender estos marcos del "utópico pensamiento latino" en busca, a toda costa, de una ruptura de nuestra autoctonía, con el propósito de establecer los patrones norteamericanos o franceses, fundamentalmente.

Martí, en su época, nos da una visión de cómo encarar el futuro desde nuestros orígenes, que están entre los amplios márgenes de la violencia conquistadora y el humanismo lascaciano, pero que, en fin, son el tronco de nuestra actualidad, por lo que se hace impensable renunciar al mismo. Al respecto, es explícito el cubano cuando señala: "¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas [...] levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?"

En el siglo XX la defensa de nuestra autoctonía adquirió nueva forma; en su libro *La lucha por la justicia en la Conquista de América*, Lewis Hanke señala que nuestro espíritu estaba en el de Las Casas. Que podíamos ser: aventureros, encomenderos, frailes, teólogos, escritores, polemistas; pudiendo erigirnos, desde todos estos campos, defensores como nadie de nuestra dignidad americana. Sin dudas, el mensaje social lascaciano, sustentado en la defensa de la autoctonía y el respeto a los desposeídos, lo hace el más actual de los cronistas de Indias. La reivindicación del indoamericano y, con ello, de nuestra identidad, comenzó poco después del llamado "descubrimiento", y al pasar de los siglos, aunque ha cambiado su fisionomía, no deja de ser vocera del reclamo de justicia por el oprimido lo cual le valida continuamente.

Inmerso en la noche americana que le tocó vivir, el Protector de los indios puso su pensamiento en la esperanza de justicia que buscaba un sol capaz de consolar su espíritu. Su humanismo, de raigambre teológica,

fue el manantial inspirador de su vida y su obra. El dolor de los indígenas fue suyo propio; así, no fue solo el jurista tenaz de más limpio corazón, sino el historiador de la fe, comprometido en su deber intelectual de redimir al hombre.

Martí se conmueve por la obra tesonera de Las Casas. Presumiblemente conoció sus textos —y tal vez de su vida— gracias el estudio biográfico realizado por Juan Antonio Llorente, publicado en 1822. La imagen del Protector de los indios, era un referente obligado para el cubano que se había trazado como meta, su deber con América. Por eso, sitúa al fraile dominico a la altura de Bolívar, San Martín, Hidalgo: los forjadores de la obra material y espiritual de nuestro continente. El valor ético social de la misión de Bartolomé de Las Casas es lo que se torna incommovible a la erosión del tiempo y la historia.

La vigencia del pensamiento lascaciano, que Martí rescata en su ensayo; la precisión del trabajo crítico que realiza al mismo la doctora Ana Cairo —quien acompaña su trabajo con una cronología de Las Casas y con una aproximación al tema titulada "Martí, Las Casas y los apóstoles de la justicia"— nos mueven a una reflexión: el ser humano no ha dejado de desatar violencias en los últimos años; lo que sucedió en nuestra América en el siglo XVI sigue siendo repetido. Por ello, el trabajo de la doctora Cairo nos sitúan frente a un volumen de renovada actualidad, realizado con tan cuidadoso esmero como el que José Martí puso en 1889 en su revista; ambos, a nuestro entender, para los hombres de América.

JOSÉ ANTONIO BEDIA

Martí nuestro: emoción e intensidad de un mensaje

Habana Radio, la emisora radial adscripta a la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, ha producido un atractivo disco compacto bajo el título *Martí Nuestro. Pez que en ave, y corcel, y hombre se torna*, que recoge textos de José Martí en la voz del desapareci-

do Miguel Navarro, tal y como salían al aire cada semana en el programa "Martí Nuestro". Así, el CD deviene, además, homenaje al actor, quien trabajó en su ejecución "con el fervor de los hombres de bien", con la aspiración de que "su obra no quede nunca en manos del olvido". La dirección general de esta obra ha estado a cargo de Magda Resik, a partir de textos y dramaturgia del propio Navarro, y con la realización de Alexis Rodríguez y la música original de Juan Ramos.

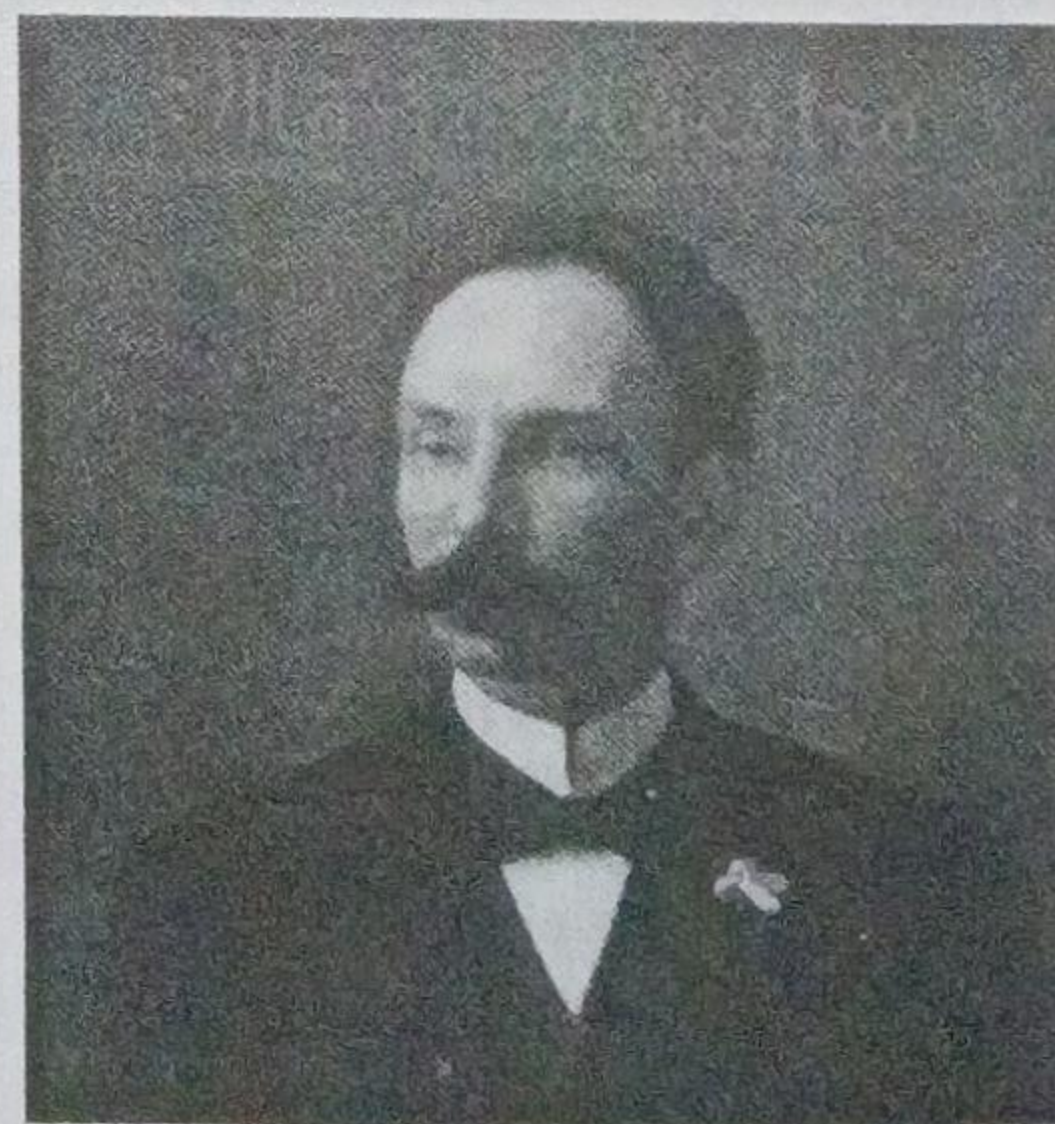
En la nota de presentación, Eusebio Leal señala:

Como legado inapreciable, Miguel Navarro nos ha dejado sus lecturas de cartas y documentos pertenecientes a José Martí, las cuales nuestra emisora Habana Radio ha conservado con celo. Ahora que nuestro amigo se ha marchado definitivamente, ofrecemos una selección de aquellas que consideramos indispensables al espíritu del programa radial. Tras la voz pausada y serena, se perciben la emoción y la intensidad del mensaje que surgían de su carácter y natural inclinación a divulgar la vida y obra del Apóstol.

Cumplimos un deber de sincera gratitud, a la vez que hacemos una contribución oportuna al amplio conocimiento de la historia de Cuba, y del hombre que supo modelar con admirable grandeza el más bello y acabado perfil de su identidad.

Sabemos la importancia que tiene la palabra viva, aquella que alienta y sostiene la esperanza de quienes creen en el destino de la Patria y trabajan para ello, poniendo en ese bregar lo mejor de sí mismos.

RAFAEL POLANCO BRABOJOS



yo me honro al lado de Martí

Diccionario del pensamiento martiano.

La génesis vista por su propio autor

El *Diccionario del pensamiento martiano* tuvo una acogida tan favorable entre los lectores que la edición se agotó rápidamente. Y está en proceso la segunda, por lo que los que no hayan podido adquirirlo pronto estarán en condiciones de hacerlo.

Se trata de un libro de referencia. La preparación de esta obra no fue, por supuesto, una tarea de fácil ejecución y vale la pena proporcionar una breve explicación de cómo surgió la idea y cómo pudo, por fin, convertirse en realidad.

Desde mi época de adolescente, Martí fue siempre un motivo de estudio y entusiasmo. En aquellos tiempos me limitaba a leer, más bien superficialmente, los trabajos que aparecían en la primera edición de las *Obras completas*, elaborada por Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el estrecho colaborador y discípulo de Martí. Ya desde entonces acostumbraba a copiar y conservar sus pensamientos, con los cuales solía divulgar su obra cuando nos reuníamos en una especie de peña literaria, un grupo de martianos del municipio de Arroyo Naranjo.

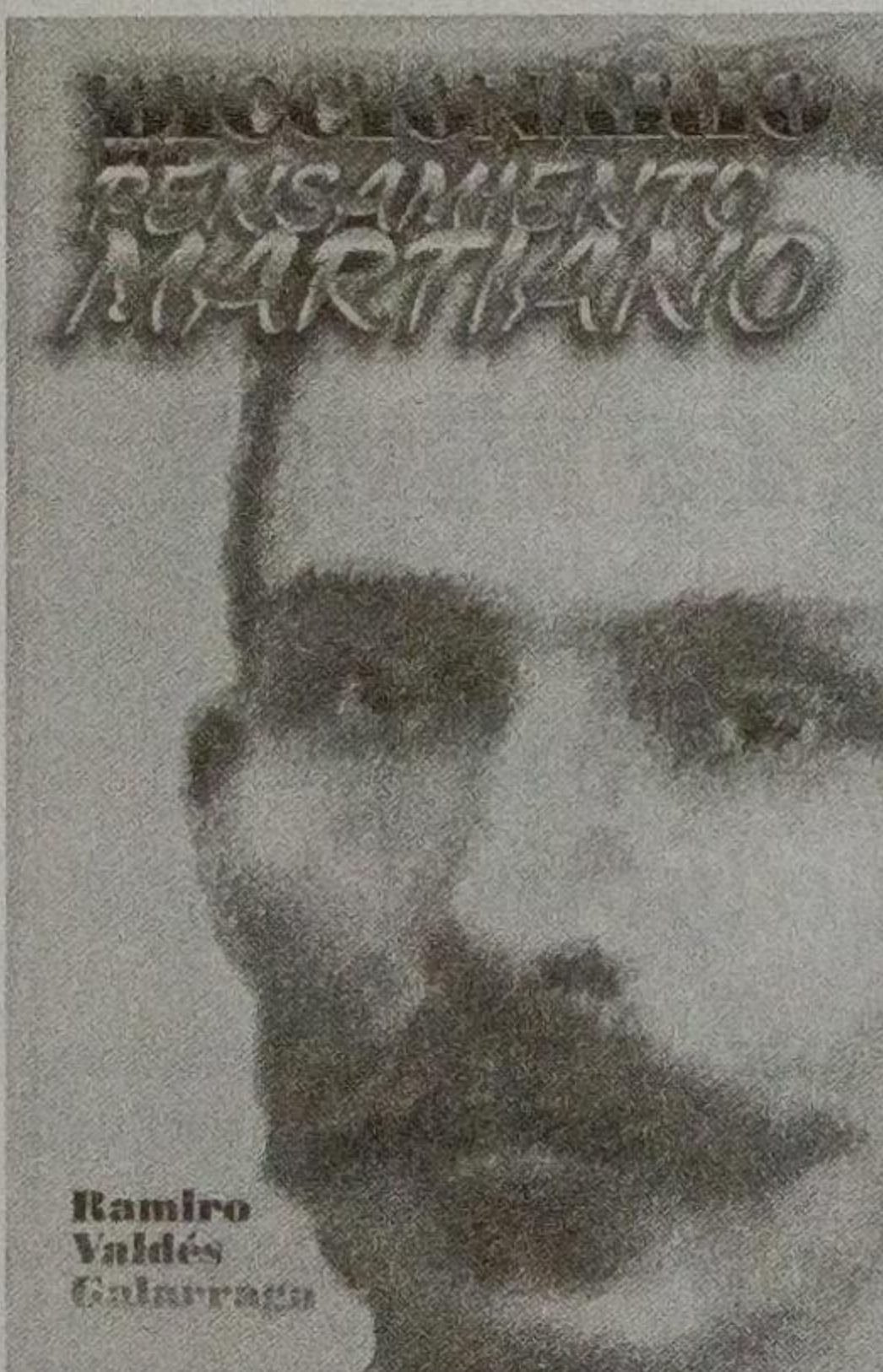
A pesar de lo voluminoso de su obra, invariablemente pensé en tratar de escribir una síntesis de su pensamiento, que fuera capaz de representarlo en toda su magnitud. Sin embargo, el inicio de mi vida laboral contribuyó, en buena medida, a disminuir mi actividad martiana.

La idea de la síntesis no me abandonaba y cuando Fidel atacó el Moncada y dijo que el autor intelectual había sido Martí, mi propósito cobró impulsos y comencé a estudiar con más dedicación su extraordinaria obra. En aquellos tiempos, a Martí se le divulgaba de manera demagógica, al servicio de la república mediatizada y de los gobiernos de turno.

Mis obligaciones laborales eran muy intensas, pero, no obstante, trataba de dedicarle el mayor tiempo posible a la continuación de mi propósito. Durante casi cuatro décadas, continué incrementando el trabajo de preparación, que ya iba cobrando forma de modesto diccionario.

A mediados de los años ochenta, comencé a redondear este propósito. Ya tenía varios cientos de citas, pero comprendí que, si no se les daba una secuencia adecuada, temáticamente hablando, no sería posible darle forma práctica a lo que yo deseaba. La idea de conseguir un extracto rigió siempre mis planes, y el tipo de compendio que estaba preparando era suficiente para acumular en un solo volumen la mayor cantidad de ideas, pensamientos, aforismos, etc., que constituyeran una manera funcional de acercarse a Martí y, por lo tanto, una vía fácil de poder mejor comprenderlo —ya que estoy convencido que para hombres y mujeres trabajadores, y con responsabilidades adicionales que atender, el breve espacio de una vida no les alcanzaría para poder llegar a comprender totalmente, su obra extraordinaria.

Ya para entonces había leído no sólo las referidas *Obras completas*, sino los anuarios martianos y cuanto libro me ayudara en mi propósito. La gestación continuó hasta que, al principio de la década de los noventa, el libro pudo ser presentado para su publicación a la Editorial de Ciencias Sociales. Desafortunadamente, esta entrega coincidió



con el desplome del campo socialista y el inicio del Período Especial, todo lo cual contribuyó, evidentemente, a dilatar la impresión. Sin embargo, aquella tregua sirvió para una nueva revisión de los textos consultados, lo cual arrojó la adición del anexo con 196 citas. No hay duda de que el número total de 9 614 citas del libro, le conceden el derecho de llamarle diccionario. El destacado historiador martiano José Cantón Navarro, autor del prólogo, lo llama "libro de cabecera"; Antonio Paneque Brizuela, periodista de *Granma*, lo sobrevaloró al decir: "es un diccionario con aires enciclopédicos"; y Eusebio Leal Spengler, historiador de la ciudad, lo calificó de "precioso libro".

Tubal Páez, presidente de la Unión de Periodistas de Cuba, expresó: "El hogar donde se encuentre miembro este libro será más fuerte y comprensivo. En mi casa, por ejemplo, no habrá texto más humano". Luego, Tubal me hizo un comentario singular: "Ramiro, tienes que haber sufrido al tener que dejar fuera del texto, por razones de espacio, muchas reflexiones del Apóstol de gran hondura"; por supuesto, es cierto, pero entonces la condición de síntesis, no habría sido posible. Sí creo asegurar que la mayor parte de los pronunciamientos conocidos o, más bien, populares de Martí, han sido recogidos en la obra.

Por otra parte, en cuanto al "Índice temático", parece innecesario que un catálogo semejante necesite este tipo de relación. Es el caso, sin embargo, que como el libro no es un diccionario en el amplio sentido de la palabra, sino más bien un listado de vastas proporciones, requiera de su existencia. En ello, justamente, reside una de sus ventajas, puesto que ayuda al lector a encontrar, con rapidez, citas de su preferencia. Ni aún en las *Obras completas* de 1963 y 1975, por no decir en todas, hasta ahora, se contaba con ese tipo de inventario. No obstante, resulta interesante que la obra pueda leerse de corrido, ya que cada página incentiva la lectura de la siguiente.

Otro aspecto a destacar —que garantiza la fidelidad de las citas expuestas— es el hecho de contar con la totalidad de las fuentes en cada caso, lo que permite al lector acudir a la lectura original de la cita para comprobar cuál es su relación con el texto del cual fue extraída.

Con excepción de los "Cuadernos de apuntes", los "Fragmentos" y las "Traduc-

ciones", donde solamente hay que referirse al tomo y a la paginación, en todos los demás casos, las fuentes citadas contienen los siguientes datos:

- Título del trabajo, artículo, libro, etc.
- Órgano o empresa editorial en el cual fue impreso.
- Ciudad y país en que aparece publicado y fecha.
- Tomo y paginación de la fuente utilizada.

Creo oportuno en este caso referirme a la cuestión de los aforismos; aunque en el diccionario predominan la aparición de citas largas y párrafos extensos. Estoy de acuerdo con el compañero Salvador Arias, quien, en su "Artículo especial", publicado en el *Anuario del Centro de Estudios martianos* número 22, de 1999, hace una interesante definición de los aforismos y, también, con la insigne martiana y poetisa Fina García Marruz cuando —en el mismo artículo de Salvador Arias— significa que los aforismos han sido indebidamente segregados de los textos como "granos de oro"; por ello, creo haber tenido especial cuidado de no incluir en la selección aforismos que con su aparición mutilaran o afectaran el sentido total de la expresión de la cual surgieron. Además, me apoyé en las fuentes ya citadas para que el lector tuviera la oportunidad de comprobar la fidelidad de la referencia. Así existe una gran diferencia entre las citas de paredes capitalinas, o empleadas en diversos escritos, con los aforismos que aparecen en este diccionario, ya que dichas mientras aquellas carecen de fuente y hasta, a veces, no son de Martí, y las que aparecen acá ofrecen una idea completa y cabal.

Por otra parte, la concepción de los epígrafes que pretenden su clasificación no ha sido fácil. Se optó por escoger, en cada caso, el concepto principal para la ordenación alfabética; y, cuando se reunían más de dos conceptos, se incluyen dentro del epígrafe "VARIOS", por cuanto lo entendí beneficioso para facilitar la búsqueda de los investigadores.

"MARTÍ Y PÉREZ, José Julián": Este epígrafe, con 880 citas, contiene una serie de ideas y comentarios de tal naturaleza, que pueden considerarse como muy personales, de ahí que, por su importancia, se optara por agruparlos en una serie subepígrafes, con lo cual se contribuye, además, a facilitar al

lector una localización rápida de este tipo de expresiones martianas.

Con el título "PROSA VARIADA", correspondiente a 131 citas, se siguió el mismo procedimiento, lo que provocó la repetición de varios epígrafes. Esto es solo aparente, puesto que el texto de todos es distinto. No obstante, en el "Índice temático" están perfectamente aclaradas las numeraciones correspondientes.

En "HOMBRE y PUEBLO", hubo necesidad de citar en singular y plural para evitar errores y confusiones de régimen y concordancia al tomarlos de la relación, puesto que ambas relaciones suman 1 138 citas.

Con relación al concepto de "muerte", como quiera que Martí creía en la inmortalidad del alma y en la otra vida, fue necesario crear un epígrafe con el título de "¿OTRA VIDA?", capaz de agrupar las numerosas citas que produjo en torno al tema y poderlas diferenciar de las de otros apartados donde se daba, más bien, la definición física del fenómeno.

El lector ha de tener presente que, aunque el diccionario, como ya se ha dicho, puede leerse de corrido, es aconsejable acudir primero al epígrafe "MARTÍ y PÉREZ, José Julián", donde se podrán conocer las grandes intimidades del Apóstol, y al epígrafe "PROSA VARIADA", gracias al cual se disfrutará de la belleza de su incomparable prosa.

De particular interés resultan las casi 300 citas agrupadas en "ESTADOS UNIDOS": allí se recogen amplios y certeros comentarios sobre la política y las elecciones de ese país, así como en "IMPERIALISMO". Los textos de estos dos apartados revelan el profundo conocimiento que tenía Martí del gobierno de esa nación norteamericana y constituyen una muestra fehaciente del valor, civismo e imparcialidad mostradas por él, sobre todo, si se tiene en cuenta que residía en ese país, acechado siempre por los servicios de inteligencia estadounidenses y españoles. Asimismo, el epígrafe "ANARQUISTAS DE CHICAGO" es notable porque ilustra en torno a cómo Martí llegó a compenetrarse con los problemas y necesidades de los trabajadores.

Se encontrarán, de igual modo, numerosas referencias de interés en epígrafes tales como "MUJER", "CUBA", "AMOR", "ALMA", "LIBERTAD", "EDUCACIÓN", "POLÍTICA", "GUERRA DE INDEPENDENCIA", "PARTIDO

REVOLUCIONARIO CUBANO" y otros que sería prolijo enumerar.

Por último, es necesario hacer una aclaración con respecto a las citas, las cuales han sido expuestas tal y como las concibió Martí, coincidan o no con el criterio de los estudiosos de su obra o los del propio autor.

A Martí había que divulgarlo como era: humano, polifacético. Es necesario conocerlo en sus concepciones filosóficas, políticas y religiosas, cualquiera que estas fueren, en su grandiosa oratoria, en su exquisita condición de poeta, prosista y narrador insuperable; en una palabra, como dijera la periodista de *Tribuna*..., la compañera Rosa Rodríguez G.: "un Martí de carne y hueso". Así quería presentarlo y creo haberlo logrado. Jamás me habría perdonado la mutilación de sus ideas o la eliminación de cualquiera de sus citas.

RAMIRO VALDÉS GALARRAGA

Martí y Marx en el socialismo de Cuba¹

Asistimos al acto de presentación exclusiva de un libro excelente de dos doctores, dos amantes de la Filosofía y la Historia; dos marxistas-leninistas, también martianos, fidelistas; dos revolucionarios y hombres dedicados, por entero, a la causa de los desposeídos, a la construcción de un pensamiento socialista, a la formación de ideología y sus formas expresivas prácticas, desde la tribuna diaria, ya sea en un acto comunicativo oral o escrito. Ora Armando Hart, en sus labores profesionales actuales como director del Programa Nacional Martiano y presidente de la Sociedad Cultural "José Martí, quien está inmerso en el campo del saber; ora Raúl Valdés Vivó, desde su cátedra formadora del ideal comunista, en la Escuela del Partido "Nico López", dirigiendo acertadamente el proceso docente-educativo. Ambos son hombres dedicados al estudio y transmisión de conocimientos teóricos y factuales; cada uno desde su estilo personal: Hart polémico, Valdés Vivó logicista inductivo-deductivo; los dos con facilidad en el arte de la escritura y

el convencer al otro, propiciar saberes que influyen en lo formativo conceptual y su extensión práctica; en fin, en un laboreo ideológico acorde con el sentido político de la revolución cubana; un engrandecer la tarea que dirige el Comandante en Jefe Fidel Castro, una labor pedagógica y de concientización hacia todos los sectores poblacionales cubanos, en especial, hacia nuestra juventud, y una proyección dirigida al ámbito internacional, tan necesitado de relecturas y remodelaciones a la hora de pensar en paradigmas y utopías.

Ellos, Hart y Valdés Vivó, firman el compendio que presentamos hoy: *Martí y Marx en el socialismo de Cuba* (febrero, 2002). Ellos hablan acerca de dos hombres mayores, de dos hacedores de hombres, de dos figuras trascendentales del pensamiento universal. Ellos, declaran que este libro tiene unicidad, coherencia y propósitos comunes: “[...] los puntos de contacto entre el pensamiento de José Martí y de Carlos Marx y cómo ambos se articulan en la revolución cubana”.²



Confiesan, respecto a los textos allí recogidos, que, “aunque redactados en su fase inicial de manera individual a partir de la experiencia política y formación cultural de cada uno de nosotros, no solo se complementan sino que deben considerarse como suscritos en su totalidad por los dos”.³ En

fin, está claro que es un resultado a cuatro manos con una misma intención y con comunidad de ideas.

En el primer ensayo, “Martí y Marx, raíces de la revolución socialista de Cuba”, se analizan los elementos sustanciales que marca un proceso de pensamiento donde, por diferentes vías y caminos, ambos pensadores confluyen en un caudal de ideas que, en la esencia, conduce aspiraciones comunes:

- Redención del hombre.
- Sentido utópico de liberación total.
- Salto cualitativo y cuantitativo en el desarrollo de la sociedad y las ideas en su devenir.
- La lucha histórica y su expresión en un contexto determinado.
- Papel raigal de la cultura y la educación, la política e ideología en el drama social del hombre.
- Transformación del mundo.
- Papel de la violencia y sus gestores reales.
- Capacidad de organizarse, asociarse del hombre, unirse en un todo.
- Antidogmatismo.

Además, se hace un estudio del legado marxista-leninista al proceso revolucionario cubano hasta nuestros días, particularizando en momentos de nuestra historia y sus protagonistas: Mella, Villena, Fidel, el Che, etc. El resultado de este análisis es la clara visión de una continuidad como necesidad histórica, como aplicación de una praxis que impulsa hacia el camino del socialismo por su propio peso y bajo la guía de los mejores ideólogos y políticos cubanos, que estaban marcados por el ideal socialista y cuya síntesis es Fidel.

Bajo la mirada puntual, se presenta el segundo ensayo “Martí y Marx son nuestros”. Aquí, también, se esclarecen las coincidencias esenciales entre los dos grandes pensadores. Ahora hay, de nuevo, categorías del materialismo dialéctico tratadas con un enfoque sistémico.

En este texto se plantea distinguir los principios y las tesis, y desde ahí se va concretando la argumentación y lógica analítica.

Entre los aspectos tratados sobre Marx y Martí, sobresalen a modo de resumen:

- La contemporaneidad de los presupuestos martianos y marxistas.
- La unidad, elemento presente, sustancialmente, en la dialéctica materialista

y categoría tratada como aspiración política en Martí y como instrumento en Marx para el análisis.

- El papel del desarrollo dialéctico de la sociedad y los hechos histórico-sociales.
- Si Marx es el clímax y la síntesis del pensamiento europeo, Martí lo es del latinoamericano. Son pensadores universales.
- En Marx y Engels la lucha de clases y el papel del proletariado priman científicamente; en Martí, la preocupación por el desposeído y la unidad de todas las clases para la guerra necesaria.
- La cultura como ennoblecedora y formadora del hombre.
- El papel de la explotación —léase esclavitud, en sus más variadas formas— del ser humano.
- Negación del terrorismo como forma de lucha.

En este lúcido ensayo, se profundiza en torno a expresiones actuales del papel del pensamiento hegemónico unipolar del imperialismo norteamericano y sus nefastas consecuencias, incluso, en el terreno militar.

Por todo lo anterior, consideramos *Martí y Marx en el socialismo de Cuba* un material básico y obligatorio a la hora de estudiar las relaciones Marx-Martí desde el pensamiento cubano. Cabe, pues, al sistema de escuelas del Partido un deber insoslayable: llevar a sus discentes el contenido de este libro, donde dos comunistas, dos pensadores socialistas cubanos y fidelistas, abren caminos martianos y marxistas.

JOSÉ LUIS DE LA TEJERA

¹ Presentación del libro en la Escuela Provincial del Partido “Hermanos Marañón”, de Santiago de Cuba, el 5 de junio del 2002.

² Hart Dávalos, Armando y Raúl Valdés Vivó: *Martí y Marx en el socialismo de Cuba*, Oficina del Programa Martiano, La Habana, 2002, p.7.

³ *Ibidem*, p.3.

EN CASA

Un aniversario ochenta...

Nuestros lectores recordarán que el número anterior de *Honda* estuvo dedicado al 80 aniversario del nacimiento de nuestro insigne Cintio Vitier —esa personalidad que, a juicio de Armando Hart, es “vínculo indisoluble entre ética cultura y política”. Durante la presentación de la revista, efectuada en el Centro de Estudios Martianos, el pasado 19 de noviembre de 2002, el maestro Cintio sorprendió agradablemente a los presentes con estas décimas ocasionales:

Un aniversario ochenta
no me parece bastante
para oración tan brillante
ni Revista tan atenta.
Quien hoy os habla, detenta
de amistades un tesoro:
tal es el secreto, el oro
que la vida me regala.
Y gracias, Eusebio, gala
de este fiel, martiano coro.

Ya dije que es el cariño
el autor de este homenaje,
por eso conmigo traje
sólo décimas de niño.
Perdonad mi desaliño
en esta hermosa ocasión:
cuando habla el corazón
calla todo formalismo.
Uno se vuelve a sí mismo
cuando habla el corazón.

No hay entonces soledad
sino ardiente compañía,
por eso la poesía
es la única verdad.
Poesía de verdad.
Por ella estamos en lid
como el sarmiento en la vid,
defendiendo la esperanza
y viendo hasta donde alcanza
la honda que lanza David.

Cintio Vitier

El árbol y la tertulia martianos de Báguanos

ROLANDO BELLIDO AGUILERA

I. Pórtico

*Otros tienen la torre, el puente,
el museo gigantescos.
Nosotros tenemos el árbol,
que silba y canta.*

ORESTES GONZÁLEZ GARAYALDE

Desde comienzos de la década del noventa del siglo pasado, se ha hecho cada vez más popular y repetida la referencia a un árbol que silba y canta en el batey del central López-Peña, en el municipio de Báguanos. Primero entre los poetas y trovadores, luego, también, entre obreros, estudiantes, pioneros, técnicos y profesionales. Hoy, al nivel de la provincia de Holguín es más o menos conocido el símbolo aunque, todavía, muchos de los que lo escuchan no saben a fondo de qué se trata.

Se trata, entonces, de un símbolo de pertenencia y de identidad. Se nos cuenta de que, en las noches de luna tierna, silba y canta, pero sus susurros no pueden ser percibidos por todos. Para escuchar sus silbidos se necesita aprender a llevar los oídos en el corazón y comprender y amar los valores de la aldea.

Asimismo, se sabe que la fama del árbol nació junto a la de una tertulia en lo esencial martiana, testaruda y utópica que, por iniciativa y con recursos propios, decidió fundarse, para fiesta del alma, justo en los momentos materialmente más difíciles del período especial. Es un regalo semanal de los participantes y de los nuevos convocados para Martí y para cada uno de los fundadores, todos conscientes de que “el hombre se hace inmenso contemplando la inmensidad”.¹

Realmente Báguanos se está convirtiendo en una especie de meca de la red de amistad. Una especie de santuario laico, donde la amistad, el amor, el respeto mutuo, la charla, la honestidad, se ponen de manifiesto y eso produce una especie de imán cultural. No hay ningún argentino que no haya encontrado esos valores humanos en Báguanos. (Naum Poliszuk, ciudadano argentino. En: Carta al autor, Hurlingham, Provincia de Buenos Aires, 23 de julio del 2000.)

II. ¿Desde dónde hacer la mirada?

*La vida es doble.
Yerra quien estudia la vida simple.*

JOSÉ MARTÍ

Dar noticia equilibrada y científica del árbol y su tertulia, coloca al investigador ante disyuntivas epistemológicas que, en ocasiones, conducen a estériles dicotomías entre lo positivo y lo subjetivo, entre lo cuantitativo y lo cualitativo, entre lo duro y exactamente científico, y lo blando y metafóricamente literario... Pero, como se sabe, los extremos raramente conducen a la raíz provechosa.

Entonces, en búsqueda del necesario equilibrio, decidió el relator “colgar de un árbol marchito/ su muceta de doctor” y utilizar el sentido común, los saberes y las interpretaciones populares para dar la noticia descriptiva, comprensiva y valorativa de una experiencia sociocultural comunitaria, sistemática y voluntariosa, universal y local desde el batey y el valle, en viaje de ida y vuelta al mundo y con el mundo, consciente de que “es, por esencia, trascendental el espíritu humano”.³

Caso, experiencia, hecho singular y único, como todo lo auténticamente humano, la práctica de “el árbol” exige para su estudio, en algunos casos, el enfoque cualitativo; en otros, el análisis como una experiencia de investigación y acción participativa y, en muchos otros, también, describirla como aplicación y desarrollo de la metodología de la educación popular, pero nada de esto excluye la factible presentación de datos cuantitativos, de documentos como puños —actas, noticias de la prensa, grabaciones, constancias, fragmentos de cartas...— y de algún que otro intento de inferencia y generalización. Eclecticismo pudiera parecer pero, se trata, seguramente, de obra cultural, humana: “crear universidades científicas, sin derribar por eso jamás las literarias”.⁴

III. El escenario y su gente

*Saben de amar y agradecer,
que es saber bastante.*

JOSÉ MARTÍ

El batey azucarero del central López-Peña o Báguanos es típico de Cuba, con sus casas de madera y techo de planchas de cinc predominando como principal tipo de construcción tradicional, junto a las cada vez más presen-

y mi honda alase Martí

tes casas de mampostería, dispuestas todas alrededor de la fábrica que le dio origen, y que continúa dándole sustento laboral. Lo que se considera la parte urbana de ese batey, no sobrepasa los ocho mil habitantes. El central fue fundado en 1918.

En el batey, hoy se dispone de cine, museo, biblioteca, hospital, clínica estomatológica, escuelas primaria, secundaria y politécnicas, casa de la cultura, casa del joven creador y otras instituciones educativas y culturales. Las calles centrales están asfaltadas, algunas cuentan con aceras y toda la población dispone de servicios de electricidad. Los problemas principales de la comunidad están relacionados con la deficiente calidad o estado de las viviendas, el servicio de agua potable y el transporte público, agravados, sobre todo, a partir de la crisis económica generada por el recrudecimiento del bloqueo imperialista y la desintegración de la URSS.

La gente que vive en el batey son, principalmente, obreros del central, trabajadores de los servicios, técnicos y profesionales diversos y campesinos y cooperativistas. Su deporte preferido es la pelota. Gustan de las fiestas y el baile, del ron y la cerveza, de las excursiones a la playa, de las pesquerías en los ríos y presas. Son, por lo general muy hospitalarios, serviciales y luchadores. Entre ellos resultan evidentes los signos de cultura campesina: son capaces, por ejemplo, de responder a la pregunta de "cómo les va" con la frase "aquí, luchando, compay", más una imprescindible sonrisa.

Surgió, pues, "el árbol" en este escenario y sirvió para convocar a la participación en proyectos socioculturales comunitarios que los vecinos del batey decidieron crear a causa de la insatisfacción ante la escasez de opciones culturales y recreativas sanas, prácticamente inexistentes y no sistemáticas. La Tertulia Literario-cultural "José Martí", justamente, se soñó en un taller participativo, que contó con la asistencia de 61 baguanenses y que se efectuó el 21 de octubre del año 1993: entonces se acordó desarrollar todos los martes, sistemáticamente, contra viento y marea, encuentros culturales, hondamente educativos, pero amenos y artísticos, donde la recreación fuera sana y enaltecedora. Este anhelo se comenzó a materializar a partir del 4 de enero de 1994.

Luis Martínez, Raúl Prieto, Pepe Corrales, Juan Luis González, Daisy Torres, Luis Manuel Báez Tito y Mario Marrero, entre otros, son recordados como los primeros hacedores. Se reunían a puertas abiertas y bajo los árboles de un rincón bastante accesible del parque, que bautizaron como "Paradiso" en homenaje

a la novela homónima de José Lezama Lima. Paradiso contaba con excelentes condiciones materiales: disponía de un gran caney central con piso de cemento y techo de yarey, alzado entre árboles y justo al pie de un bohío con diseño de escenario, que permitía y facilitaba una disposición en semicírculo de los asientos.

Los primeros bancos los cargamos, prácticamente, a hombros, inventando todo tipo de mañas para poderlos acarrear hasta Paradiso. Donde quiera que nos decían que había un banco tirado, hablábamos con Alberteris, quien era el presidente del gobierno, y allá íbamos y lo traíamos. Mucha gente —amigos— nos veían y se pegaban a dar una mano. Con cables eléctricos y bombillos, muchas veces sacados de nuestras propias casas, logramos ir iluminando el espacio. (Testimonio de Luis Martínez Martínez, poeta.)

Ahí fueron incorporándose, junto a los jóvenes creadores —sobre todo, poetas y trovadores—, jubilados como Lorenzo París, amas de casa como Angelita Ferreiro, técnicos como George Washington William, profesores como Juan Daniel Pérez y Consuelo Suárez, obreros del central como Luis Báez Guillén, barberos del poblado como Juan Guillén Percill, y pioneros como Rudecito Ávila, Iván Rodríguez o Raulito Prieto.

También comenzó a venir Orestes, desde Tacajó. Yo creo que Orestes y Doli fueron de las gentes más bárbaras que se fueron incorporando. Doli fue siempre un encanto, era un ejemplo de educación y cortesía, de puntualidad y compañerismo y tenía muchas participaciones. Y Orestes ya era un poeta de primer nivel, pero desconocido en aquellos momentos. Ahora no, ahora algunos dicen que es de los mejores poetas de la provincia. Ahí están sus libros editados... (Testimonio de Pepe Corrales, historiador de la Tertulia.)

IV. ¿Cuál organización adoptaron?

*Hicimos un coro. Formamos un círculo.
Nos sentimos todos iguales, nos sentíamos
como familia y ahora somos
como hermanos. Una familia,
eso es lo que somos.*

RAÚL PRIETO SERRANO,
trovador y poeta

Se adoptaron como principios organizativos básicos de la Tertulia la sistematicidad, la pun-

tualidad, la organización circular, la participación igualitaria, democrática y voluntaria y el contenido absolutamente cultural, pero sin caer en el aburrimiento. Se pensó que lo auténticamente cultural no tiene por qué ser aburrido y por ello se incluyó, como un principio a cumplir, el de la amenidad y el dinamismo. A los pocos encuentros surgió la idea de terminar cada tertulia con un concurso de sabiduría

[...] que así le llamamos, pero, en realidad, se trata de un concurso de cultura integral donde todo el que participa puede responder algo porque las preguntas son muy diversas y variadas. El concurso ha terminado por convertirse en un gran juego. Es lo que más le gusta a todos los que nos visitan por primera vez. Y, además, se dan premios, casi siempre un pedacito más grande de pastel y, eso, cuando hay pastel... que casi nunca hay. Ahora yo estoy haciendo un trabajo de compilación y clasificación de más de seis mil preguntas de las utilizadas y en lo que llevo analizado sobresalen los temas sobre historia de Cuba, Martí, geografía, deportes, ciencia y técnicas y misceláneas, más o menos así, por ese orden. (Testimonio de Mario Marrero, ingeniero químico y obrero del central.)

También ayudaron mucho a inspirar y dar un hondo sentido a las tertulias los pensamientos martianos, algunos de los cuales han terminado por convertirse en lemas:

Entre los pensamientos que más me impresionaron y que llegué a aprenderme de memoria, recuerdo los siguientes: "el que crea, ama al que crea" y, ese otro, que repetíamos mucho en los primeros años, "crear es la palabra de pase de esta generación". Últimamente, me he aprendido otro que me parece fundamental: "solo hay dicha verdadera en la amistad y en la cultura". Mientras estuvimos en Paradiso, hubo muchos pensamientos martianos pintados o grabados en las paredes y en tablitas o cartones pegados a los árboles. Todo esto fue dando un ambiente realmente distinto, muy enaltecedor. (Testimonio de Rudy Ávila Figueredo, profesor.)

Las tertulias se inician a las ocho y treinta minutos de la noche, con cinco, seis o cuarenta. Cuando llega esa hora se comienza esté quien esté y falte quien falte. El inicio es siempre con el Himno a la alegría, de Bethoven y la letra de Schiller. Enseguida se pasa al comentario martiano, que lo puede hacer cualquiera

de los presentes que se haya preparado para ello. En esa parte han sobresalido Lorenzo París, Mario Marrero, Orestes González, Raúl Prieto y Carlos Alberto Pupo.

Pero todavía podemos participar mucho más. Mira, yo mismo no hice grandes estudios pues no pasé de la secundaria, pero en casi todas las tertulias aporté mi granito de arena. Todavía no me he atrevido con el comentario martiano pero siempre que puedo doy mi aporte. Aquí todos somos iguales y todos tenemos cultura. Es tan fundamental lo que diga un obrero como lo que diga un licenciado. Lo más importante es decir lo que uno sabe, así salimos ganando todos. (Testimonio de Pepe Corrales, obrero del ferrocarril.)

Después del comentario martiano se sigue con la presentación del trovador invitado o la audición y debate de alguna canción. Luego, con la lectura de los poemas por poetas de la localidad e, indistintamente, con la presentación de algún libro o plegable o revista, comentarios diversos por parte de tertulios, que se prepararon libremente al respecto, y, a continuación, con las noticias, informaciones y valoraciones culturales. Cuando es evidente que van a ser muchas las participaciones respecto a la cantidad de temas, se acuerda dejar algunas para próximos encuentros. Se pasa, finalmente, al concurso de sabiduría y, en medio de un clima de humor y alegría, se despide oficialmente la Tertulia con la canción Fiesta, de Joan Manuel Serrat, porque se sabe que "La tristeza pone en el alma prematura vejez".⁶

La Tertulia ha sido un espacio maravilloso para cantar y estrenar canciones. Hay muy pocos como este en toda la provincia. Así lo ha reconocido muchas veces Alexis Triana, presidente de la AHS, al inicio, y hoy director provincial de Cultura. Lo que sucede es que todos, tanto los trovadores y poetas invitados como los que vienen de otros pueblos y provincias, se encuentran con la sorpresa de un público que hace completo silencio, que se vuelve todo oídos, que sabe lo que aplaude, y se establece enseguida la comunión del trovador o el poeta con la gente. Se trata, pienso yo, de un público cultivado y que se ha desarrollado, que tiene ya una gran sensibilidad y un amplio acervo cultural. Yo lo he dicho y lo he escrito varias veces: Báguanos es otra cosa. (Testimonio de Fernando Cabreja, trovador moense, varias veces participante en las tertulias.)

V. ¿Qué alcanzaron, qué sueñan, qué les falta por alcanzar?

*Yo lo único que sé,
lo único que ahora me viene a los labios,
es que cuando yo me despierto
quisiera que cada día fuera martes.*

JOHN GUILLÉN

Tras nueve años y un poco más de tertulias martianas —excepto los martes de los meses de julio y agosto— se han desarrollado 370 tertulias. Los datos que siguen, del balance compilado hasta el 15 de enero del 2002, pueden dar una idea numérica de sus aportes cuantitativos:

-Actas consultadas	350
-Tertulias efectivamente desarrolladas.....	345
-Total de participantes.....	11 405
-Promedio de participantes por tertulia.....	33,05
-Lecturas y comentarios martianos.....	333
-Libros presentados.....	218
-Libros regalados.....	135
-Poemas leídos.....	879
-Poemas leídos de la localidad.....	563
-Poetas presentados.....	355
-Concursos participativos.....	302
-Audiciones musicales con debate.....	329
-Talleres de educación popular.....	25

Nadie nos exigió que se llevase una acta de los encuentros, pero fue una manera de ir dejando testimonio. Teníamos la certeza de que era importante lo que hacíamos. Después, nos fuimos acostumbrando a sacar cuentas, para reafirmarnos en la idea de lo grandioso e indispensable de lo que hemos venido realizando. Esta idea, finalmente, nos ha resultado muy útil. Yo recomiendo a todo el que comience una experiencia de este tipo, que vaya dejando memoria de lo que hace, porque, si no, después ni él mismo podrá tener una idea precisa de cuánto ha logrado. Cada vez que celebramos un cumpleaños de la Tertulia efectuamos como un pequeño balance de lo hecho y lo informamos y analizamos entre todos los tertulios. (Testimonios de Mario Marrero, Luis Martínez y Raúl Prieto.)

En el orden material, la contribución de la Tertulia ha sido fundamental para el logro y mantenimiento de las dos sedes con que cuentan la Asociación de Jóvenes Creadores "Hermanos Saíz", la Sociedad Cultural "José Martí" y la Casa del Joven Creador en el batey azucareño. Especialmente esta última, la CJC, cuenta con un local muy confortable donde se han ido acumulando las me-

morias de los años de trabajo: diplomas, premios, artesanías, cuadros, nuevos asientos, ventiladores, una computadora ya "viejita y destartada, y que se le presta a todo el que la necesite" (según Javierito y Yannier), pero que ha servido para que muchos poetas noveles escribieran y reprodujeran sus textos a lo largo de más de cinco años, grabadora, casetes con mucha música cubana y latinoamericana y otras cosas indispensables para hacer y multiplicar la obra educativa y cultural.

La Tertulia ha sido fundamental para darnos cuenta de los grandes valores artísticos con que contamos: los poetas y los trovadores del batey. Aquí sus obras siempre están presentes, junto a las de auténtico valor universal. Mira, en 1993 hubiera parecido un disparate pero ahí, en ese librero, puedes ver nada menos que diez libros de autores locales, todos editados en lo que va entre 1996 hasta hoy. Sin la tertulia martiana eso no se hubiera hecho realidad. Son los primeros libros editados por autores del batey. A Fidel, en septiembre de 1999, en la reunión con los directores municipales de cultura, se le contó esta experiencia de nosotros en Báguanos y de cómo llegamos a hacer pequeñas ediciones artesanales y de ahí nació la idea de fundar las editoriales provinciales y una editorial en cada municipio, con su computadora y todo. (Juan Guillén Percill, compositor musical y promotor de la cultura.)

Pero para mí lo más importante de la Tertulia ha sido su obra humana. Uno sale a encontrarse con los amigos pero sin ron, sin escándalo, sin chavacanerías. Un lugar realmente agradable: conversamos, aprendemos, compartimos libros, nos identificamos, hacemos planes, nos reímos. Pienso que debemos volver a Paradiso, nuestro lugar original. Al trasladarnos de lugar se perdió un poco el encanto. Cada lugar, cada cosa tiene su encanto especial, y Paradiso es el lugar ideal para la Tertulia. (Testimonio de Juan Luis González Presa, economista.)

Hay que seguirla haciendo. Mira, algunas veces, cuando estoy de turno en el ingenio, pido permiso y de todas formas vengo. Ya soy el responsable de repartir la merienda y de cuidar de que todo el mundo sea bien atendido, sobre todo el que llega de visita o por primera vez. Esto lo mejor que tiene es que, aquí, todos somos iguales. Nadie se cree mejor que

nadie. Nadie sabe más. Mira, yo soy obrero pero aquí me siento útil como el que más. Ahora también tenemos el video debate y hay que seguir echando pa'lante porque hay mucho que aprender todavía. (Testimonio de Luis Báez Guillén, obrero del central.)

Yo creo que la Tertulia debe ser más divulgada. Nosotros mismos tenemos que hacer que participen más compañeros, sobre todo jóvenes. A veces, cuando yo vengo para acá, me los encuentro por ahí, sentados en los bancos sin hacer nada y aquí pudieran estar mejor. (Testimonio de Héctor Álvarez, alias Titi, obrero jubilado del central.)

VI. Donde se da fe de todo lo anterior...

Se asombraba de la necesidad de demostrar a los bombres lo extraordinario.

JOSÉ MARTÍ⁷

La experiencia de la tertulia y el árbol martianos de Báguanos, contada unas veces con palabras del autor y otras con las propias palabras de sus hacedores comunitarios, ha quedado evidenciada, en cuanto a sus significado y repercusiones, en materiales de la prensa y álbumes de fotografías, en grabaciones magnéticas, memorias de talleres participativos y documentos personales y/o oficiales diversos, como cartas, diplomas, certificados, reconocimientos, crónicas, anotaciones de diarios o simples notas que, con meticulosidad de historiador, han sido conservados. Los métodos predominantes de recogida de información han sido la observación participante y las entrevistas a profundidad, pero no faltaron los muestreos de documentos y elementales análisis estadísticos.

Artistas de reconocido prestigio han participado de las tertulias, como los poetas Delfín Prast, Lourdes González, Ronel González, José Luis Serrano, Juan Carlos Vals, George Riverón, Efraín Rodríguez Santana y otros, los cuales expresaron admiración y regocijo y dejaron testimonios orales o escritos.

Muchos especialistas y expertos de la educación, la cultura y las artes participaron a lo largo de estos años en las tertulias, y expresaron de diverso modo el reconocimiento por su provechoso quehacer educativo-cultural. Cabe mencionar a Fernando Rojas, entonces presidente de la Asociación de Jóvenes Crea-

dores "Hermanos Saíz", en 1998; Fernando Arroja, diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular en 1994 y 1995; Nieto, jefe de Cuadros del Ministerio de Cultura, en 1997; Fidel Troya, director provincial de Cultura, varias veces entre 1994 y 1998, Alexis Triana, presidente provincial de la Asociación de Jóvenes Creadores "Hermanos Saíz", en múltiples ocasiones desde su fundación hasta la actualidad; Nidia González Rodríguez, presidenta del Colectivo de Investigación Educativa "Graciela Bustillos" de la Asociación de Pedagogos de Cuba, en el 2000 y 2001; y Arnaldo Zardívar en 1998, y Rafael Polanco, en 2002, de la Sociedad Cultural "José Martí", entre otros muchos.

VII. Intento de cierre

Un niño de la hacienda está más cerca de la verdad universal que un anticuario.

JOSÉ MARTÍ⁸

La Tertulia Literario-cultural "José Martí" fue imaginada por los propios vecinos del batey azucarero de Báguanos y se fundó y sostiene sobre la base del diálogo y la participación. Se concibió y se sigue concibiendo como parte de un largo proceso de crecimiento personal y colectivo para el enriquecimiento de la espiritualidad y la cultura.

Todas las decisiones han sido siempre tomadas por los propios participantes con vocación colectivista y confianza en la utilidad de todos los saberes y de la reflexión que contribuye a desarrollar sujetos críticos, pensantes, capaces de aprehender la realidad y de comprometerse en su transformación, actuando y responsabilizándose, sin bajar los brazos, sin caer en el escepticismo del "nada puede hacerse". Ha tenido, desde sus inicios, una alta conciencia educativa y un objetivo fundamental: el desarrollo humano sobre la base de la amistad, la cultura y el sentido de pertenencia. Se prioriza a la persona por encima de toda meta, excluyendo los peligros del verticalismo o intervención externa, con sus apremios de tiempo, de informes y rentabilidades.

Semejante experiencia baguanense ha sido una práctica educativa, investigativa y desarrolladora, por su énfasis en la capacidad creadora de los seres humanos, por los esfuerzos desarrollados por comprender y aprehender los contextos y realidades de la comunidad en que se desarrolla, por su apelación constante a los valores y recursos de la localidad y por su contribución al fortalecimiento de los lazos de afecto y colectivismo en pos del afianzamiento de la memoria y la gestación de nue-

vas acciones y sueños dadores de sentido y de esperanza.

Se levanta como un ejemplo de vida, como un testimonio de amistad y pertenencia y como un orgullo de la comunidad: John, Angelita, Titi, Consuelo, Mario Luis, Juan Guillén, Pepe, Puchi, Rachel, Ivette, Yannier, Orestes, Luis, Raulín, el Jabao, Padilla, Rudy, Yae, Juan Luis, Landrove, Panchi, Yulio... son partes de "el árbol": silbidos del coro.

¹ Martí, José: "Carta a Mercado", 1 de enero de 1877; *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 20, p. 17.

² Martí, José: "Darwin ha muerto", *La Opinión Nacional*, Caracas, julio de 1882; *op. cit.*, t. 15, p. 372.

³ Martí, José: "Nueva exhibición de pintores expresionistas en Nueva York", *La Nación*, Buenos Aires, 17 de agosto de 1888; *op. cit.*, t. 19, p. 303.

⁴ Martí, José: "Escuela de electricidad", *La América*, Nueva York, noviembre de 1883; *op. cit.*, t. 8, p. 282.

⁵ Martí, José: "Darwin ha muerto", *La Opinión Nacional*, Caracas, julio de 1882; *op. cit.*, t. 15, p. 377.

⁶ Martí, José: *Ibidem*, p. 372.

⁷ Martí, José: "Emerson", *La Opinión Nacional*, Caracas, 19 de mayo de 1882; *op. cit.*, t. 13, p. 17.

⁸ Martí, José: *Ibidem*, p. 20.

La Sociedad Cultural "José Martí" en su II Asamblea

El evento más importante de la Sociedad Cultural "José Martí", la II Asamblea Nacional de Socios, equivalente a su congreso, tuvo lugar, por segunda ocasión desde su fundación, los días 25, 26 y 27 de marzo del 2002. La sesión inaugural, en la noche del día 25, se efectuó en el Aula Magna de la Universidad de La Habana y el compañero Armando Méndez Vila, vicepresidente primero, pronunció las palabras de apertura. En su discurso, el compañero Armando Hart destacó el hecho de que ese día se conmemoraba el aniversario del natalicio de Julio Antonio Mella, figura paradigmática del vínculo del pensamiento martiano con el ideal socialista, y resaltó cómo en la política cubana se hallan cristalizados en una sola pieza los ideales del fundador del Partido Revolucionario Cubano, de 1892, y del Primer Partido Comunista de Cuba, de 1925. Puntualizó que "la principal lección que

podemos extraer de la evolución de las ideas socialistas en el siglo XX cubano, es que solo con la unidad de todas las fuerzas revolucionarias y la fidelidad a las legítimas aspiraciones del pueblo ha sido posible la victoria del socialismo y su permanencia frente al imperio más poderoso de la historia."

Se hizo entrega de la distinción "Utilidad de la Virtud", máximo reconocimiento que otorga la Sociedad destacados compañeros y compañeras. En la presidencia del acto, estuvieron presentes Armando Hart Dávalos, presidente de la Sociedad Cultural "José Martí"; Ricardo Alarcón de Quesada, presidente de la Asamblea Nacional; José Ramón Balaguer, miembro del Buró Político; Abel Prieto Jiménez, miembro del Buró Político y ministro de Cultura; y Juan Vela Valdés, rector de la Universidad de La Habana. Se hallaban presentes, además, Eusebio Leal, Roberto Fernández Retamar, Carlos Martí Brenes y Enrique Ubieta, miembros fundadores de la Sociedad Cultural "José Martí" y representantes de organismos, organizaciones e instituciones.

Las sesiones de trabajo tuvieron lugar en el Palacio de las Convenciones. El compañero Armando Méndez Vila, vicepresidente primero, hizo la presentación del informe del trabajo desarrollado durante el trienio y los objetivos de trabajo para el próximo período, documentos que los delegados habían discutido previamente en sus provincias.

En esta segunda asamblea estuvieron presentes 158 de los 160 delegados elegidos en representación de los 3 000 miembros con que contaba la Sociedad en ese momento. Si en 1998 la primera asamblea representó la culminación del trabajo organizativo en pos de dotar a la Sociedad de una estructura nacional con filiales provinciales en todo el país, esta segunda reunión estuvo marcada por la búsqueda de un perfil propio y por la introducción de cambios en su estructura y funcionamiento que recogieran la experiencia acumulada durante tres años de trabajo. Esos cambios quedaron reflejados en las modificaciones introducidas en los Estatutos, que fueron consideradas y aprobadas por la asamblea. Entre las más significativas figura, sin duda, la transformación de los grupos de base de la Sociedad en clubes martianos, concebidos ahora como organizaciones presentes tanto en las instituciones como territorialmente.

Se debatió ampliamente acerca del funcionamiento y proyecciones de la Sociedad, poniéndose de manifiesto que en los tres años transcurridos ha ido consolidando su trabajo y se han puesto en práctica múltiples iniciativas, tanto nacionales como locales, desarrollando sólidos vínculos de trabajo con los ministerios de Educación, de Educación Superior y Cultura; sistematizado la cooperación con importantes instituciones martianas como el Centro de Estudios, el Memorial, la Casa Natal y la Fragua y, desde luego, con el Movimiento Juvenil Martiano.

Acercas de la de membresía, se constató que esta no se ha comportado de igual forma en todas las filiales, ni ha alcanzado el número que las potencialidades de los territorios permite, lo que indiscutiblemente ha limitado el impacto que puede alcanzarse en el plano social. Manteniendo el principio selectivo de la membresía, se consideró necesario aumentar su número poniendo énfasis en la creación de los clubes martianos al nivel municipal y en instituciones donde existan las condiciones para ello, velando por la calidad de este proceso además de ir creando las condiciones allí donde hoy no existen.

La celebración de la II Segunda Asamblea Nacional de Socios de la de la Sociedad Cultural "José Martí", ha representado un fortalecimiento de las instancias provinciales pues, como parte del proceso preparatorio, se eligieron juntas provinciales para un mandato de 3 años. Asimismo, permitió realizar un análisis a fondo del papel que debe desempeñar la Sociedad en la batalla de ideas a que nos convoca el compañero Fidel, el perfil propio de sus actividades; cómo proyectar el pensamiento martiano en todos los sectores de la sociedad; cómo dar una contribución eficaz a la utilización, con la calidad necesaria, de los *Cuadernos Martianos* en todos los niveles de la enseñanza, y al funcionamiento adecuado de las Cátedras Martianas; como contribuir, a partir de la cosmovisión de José Martí, a la cultura integral masiva de nuestro pueblo.

Se debatieron otros temas de interés como los relacionados con el sistema de reconocimientos, la publicación de la revista *Honda*, el plan del sesquicentenario del Apóstol, el apoyo al Movimiento Juvenil Martiano y a su seminario nacional, la labor hacia el exterior, entre otros. Estos debates contaron con la participación activa de los delegados. Como parte de los trabajos, los

delegados tuvieron la oportunidad de escuchar intervenciones especiales de los miembros fundadores Abel Prieto, Eusebio Leal, Cintio Vitier, Roberto Fernández Retamar y Carlos Martí. El compañero Armando Hart Dávalos expuso la conferencia "El pensamiento y la cultura cubanas, armas esenciales de la Sociedad Cultural 'José Martí' en la batalla de ideas".

La asamblea eligió, mediante voto secreto y directo, la nueva Junta Nacional que quedó integrada por:

Rodolfo Abel Alarcón Ortiz
José Cantón Navarro
Renio Díaz Triana
Noemí Gayoso Suárez
Magalys González Pirez
Armando Hart Dávalos
Roberto Ignacio Hernández Biosca
Héctor Hernández Pardo
Carlos Manuel Marchante Castellanos
Armando Méndez Vila
Reina Mestre Veitia
Rafael Polanco Brahojos
Pavel Poveda Álvarez
María Caridad Rivero Suárez
Carlos Rodríguez Almaguer
Pedro Pablo Rodríguez López
Marta Sordo Torrientes

La junta recién electa, en su primera reunión, decidió nombrar como presidente a Armando Hart Dávalos; como vicepresidente primero a Héctor Hernández Pardo; como vicepresidentes a Armando Méndez Vila, Magalys González Pirez, Rodolfo Alarcón y José Cantón Navarro, y ratificó como secretaria ejecutiva a Noemí Gayoso Suárez.

En el marco de la asamblea, tuvo lugar la firma por parte de Armando Hart y Vinicio Romero, presidente de la Comisión Nacional Bolivariana de Venezuela, de un convenio para promover, conjuntamente con nuestros hermanos venezolanos, un programa político-social capaz de enlazar el pensamiento de Bolívar, Martí y los próceres y pensadores de Nuestra América, y que sirva de respuesta, con su síntesis cultural universal, a los grandes desafíos que tiene ante sí la humanidad.

Por último, la asamblea aprobó una Declaración General en la que ratificó su decisión de promover, tanto nacional como internacionalmente, la figura y el ideario de José Martí, el pensamiento cubano y los valores que, forjados a lo largo de dos siglos de historia, integran la cultura y la identidad de

Y mi honda es la de David

la nación cubana. Asimismo, reafirmó su determinación de asumir la tarea de asociarse con todos aquellos que, en el terreno de la cultura, la educación, la ciencia y el pensamiento, desde la comunidad hasta las instancias nacionales, comparten esos objetivos.

R.P.B.

Honda felicita muy especialmente a la doctora Nidia Sarabia en ocasión de haber recibido la distinción "Utilidad de la virtud". En esta ocasión, nos es grato recordar apenas un momento de su fructífera obra, que fuera dado a conocer hace ya algún tiempo.

Un dibujo desconocido de Martí

NIDIA SARABIA

En el año 1976 el delegado del Consejo Provincial de Cultura de Marianao recibía de manos de un donante un dibujo a plumilla donde aparecía José Martí de cuerpo entero, esgrimiendo la pluma y detrás una composición que parece ser una musa, que lo señala con el dedo para que escriba sobre el papel que tiene sobre el escritorio. Es una composición, una idea elaborada por el autor de la obra.

La plumilla fue donada a la Escuela de San Alejandro y ésta, a su vez, la remitió al Palacio de Bellas Artes donde se encuentra en el Departamento de Restauración. En la referencia sobre el hallazgo de la obra, se aportan datos interesantes. El donante la obtuvo de María Teresa Fernández Casuso, ya fallecida, y esta la había recibido de sus padres Tomás Fernández Boada y Adelaida Casuso González. El primero fue representante a la Cámara en los primeros años de la seudorrepública y que constituyeron una antigua familia marianense.¹

Este matrimonio residió por algún tiempo en Nueva York, donde trabaron amistad con el pintor venezolano Cirilo Almeida Crespo, quien intimó con esta familia cubana al extremo de hacerle retratos a algunos de los miembros de la mencionada familia, incluyendo "este matrimonio y que se conservan



en la casa actual de esta señora y llevan la firma de C. Almeida Crespo".² El propio artista les regaló el dibujo que fue conservado hasta el momento.

Sin embargo, los datos que primero se recogieron en Cuba sobre el insigne pintor venezolano aparecieron en un libro titulado *Comisión Central Pro-Monumento en Memoria de José Martí*, La Habana, 1938, al publicar por primera vez un apunte a lápiz de Martí "tomado en Nueva York en 1893 por Cecilio Almeida Crespo, ilustre pintor venezolano."

Parece que hubo error con el nombre del artista, pues debe tratarse de Cirilo Almeida Crespo, quien nació en Los Teques, Venezuela, en 1871 y murió en Caracas en 1930. El apunte a lápiz, cuyo original se encuentra en los archivos del Centro de Estudios Martianos, bien pudo ser tomado por Almeida Crespo en vida del héroe de Dos Ríos, pues se señala que es de 1893 y se le considera como el único retrato de perfil del Maestro, y quienes lo conocieron personalmente aseveraban que es de una admirable fidelidad.

Sin embargo, Martí nunca se refirió al pintor en su obra. Acaso fuese pintado en su propio despacho de Front Street, en Nueva York, en 1893 cuando ya se encontraba enfrascado en la lucha por la independencia de la patria.

Almeida Crespo fue un connotado artista. Su obra más notable es un cuadro del Libertados Simón Bolívar, que pertenece al

Palacio de Miraflores, cuyo boceto de conserva en el Museo Bolivariano de Caracas.³

Hay otros datos interesantes sobre el artista venezolano en relación a nuestro José Martí. Existió un retrato al óleo, de "proporciones heroicas", que adquirió y donó al Palacio Presidencial el señor Arturo R. de Carricarte, en 1925", según señala la memoria de 1938 a que nos referimos con anterioridad.

De todas formas todo parece indicar por las firmas del apunte a lápiz y esta plumilla, que Almeida Crespo pudo conocer a Martí en sus días neoyorquinos.

Coincidencia histórica, pues pintar a Bolívar y a Martí ya tiene no solo para la historia de América una gran trascendencia, sino para el arte americano, de nuestra América Latina como lo soñó nuestro Héroe Nacional.⁴

¹ Así en *Granma* (nota del ed.).

² *Ibidem*.

³ Datos obtenidos de la *Historia abreviada de la pintura venezolana*, de Alfredo Bouton, t. II, p. 125, en el Departamento de Arte de la Biblioteca Nacional "José Martí".

⁴ Tomado de *Granma*, 5 de octubre de 1980, p. 4 (nota del ed.).

Reuniones territoriales

Anualmente la Sociedad Cultural "José Martí" celebra reuniones territoriales concebidas para propiciar el intercambio de experiencias entre los presidentes de todas las filiales y permitir un conocimiento más profundo de la Dirección Nacional acerca del trabajo en su conjunto. El pasado año, entre los meses de mayo y septiembre, tuvieron lugar las tres reuniones previstas. La correspondiente a las filiales de la región oriental tuvo como sede a Bayamo; la que agrupa a las filiales de la región central se efectuó en Cienfuegos; y las de la región occidental se dieron cita en San Antonio de los Baños, La Habana.

Estas reuniones han demostrado ser un eficaz instrumento para generalizar experiencias positivas y un vehículo idóneo para el traslado de información y orientaciones por parte del presidente y de otros miembros de la Junta Nacional. En esta ocasión, ocupó un espacio especial en las discusiones el examen del cumplimiento de los acuerdos adoptados en la Asamblea Nacional y, en especial, el impulso a la creación de los clubes martianos.

R.P.B.

E F E M É R I D E S 2 0 0 3

- Enero 1 44 aniversario del triunfo de la Revolución (1959)
- Enero 5 275 aniversario de la fundación de la Universidad de La Habana (1728)
- Enero 9 210 aniversario de la fundación de la Sociedad Económica Amigos del País (1793)
- Enero 15 110 aniversario del discurso que José Martí pronunciara en Hardman Hall (1893)
- Enero 28 150 aniversario del natalicio de José Martí (1853)
- Febrero 1 130 aniversario de la muerte de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1873)
- Febrero 13 155 aniversario del natalicio de Carlos Baliño (1848)
- Febrero 14 105 aniversario del natalicio de Jorge Mañach (1898)
- Febrero 15 130 aniversario de la redacción por Martí de "La república española ante la Revolución Cubana" (1873)
- Febrero 18 125 aniversario del natalicio de Regino Botti (1878)
- Febrero 25 150 aniversario de la muerte de Félix Varela (1853)
- Febrero 125 aniversario de la publicación del folleto *Guatemala*, de José Martí (1878)
- Marzo 5 70 aniversario de la muerte de Juan Gualberto Gómez (1933)
- Marzo 14 120 aniversario de la muerte de Carlos Marx (1883)
- Marzo 15 125 aniversario de la Protesta de Baraguá (1878)
- Marzo 18 80 aniversario de la Protesta de los Trece (1923)
- Marzo 25 100 aniversario del natalicio de Julio Antonio Mella (1903).
- Marzo 28 100 aniversario del natalicio de Elías Entralgo (1903)
- Abril 20 80 aniversario del natalicio de Antonio Núñez Jiménez (1923)
- Abril 26 140 aniversario del teatro Sausto (1863)
- Mayo 4 120 aniversario del natalicio de Néstor Carbonell (1883)
- Mayo 5 185 aniversario del natalicio de Carlos Marx (1818)
- Mayo 17 95 aniversario de la Revista Bohemia (1908)
- Mayo 19 108 aniversario de la caída en combate de José Martí, en Dos Ríos (1895)
- Mayo 23 85 aniversario del natalicio de Carlos Rafael Rodríguez (1918).
- Mayo 24 110 aniversario del discurso de José Martí en Hardman Hall, donde conoce al poeta Rubén Darío (1893)
- Mayo 27 110 aniversario de la publicación en *Patria* de "El Partido Revolucionario a Cuba" de José Martí (1893)
- Junio 11 65 aniversario de la creación de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana (1938)
- Junio 14 75 aniversario del natalicio del Che (1928)
- Julio 24 220 aniversario del natalicio de Simón Bolívar (1783)
- Julio 26 50 aniversario del ataque al Cuartel Moncada y de Bayamo (1953)
- Octubre 10 125 aniversario del Liceo Artístico y Literario de Regla (1878)
- Octubre 10 105 aniversario del natalicio de Herminio Almendro (1898)
- Octubre 16 50 aniversario de la autodefensa de Fidel en el juicio por los hechos del Moncada (1953)
- Noviembre 2 105 aniversario del natalicio de Juan Marinello (1898)
- Noviembre 7 140 aniversario del natalicio de Julián del Casal (1863)
- Noviembre 18 70 aniversario de la muerte de Enrique José Varona (1933)
- Diciembre 14 75 aniversario del natalicio de Raúl Gómez García (1928)
- Diciembre 11 105 aniversario de la muerte de Calixto García (1898)
- Diciembre 15 135 aniversario del natalicio de Gonzalo de Quesada y Aróstegui (1868).
- Diciembre 31 200 aniversario del natalicio de José María Heredia (1803)

Cupón de suscripción

Bohemia

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

Entrego o remito por vía personal o por la transferencia bancaria (dentro de Cuba) o por el giro postal adjunto, la cantidad de 13 00 pesos (o el equivalente en divisas para el exterior) para suscribirme a *Bohemia* por el período de 1 año a partir del número _____

Háganse los envíos a nombre de: _____

Dirección: _____

Fecha: _____ Firma del solicitante: _____

Si no se especifica a partir de qué número desea suscribirse, se le suscribirá desde el que se esté distribuyendo al recibirse esta solicitud

yo me suscribo a la revista

Sociedad Cultural José Martí
Calle 807, esquina a 4.º Vedado, CP 10400
Teléfonos: 55 2398, 830 4493, Fax: 33 4672
e-mail: bohemia@scjmarti.cult.cu

NUESTROS AUTORES

Caridad Atencio. Poeta, investigadora y ensayista. Ganadora del premio Dador en 2000 y 2002, en ensayo y poesía. Tiene a su haber estudios sobre poesía martiana.

José Antonio Bedia Pulido. Investigador y ensayista. Maestro en Historia de América Latina, el Caribe y Cuba. Estudioso del tema de las relaciones entre Martí y el liberalismo.

Rolando Bellido Aguilera. Ensayista, poeta y narrador. Educador popular y profesor de la Universidad de Holguín. Presidente de la Filial de la Sociedad Cultural "José Martí" en Holguín.

Jorge R. Bermúdez. Doctor y profesor de Arte y Comunicación. Miembro de la Cátedra Martiana de la Universidad de La Habana y presidente de la Cátedra de Gráfica "Conrado W. Massaguer".

Fina García Marruz. Poeta y ensayista. Doctora en Ciencias Sociales. Formó parte del Grupo Orígenes. Fundadora del Centro de Estudios Martianos. Es una de las más agudas exégetas de la obra del Apóstol. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1990.

Rolando González Patricio. Investigador y ensayista. Doctor en Ciencias Históricas. Premio Nacional de Investigación del Ministerio de Cultura 1995. Es director del Centro de Estudios Martianos.

Armando Hart Dávalos. Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano, presidente de la Sociedad Cultural "José Martí" y miembro del Consejo de Estado de la República de Cuba.

Ibrahim Hidalgo Paz. Investigador y ensayista. Doctor en Ciencias Históricas. Recibió el Premio "Ramiro Guerra" 2000, otorgado por la Unión Nacional de Historiadores de Cuba.

Eusebio Leal Spengler. Historiador y ensayista. Doctor en Ciencias Históricas. Presidente de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba e historiador de la Ciudad de La Habana desde 1967.

Mayra Beatriz Martínez. Ensayista, investigadora y periodista. Ganadora del premio Razon de Ser 1994 y Dador 2002 en ensayo. Estudiosa de los temas de identidad y erótica.

Sonia Moro Parrado. Doctora en Ciencias Históricas e investigadora de la obra martiana. Sus trabajos abordan, también, la temática de género.

Rafael Polanco. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y del Pensamiento Político. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí" y director de la revista *Honda*.

Pedro Pablo Rodríguez. Ensayista, investigador, profesor y periodista. Doctor en Ciencias Históricas. Dirige el equipo que realiza la Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí.

Nydia Sarabia. Historiadora y periodista. Doctora en Ciencias Históricas. Se ha especializado en el género biográfico y es una notable conocedora de la vida del Apóstol.

Carmen Suárez. Ensayista, investigadora, poeta y traductora. Doctora en Ciencias Filológicas. Ganadora del Premio Nacional de la Crítica a las Mejores Obras de Ciencia y Técnica en 1997.

José Luis de la Tejera Galí. Ensayista y profesor titular del Instituto Superior Pedagógico "Frank País". Es presidente de la Filial de la Sociedad Cultural "José Martí" en Santiago de Cuba.

Enrique Ubieta Gómez. Ensayista e investigador. Fundador de la revista *Contracorriente*. Obtuvo el Premio UNEAC en 1990. Es un estudioso del tema de la identidad nacional.

Ramiro Valdés Galarraga. Investigador y profesor. Trabajó por dos décadas en el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Cintio Vitier. Ensayista, poeta y novelista. Doctor en Leyes. Formó parte del Grupo Orígenes. Fue fundador del Centro de Estudios Martianos y, actualmente, es su presidente honorario. Es uno de los más notables estudiosos de la obra del Apóstol. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1988 y el Premio "Juan Rulfo" 2002.

Sociedad Cultural José Martí

Es una Organización No Gubernamental, fundada el 20 de octubre de 1995.

Extendida por todo el país mediante los clubes martianos, constituye un espacio de reflexión e intercambio culturales para difundir el ideario martiano, y promover el pensamiento y la cultura cubana en el plano nacional e internacional.

La Organización brinda colaboración en proyectos relacionados con:

- Trabajo Comunitario
- Cultura Cubana
- Pensamiento cubano y Latinoamericano
- Talleres, cursos y conferencias
- Proyectos Editoriales
- Organización de seminarios y otros eventos.
- Impresiones

Actividad Editorial

- Revista Honda
- Colección Pensamiento
- Ediciones de Libros
- Materiales en soporte digital
- Laminarios
- Plegables
- Exposiciones.
- Videos y filmes

Calle Calzada # 8111/2 e/2 y 4. Vedado. Plaza de la Revolución. Ciudad de La Haba. Cuba.
Teléf. 53 7 8311910 Fax.53 7 8334672 Email: scjmarti@cubarte.cult.cu

M A R T Í E N L A P L Á S T I C A C U B A N A



*Roberto Fabelo: Martí y nosotros, 1999. Óleo sobre tela: 1 x 2 m.
Ciudad de La Habana, Banco Financiero Internacional.*

Pintor, dibujante e ilustrador, FABELO es una de las figuras más sobresalientes del panorama actual de las artes plásticas en Cuba. Realizó sus estudios en la Escuela Nacional de Arte y en el Instituto Superior de Arte de La Habana. Por su destacada trayectoria artística, se le ha otorgado la Distinción "Por la Cultura Nacional", la Medalla "Alejo Carpentier" y la Orden "Félix Varela"